DESAFIO OSCURO
Christine Feehan



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Julian Savage dudo en el exterior de la puerta del multitudinario bar. Había venido a esta ciudad para un último viaje antes de elegir el descanso eterno de los Cárpatos. Casi un ancestral entre los de su raza, había pasado siglos viviendo en un mundo gris e insensible, vacío de los colores intensos y las emociones conocidas por los hombres jóvenes, o de aquellos que habían encontrado una compañera. Sin embargo, tenía una última meta que lograr, un encargo más que le había exigido su Príncipe, y después podría encontrar el amanecer destructor con la mente tranquila. No es que estuviera al borde de perder su alma, de convertirse en vampiro; podía aguantar más si tuviera que escogerlo así. Era el vacío de su vida, extendiéndose eternamente ante él, lo que había dictado su decisión.

Aunque no podía rechazar esta tarea. En los largos siglos de su existencia, sentía que había hecho poco a su menguante raza. Cierto, era un cazador de vampiros, uno de los más poderosos, bien considerado entre su gente. Pero sabía, como la mayoría de los cazadores con éxito, que era el instinto asesino de los hombres de los Cárpatos, no ningún talento especial lo que le hacía tan brillante en su tarea. Gregori, el más grande sanador de su gente, el segundo del Príncipe, le había enviado mensaje para que advirtiera a la mujer que ahora buscaba, esta cantante, de que estaba en lo más alto de la lista de una sociedad fanática de cazadores de vampiros *humanos*, que con frecuencia equivocadamente fijaba sus objetivos en mortales de costumbres extrañas, así como en Cárpatos, en su celo asesino. La sociedad tenía nociones muy primitivas de las costumbres de un vampiro… como si evitar la luz del sol o alimentarse de sangre sólo se tradujera en ser una criatura malvada y sin alma, un no-muerto. Julian y los suyos eran la prueba viviente de que nada podía estar más lejos de la verdad.

Julian sabía por qué esta tarea de advertir y proteger a la cantante le había sido encomendada a él. Gregori estaba decidido a no perderle en el amanecer. El sanador había podido ver lo que Julian tenía en mente, comprendiendo que había escogido acabar con su yerma existencia. Pero también sabía que una vez Julian diera su palabra de proteger a la humana de esta sociedad de asesinos, no se detendría hasta que estuviera a salvo. Gregori le estaba comprando tiempo. Pero no le haría ningún bien.

Julian había pasado muchas vidas, siglo tras siglo, apartado de su gente, incluyendo a su propio hermano gemelo. Era un solitario incluso en una raza de hombres solitarios. Su especie, la raza de los Cárpatos, estaba muriendo, su Príncipe intentaba desesperadamente encontrar formas de dar a su gente esperanzas. Buscar nuevas compañeras para sus hombres. Buscar formas de mantener vivos a sus niños, manteniendo su menguante número. Julian, sin embargo, no tenía más elección que permanecer solo, correr con los lobos, volar con los pájaros de presa, cazar con las panteras. Las pocas veces que había caminado entre humanos, había sido normalmente para luchar en una guerra que valiera la pena o prestar su inusual fuerza para una buena causa. Pero había pasado la mayor parte de

sus años caminando sólo, invisible, indetectable incluso para los de su propia raza.

Durante un rato permaneció en pie inmóvil, reviviendo el recuerdo de su tonta niñez, el terrible momento en que había andado por el sendero que había cambiado su vida por toda la eternidad.

Tenía doce veranos. Ya incluso entonces la terrible e inextinguible sed de conocimiento había estado en él. Siempre había sido inseparable de su hermano gemelo, Aidan, aunque ese día había oído una llamada lejana y apagada. Una llamada que no pudo resistir. Había estado lleno de la alegría del descubrimiento, y se había deslizado lejos, siguiendo la atracción de una promesa tácita. La red de cuevas que había descubierto era un panal profundo dentro de la montaña. Dentro encontró al mago más asombroso, apuesto y con voluntad de impartir sus bastos conocimientos al joven y ansioso aprendiz. Todo lo que pedía a cambio era el secreto. A la edad de doce años, Julian había pensado que todo era un excitante juego.

Mirando atrás, Julian se preguntó si había deseado el conocimiento tanto como para ignorar deliberadamente las señales de advertencia. Había dominado muchos nuevos poderes, pero tenía que llegar el día en que la verdad le golpeara en la cara con toda su severa fealdad. Había llegado temprano a las cavernas y oyó gritos, apresurándose dentro descubrió que su joven y apuesto amigo era la más aborrecible de todas las criaturas, un auténtico vampiro, un frío bebedor de sangre, un asesino... un Cárpato que había rendido su alma y se había convertido en vampiro. A los doce años Julian no había tenido suficientes poderes y habilidades para salvar a las desgraciadas víctimas del vampiro, que agotó su sangre completamente, buscando no alimentarse, como haría un Cárpato, sino la muerte. Ese recuerdo estaba grabado a fuego en su mente para siempre. La sangre que se vertía. Los gritos fantasmales. El horror.

Después llegó el momento en que la mano de vampiro le agarró, al pupilo que una vez le había admirado, y le arrastró lo suficientemente cerca como para permitirle oler su fétido aliento, como para oír su risa burlona. Después los dientes como colmillos que ya desgarraban su cuerpo, doloroso y vulgar. Pero, lo peor fue que a Julian no se le permitió la muerte, como al resto de las víctimas del vampiro. Recordaba la forma en que la criatura no-muerta se había acuchillado su propia muñeca y la había forzado hacia la boca de Julian, brutalmente le había obligado a aceptar esa sangre corrompida, el intercambio de sangre con la más impía de las criaturas, dándole sus poderes, empezando el proceso que podría hacer a Julian su esclavo, eso los conectó para siempre.

La vergüenza no había terminado allí. El vampiro había empezado inmediatamente a usar al chico incluso contra su voluntad, como sus ojos y oídos, para espiar a aquellos miembros de la que una vez fuera su raza a los que ahora deseaba destruir. Tenía la oportunidad de oír a escondidas a través de Julian al Príncipe o al sanador cuando el chico estaba cerca de ellos. Se había burlado de Julian diciéndole que le usaría para destruir a su propio hermano Aidan. Y Julian comprendió que era posible; había sentido la oscuridad extendiéndose en su interior, a veces sentía los ojos del vampiro mirando a través de los suyos. Varias veces Aidan había escapado por los pelos de las trampas que Julian después reconocía que haber colocado inadvertidamente él mismo, bajo la insidiosa compulsión del vampiro.

Y así, hacía muchos siglos, Julian había hecho un voto de llevar una vida solitaria, de mantener a su gente y a su amado gemelo a salvo del vampiro y de sí mismo. Había vivido al margen de su sociedad, ganado la verdadera fuerza de los Cárpatos y el conocimiento hasta que fue lo bastante viejo como para seguir adelante sólo. La sangre de su gente todavía latía fuertemente en él, hizo todo lo que pudo para vivir su vida honorablemente, hizo todo lo que puedo por luchar contra la creciente oscuridad y los continuos asaltos que el vampiro hacía en él. Había evadido nuevos intercambios de sangre con el no-muerto y había cazado y matado a otros incontables vampiros, pero el único que había transformado tan brutalmente su vida siempre le eludía.

Ahora Julian era alto y más musculoso que la mayoría de los de su raza, y mientras la mayoría tenía pelo y ojos oscuros, él era como un antiguo vikingo, con largo y espeso pelo rubio que ataba en la nuca con una tira de cuero. Sus ojos eran color ámbar, y con frecuencia usaba su ardiente y magnético fuego para hipnotizar a su presa. Ahora, sin embargo, miraba la calle, sin ver todavía nada que considerara inusual; avanzó como el depredador que era, fluidamente, músculos ondeando bajo la pulcra piel. Cuando lo necesitaba podía estar tan inmóvil como las montañas, y ser igual de implacablemente firme. Podía ser tanto la embestida del viento, como agua que fluía. Tenía tremendos dones, podía hablar en muchas lenguas, pero estaba siempre solo.

En sus años de juventud había pasado mucho tiempo en Italia; más recientemente había vivido en Nueva Orleans, en el Barrio Francés, donde su aura de misterio y oscuridad no alarmaba a casi nadie. Pero no hacía mucho había entregado su casa allí, sabiendo que nunca volvería. Con esto último, después de esta tarea restante, su deber y honor estarían satisfechos. No veía razón para continuar su existencia.

Julian oyó las conversaciones, de muchos de los humanos en el interior del bar. Sintió la excitación de los de dentro. Los espectadores parecían encantados con el grupo de cantantes que esperaban oír. Evidentemente la banda era intensamente popular, y las compañías discográficas ofrecían tratos, pero los cantantes se negaban a firmar con ninguna. En cambio, viajaban como anticuados músicos o trovadores, de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, sin emplear nunca músicos o técnicos de fuera y siempre tocando sólo sus propias canciones. Lo extraño, a parte de la naturaleza del grupo, era la voz de la cantante, descrita como fantasmalmente hermosa, magnetizante, casi mágica, que había atraído la indeseada atención de la sociedad de cazadores de vampiros.

Julian tomó aliento profundamente, y captó la esencia de la sangre. Instantáneamente el hambre le golpeó, recordándole que no se había alimentado esa noche. Permaneció en pie fuera, invisible a los humanos que clamaba para conseguir entrar o a los guardias de seguridad que silenciosamente montaban guardia en la entrada. Entraría, entregaría su advertencia a la cantante sobre el peligro en el que estaba, y se marcharía. Con suerte la mujer escucharía, y su tarea estaría acabada. Si no, no tendría más opción que continuar soportando su terrible existencia solitaria hasta que estuviera seguro de que ella estaba a salvo. Y estaba cansado. Ya no quería soportarlo más.

Empezó a moverse entonces, tejiéndose silenciosamente a través de la muchedumbre. Hacia la puerta en la que estaban de pie los dos hombres, ambos altos y oscuros. El de pelo largo parecía un digno contrincante; incluso parecía vagamente familiar. Julian se convirtió aprisa en una brisa fresca mientras se deslizaba para pasar, oculto a la vista mientras caminaba con confianza entre los humanos. Aun así, el guardia de pelo largo volvió la cabeza alerta, los ojos negros buscaron inquietamente, descansando en Julian brevemente incluso aunque Julian era invisible. El guardia estaba claramente intranquilo. Por el rabillo del ojo, Julian le vio volver la cabeza a un lado y a otro antes de que su fría mirada girara para seguir el progreso de Julian a través de la barra del atestado bar. Los dientes blancos de Julian brillaron con un destello depredador. Sabía que era invisible, así que el guardia tenía unos sentidos bien sintonizados similares a un radar, inusuales en un mortal. Era interesante que la banda contara con él. Podía valer su peso en oro tenerlo allí durante un ataque real contra la mujer.

Julian lanzó aire frío ante él, apartando a la multitud apelotonada; ni siquiera redujo la velocidad. Miró al escenario preparado para los músicos, después se encaminó hacia las habitaciones de atrás. Mientras lo hacía la sonrisa sin humor abandonó su cara, dejando la familiar línea dura en su boca. Sabía que tenía un dejo de crueldad, la fría máscara del cazador. Después los olió. El enemigo. ¿Habían localizado a la cantante antes que él?

Maldiciendo silenciosa y elocuentemente, Julian se movió con rapidez preternatural hasta el camerino de las mujeres. Era demasiado tarde. Ella había salido, ya se abría paso hacia el escenario con los otros miembros de la banda. Sólo dos hermosos leopardos de piel manchada quedaban, acurrucados en una esquina de la pequeña habitación. Simultáneamente sus cabezas se volvieron hacia él, todos los sentidos alerta. Los animales eran más grandes y pesados que la mayoría, y sus ojos verde amarillentos, se fijaron en él, traicionando su inteligencia superior. También eran raro ver dos juntos, ya que los leopardos eran generalmente criaturas solitarias. Como Julian.

- ¿Dónde está ella, amigos? - Preguntó suavemente. - He venido a salvar su vida. Decidme donde está antes de que sus enemigos la maten.

El gato macho se agachó y gruñó, enseñando sus largos y afilados caninos que podían agarrar, sostener y clavarse en su presa. La hembra se agachó incluso más bajo, preparada para correr. Julian sintió la familiar sensación de hermandad que siempre tenía cuando se encontraba a un miembro de la familia de la *Panthera Pardus*, y aun así, cuando alcanzó las mentes de los leopardos, encontró que no podía controlar a ninguno de los dos fácilmente. Consiguió solo confundirlos un poco, retardar su reacción un momento. Después el gato macho empezó a moverse, un lento pasear, la cabeza baja, los ojos fijos en él, su acostumbrado movimiento lento y preliminar antes de la explosión de velocidad precedente a una muerte. Julian no quería tener que matar a tan hermosa y rara criatura, así que rápidamente se deslizó fuera de la habitación, cerrando la puerta firmemente tras él, y se dirigió hacia el sonido del estruendoso aplauso.

La banda empezó a tocar la apertura de la primera canción. Después oyó la voz de la mujer. Notas fantasmales y místicas que colgaban en el aire como plata y oro brillando con fuego. En realidad veía las notas, veía la plata y el oro danzando ante sus ojos. Julian se quedó congelado en el sitio,

sorprendido por los estremecimientos que le atravesaban. Miró hacia el vestíbulo. El andrajoso y marchito papel de pared estaba perfilado en rojo. Había pasado más de ochocientos años desde que Julian había visto cualquier cosa en color. Era el destino de todos los hombres de los Cárpatos después de su juventud, perder todo sentido del color, perder sus emociones, luchar en una existencia gris y vacía contra su naturaleza depredadora, a menos que una compañera apareciera para equilibrar su oscuridad con bondad y luz. Sólo entonces los colores y emociones... poderosas emociones... se restaurarían. Pero las mujeres eran raras y seguramente alguien como Julian nunca sería bendecido con una compañera. Aún así su corazón saltó en el pecho.

Sintió la excitación. Esperanza. Emoción. Una emoción real. Los colores eran tan vívidos que casi le cegaban. El sonido de su voz jugueteaba a través de su cuerpo, tocándole en lugares que había olvidado hacía mucho. Su cuerpo se tensó; el deseo se cerró de golpe sobre él. Julian estaba de pie congelado en su sitio. Los colores, las emociones, la lujuria física eran tan afiladas que sólo podía significar una cosa. La cantante poseedora de esa voz tenía que ser su compañera. Era imposible. Totalmente imposible de creer. Los hombres de su raza podían pasar una eternidad buscando una mujer que fuera su otra mitad. Los hombres de los Cárpatos eran depredadores, con los instintos de oscuros y hambrientos asesinos, inteligentes, rápidos, y letales. Después de un corto período de crecimiento, de risas y aventuras, todo terminaba cuando perdían la habilidad de sentir, de ver en colores. No había nada excepto una solitaria y yerma existencia. La vida de Julian había sido especialmente insufrible, alienado como estaba de Aidan, su gemelo, cuya inevitable cercanía podía haber hecho los largos y grises siglos un poco más fáciles de soportar. Pero había sabido que estaba unido a Aidan a través de su lazo de sangre, y cada momento que pasaban juntos incrementaba la amenaza que suponía el vampiro para Aidan. Su misma cercanía ponía en peligro a su hermano. Así que Julian había huido de su gente, sin contarles nunca, a ninguna de ellos, ni siquiera a su amado hermano, la terrible verdad. Había hecho lo más honorable, cuando sólo le había quedado su honor.

Ahora Julian estaba en pie aturdido en la estrecha entrada, incapaz de creer que su compañera estuviera cerca. Incapaz, en ese deslumbrante momento de emoción y color, de creer que hubiera alguna posibilidad de que él mereciera tal cosa.

Muchos hombres de los Cárpatos se convertían en vampiros después de siglos de una vida llena de desesperanza. Sin emociones, el poder... el poder de cazar y matar... parecía la única cosa que quedaba para ellos. Otros, en cambio volviéndose un peligro para mortales e inmortales por igual, elegían terminar con su yerma existencia enfrentando al amanecer; esperando que la luz del sol destruyera esos cuerpos que querían vivir en la oscuridad. Sólo unos cuantos encontraban en realidad su otra mitad, la luz para su oscuridad, la única que podría completarlos. Después de casi mil años de vacía existencia, después de tomar la decisión de enfrentar el amanecer antes de que el demonio depredador de su interior, que ahora luchaba por controlarle, le conquistara, Julian apenas podía creer que hubiera encontrado a su auténtica compañera. Pero los colores, emociones y esperanza le decían que era verdad.

La voz de la mujer... gutural, ronca, erótica... contenía la promesa de sábanas satinadas y luz de velas. Jugaba sobre su piel como dedos, atormentando, incitando, pecadoramente sexy. Magnetizaba a todos los que estaban en su radio de acción; fantasmal y cautivadora. Las notas danzaban, puras y hermosas, tejiendo un hechizo de encantamiento alrededor de Julian, alrededor de todos los oyentes.

Julian no sabía nada de esta mujer. Sólo que Gregori le había enviado a advertirla de que estaba en peligro a causa de la sociedad humana de cazadores de vampiros. Evidentemente el Príncipe deseaba que ella y los que viajaban con ella fueran protegidos si era necesario. La sociedad de mortales que creían en los vampiros de las viejas leyendas y buscaban destruirlos tenía alguna razón para fijar su objetivo en esta cantante, Desari, por su voz fantasmal y excéntricas costumbres. La mayoría de las víctimas de la sociedad eran asesinados con una estaca atravesando el corazón. Peor aún, algunas víctimas eran mantenidas con vida para ser torturadas y diseccionadas. Julian escuchaba la hermosa voz. Desari, sonaba como un ángel cantando, su voz no era de esta tierra. Entonces un grito, agudo y punzante, interrumpió la belleza de la canción. Fue seguido por un segundo grito, después un tercero. Julian oyó el ruido de un disparo, después una ráfaga de balas produciendo un ruido sordo al entrar en la carne y los instrumentos musicales. El edificio se sacudió con la fuerza de pies que golpeaban el suelo en estampida mientras los espectadores corrían para salir de la línea de fuego.

Julian se movió tan rápidamente que no fue más un borrón mientras brillaba para convertirse en una masa sólida. La barra estaba en completo desorden. Los mortales huían del lugar tan rápido como podían, corriendo los unos sobre los otros en el proceso. La gente chillaba de terror. Mesas y sillas estaban volcadas y rotas. Los tres miembros de la banda yacían tendidos, salpicados de sangre, sobre el escenario, los instrumentos destrozados. Los guardias de seguridad intercambiaban disparos con seis hombres que también disparaban desde el interior de la multitud mientras intentaban escapar. Julian acudió directamente al escenario. Echó a un lado un cuerpo masculino y encontró la inmóvil forma de la mujer, Desari. Yacía sobre la plataforma, la masa de su pelo negro azulado se extendía como un velo. La sangre se encharcaba bajo ella, manchando su vestido azul. No tenía tiempo de examinar sus rasgos, la peor de las heridas era mortal y la mataría a menos que hiciera algo. Instintivamente formó una barrera visual, empañando el área ojos que pudieran estar mirándolos. En medio de semejante pantemonium, dudaba que nadie lo notara.

Alzó a Desari fácilmente entre sus brazos, encontró un pulso débil, y colocó una mano sobre la herida. Bloqueando el caos alrededor de él, se envió a sí mismo a buscar fuera de su cuerpo, en el de ella. La herida de entrada era pequeña, la de salida bastante grande. La bala había rasgado su cuerpo, destrozando órganos internos y tejido. Selló las heridas para prevenir más pérdidas de sangre antes de llevarla a la profundidad de las sombras. Con una uña alargada, abrió una herida en su propio pecho.

Eres mía, cara mia, no puedes morir. No iré tranquilamente a mi muerte sin vengarte. El mundo no podría concebir a semejante monstruo como aquel en el que me convertiría. Debes beber, piccola, por ti misma, por tu vida, por nuestra vida juntos. Bebe ahora. Dio la orden con una firme

compulsión, no permitiendo que ella se escurriera de su voluntad de hierro. Antes de este momento, antes de Desari, había elegido destruirse a sí mismo en vez de esperar a que fuera demasiado tarde y se convirtiera en uno de los mismos monstruos que se había pasado siglos cazando y destruyendo. Pero ahora tenía a Desari con él, podía merecer cien veces la muerte, pero tomaría lo que el destino le ofrecía.

Después de largos y vacíos siglos, en un sólo momento, todo había cambiado. Podía sentir. Podía ver el brillo de los colores del mundo. Su cuerpo estaba vivo con necesidades y deseos, no simplemente el omnipresente roer físico del hambre de sangre. Poder y fuerza corrían a través de él, cantando en sus venas, fluyendo a través de sus músculos y lo sentía. Lo Sentía. Ella no moriría. No permitiría tal cosa. Nunca. No después de siglos de completa soledad. Donde había habido un abierto y negro precipicio, un abismo de oscuridad, había ahora una conexión. Auténtica. Sentía.

Su sangre era sangre ancestral, llena de fuerza sanadora, llena de poder. Su vida fluía en ella, formando un vínculo que no podía ser roto. Empezó a susurrarle en la lengua ancestral. Palabras rituales. Palabras que haría que sus corazones fueran uno, palabras que tejerían los andrajosos restos de su alma uniéndolos a la de ella y los sellarían irrevocablemente para toda la eternidad.

Durante un momento el tiempo se detuvo por instante mientras luchaba por hacer lo más honorable, se esforzaba por dejarla, por permitir que viviera sin la terrible carga que él llevaba. Pero no fue lo suficientemente fuerte. Las palabras le fueron arrancadas del alma, de las profundidades donde habían estado enterradas. Te reclamo como mi compañera. Te pertenezco. Te ofrezco mi vida. Te doy mi protección, mi fidelidad, mi corazón, mi alma, y mi cuerpo. Los tomo en mí para guardarlos. Tu vida, felicidad y bienestar serán siempre lo primero para mí. Eres mi compañera, unida a mí para toda la eternidad y siempre a mi cuidado.

Julian sintió las lágrimas ardiendo en sus ojos. Aquí estaba, otro oscuro pecado en su alma. Esta vez contra la mujer que debía proteger por encima de todo lo demás. Su boca rozó el sedoso pelo, y muy suavemente emitió la orden para que dejara de beber. Ya se sentía débil por la falta de alimento. Sanar las heridas de ella y darle un gran volumen de su sangre le había debilitado más. Inhaló su esencia, la tomó en sus pulmones, en su cuerpo, imprimiéndola en su mente para siempre.

La advertencia llegó a él sólo como un roce de piel contra una silla, pero fue suficiente. Julian saltó lejos de la mujer inconsciente, girándose para encontrar la amenaza, con un gruñido expuso los dientes blancos y relucientes. Era un enorme leopardo, de al menos doscientas libras, y saltó hacia él, era extraño, con los ojos negros fijos en él con letal malevolencia. Julian saltó en el aire para encontrar a la bestia, cambiando de forma mientras lo hacía, su cuerpo se estiró, se contorsionó, piel dorada retorciéndose sobre pesados músculos mientras tomaba otra forma para enfrentar la mortal amenaza.

Se encontraron en medio del aire, dos enormes felinos machos en toda su primitiva fuerza, rasgando y acuchillando con garras y dientes. El leopardo negro parecía decidido a luchar a muerte, pero Julian esperaba no tener que cobrarse su vida. El felino negro se arqueó en un semicírculo,

saltando hacia Julian, y Julian sintió el rasgar de las garras afiladas como cuchillas de afeitar desgarrándole un lateral. Arremetió contra su oponente y se las arregló para dejarle cuatro largos surcos en la barriga. La pantera siseó suavemente con odio y desafío, con renovada determinación, prometiendo represalias, venganza.

Julian alcanzó la mente de la bestia. Eran una niebla roja de frenesí asesino, una necesidad destructora. Ágilmente se apartó de un salto. No quería matar al hermoso animal, y, la verdad, con toda su experiencia de lucha, esta criatura era enormemente fuerte y experimentada. Y no respondía a los muchos intentos de hacerse con el control de su mente. Maldijo cuando la pantera se agachó protectoramente sobre el cuerpo de la mujer, después empezó una vez más a moverse hacia él con los lentos movimientos de un leopardo al acecho. Los inteligentes ojos de ébano estaban enfocados en su cara con una mirada atenta, sin parpadear, que sólo un leopardo podía producir. El felino quería matarle, y Julian no tenía más elección que luchar a muerte o huir. Había dado a la mujer una preciosa sangre que no tenía para malgastar, y ahora los cuatro profundos surcos en su costado goteaban el líquido de vida sobre el suelo en una corriente firme.

El felino era demasiado fuerte, una máquina de matar demasiado experimentada. Julian no podía arriesgarse. El destino de su compañera estaba ahora ligado al suyo. No sintió animosidad hacia ella procedente de la enorme pantera, más bien una necesidad de protegerla. De la mente de Desari recogió recuerdos de amor por el animal. Julian se obligó a sí mismo a retroceder, con su hocico dorado gruñendo, sus ojos mostraban un brillante desafío, sin sumisión.

La pantera negra estaba claramente dividida entre seguirlo y terminar el trabajo o permanecer con la mujer. Esa información obtenida de la pantera reafirmó a Julian incluso más. Retrocedió otros dos pasos, no deseando equivocarse y hacer daño a una criatura que su compañera amaba.

Entonces otro ataque llegó desde detrás. Un simple susurro de movimiento le hizo saltar a un lado segundos antes de que un segundo leopardo aterrizara donde él había estado. Gruñía de rabia. Julian como una centella, saltó por la barra, después a una mesa, su poderosas patas traseras dejaron marcas en la lisa superficie en la que buscó apoyo. Un tercer felino bloqueaba la entrada, pero Julian saltó y lo golpeó, derribándolo. Después instantáneamente se desvaneció, disolviéndose en el aire.

Como una neblina, Julian se vertió fuera, en la noche. No se engañaba a sí mismo, sin embargo; algunas de las gotas que caían hacia el océano eran su sangre. Los felinos podrían rastrearle si no ponía suficiente distancia entre ellos inmediatamente. Requirió una tremenda energía ganar tanta velocidad mientras mantenía su imagen de neblina insustancial, energía que rápidamente se extendía por el aire nocturno. Julian convocó las energías que le quedaban para cerrar las heridas de su cuerpo y evitar así una mayor pérdida de sangre.

Totalmente perdido, revisó cada movimiento que había hecho en el interior del bar. ¿Por qué el felino negro no había respondido al control de su mente? Nunca antes había fallado al hipnotizar a un animal. La mente de la

pantera no era como ninguna otra que hubiera encontrado. En cualquier caso, debería haber derrotado fácilmente a la pantera, pero el macho negro era más grande que ningún leopardo que hubiera conocido en libertad.

Y los felinos habían trabajado al unísono, algo no natural en la especie. Julian estaba seguro de que la enorme pantera había estado de algún modo dirigiendo las acciones de los otros dos. Y había protegido a Desari, no la trataba como a una presa.

Julian volvió la atención de nuevo a la amenaza más inmediata para su compañera. En algún lugar allí afuera había seis humanos que habían intentado matarla, una mujer inocente cuyo único crimen era poseer una voz celestial. No podría descansar esta noche hasta que los rastreara y se asegurara de que nunca se acercarían a ella de nuevo. Todavía tenía su hedor en las fosas nasales. Los felinos se ocuparían de su compañera hasta que volviera. Su trabajo ahora era derrotar a estos asesinos, impartirles la justicia de los Cárpatos, apartando el peligro de Desari tan rápidamente como fuera posible.

Dedicó un pensamiento rápido a su necesidad de sangre, las heridas que había soportado, y la posibilidad de que la misteriosa pantera lo rastreara, pero decidió que todo eso no importaba. No podía permitir que los asesinos siguieran libres. Retrocedió hacia el interior y se dirigió al bar, volando alto para mezclarse con la niebla. Esperaba evitar la detección del excelente sentido del olfato del leopardo, pero si lo encontraban de nuevo, así sería. Mientras se movía a través del tiempo y el espacio, tocó la mente de su compañera para ver si había salido de la inconsciencia. Necesitaría sanar, pero descubrió que estaba viva y bien atendida. El pandemoniun reinaba en el bar, con policía y ambulancias por todas partes. Probablemente los felinos estaban encerrados por seguridad. Encontró el primer cuerpo a no más de diez yardas de la parte trasera del bar. Julian brilló hasta asumir una forma sólida, presionando una mano sobre las goteantes marcas de garras que se abrían en su costado, no deseaba dejar ninguna evidencia de su presencia. Aunque no había signos de lucha, el cuello del asesino estaba roto. Julian encontró el segundo cuerpo unas pocas yardas más adelante, arrojado en un callejón. Yacía contra la pared, mitad dentro y mitad fuera de un charco de aceite. Había un agujero en el pecho del hombre del tamaño de un puño, donde el corazón debía hacer estado.

Julian se tensó y miró cuidadosamente a su alrededor. El asesino había sido muerto siguiendo la costumbre del ritual para matar a los no-muertos. No la versión humana, usando estacas y ajos, sino la auténtica costumbre de un Cárpato. Estudió el cuerpo mutilado. Era casi como mirar uno de los primeros trabajos de Gregori, aunque no lo era. Estos días Gregori no habría malgastado su tiempo; se habría quedado en pie a distancia y simplemente haría matado a los perversos mortales de un solo golpe. Esto era una venganza. Alguien se había tomado cada muerte como algo personal.

Su propio hermano, Aidan, vivía aquí en el oeste y con frecuencia destruía a los no- muertos... había pocos Cárpatos tan capaces como él aquí en Estados Unidos... pero Julian no había sentido la presencia de su gemelo, habría sabido que era obra suya en el instante en que lo hubiera visto. Esto

era de alguna forma distinto del frío e impersonal trabajo de un cazador Cárpato aunque se acercaba bastante.

Ahora con curiosidad, buscó a los otros asesinos. El tercer y cuarto cuerpo estaban uno al lado del otro. Uno con su propio cuchillo enterrado profundamente en la garganta, sin duda llevado a cabo por él mismo bajo una irresistible compulsión. La garganta del otro estaba completamente desgarrada. Parecía como si un animal hubiera hecho el trabajo, pero Julian no se dejó engañar. Encontró el quinto cuerpo a sólo unas pocas yardas de los otros dos. Este, también, había visto llegar la muerte. El horror estaba en su cara. Sus ojos miraban obscenamente el cielo, incluso aunque su propia mano sostenía el arma que había usado para dispararse a sí mismo... la misma arma que había usado con los músicos. Julian encontró al sexto asesino tendido boca abajo en una cuneta, un charco de sangre le rodeaba. Había muerto de forma dura y dolorosa.

Pensó un largo rato. Era un mensaje, un claro y descarado mensaje para aquellos que habían enviado a estos asesino tras la cantante. El desafio de un peligroso adversario. *Ven a cogernos si te atreves.* Julian suspiró. Estaba cansado, y el hambre se estaba convirtiendo en una rugiente y punzante amenaza. Aunque compartía la necesidad de destruir brutalmente a quien amenazara a Desari no podía permitir que este desafio permaneciera. Colocaría a su compañera directamente en el punto de mira. Si la sociedad sabía exactamente como habían sido despachados sus asesinos, quedarían convencidos de que ella y sus protectores eran vampiros y redoblarían sus esfuerzos por destruirla inmediatamente. Llevó unos pocos momentos recoger los cuerpos en un montón en la privacidad del callejón. Con un pequeño suspiro recabó energía desde el cielo y la dirigió hacia los cuerpos ahora tendidos en un charco de aceite. Instantáneamente hubo un relámpago de fuego y el hedor de cuerpo quemados. Esperó impacientemente, enmascarando la escena a todos los ojos, incluso a la de los policías que buscaban calle abajo. Cuando los hombres muertos no fueron más que cenizas, extinguió el fuego y recogió los restos. Después se lanzó hacia el cielo y se alejó de la escena. Bien lejos, sobre el océano, esparció las grotescas y espantosas cenizas, observando como las agitadas olas, con un movimiento hambriento, las devoraba para toda la eternidad.

La desaparición de los seis matones, sin pruebas de su paradero o destino, sería un enorme golpe para la sociedad de asesinos. Con suerte, sus directores se arrastrarían a un agujero para reagruparse y se mantendrían inactivos durantes los próximos meses, ahorrando a los inocentes mortales y Cárpatos su malicia.

Julian volvió tierra adentro hacia la pequeña cabaña que poseía recogida en las montañas, sus pensamientos una vez más volvieron al extraño comportamiento de los leopardos. Si no lo supiera, juraría que la gran pantera negra no era en realidad un gato sino un Cárpato. Pero eso era imposible. Todo Cárpato era consciente de cualquier otro.

Podían detectarse los unos a los otros fácilmente, y todos usaban un vínculo mental estándar de comunicación cuando era necesario. Aunque era verdad que unos pocos de los antiguos podían enmascarar sus presencias de los otros, era un raro don.

Otra idea perturbó a Julian. Su propio comportamiento había empujado a Desari con toda seguridad directamente a una nueva senda de

peligro. Al reclamarla como su compañera, Julian la había marcado con tanta seguridad como había sido marcado él mismo a los ojos del no-muerto, su mortal enemigo. Maldiciendo suavemente en su mente, Julian volvió la atención de vuelta al extraño animal que la protegía. Aunque Julian era un solitario, conocía a todos los Cárpatos vivos. Y la pantera negra le recordaba a alguien, sus métodos de lucha, su feroz intensidad, su completa confianza en sí mismo. Gregori. El Oscuro.

Sacudió la cabeza. No, Gregori estaba en Nueva Orleans con su compañera, Savannah. Julian se había ocupado de la protección de la joven Savannah hasta que Gregori hubo cumplido su voto de permitirle cinco años de libertad antes de reclamarla como su compañera. Y Gregori no era el no-muerto; su compañera aseguraba eso. Ningún Cárpato intentaría destruir a otro que no se había convertido en vampiro. No, no había posibilidad de que fuera Gregori.

Julian se solidificó en la entrada de su cabaña y empujó la puerta. Antes de entrar se volvió e inhaló la noche; buscando la esencia de cualquier presa que pudiera estar cerca. Necesitaba sangre, fresca y caliente, que sanara completamente sus heridas. Cuando bajó la mirada y vio las lágrimas de sangre en su costado, maldijo, aunque sintió la salvaje satisfacción de saber que también él, se había anotado un tanto contra el enorme felino.

Julian había viajado por el mundo. Había tenido siglos para complacer su curiosidad, su sed y necesidad de conocimientos. Había pasado un tiempo considerable en África e India estudiando a los leopardos, inexplicablemente se dirigía allí una y otra vez. Creía que los inteligentes y mortales felinos poseían una inteligencia superior. Sin embargo, eran también salvajemente imprevisibles, lo que los hacía aún más peligrosos. Tenía que ser un inusual grupo de humanos los que tenía amistad con los gatos, se permitía asegurarlo sólo sabiendo los permisos requeridos para viajar con ellos a Estados Unidos.

Julian cuestionó de nuevo el extraño comportamiento de los propios felinos. Incluso si había sido criados y entrenados, la coordinación de sus fuerzas para derrotar al intruso entre todos, especialmente cuando el caos y el olor a sangre los rodeaba, era notable.

La enorme pantera negra ni siquiera había lamido las heridas de la mujer o intentado probar la sangre de los otros dos miembros caídos de la banda. El olor de la sangre fresca debería haber activado el instinto de los felinos de cazar, de comer. Los leopardos eran notables carroñeros así como cazadores. Algo había ocurrido, para que esos leopardos estuvieran protegiendo a la cantante.

Julian sacudió la cabeza y volvió al asunto que requería su inmediata atención. Se envió a sí mismo a su propio cuerpo, buscando las laceraciones, cerrándolas desde dentro esta vez. El esfuerzo le llevó más energía de la que pudo afrontar, así que mezclo una bebida de hierbas que facilitaba la curación. Flotando hacia fuera, al porche, bebió el líquido rápidamente, obligando a su cuerpo a aferrarse a la nutrición poco familiar.

Le llevó unos pocos minutos reunir la fuerza necesaria para abrirse paso a través del bosque. Estaba buscando tierra rica, una mezcla de vegetación y polvo, que mejoraba al aproximarse a la tierra natal de los Cárpatos, y siempre ayudaba a sanar las heridas de los Cárpatos. Encontró semejante tierra bajo una espesa capa de agujas de pino en el lado más

alejado de una loma. Mezcló musgo y tierra con el agente sanador de su saliva y cubrió sus heridas con ella. Enseguida la mezcla alivió la terrible quemazón.

Era interesante para él, observar las diferentes sensaciones y emociones que pujaban en su interior. Había sabido que los Cárpatos que recuperaban las emociones y colores se encontraban con que experimentaban todo mucho más profundamente y con más intensidad de la que habían sentido cuando eran jóvenes. Todo. Eso incluía el dolor. Todos los Cárpatos aprendían a bloquearlo si era necesario, pero requería enorme energía. Julian estaba cansado y hambriento. Su cuerpo clamaba por alimento. Su mente estaba sintonizada con la de Desari. Su compañera. La mente de ella era ahora un tumulto, pero estaba viva. Quiso extenderse hacia ella y tranquilizarla, pero sabía que tal intromisión sólo la perturbaría más.

Cerró los ojos y se inclinó contra el tronco de un árbol. Un leopardo. ¿Quién habría pensado que un leopardo podría conectarle tal golpe? ¿Había estado tan distraído por la presencia de su recién encontrada compañera que se había descuidado? ¿Cómo podía haberle superado un animal? ¿Y que había de los asesinos y la forma en que los habían matado? Ningún felino o siquiera un humano vengativo podría haber acabado con todos ellos tan rápidamente. Julian tenía una confianza suprema en sus propias habilidades; pocos de los antiguos, y ciertamente ningún simple animal, podía derrotarle en batalla. Había sólo uno que podía hacerlo. Gregori. Sacudió la cabeza intentando aclarar sus pensamientos. La forma en que había luchado el felino, tan concentrado, tan inquieto, todo le recordaba demasiado al Oscuro. ¿Porqué no podía sacudirse la idea cuando sabía que era totalmente imposible? ¿Podía otro antiguo haberse ocultado completamente a su propia gente? ¿Ir a la tierra durante unos pocos cientos de años y surgir sin ser detectado?

Julian intentó recordar lo que sabía de la familia de Gregori. Sus padres habían sido masacrados durante la época de la invasión Turca a las Montañas de los Cárpatos. Mikhail, ahora el Príncipe y líder de los Cárpatos, había perdido a sus padres del mismo modo. Pueblos enteros habían sido destruidos. Las decapitaciones eran comunes, así como los cuerpos que se retorcían en estacas, sacados al sol para pudrirse. Los niños pequeños habían sido reunidos como rebaños en un hoyo o un edificio y quemados vivos. Las escenas de tortura y mutilación se habían convertido en una forma de vida, una áspera e implacable existencia para Cárpatos y humanos por igual.

La raza de los Cárpatos había sido casi diezmada. En medio del horror de esos días de asesinatos se había perdido a la mayor parte de sus mujeres, un buen número de sus hombres, y, lo más importante, casi todos sus niños. Ese había sido el golpe más violento y demoledor de todos. Un día los niños habían sido rodeados, junto con niños mortales, y conducidos a una choza de paja, que habían prendido, quemándolos vivos. Mikhail había eludido la matanza, junto con un hermano y una hermana, a Gregori no le había ido tan bien. Había perdido a un hermano de alrededor de seis años y una nueva hermana, un bebé de no más de seis meses.

Julian tomó y profundo aliento y lo dejó escapar, repasando cada uno de los hombres de los Cárpatos que había encontrado durante los siglos, intentando colocar a la inusual pantera negra.

Recordó las leyendas de dos antiguos cazadores, gemelos, que había desaparecido sin dejar rastro quinientos o seiscientos años antes. Era posible que uno se hubiera convertido en un vampiro. Inhaló bruscamente ante la idea. ¿Podía estar todavía vivo? ¿Podía Julian haber escapado relativamente indemne de alguien tan poderoso? Lo dudaba. Buscó información en cada rincón de su mente. ¿Había habido un niño que no recordaba? ¿Podía algún Cárpato, hombre o mujer, de la línea de sangre de Gregori ser demasiado poderoso como para desaparecer? Si había una posibilidad de que cualquiera pariente Gregori existiera en algún lugar, en cualquier lugar del mundo, ¿no lo sabría ya el resto de su gente? El propio Julian había viajado cerca y lejos, a nuevas y viejas tierras, y no se había cruzado con extraños de su raza. Cierto, había rumores y esperanza de que Cárpatos todavía desconocidos por su gente pudieran existir, pero nunca los había encontrado.

Julian dejó el asunto por el momento y envió una llamada, atrayendo a la presa cerca de él en lugar de malgastar su valiosa energía cazando. Esperó bajo el árbol, y una ligera brisa llevó hasta él el sonido de cuatro personas. Inhaló su esencia. Adolescentes. Chicos. Habían estado bebiendo. Suspiró de nuevo. Parecía ser el pasatiempo favorito de los jóvenes humanos... beber o consumir drogas. No importaba; al final la sangre era la misma.

Podía oír su conversación mientras tropezaban casi a ciegas a través del bosque, hacia él. Ninguno de los chicos tenía permiso de sus padres para ésta salida de camping. Los dientes blancos de Julian brillaron en la noche en una sonrisa ligeramente burlona. Así que los chicos pensaban que era divertido hacer pasar por tontos a quienes los amaban y confiaban en ellos. Esta especie era tan diferente de la suya propia. Aunque su raza eran con frecuencia más depredadora que el hombre, un hombre de los Cárpatos nunca haría daño a una mujer o niño o sería irrespetuosa con aquellos que le amaban, protegían o enseñaban.

Esperó, sus ojos intensos como oro fundido, penetrando fácilmente el velo de oscuridad. Su mente continuamente se desviaba a su compañera. Todo hombre de los Cárpatos sabía que la oportunidad de encontrar a una compañera dentro de su menguada raza era casi imposible, su número había sido repetidamente diezmado por los vampiros, las cazas de brujas de la Edad Media y durante las sangrientas guerras Santa y Turca. Para complicar el asunto, los pocas mujeres que quedaban no habían dado a luz niñas en años, y las raras niñas que nacieron en los recientes siglos murieron casi todas en su primer año. Nadie, ni siquiera Gregori, su más grande sanador, ni Mikhail, el Príncipe y líder de su gente, había encontrado la solución a esos graves problemas.

Muchos habían intentado convertir a mujeres mortales en Cárpatos, pero las mujeres había perecido o se habían convertido en vampiresas, alimentándose de la sangre vital de niños humanos y siempre matando a su presa. Tales mujeres habían sido destruidas para proteger a la raza humana.

Entonces Mikhail y Gregori habían descubierto a un extraño grupo de mujeres mortales que poseían auténticas habilidades psíquicas y que podían

sobrevivir a la conversión. Tales mujeres podían convertirse con tres intercambios de sangre, y eran capaces de producir niñas. Mikhail había hecho tal emparejamiento, y su hija, Savannah, había nacido como compañera de Gregori. Una nueva ola de esperanza se había extendido entre los hombres de los Cárpatos.

Pero aunque Julian había viajado por todo el mundo conocido, preferentemente en las salvajes montañas y la libertad de los espacios abiertos, y había pasado largos períodos entre humanos... nunca se había cruzado con ninguna mujer que poseyera las raras habilidades requeridas. Hacía largo tiempo que había dejado de creer o esperar de la forma en que lo hacían los otros, incluso cuando su propio hermano gemelo encontró una mujer así. Julian sabía que era un cínico, que la oscuridad de su interior llamaba al no-muerto, era como una mancha que se extendía por su alma. Lo había aceptado, como había aceptado el resto del universo siempre cambiante, como había aceptado el pecado de su juventud y su propio auto destierro. Él era de la tierra y el cielo. Era parte de todo. Y cuando se aproximara el momento en que estuviera peligrosamente cerca del cambio, aceptaría eso también. Sabía que era fuerte; era capaz de caminar ante el sol antes de convertirse en un demonio sin alma. Durante largo tiempo no había tenido esperanzas, no había tenido nada a lo que aferrarse.

Ahora todo había cambiado. En un latido de corazón, en un instante. Su compañera estaba ahí fuera. Pero estaba herida, cazada. Al menos tenía un guardaespaldas decente, y sus felinos estaban obviamente protegiéndola. Aunque, no podía sacarse de la cabeza que el enorme leopardo macho no era lo que había parecido. Y estaba la forma en que los asesinos habían sido despachados, no de la forma humana sino al estilo de un cazador Cárpato. Si había un Cárpato poderoso, otro hombre, del que Julian no fuera consciente, no quería que estuviera cerca de su compañera.

Los adolescentes se acercaban, sus voces eran ruidosas en la quietud de la noche. Uno tropezaba repetidamente, habiendo consumido demasiado alcohol. Reían con aspereza, y desde las profundidades del bosque unos ojos dorados los observaban, unos dientes blancos brillaban. Julian salió caminando lentamente desde detrás de los árboles. Su cara estaba escondida en las sombras. Sonrió a los chicos.

- Parece que habéis pasado un buen rato esta noche. - Saludó amablemente.

Todos los chicos se detuvieron abruptamente. No podían ubicarle en la oscuridad. Y fueron súbitamente conscientes de que estaban en algún lugar en lo profundo del bosque, lejos de su campamento, sin tener ni idea de como habían llegado allí o como volver. Intercambiaron miradas confundidas y alarmadas. Julian podía oí los corazones latiendo ruidosamente en el interior de sus pechos. Prolongó el suspense un momento, sus dientes brillando, permitiendo que la débil neblina roja de la bestia de su interior se reflejara en sus ojos.

Los chicos se quedaron congelados en el sitio mientras Julian surgía de las sombras.

- ¿Nadie os ha dicho que el bosque puede ser peligroso por la noche? - Su hermosa voz ronroneó amenazadora, y deliberadamente profundizó su acento extranjero, evidenciando un peligro que los chicos podían sentir moviéndose a través de sus cuerpos.

- ¿Quién es usted? - Se las arregló para graznar uno de ellos. Se estaban serenando rápidamente.

Los ojos de Julian brillaron con un rojo feroz, y la bestia de su interior, siempre agazapada tan cerca de la superficie, luchaba por liberarse. Permitió que el hambre barriera a través de él, el terrible vacío que nunca se satisfacía completamente, nunca podría satisfacerlo hasta que estuviera con su compañera en todos los sentidos. La necesitaba para morar en él, para anclar a la rabiosa bestia. Necesitaba la sangre de ella fluyendo en sus venas para detener el horrendo deseo, para traerle de vuelta a la luz para toda la eternidad.

Uno de los chicos gritó, y otro gimió. Julian ondeó una mano para silenciarlos. No quería aterrorizarlos, solo asustarlos lo suficiente como para que recordaran su miedo y modificaran su comportamiento. Fue bastante fácil tomar posesión de sus mentes. Erigió un velo que nublara sus recuerdos del evento mientras avanzaba para beber hasta hartarse. Necesitaba un gran volumen de sangre y agradeció que hubiera varios chicos para que ninguno quedara demasiado débil. En cada chico implantó un recuerdo ligeramente distinto, deseando que reinara la confusión. En el último momento, sonriendo sardónicamente, Julian implantó una firme orden en cada chico para que confesaran la verdad a sus padres cada vez que tuvieran intención de engañarlos intencionadamente.

Julian se fundió en las sombras y soltó a los adolescentes de la garra que paralizaba sus mentes y cuerpos. Los observó mientras volvían a la vida, todos sentándose o tendiéndose en el suelo Estaban mareados y asustados, todos recordaban la íntima llamada, un ataque que había venido de las profundidades del bosque, pero cada uno recordaba algo diferente. Discutieron brevemente pero sin mucho espíritu. Sólo querían volver a casa.

Julian se aseguró de que volvían al campamento sin incidentes; después, mientras se apiñaban juntos alrededor del fuego, empezó a imitar el lamento de un grupo de lobos. Riendo, los dejó tirando sus cosas a toda prisa en apresurados fardos en los coches y corriendo para alejarse de los terrores que enfrentaban por desobedecer a sus padres.

Sintiéndose mucho mejor con la tierra presionando contra sus heridas, y el hambre punzante aplacada por el momento, Julian volvió lentamente a la cabaña. Bajo el entablado de madera del suelo había un pequeño espacio excavado. Con un leve ondeo de la mano abrió un profundo agujero dentro del suelo de tierra. Le llamaba, la paz consoladora de la tierra, llamando a aquello que le pertenecía.

Julian flotó a su lugar de descanso y se tendió inmóvil, con los brazos cruzados levemente sobre sus heridas. Se imaginó a Desari mientras se establecía en la tierra. Era alta y esbelta, su piel cremosamente blanca. Su pelo era lujurioso y brillante como las alas de un cuervo, masas de rizos y ondas cayendo en una brillante cascada hasta las caderas. Tenía huesos pequeños y delicados, que la convertían en una belleza clásica. Sus labios eran deliciosos y sexys. Adoraba el aspecto de su boca, incluso en su estado inconsciente. Tenía una boca perfecta.

Julian sintió que una sonrisa suavizaba la dura línea de sus labios cincelados. Una compañera. Después de todos esos siglos, después de no creerlo nunca. ¿Por que el mundo le habría elegido a él para tal cosa? De todos los hombres de los Cárpatos que conocía, hombres que religiosamente

seguían las reglas, ¿por qué él había sido él quien encontrara una compañera? Era prácticamente un fuera de la ley.

Pensó en la mujer mortal que ahora estaba ligada a él. Se necesitaban tres intercambios de sangre para convertir a un humano y tendría que asegurarse de que era una auténtica psíquica. Aún así, la excitación lo golpeó. Una compañera para hacer el mundo hermoso y misterioso, un lugar maravilloso e intrigante, cuando hacía tanto que sólo tenía vacío y oscuridad. Desafortunadamente, para la mujer, las cosas tendrían que cambiar. Cantar ante multitudes sería imposible. Desari. Recordaba ahora que también usaba un apodo. Dara. Algo, un reconocimiento brilló por un momento en su mente. Antiguo. Persa. Dara. Significa la Oscura.

Julian sintió que su corazón saltaba ante la conexión. ¿Podía ser sólo una coincidencia? Gregori era llamado El Oscuro. Como su padre antes que él. La línea de sangre era pura, antigua y muy poderosa. ¿Por qué ella se apodaba Dara? ¿Había una conexión? Tenía que haberla. ¿Pero cómo?

Julian sacudió la cabeza lentamente, descartando la idea. Ningún Cárpato vivo desconocía al resto de su raza. Y ciertamente ninguna mujer de los Cárpatos podría hacerlo. Desde el diezmo de sus filas, las mujeres eran guardadas muy de cerca, pasando del cuidado del padre al del compañero a temprana edad para asegurar la continuación de su raza.

De otro modo todo los hombres de los Cárpatos sin pareja la rondarían, intentando forzar su suerte. Y Mikhail la tendría bajo el manto de su protección. Julian dejó a un lado el enigma por el momento. Cerró los ojos y se concentró en alcanzar a Desari. Dara. Normalmente era necesario un intercambio de sangre para rastrear a otro, pero Julian había estudiado y experimentado durante muchos años. Podía hacer cosas increíbles, incluso para uno de su raza. Construyó la imagen de Desari en su mente, concentrándose en cada detalle.

Después apuntó y empujó su voluntad en la noche. Buscando. Conduciendo. Ordenando.

Ven a mí, cara mia, ven a mí. Eres mía. Nunca habrá nadie más para ti. Quieres venir conmigo. Me necesitas. Sientes el vacío sin mí.

Julian fue implacable en su persecución. Cruelmente aplicó más presión. *Encuéntrame. Sabes que eres mía. No puedes soportar el toque de otro, cara mia. Me necesitas contigo para llenar el terrible vacío. Ya no serás feliz ni estarás contenta sin mí. Debes encontrarme.*

Envió la imperiosa orden, completamente concentrado en encontrar un vinculo mental con ella. No paró hasta estar seguro de haber conectado, de que sus palabras habían penetrado cualquier barrera que los separara y encontrado el camino hasta su alma.

2

La policía estaba por todas partes. Desari se sentó cuidadosamente, mareada y enferma. Se sentía extraña, diferente, como si algo en su interior hubiera cambiando para siempre. Había un extraño y aullante vacío, un

vacío que tenía que ser llenado. Su hermano y guardaespaldas, Darius, la rodeaba con un brazo. Examinaba cada centímetro de ella son sus fríos ojos negros. Había sangre manchando su vestido, y le dolía el estómago.

- Me dispararon. - Estableció un hecho.

- No sé como fallé en detectar el peligro para ti a tiempo. - Darius parecía gris y agotado.

Desari acarició su fuerte mandíbula.

- Necesitas alimentarte, hermano. Me has dado demasiada sangre.

Darius sacudió la cabeza, entonces miró suscepticiamente hacia la policía.

- Di a Barack y Dayan. También les habían disparado. Seis mortales, Desari, todos querían matarte.

- ¿Barack y Dayan? ¿Están bien? - Exigió rápidamente, con preocupación en sus suaves y oscuros ojos. Miró alrededor frenéticamente buscando a los otros dos miembros de la banda. Se había criado con los dos hombres y los amaba casi tanto como a su propio hermano.

Él asintió.

- Les he enviado a la tierra. Sanarán más rápidamente. Tuve poco tiempo para curarles apropiadamente, pero hice todo lo que pude por ellos. Hubo otro. Era fuerte y poderoso.

Alarmada, Desari miró directamente a su hermano.

- ¿Alguien más me dio sangre? ¿Estás seguro? ¿No hay error?

Darius sacudió la cabeza.

- No te habría alcanzado a tiempo. Estabas ya inconsciente. No tuviste tiempo de detener tu corazón y pulmones como hicieron los otros, así que sangrabas profusamente. Te examiné después, Desari. Habrías muerto de tus heridas. Te salvó la vida.

Ella se puso de rodillas y se acercó más a él.

- ¿Su sangre está en mí? - Sonaba perdida y abandonada, asustada.

Darius maldijo elocuentemente. Durante siglos había cuidado de su familia. Desari, Syndil, Barack, Dayan, y Savon. Los únicos otros miembros de su raza que habían encontrado alguna vez habían sido no-muertos, malditos. Esta criatura se había deslizado pasando a su lado como un extraño y frío viento que se abrió camino por el bar. Darius había estado intranquilo, preocupado; había sentido la presencia de otro, aunque no había captado el hedor de la malvad. El no-muerto. Vampiro. Debería haber actuado, le habían sido desviado los viciosos mortales que emergieron de la multitud.

¿Por qué había sido Desari elegida de repente como objetivo por esta gente? ¿Se habían descubierto los miembros de su familia de algún modo? Sabía que de cuando en cuando a través de la historia había habido erupciones de histeria entre los humanos, particularmente en Europa, a causa de los vampiros. Y durante los últimos setenta y cinco años una cadena de asesinatos en Europa habían sido atribuidos a miembros de alguna sociedad secreta que cazaba a tales criaturas de la noche.

Darius había mantenido a su familia intencionadamente en este continente, no deseando exponerles a esos peligrosos humanos o a que pudieran ser corrompidos por la sangre de los vampiros. Había mucho mundo por recorrer sin acercarse a Europa. Sus recuerdos de la tierra natal original eran vagos y terribles. Merodeadores que clavaban en estacas a

mujeres y niños todavía vivos, colgándolos al sol para morir de una muerte insoportablemente dolorosa. Decapitaciones, quemas, torturas, y mutilación Si alguno de su raza había sobrevivido, hacía ya tiempo que se había convertido en vampiro. Si algún otro niño había escapado como habían hecho ellos, probablemente estaban mejor sin ser encontrados.

- ¿Darius? - Desari se aferró su camisa. - No me has contestado. ¿Voy a convertirme? ¿Puede hacerme eso el no-muerto? - Su hermosa voz temblaba de miedo.

Él la rodeó con un brazo fuerte para conformarla, su cara era una dura e implacable máscara de resolución.

- Nada va a hacerte daño, Desari. Yo no lo permitiría.

- ¿Podemos cambiar su sangre, reemplazarla por la tuya?

- Me envié a mí mismo dentro de tu cuerpo. No encontré evidencia de maldad. No sé que es él, pero fui capaz de marcarle como él me marcó a mí. - Alzó el brazo y se palmeó el costado. Su palma se alejó del estómago cubierta de sangre.

Desari jadeó y alzó aún más sobre las rodillas.

- Cierra tus propias heridas ahora, Darius. Ya has pedido demasiada sangre. Tienes que atenderte a ti mismo.

- Estoy cansado, Desari. - Reconoció él suavemente.

La confesión la sobresaltó. La asustó. La aterró. Nunca, ni una sola vez, en todos sus siglos juntos, recordaba que su hermano hubiera admitido tal cosa. Había ido a la batalla incontables veces, había resultado herido por animales, por mortales, había cazado y matado a los más peligrosos de todos, los vampiros.

Le deslizó un brazo alrededor de su amplia espalda.

- Necesitas sangre, Darius, ahora mismo. ¿Dónde está Syndil? - Desari sabía que estaba demasiado débil para ayudar a su hermano. Miró a su alrededor a la escena de caos y comprendió que su hermano estaba ya escudándolos a la vista de los policías mortales. Debía haber estado manteniendo la ilusión durante algún tiempo. Eso por sí solo era agotador. Apretó los dientes y lo puso en pie.

- Llamaremos a Syndil, Darius. Debe estar escondida profundamente en la tierra para no haber notado esta perturbación. Ya es hora de que vuelva al mundo de los vivos.

Darius sacudió la cabeza, pero apoyó su alta forma contra Desari.

- Es demasiado pronto para ella. Todavía está traumatizada.

Syndil, estamos en grandes apuros. Debes venir a nosotros. Debes oír nuestra llamada. Desari buscó a la mujer a la que consideraba su amiga más íntima y hermana. Sentía pena por Syndil, ultraje en su nombre, pero la necesitaban ahora.

Habían sido seis niños, lanzados juntos en un tiempo de guerra y crueldad. Darius había tenido seis años, Desari seis meses. Savon habían tenido cuatro, Dayan tres, Barack dos, y Syndil un año. Habían crecido juntos, dependiendo sólo los unos de los otros, teniendo a Darius para liderarlos, protegerlos y cuidar de su supervivencia.

Sus padres habían sido capturados justo antes de que el sol estuviera en su punto álgido, débiles y letárgicos, paralizados a la manera de su raza. Los merodeadores habían recorrido el pueblo y matado a todos los adultos

humanos, incluyendo a los Cárpatos que intentaron ayudarles. Los niños habían sido reunidos en rebaño en una cabaña y le habían prendido fuego.

Darius había notado que una campesina escapaba sin ser vista por los atacantes. Ya que el sol no afectaba a los niños de los Cárpatos tan severamente como a los adultos, Darius había esperado su oportunidad, escondiendo a los cinco pequeños de la locura asesina. Se las arregló, por la pura fuerza de su voluntad, para cubrir la presencia de la mujer humana y los niños Cárpatos, incluso mientras plantaba la compulsión en ella para que los llevara con ella. Sin ser consciente de no eran de su raza, ella los condujo bajando las montañas hasta el mar, donde su amante tenía un bote. A pesar de su terror al océano habían partido, más temerosos de la crueldad y el gran número de merodeadores que de las serpientes de mar o de navegar cayendo por el borde del mundo.

Escondidos en el bote, los niños permanecieron en silencio. Temiendo la guerra, no conociendo ninguna orilla segura, el hombre llevó el bote mucho más lejos de lo que lo había hecho nunca. Altos vientos lo empujaron incluso más lejos, mar adentro. Hubo una terrible tormenta abofeteó el barco hasta que se rompió y hundió, los mortales se hundieron bajo las olas.

Darius una vez más había salvado a los niños. Incluso a los seis años había sido inusualmente fuerte, la sangre de su padre era pura y antigua. Tomó la imagen de un poderoso pájaro, un raptor, había agarrado a los pequeños entre sus garras, y había volado a la más cercana masa de tierra.

Sus vidas habían sido extremadamente difíciles esos primeros días, la costa de África todavía era salvaje e implacable. Los niños de los Cárpatos necesitaban sangre pero eran incapaces de cazar. También necesitaban hierbas y otros nutrientes. Incluso la mayoría de los niños no sobrevivían a su primer año de vida. Era un tributo a la fuerza voluntad de Darius que los seis niños hubieran sobrevivido. Aprendió a cazar con los leopardos. Encontró a los pequeños refugio y tierra y empezó a aprender las artes sanadoras. Ninguna de sus lecciones había sido fácil. A veces resultaba herido en sus expediciones de caza. Muchos de sus experimentos fracasaron o estallaron. Pero perseveró, decidido a no permitir que ninguno de ellos muriera. Con frecuencia se envenenó a sí mismo intentando nuevas comidas para los niños, y aprendió a liberar su propio cuerpo del veneno.

Durante los siglos habían permanecido juntos, una unidad familiar, con Darius guiándolos, siempre adquiriendo más conocimientos, inventando nuevas formas de esconder sus diferencias de los humanos que encontraban, e incluso para invertir dinero. Era poderoso y decidido. Desari estaba segura de que no había otro como él. Sus normas eran incuestionables; su palabra era ley. Ninguno de ellos había estado preparado para la tragedia de dos meses atrás. Desari casi no podía soportar recordarlo. Savon había elegido perder su alma, entregándose a la bestia agazapada, eligiendo la completa oscuridad. Había ocultado la mancha de maldad que se extendía en él incluso a sus más allegados.

Había esperado su momento, esperado su oportunidad, y entonces viciosamente atacó a Syndil. Desari nunca había visto tan brutal ataque a ninguna mujer. Los hombres siempre habían protegido, atesorado y apreciado a las mujeres. Ni en sueños podía pasar semejante cosa. Syndil había sido dulce y confiada, pero Savon la había golpeado ese día, aporreado y violado. Casi la había matado, bebiendo su sangre. Darius los encontró,

dirigido por el frenético grito de ayuda de Syndil. Le sorprendió que su mejor amigó hubiera cometido tan monstruoso crimen, casi le había matado a él, Savon le había atacado.

Después de eso, Syndil estaba tan histérica que sólo permitía que Desari se acercara a ella y sólo Desari reemplazara la sangre que había perdido. En cambio Barack y Dayan habían alimentado a Desari y Darius. Había sido un momento trágico y horrible, y Desari sabía que ninguno de ellos se había recuperado completamente todavía.

Syndil pasaba ahora la mayor parte del tiempo en la tierra o cambiando a la forma de un leopardo. Raramente hablaba, nunca sonreía, y no permitía que se discutiera el ataque. Dayan se había vuelto más callado, más protector. Barack era el más cambiado. Siempre había parecido un playboy, sonriente y jovial durante siglos, pero durante un mes también él había permanecido en la tierra, y después estaba malhumorado y vigilante, sus oscuros ojos seguían a Syndil donde quiera que fuera. Darius también estaba cambiado. Sus ojos negros estaban vacíos y fríos. Vigilaba a las dos mujeres incluso más de cerca. Desari notaba que también se había distanciado de los hombres.

¡Syndil, vamos! Esta vez dio la orden con voz firme y decisiva. Darius era demasiado pesado como para que Desari, en su débil estado lo moviera. Lo que le había pasado a Syndil no era la había traumatizado a ella. Todos habían sufrido, y todos habían cambiado para a causa de ello. La necesitaban. Darius la necesitaba.

Syndil se materializó a su lado, alta y hermosa, con enormes ojos tristes. Palideció visiblemente cuando vio las manchas de sangre en Desari, y cuando notó que Darius se balanceaba inestable sobre sus pies, con la cara gris. Rápidamente le cogió, tomando la mayor parte de su peso.

- ¿Los otros? ¿Dónde están?

- Darius les dio su sangre, sangre de la que no podía prescindir. - Explicó Desari. - Fuimos atacado por mortales con armas. Dayan y Barack también fueron ambos alcanzados.

- ¿Barack? - La cara pálida de Syndil se puso incluso más blanca. - ¿Y Dayan? ¿Están ambos vivos? ¿Dónde están?

- Están en la tierra sanadora. - Le aseguró Desari.

- ¿Quién querría dispararnos? ¿Y qué le ocurrió a Darius? - Syndil urgió a Darius hacia la parte delantera del autobús del grupo. Bajo la cobertura de la oscuridad se abrieron paso hacia dentro, donde Darius había dejado a los dos leopardos después de que le ayudaran.

En el momento en que tuvieron a Darius en el lecho, Desari le rasgó la camisa para exponer sus heridas. Syndil se acercó más. Su mirada se entrecerró especulativamente.

- Un leopardo hizo eso.

- Algo lo hizo. - Corrigió Darius severamente. - Pero no era un auténtico leopardo. Ni era mortal. Fuera lo que fuera, le dio sangre a Desari. - Sacudió la cabeza y levantó la mirada hacia su hermana. - Era fuerte, Desari, fuerte como nada con lo que me hubiera enfrentado antes.

Syndil se inclinó hacia él.

- Necesitas sangre, Darius. Debes tomar la mía. - Se negó a permitir que el miedo de estar cerca de un hombre, el más fuerte de su familia, le permitiera esquivar su deber. Ya estaba avergonzada de haberse alejado

tanto de los otros como para haber sido incapaz de detectar el peligro para todos ellos.

Los ojos de Darius, tan oscuros que eran negros, flotaron por la cara de ella. Podía verlo todo, veía su misma alma, veía su aversión a tocar a un hombre. Sacudió la cabeza.

- Gracias, hermanita, pero preferiría que dieras tu sangre a Desari.

- ¡Darius! - Protestó Desari. - La necesitas desesperadamente.

Avergonzada, Syndil agachó la cabeza.

- Lo hace por mí. - Confesó suavemente. - No puedo soportar que me toque ningún hombre y él lo sabe.

- Si no fuera necesario diluir la sangre del intruso en las venas de Desari. - Objetó Darius suavemente, su voz eran tranquilizadora. - Aceptaría encantado tu ofrecimiento. Si es desagradable para ti hacer semejante cosa, entonces el ofrecimiento es más valioso, y lo agradezco.

Darius, advirtió Desari, cuidado de usar el vínculo mental privado que compartían, *Syndil no es lo suficientemente fuerte como para diluir la sangre.*

Es un pequeño detalle por el bien de Syndil, Desari. Darius cerró los ojos de nuevo y se hundió dentro de sí mismo, cerrando lo peor de las marcas de las garras y empezando el ritual sanador en cada una de las profundas heridas, de dentro hacia fuera.

Syndil observó la cara de Darius, esperando hasta que estuvo lejos de ellas en espíritu, y fuera incapaz de oír su conversación, antes de hablar.

- ¿Me está mintiendo? - Preguntó.

Desari acarició el brazo de su hermano, eligiendo las palabras cuidadosamente, pensativamente.

- Había otro con los mortales. No sabemos que era. Salvó mi vida, cerrando mis heridas y dándome su sangre. Darius le atacó; lucharon. Aparentemente ninguno de los dos salió victorioso.

Syndil estudió la cara de Desari.

- Tienes miedo. Es verdad entonces. Tienes la sangre del intruso en ti.

Desari asintió.

- Me siento diferente por dentro. Hizo algo. - Susurro las palabras en voz alta, pero era la primera vez que lo admitía ante alguien aparte de sí misma. - Estoy cambiando.

Syndil paso un brazo alrededor de Desari.

- Siéntate junto a Darius. Parece como si fueras a caerte de cara.

- También me siento así. - Desari enterró la cara en el hombro de Syndil durante un momento, abrazándola firmemente. - ¿Qué deberíamos hacer con él?

- Estará bien. - Dijo Syndil suavemente. - Darius no morirá tan fácilmente.

- Lo sé. - Después Desari confesó su peor miedo. - Es sólo que ha sido tan infeliz durante tanto tiempo. Siempre tengo miedo de que un día permita que algo o alguien le destruya para así no tener que continuar.

- Todos hemos sido infelices. - Señaló Syndil mientras empujaba a Desari firmemente para sentarla. - ¿Cómo podría lo que Savon me hizo, lo que nos hizo a todos, dejarnos indemnes? Pero Darius no nos abandonará. Nunca haría tal cosa, ni siquiera a causa de una herida recibida descuidadamente.

- ¿Crees que ha sido descuidado entonces? - Eso asustó a Desari incluso más. Si Darius había sido descuidado, significaba que sus miedos estaban más cerca de la realidad que nunca.

- Toma mi sangre, Desari. Es ofrecida libremente a ti y a Darius. Espero que os provea a ambos con fuerza y paz. - Replicó Syndil suavemente. Se abrió la muñeca con una uña afilada y la sostuvo en la boca de Desari. - Por Darius, no por ti misma.

Desari se alimentó, después de inclinó sobre su hermano, susurrándole suavemente en al oído.

- Toma de mí lo que libremente te ofrezco, hermano, lo que necesitas. Tómalo por ti mismo y por todos nosotros que tanto dependemos de ti. Te ofrezco mi vida para que puedas vivir.

- ¡Desari! - Protestó Syndil bruscamente. - Darius podría no saber lo que hace. No puedes decir cosas como esas.

- Pero es verdad. - Dijo Desari suavemente, acariciando hacia atrás el pelo de su hermano. - Es el hombre más grandioso que he conocido nunca. Haría cualquier cosa por salvar su vida. - Presionó su muñeca abierta sobre la boca de su hermano. - Lo que ha hecho por todos nosotros, ningún otro habría podido hacerlo. Ningún otro niño de seis años podía nunca habernos salvado. Fue un milagro, Syndil. No tenía entrenamiento, nadie que le guiara, aún así se las arregló para mantenernos a vivos todos. Nos dio una buena vida. Merece mucho más de lo que tiene.

- Debes tomar mi sangre, Desari. - Insistió Syndil suavemente. - Estás muy pálida. Darius se enfadaría contigo si supiera que no te alimentas apropiadamente. Insisto, Desari. Debes alimentarte. - Para reforzar la orden, Syndil se reabrió su propia vena con los dientes y empujó la muñeca ante la boca de Desari. - Has lo que digo, hermanita. - Dio la orden con su voz más firme.

Fue tan impropio de Syndil, que Desari saltó para obedecer. Syndil tenía una forma de hablar amable y suave y una naturaleza amorosa. Raramente hacía cosas salvajes e impredecibles como las que hacia Desari. Desari se había considerado siempre refrenada por su hermano, que no lo había hecho muy bien. Siempre inventaba algo nuevo y diferente que intentar. Siempre sorprendida por la belleza del mundo que la rodeaba, lo encontraba todo excitante, a la gente intrigante. No estaba contenta, como lo estaba Syndil, haciendo lo que los hombres le ordenaban.

No era como si desafiara a Darius. Nunca haría eso; nadie se atrevería. Sólo que terminaba metida en problemas por cosillas. Por ejemplo, Darius no quería que Desari vagara por ahí sola, pero a ella le gustaba la privacidad, y disfrutaba corriendo por el bosque, surcando los cielos, nadando como un pez. La vida burbujeaba por ahí con infinitas oportunidades de aventura, y Desari quería probarlas todas. Darius, sin embargo, creía que los vampiros podrían estar acechando en todas partes, esperando llevarse a las mujeres, y las guardaba en concordancia con esa idea.

Desari cerró la herida en la muñeca de Syndil, cuidando de no dejar marca, después muy gentilmente empujó su propio brazo lejos de su hermano, cerrando la laceración con agente sanador de su saliva.

- ¿Crees que parece un poco mejor, Syndil? - Darius estaba en el profundo sueño de su gente, su corazón y pulmones en realidad detenidos.

- Su color no es tan gris. - Estuvo de acuerdo Syndil. - Debemos ir con él a la tierra, donde tengamos la oportunidad de sanar. ¿Adónde envió a Barack y Dayan?

- No lo sé. - Admitió Desari. - Estaba inconsciente.

- En todo caso, necesitas ir a la tierra para sanar también. Me las apañaré con las pesquisas de la policía. Les diré que Darius os mantuvo a ti y a la banda fuera de peligro, que todos estáis heridos pero que el ataque contra tu vida no tuvo éxito.

- Querrán saber donde hemos sido tratados. - Objetó Desari. Estaba muy cansada, y la inquietud crecía en ella. Se sentía inquieta e infeliz, cerca de las lágrimas, algo increíble en ella.

- Puedo implantar recuerdos tan bien como cualquiera de vosotros. - Dijo Syndil firmemente. - Puedo preferir la soledad, pero te aseguro, Desari, que soy tan capaz como tú.

Desari acarició hacia atrás el largo pelo oscuro de su hermano. Las hebras sedosas caían más allá de los amplios hombros en una brillante cascada que recordaba a la suya propia. Darius siempre parecía tan duro e implacable cuando estaba consciente, con un golpe de crueldad en esa boca finamente cincelada. Aunque todo eso desaparecía cuando estaba dormido. Parecía joven y guapo, sin las tremendas responsabilidades que siempre llevaba sobre los hombros cuando estaba consciente.

- No me gusta dormir tan cerca de los mortales, especialmente cuando estamos siendo cazados. - Dijo Desari suavemente. - No es seguro.

- Estoy segura de que Darius llevó a Barack y Dayan a los bosques para asegurar su seguridad. Haremos lo mismo con Darius. Desari, puede estar herido y cansado, pero es poderoso más allá de nuestra imaginación. Puede oí y sentir cosas incluso cuando está durmiendo el sueño de nuestra gente.

- ¿Qué quieres decir?

Syndil empujó la espesa trenza que le caía sobre el hombro.

- La noche que Savon me atacó, Darius estaba profundamente en la tierra sanando de una herida. El resto de vosotros estabais lejos, cazando, y yo me había quedado para vigilar su descanso. Savon me llamó para que me encontrara con él en una cueva para ver una extraña planta que había encontrado. - Inclinó la cabeza. - Fui. Debería haberme quedado a vigilar a Darius, pero acudí a la llamada de Savon. Grité para que todos vosotros me ayudarais, aunque estabais demasiado lejos para llegar a tiempo. Pero Darius me oyó. Incluso estando profundamente en el interior de la tierra. Incluso en el sueño sanador de nuestra gente, me oyó y supo cada detalle; le sentí, como se cernía sobre mí. Herido, se levantó y vino a salvarme.

- ¿Darius te oyó mientras dormía? - Desari, como los otros, había asumido que Darius se había levantado mientras ellos cazaban. Para cuando ella, Dayan y Barack habían vuelto, Darius ya había destruido a Savon y había sanado las terribles heridas de Syndil aunque él mismo estaba débil por la pérdida de sangre.

Syndil asintió solemnemente.

- Vino cuando yo creía que ya no había esperanzas para mí. - Inclinó la cabeza, su voz era suave, llena de lágrimas. - Me sentí tan avergonzada por no poder controlar mi pena y aliviar su dolor. Se sentía culpable. Sentía que me había fallado.

Desari tendió su cabeza protectoramente sobre el pecho de su hermano. Sabía que Syndil tenía razón sólo a medias. Darius creía que había fallado a Syndil, pero no se sentía culpable. No sentía nada en absoluto. Había ocultado la pérdida de sus emociones a todos ellos, pero Desari estaba demasiado cerca de él, era bien consciente de ello y lo había sido desde hacía algún tiempo. Era sólo su intensa lealtad y sentido del deber lo que mantenía a Darius luchando por ellos. No eran los sentimientos.

Sabía que Darius temía por la seguridad de los otros si se convertía como Savon. Ella estaba segura, como él, de que ni Barack ni Dayan podían derrotarle en la lucha. Dudaba que ni siquiera sus fuerzas combinadas pudieran hacerlo. Creía que Darius era invencible. No podía convertirse. Para ella, era simple. A pesar de que la oscuridad en él estaba creciendo, extendiéndose, a pesar de su falta de sentimientos, nunca se permitiría a sí mismo convertirse. Su voluntad era demasiado fuerte. Darius lo había demostrado desde el principio. Nada podía desviarlo del camino una vez elegía una opción.

A menos, quizás, que simplemente se permitiera ser honorablemente asesinado. Esa era la primera preocupación de Desari, su más profundo temor. Estaba asustada por todos ellos. Los hombres de los Cárpatos tenían una naturaleza completamente diferente a la de las mujeres. Eran depredadores peligrosos y poderosos, incluso cuando protegían a las mujeres y mortales, eran dominantes, arrogantes y verdaderamente peligrosos si se convertían. No estaba en la naturaleza de Syndil acalorarse bajo el constreñimiento de los hombres o rebelarse contra ellos. Desari sólo hacía lo que quería y mandaba al diablo las consecuencias, lo que sólo servía para hacer a los hombres más dominantes y protectores. Si, estarían todos en grave peligro si Darius moría o se convertía en vampiro.

- Tendrás que conducir el autobús, Syndil. - Instruyó Desari. - Yo guardaré la retaguardia para asegurar que no nos siguen.

Syndil deseó poder conducir el enorme vehículo y también lanzar una ilusión sobre él para esconderlo de los mortales, pero era imposible para ella. Tendría que dejárselo a Desari, incluso en su débil estado, dejar que colocara tantos bloqueos como fuera posible para que nadie pudiera seguirlos. Estaban evidentemente en peligro debido a algún grupo asesino de mortales.

- Vamos, Syndil. - Dijo Desari, abriéndose paso hacia la parte de atrás del autobús.

¿Quién le había salvado la vida?, se preguntaba. ¿Por qué lo había hecho? Darius decía que no podía detectar maldad, o sangre corrupta en ella, y él debía saberlo. Había cazado y matado a los no-muertos con bastante frecuencia a lo largo de los siglos. Conocía mejor que nadie el hedor de la sangre corrupta. Decía que quemaba la piel, levantaba ampollas, y se abría paso a través de la carne si el contacto se prolongaba demasiado. Darius había aprendido esa importante lección como había aprendido todo lo demás: por el camino más difícil.

Desari se arrodilló sobre la cama en la parte de atrás del autobús y miró hacia afuera a la escena de menguante caos. Las ambulancias y los coches de la policía estaba apartándose, la multitud empezaba a dispersarse. No había pensado en preguntar a Darius si alguno de sus

atacantes había escapado. Conociendo a Darius, lo dudaba, pero podía haber estado tan preocupado por ella, Barack, y Dayan que había permitido que alguno de los culpables escapara de su particular estigma de justicia.

Syndil condujo el autobús con sorprendente habilidad, y Desari mantuvo los ojos pegados tras ellos, vigilando que nada dejara rastro del vehículo. Súbitamente tenía el corazón en la garganta, martilleando con alarma. Por alguna razón no quería dejar el bar. Sentía como si estuviera dejando atrás su destino. Necesitaba estar donde él pudiera encontrarla. ¿Él?

Desari jadeó y se hundió hacia atrás en la cama.

- ¿Qué? - Exigió Syndil, mirando por el espejo retrovisor. Podía oír el incremento de los latidos de corazón de Desari, súbitamente jadeó de alarma. La sangre corría por sus venas demasiado rápido. Syndil no podía ver a nadie tras ellos. - ¿Qué es, Desari? - Repitió.

- No puedo dejar este lugar. - Dijo Desari suavemente, tristemente, con pena en su corazón. Presionó las manos sobre sus sienes latentes. - Déjame salir, Syndil. Debo quedarme aquí.

- Respira, Desari. Sólo respira y piénsalo. Si te ocurre algo, podemos arreglarlo. - Le aseguró Syndil, apretando con más fuerza el pedal del acelerador. No estaba dispuesta a dejar a Desari en ningún sitio semejante condición.

¿Desari? El débil estremecimiento en su mente era Darius. Reconoció su toque, la arrogancia natural de su voz*. ¿Me necesitas?*

No puedo alejarme de él. La criatura que me dio sangre nos ha ligado juntos de alguna forma. Darius, estoy tan asustada.

Syndil te ha dado un buen consejo. Mantén la calma y piensa. Respira. Eres poderosa, quizás incluso más que esta criatura que está intentando atraparte. Usa ese poder ahora. Si temes dejarle no lo hagas. Volverá a ti de nuevo. Y esta vez le estaré esperando.

Hay un terrible vacío en mí. No puedo soportar alejarme de él. Está llamándome.

¿Le oyes? La voz de Darius en su mente era fuerte, había captado su interés a pesar de su necesidad de descansar y sanar. *¿Oyes su voz?*

Desari sacudió la cabeza, olvidando por un momento que su hermano no podía verla. Tenía los brazos cruzados sobre el estómago, y se mecía hacia delante y atrás para confortarse. El golpeteo de su cuerpo era casi tan doloroso como el dolor de su alma. *No, no es como eso. Sólo un terrible retortijón, una sensación de ser desgarrada. Él es fuerte, Darius. Nunca me dejará marchar. Nunca.*

Te libraré de esta criatura, Desari.

De nuevo ella sacudió la cabeza. *No creo que puedas, Darius.*

No te fallaré.

Desari se apretó el dorso de la mano contra la boca temblorosa.

- No puedes. - Susurró suavemente en voz alta. - Si le mata, me llevará con él cuando se vaya.

Syndil jadeó, con su agudeza de oído había captado el hilillo de voz y pena de Desari. Sabía que Darius estaba comunicándose en privado con su hermana incluso en medio de su profundo sueño; Darius era fuerte incluso en los peores momentos.

- Díselo, Desari. Díselo a Darius si realmente lo crees. Sabes que nadie puede derrotar a Darius. Es imposible. Si lo que dices es verdad debe saberlo.

- No puede ayudarme esta vez. Nadie puede. - Dijo Desari.

Syndil llamó a Darius en el interior de su propia muerte, algo que no había hecho desde el violento ataque que había sufrido. *Desari cree que si matas a esta criatura, se la llevará con él de este mundo. Y creo que si piensa que puede hacer tal cosa, está en peligro.*

Hubo un corto silencio, después Darius suspiró suavemente. *No te preocupes, hermanita. Pensaré en lo que has dicho y no moveré demasiado rápidamente. Quizás necesitemos aprender más cosas acerca de esta criatura.*

Acurrucándose en la cama, Desari se separó de los otros. Con cada milla que se alejaba más del bar, el miedo opresivo parecía incrementarse. Podía sentir la transpiración perlando su frente. Respiraba en cortos e incómodos jadeos. Tenía que encontrarle.

Tenía que estar cerca de él. De algún modo le había robado la otra mitad de su alma.

Desari se mordió con fuerza el labio inferior, dando la bienvenida al dolor que la ayudaba a centrarse en sí misma. Cerró los ojos y buscó en el interior de su cuerpo. No podía encontrar el hedor del mal. Encontró su corazón completo y fuerte. Encontró su alma completa. Pero ya no era simplemente Desari. Un extraño moraba dentro de ella. Un extraño que era de algún modo muy familiar, más familiar incluso que su familia.

Pasada de la primera sorpresa, estudió la evidencia de su trabajo. Era fuerte y poderoso. Confiado en sí mismo. Incluso arrogante. Muy, muy sabio. Y quería tenerla a ella. Podía sentir su profunda resolución. Nadie le apartaría de su camino. Nada le detendría. Nunca la dejaría. Y morando profundamente dentro de él... una oscura sombra.

Desari se tragó el miedo que la estrangulaba. ¿Por qué estaban tan asustada de este hombre desconocido? Ella no carecía de poder propio. Nadie podía obligarla a hacer lo que no quería. Ni Darius lo permitiría nunca. Y tenía a Barack y Dayan para apoyarla también. Incluso Syndil lucharía por ella si fuera necesario. ¿Por qué estaba tan asustada?

Porque había una excitación en ella que no deseaba ni siquiera admitir ante sí misma. Se sentía intrigada por el extraño, atraída hacia él. Su cuerpo le deseaba, y ni siquiera había puesto nunca los ojos en él. ¿Cómo podía él haber forjado semejante vínculo? ¿Tan poderoso era?

No quería que Darius le hiciera daño. La idea llegó inesperadamente y rayaba, lo sentía, el borde de la deslealtad. Ni siquiera debería pensar tales cosas. Desari se frotó la frente con las manos. Quien quiera que fuera, vendría a por ella, y ella tendría que decidir que hacer. No podía dejar a su familia.

Especialmente no ahora, cuando Darius estaba pasando momentos tan duros luchando con su propia oscuridad.

- Oh, Dios. - Murmuró en voz alta. - ¿En qué estoy pensando?

¿Te duele?

La cabeza de Desari se alzó de golpe, y miró alrededor del autobús cautelosamente. La voz era clara, arrogante, un ronroneo aterciopelado. No era Darius. La garganta se le cerró convulsivamente, haciéndole casi

imposible respirar. Sintió una fuerza, el toque de un hombre, su corazón latía firmemente, sus pulmones trabajaban con facilidad, dentro y fuera, regulando la respiración de ella como si fueran uno. La voz era hermosa, y alcanzaba algo profundo en su alma. Aunque estaba usando un vínculo mental que no era familiar para ella. La experiencia la enervó.

Vete. Probó el vínculo que él estaba usando.

Oyó una suave risa, burlona diversión masculina. *No creo que lo haga, piccola. Respóndeme. ¿Te duele?*

Desari miró alrededor culpable. Syndil estaba ocupada maniobrando la enorme casa rodante bajando una tortuosa carretera que conducía a la profundidad de una zona arbórea. Desari se sentía como si estuviera hablando con el mismo diablo, permitiéndole acceder a su familia y a cualquier sitio a través de ella. Pero no podía dejar de sentir la aplastante excitación.

Por supuesto que me duele. Me dispararon. ¿Quién eres?

Sabes quien soy.

Ella sacudió la cabeza, su larga masa de pelo negro azulado voló en todas direcciones, captando la atención de Syndil.

- ¿Estás bien, Desari? - Preguntó Syndil, con una nota de preocupación en la voz.

- Si, no te preocupes. - Se las arregló Desari para responder.

Sintió el toque de él, las palmas de sus manos rozándole la mejilla. *Me temes.*

No temo a nadie.

Esa risa de nuevo. Una diversión masculina que la hacía desear estrangularlo.

¿Qué es El Oscuro para ti? Le preguntó él. No había diversión en la pregunta. Era una imperiosa orden para que le respondiera. Incluso la empujó con una compulsión.

Furiosa, Desari cortó el contacto. ¿Pensaba que ella era una simple mortal a la podría dominar fácilmente? ¿Cómo se atrevía? Era de una línea de sangre antigua y poderosa. Merecía respeto. Nadie, ni siquiera su hermano, el líder de su familia, la trataba con semejante desdén. Tomando un profundo aliento, Desari se calmó. Dos podían jugar a este juego. Ella también podía rastrearlo a él. Tenía su sangre en las venas. Si él podía encontrarla e intentar "empujarla", ella podía hacer lo mismo.

Desari se quedó muy quieta, permitiendo que su mente se convirtiera en un tranquilo estanque. Se tomó su tiempo para buscar cada camino hasta que encontró uno que podía conducirla al extraño.

¿Quién eres? Le empujó ella, empleó una buena y dura compulsión.

Se hizo el silencio. Después la exasperante risa de él. *Eres como tu guardián. Cárpato, no mortal después de todo. Tenemos mucho que aprender el uno del otro. Eres de los Cárpatos, aunque diferente.*

No tomaste mi sangre. ¿Cómo es que puedes rastrearme? A pesar de sí misma, Desari estaba impresionada. Sabía que Darius podría hacer tal cosa, pero Barack y Dayan no podía. Ni tampoco ella. Aún. Pero siempre había aprendido cosas de su hermano.

Comprende esto, cara, me perteneces.

Sólo si yo así lo deseo, le corrigió ella, enfadada de nuevo. Su arrogancia la dejaba atónita.

El autobús se estremeció y detuvo, y Syndil se volvió en su asiento.

- Este es un buen lugar para ocultarnos, Desari. ¿Puedes ayudarme a llevar a Darius a la tierra?

El color de deslizó por el cuello y la cara de Desari, y evitó la mirada de Syndil. No quería que nadie supiera lo que estaba haciendo.

- Si. Me siento mucho más fuerte ahora gracias a ti, Syndil. - Respondió.

Que pequeña mentirosa eres, le informó la burlona voz masculina.

Aléjate de mí.

Me deseas. Su voz fue una caricia pronunciada con lentitud.

Eso quisieras tú. Desari se obligó a ponerse en pie y se tambaleó pasillo abajo junto a su hermano.

Desari y Syndil concentraron su atención en Darius y le levantaron entre ambas, usando sólo el poder de sus mentes. Los gatos se acercaron, intentando comprobar por sí mismos que Darius estaba bien. Sin advertencia, la fuerza de Desari se incrementó. Sobresaltada miró hacia Syndil. Pero sabía que era el extraño quien le prestaba su poder.

Aléjate. Simplemente aléjate. Desari tropezó en el último escalón pero se recobró. El cuerpo de Darius no vaciló mucho.

- Estás prácticamente llevándole tú sola. - Dijo Syndil admirada.

Le herí. Las palabras fueron pronunciadas con una profunda satisfacción, pero el extraño continuó dando a Desari la fuerza necesaria para impedir que Darius cayera a tierra.

Ella se negó a reconocer su declaración. Enfadada consigo misma por su deslealtad, incluso por desear conversar con el extraño, Desari ondeó una mano para abrir la tierra para el cuerpo de su hermano. Sabía que el extraño estaba morando en ella, pero era totalmente consciente de su propio poder. Él no podría leer lo que ella no quisiera que supiera mientras permaneciera alerta a su invasión.

Darius flotó al interior de la tierra. La tierra sanadora se vertió sobre su cuerpo. Sasha, el leopardo hembra, se tendió en lo alto del montículo.

Desari abrió la tierra junto a su hermano y entró agradecida en la consoladora tranquilidad que la naturaleza le ofrecía para sanar su cuerpo y mente.

- Duerme bien, hermanita. - Susurró Syndil. - No tengas miedo. Cuidaré de todos los detalles y cabos sueltos antes de buscar descanso esta noche. Sana, Desari, y permanece a salvo.

- Cuida de ti misma, Syndil. Puede haber más asesinos. - Le advirtió Desari. Cerró los ojos y permitió que la tierra la rodeara.

La última cosa que sintió mientras cerraba su cuerpo fue una mano masculina rozando su cara en una lenta caricia que derretía el corazón. La última cosa que oyó antes de que su corazón dejara de latir fue su voz.

Vendré a por ti, piccola. Siempre estaré cerca si me necesitas.

3

La seguridad era fuerte en el siguiente concierto del grupo. Policía y personal de seguridad eran visibles por todas partes. Nadie iba a tener la más mínima oportunidad esta vez, trataban a Desari como si fuera un tesoro nacional. Cada entrada estaba firmemente protegida y cada persona era comprobada con un detector de metales antes de ser admitida. Los perros vagaban por los pasillos con sus cuidadores, y Darius lo supervisaba todo. No iba a permitir que los asesinos tuvieran una segunda oportunidad con su hermana.

La policía había buscado a los sospechosos del intento de asesinato de la semana pasada, pero no pudieron encontrar ni rastro de ellos. Una buena cantidad de sangre había sido descubierta conduciendo hasta la taberna, pero no había cuerpos. La policía estaba segura que al menos un sospechoso había muerto y sus compañeros habían movido el cuerpo, pero Darius estaba mejor informado. Había matado a todos los asesinos y los había dejado bien a la vista para que cualquiera que los hubiera enviado los descubriera. Alguien había interferido y sospechaba quien había sido.

Darius examinaba continuamente la multitud, sus ojos negros se movían inquietos sobre la gente que se apiñaba en la entrada del edificio. Además de los asesinos por los que se tenía que preocupar, sabía que la criatura vendría esta noche. Desari no le había dicho nada, pero estaba inquieta y emocionalmente inestable, algo completamente inusual en ella. Varias veces se había extendido para tocar su mente, sólo para encontrarla cerrada a él. Podría haber empujado para traspasar la barrera con cierto esfuerzo, pero respetaba su derecho a la privacidad.

Julian, vestido con unos vaqueros azules descoloridos y una camiseta negra sin mangas, se abrió paso entre la multitud hacia las puertas. Descubrió al guardia de seguridad de Desari instantáneamente y se tomó unos pocos minutos para estudiarle. Más que nunca el hombre le recordaba a Gregori. Era alto, como tendían a ser los Cárpatos, pero tenía más músculos que la mayoría de los hombres de su raza. Gregori era musculoso también. La cara del guardaespaldas era una cincelada máscara de áspera belleza, que recordaba mucho a la del sanador, pero sus ojos eran hielo negro, donde los de Gregori eran plateados.

Sus ojos brillaban amenazadores y parecían no perderse nada mientras se movían sobre la multitud. Julian no deseaba llamar la atención sobre su presencia usando ninguna clase de poder. El guardaespaldas ya le había descubierto, esos ojos negros sin alma descansaban pensativamente en él mientras la cola se movía acercándose más a la entrada. Julian se aseguró de que sus patrones cerebrales fueran los mismos que los de un mortal. Una austera sonrisa de diversión tocó su boca. Era como un juego de ajedrez. Los pensamientos que presentó a una sonda mental fueron los de cualquier hombre humano que fuera a ver a una imposiblemente hermosa y sexy cantante actuando en persona.

Sintió la presencia en su mente, el empuje afilado, la rápida exploración, después el alivio. Julian casi se rió en voz alta, pero mantuvo su cara como una pálida máscara. Incluso el ligero y decisivo toque le recordaba a Gregori. Quienquiera que fuera el guardaespaldas, Julian estaba seguro de que estaba emparentado con el sanador, al que todos los Cárpatos se referían como El Oscuro. El guardaespaldas tenía que ser de la misma línea de sangre. El enigma le intrigaba. La presencia del hombre le

irritaba. No quería a ningún hombre de los Cárpatos cerca de Desari hasta que el círculo del ritual de emparejamiento se hubiera completado.

La sonda llegó de nuevo, un directo y poderoso empujó en su mente. La actitud era tan parecida a la del Oscuro, Julian estaba atónito. El guardaespaldas no se estaba tragando su inocente actuación. Julian mantuvo su mente en el patrón humano, evidenciando sólo anticipación y inofensivo anhelo erótico. Era irritante permitir a alguien en su mente, pero se recordó a sí mismo que el intruso estaba recogiendo sólo lo que le estaba transmitiendo deliberadamente.

Julian evitó cuidadosamente mirar al guardia. El hombre era demasiado listo. Incluso después de dos sondas mentales para asegurarse, notaba el poder. Julian era sospechoso, y el guardaespaldas era lo suficientemente intuitivo como para mantenerse tras él. Julian sentía el peso de esos ojos ardientes. Este hombre tenía auténtico poder. Tenía que ser uno de los antiguos, con la sangre y la fuerza de siglos de aprendizaje. Julian deseó estar en posición de probarle, pero era indispensable parecer humano hasta que supiera más. Una vez había pasado siglos buscando, aceptando su solitaria existencia incluso mientras exploraba la tierra en busca de los restos de su raza. Ahora, cuando había casi terminado su vida, encontraba un grupo de su gente. ¿Los míticos perdidos? Debían ser ellos.

Pero Desari le pertenecía. Y si el otro hombre pensaba de otra forma, estaba a favor de dispensarle una dura lección. Julian entró en el edificio y se alejó de los negros ojos entrometidos. Sólo entonces notó que estaba excitado. Le gustaban los desafíos. Siempre había buscado conocimiento. Y podía sentir el poder y la fuerza que había acumulado mientras buscaba información y conocimientos de toda clase. La contienda con este otro hombre poderoso podía resultar bastante interesante.

Se movió con facilidad, maniobrando a través de la multitud bajando hacia adelante. En lugar de sentarse, se quedó en pie a lo largo de la pared cerca de una salida. Inhalando, olfateó la presencia de dos gatos de la jungla, los mismos que habían trabajado en equipo con la enorme pantera negra. Ahora Julian estaba seguro de que el guardaespaldas había cambiado a la forma del gran depredador. Aunque el guardia no mostraba evidencia de las heridas que Julian sabía que le había inflingido, aún así todavía estaba seguro de que ese hombre había sido la pantera que dirigía a los otros en su ataque a él.

Desari. Se encontró sonriendo. Su breve intercambio mental había sido toda una revelación. ¡Era una mujer de los Cárpatos! Como se las había arreglado que correr por el mundo sin ser detectada era todavía un misterio. ¡Había restos de su raza, y los había encontrado! Siempre se había preguntado si alguno de los niños había escapado de la invasión turca y se había perdido. En nombre de su raza, a urgencias de Gregori y Mikhail, Julian los había buscado, particularmente a las mujeres, con la esperanza de buscar una forma de salvar a su gente.

Y había encontrado a Desari, su propia compañera, cuando había estado buscando compañeras para otros. Y tenía temperamento, esta mujer. Se encontró riendo en voz alta, recordando el "empujón" en su mente. Era mucho más fuerte de lo que había anticipado. Había visto como una vacía y yerma existencia se tornaba en otra llena de excitación en un abrir y cerrar de ojos.

El humor de la muchedumbre era casi eléctrico, el aire estaba tenso de anticipación. Las actuaciones de Desari estaban siempre al completo. No importaba donde tocara, si era una pequeña taberna o un enorme estadio. Y con la publicidad que siguió al reciente atentado contra su vida, era incluso más célebre. Los reporteros, también, eran muchos.

Julian escuchó las conversaciones en la zona, cerniéndose sobre ellos, buscando susurros de conspiración. Conocía la naturaleza fanática de la sociedad humana de cazadores de vampiros. Desari era ahora una mujer marcada. No se detendrían con un ataque. Pero Julian estaba bastante seguro de que la sociedad necesitaría tiempo para recobrarse del enorme golpe que había recibido tan recientemente. Le preocupaba más de la amenaza de los vampiros. La presencia de una mujer de los Cárpatos seguramente atraería a las criaturas. Y su seguridad era ahora de suprema importancia personal para él.

Sin advertencia le golpeó. Una intensa necesidad de dejar la cúpula, de salir. La sensación, un oscuro y opresivo temor, le golpeó, lo inundó, y durante un momento apenas pudo respirar. Furioso por haberse mostrado vulnerable a semejante ataque por parte del guardaespaldas, se permitió a sí mismo caer contra la pared, con la parte baja de la palma de la mano presionada contra su frente en un ademán de angustia, mientras cuidadosamente se ponía en guardia.

Sólo entonces le golpeó el hecho. El toque era femenino, no masculino. Desari. Se opuso a la compulsión de salir que le sobrecogía. Recuperó fuerzas y esperó. Ella estaba en uno de los camerinos, sentada en un taburete. Julian inhaló su esencia, tomándola en su cuerpo. Estaba nerviosa. No por su actuación, sino porque sabía que él estaba allí. Tenía miedo de que lo pudiera hacer.

Julian sonrió, sus dientes blancos brillaron como los de un depredador. Alimentó un poco su miedo. No mucho, solo un simple y gentil toque de atención. Él estaba allí. Era fuerte. Invencible. Nada, nadie podría detenerle. No tenía ninguna posibilidad de alejarle.

La mano derecha de Desari fue hasta su esbelta garganta en un gesto de protección. Sabía que el extraño estaba cerca. Esperando. Observando. Podía sentir el peso de su presencia. Podía sentir la inquietud de Darius. Tenía miedo. ¿Que iba a hacer el extraño? No podría soportarlo si Darius y él se enzarzaban en otra lucha. Uno de los dos moriría. El extraño era tan fuerte, podría matar a Darius.

Su cabeza se alzó bruscamente, la furia la inundaba. ¡Nadie podía derrotar a Darius! Ese sinvergüenza. Estaba amplificando sus miedos, su agitación. *¡Para!*

Esa irritante y burlona risa masculina resonó en su mente. *Te lo mereces. Si quieres jugar, cara mia, estoy más que dispuesto.*

No te quiero aquí.

Si, me quieres, se opuso Julian con calma. *Estoy en ti. Siento tu excitación ante mi presencia. La misma excitación está en mi.*

Sientes mi agitación. Tengo un trabajo que hacer. Tu presencia es desquiciante.

Sólo porque tienes miedo de nuestro futuro.. Sabes que está conmigo. Un gran cambio en la vida puede ser atemorizante. Pero no puedo hacer otra cosa que hacerte feliz.

Desari se aferró a esto. *Me harías feliz si abandonaras este lugar. No quiero que tú y Darius luchéis.*

Lo primero es una mentira, cara. Pareces ser capaz de proferir falsedades con facilidad. pero respetaré lo segundo. Evitaré una confrontación con tu guardián si es posible.

No lo entiendes. Desari estaba empezando a sentirse desesperada. Tenía que encontrar una forma de hacerle salir. No se atrevía a arriesgarse con su presencia, incluso si lo que había dicho era verdad, lo cual secretamente deseaba. Nunca se había sentido tan viva. Cada célula de su cuerpo era como su música, salvaje, libre, volando. No lo entendía, pero era exasperante. Y él lo sabía.

Lo entiendo, piccola. Su voz era tierna, casi acariciadora. Se deslizaba bajo su piel, produciendo un inesperado calor en la sangre. *Confía en mí.*

Desari estaba batallando con emociones poco familiares. En todos sus siglos de existencia, nunca había sentido tan electrizante química. En realidad había temido que nada la hiciera sentir los anhelos eróticos sobre los que había leído y oído hablar durante tantos siglos. Su cuerpo había estado frío y sin responder nunca antes hasta ahora. Nunca había puesto los ojos sobre este extraño, aunque él fácilmente evocaba esa reacción. *No te conozco. ¿Cómo puedo confiar en ti?*

Me conoces. Lo dijo con esa mismo voz arrogante y suave. Un hecho establecido. Simple. Fácil.

Un fuerte golpe en la puerta de su camerino le puso los nervios de punta. Debería haber sabido que alguien estaba justo ahí fuera. Nunca antes había fallado en ser consciente de la presencia de los otros. Se levantó y alisó la seda que se pegaba a cada una de sus curvas. Deslizó una mano por su costado, llegaba casi a sus caderas y se movía como con vida propia. Por primera vez en su vida, la importaba tener buen aspecto.

- ¡Desari! ¡Vamos muévete! - Barack golpeó el puño contra la puerta por segunda vez. - La multitud está empezando a inquietarse.

Tomando un profundo aliento, salió al vestíbulo. El brazo de Barack se deslizó instantáneamente alrededor de sus hombros.

- ¿Que estabas haciendo ahí? - Miró alrededor, después inclinó la cabeza hacia la de ella. - ¿No tienes miedo, verdad? Esta vez estamos todos alerta, incluso los gatos. Esos asesinos no tendrán una segunda oportunidad contigo.

- Lo sé. - La voz de Desari salió baja y ronca. - Estaré bien, Barack. Por favor, no le digas nada a Darius. Ya está bastante inquieto.

- No te equivoques con Darius. No teme que vuelvan los asesinos. Piensa que la otra criatura volverá a por ti esta noche. - Barack emparejó sus largas zancadas con las de ella mientras avanzaban por el vestíbulo hacia la entrada del escenario. Dayan dio un paso para colocarse al otro lado de ella.

- Darius destruirá a esta criatura.

Los ojos oscuros de ella, suaves como los de una paloma, se oscurecieron como negros ópalos.

- ¿Por qué insistís todos en referiros a él como la criatura? ¿Os habéis vuelto tan intolerantes como los mortales ahora? Pensaba que éramos uno con todo lo natural, con el universo mismo. ¿Sólo porque él es algo que no

conocemos debemos odiarle? ¿Rechazarle? Me salvó la vida. Eso debería contar algo. ¿O preferiríais que hubiera muerto?

Dayan la cogió del brazo.

- Hermanita, no necesitas defender a esa criatura.

Instantáneamente oyó un suave gruñido de advertencia en su mente. El extraño no estaba complacido con que otro hombre la tocara. ¡Ahora todos estaban hartándola!

Desari tiró para liberar su brazo, lanzado a Dayan una mirada de puro desdén, y se deslizó hacia el escenario. El rugido de la multitud fue tremendo, llenó la cúpula y estalló en el cielo. Ella sonrió, su mirada vagaba sobre la masa de gente que se levantaba de sus asientos para rendir homenaje a su voz, a su música. Pero ella buscaba a un hombre. Sólo a uno.

Infaliblemente lo encontró, su mirada se fijó en él, y su corazón permaneció inmóvil. Durante un momento no pudo respirar mientras sus ojos oscuros se encontraban con los dorados. Estaba de pie contra una pared, en las sombras, pero su cara era una tallada creación de sensual belleza. Su mirada era cálida, ardía de posesión. La boca de Desari se quedó seca, y su cuerpo pareció prenderse en llamas.

¡No me mires así! Las palabras se formaron en su mente a través del vínculo mental privado antes de que pudiera censurarla.

No evitar mirar así a mi compañera, respondió él*. Eres tan hermosa, me quitas el aliento*.

La forma en que lo dijo, la forma en que su voz le rozó las entrañas, le encogió el corazón y trajo súbitas lágrimas a sus ojos.

Él era tan intenso, su voz tan sincera y hambrienta. Toda ella le respondía. Casi perdió su entrada cuando Dayan y Barack tocaron las notas para que empezara la canción. Entonces cantó para él. A él. Cada nota una fantasmal mezcla de misterio y magia.

Y cada nota se hundió en los poros de Julian, inundando su alma. Desari era increíble. Cautivaba a la audiencia entera. La sala estaba tan silenciosa, ni siquiera el ruido de pies interrumpía la canción. La multitud podía sentir cada nota separada, verla relucir como una llama danzando en el aire. Olían el mar del que ella cantaba, sentían el movimiento de las olas. Producía lágrimas en sus ojos, paz en sus corazones. Julian no podía apartar sus ojos de ella. Estaba hipnotizado por ella, completamente esclavizado. Se encontró dolorosamente despierto y sorprendentemente orgulloso.

La mirada negra de Darius se desviaba a menudo al hombre apoyado con engañosa pereza contra la pared más alejada. Era alto y guapo. El poder rezumaba de él, irradiando a su alrededor. En el momento en que sus extraños ojos fundidos se fijaron en Desari, su atención pareció consumida por la actuación. Pero Darius no se dejó engañar. Este era un depredador. No necesariamente malvado, pero había venido allí a cazar. Y su presa era Desari. Había una línea dura en su boca, una afilada posesividad reflejada en las profundidades de esos ojos ardientes. Darius sabía que este hombre era un peligroso adversario.

Los ojos de Julian ni una vez se apartaron de la cara de Desari. Era la mujer más bella que había visto nunca. Sobre el escenario, en la neblina de la teatral niebla y los reflectores, parecía etérea, mística. Una mujer de sueños eróticos, de fantasías.

Su cuerpo estaba completamente inmóvil, casi formaba parte de la pared tras él, como si ella hubiera de algún modo absorbido cada gramo de su energía.

Darius se acercó más, ocultando su presencia como acostumbraba a hacer. Se acercó furtivamente con el avance silencioso del leopardo, contando con que la atención del extraño estaría captada por el hechizo que Desari tejía sobre su audiencia. Estaba a menos de cuatro filas de su destino cuando un suave gruñido de advertencia le detuvo en su sitio. Sabía que nadie más había oído ese bajo retumbar. Estaba dirigido solo a él. El extraño no había cambiado de posición, no había apartado los ojos del escenario, lejos de Desari, pero Darius súbitamente supo que la toda la atención del extraño estaba centrada en él.

Sobre el escenario, Desari vaciló, perdiendo dos líneas de su canción. Su corazón le latía en la garganta. *Oh, Dios, por favor no me hagas esto.* El terror estaba en su voz, preocupada por él, por ambos.

Julian volvió la cabeza deliberadamente hacia Darius y sonrió, una muestra de relucientes dientes blanco. Se enderezó, su cuerpo fluido y flexible. Dos dedos tocaron su frente en un saludo simulado dirigido hacia Darius. Los músculos se ondearon sugerentemente bajo la fina camiseta. Se paseó pausadamente hacia la salida, mostrando arrogancia a cada paso. Sus ojos color ámbar brillaban con una amenaza hasta que deslizó su mirada otra vez hacia Desari. Entonces sus ojos ardieron posesivamente, atentamente, oro fundido que convertía en líquido el corazón de ella.

Por ti, cara mia. Su voz se abrió paso a través del cuerpo de ella con el mismo calor inflamable de su mirada.

Desari deseaba correr tras él. Permanecía en pie sobre el escenario y cantó para una multitud de varios miles, pero su mente, su corazón y su alma estaban en alguna otra parte. Dayan y Barack la observaban atentamente, asombrados, preocupados por su extraño comportamiento. Desari nunca había vacilado, nunca había perdido una nota en todos sus largos siglos de cantar en los escenarios.

Darius siguió al extraño fuera de la sala. El hombre se había esfumado, disolviéndose en una neblina en medio del aire nocturno. Darius le sentía, sentía el poder en el aire, pero no se atrevió a dejar a su hermana para perseguirle. Algo en ese el hombre le hizo detenerse. Miraba a Desari con algo más que lujuria en su mirada. Más que posesión. La miraba protectoramente. Darius estaba casi seguro de que el extraño no le haría daño a ella. También estaba seguro de que el hombre no se había marchado por miedo. Nada le hubiera asustado. Caminaba con la confianza nacida de muchas batallas, muchas penalidades y enorme conocimiento.

Darius miró hacia arriba a la noche. Quienquiera que fuera el extraño, se había marchado por deferencia a los deseos de Desari, no porque temiera luchar con Darius. Darius suspiró y volvió a la sala. No necesitaba otra preocupación en estos momentos. Los asesinos que acechaban a Desari requerían su completa atención. Le preocupaba que este intruso hubiera llegado el mismo día que alguien habían intentado matarla. Y para empeorar el asunto, había estado convencido de que durante algún tiempo el más malvado de todos los enemigos acechaba a su amada hermana... el no-muerto.

Desari vio volver a su hermano. Ansiosamente estudió su cara. Era la misma máscara de áspera belleza sensual que siempre llevaba. No tenía heridas visibles. Estaba segura de que hubiera sentido una perturbación si los dos hombres hubieran luchado. El canto siempre había fluido de ella, una hermosa creación tan misteriosa y maravillosa para ella como para todos los demás. Ahora era difícil de crear, con su mente envuelta en caos, la garganta cerrada, y casi cerca de las lágrimas.

¿Dónde estaba? ¿Estaba vivo? ¿Estaba totalmente bien? Quería gritar, huir corriendo del escenario, alejarse de los miles de ojos curiosos, lejos de su familia que la observaba tan atentamente. Por un momento no estuvo segura de si podría continuar el concierto.

Canta para mí, cara mia. Adoro el sonido de tu voz. Es un milagro. Me traes paz y alegría cuando cantas. Haces que mi cuerpo arda como nunca antes. Canta para mí.

La voz era baja y ronca, alejando de golpe su caos interior como si nunca hubiera estado allí. Justo cuando su voz flotó libre, elevándose para llenar la sala, explotando hacia la noche para encontrarle. Las sensaciones de su cuerpo, la urgente pasión, el hambre salvaje, el deseo de siglos inundó a raudales su voz. Estaba en llama viva, moviéndose por el escenario como agua que fluye. Nada podía tocarla; no era terrenal.

En algún lugar su amante esperaba. Con sus ojos fijos en ella. Observando. Él también ardía. Podía sentir el calor de su piel, los ojos hambrientos nunca abandonaban su cara. Había salido de la sala, pero había vuelto porque necesitaba verla. Nada más importaba en ese momento. Ni el peligro para él, ni para su familia, solo que viera su actuación. Cantó para él, a él, con la fuerza y la intensidad de su deseo en cada nota. Llamas ardientes calentaban su sangre llevando su música a nuevas alturas. Alturas salvajemente eróticas, susurrantes de sábanas de seda y luz de velas.

Julian no podía apartar los ojos de ella. Eran tan hermosa, apenas podía encontrar su próximo aliento. ¿Esta era la única? ¿Su compañera? Nadie, y menos que nadie él, merecía a tal mujer. Ella había extendido la mano hasta su alma oscura y había tocado algo bueno en él, algo que ni siquiera sabía que existía.

En todo el mundo, nadie cantaba como ella. Su voz era hipnotizadora, esclavizante; lo envolvía en una sedosa red de pasión y le mantenía allí. El cuerpo de Julian reaccionó de forma salvaje y primitiva. La deseaba como nunca había deseado nada en su vida. Deseaba que el concierto terminara, aunque también deseaba que continuara para siempre.

Las paredes de la sala parecían haberse desvanecido mientras ella creaba la ilusión de un oscuro y mística bosque, de cascadas de agua, profundas charcas, y hambriento fuego sólo con su voz. Las imágenes nunca abandonarían su mente, la erótica imagen de ella cantando para él, sus brazos ansiosos extendiéndose para darle la bienvenida.

La audiencia se puso en pie, el aplauso fue estruendoso. Julian sabía que las críticas serían delirantes. Estaba orgulloso de ella, pero al mismo tiempo se oponía a su actuación. Tanta publicidad iba contra todos sus instintos. Sólo serviría para atraer más atención indeseada sobre ella. Sabía lo que los reporteros escribirían. Que era una hechicera, tejiendo un hechizo sobre la audiencia.

Desari volvió para un bis, cansada pero excitada. Esta vez no era simplemente porque supiera que había actuado bien, que había compartido su extraordinario don con otros. Era porque, en algún lugar en la oscuridad, un hombre esperaba por ella. Un extraño realmente familiar para ella. Era terriblemente excitante. Se inclinó ante el público, su cuerpo zumbaba de vida. Deseaba correr fuera del escenario para unirse a él.

Deseaba ver esos ojos. Tan hermosos e inusuales, oh, esos hambrientos ojos observándola. Mirándola fijamente. Esos ojos que la veían solo a ella. Desari saludó a la multitud y se apresuró a dejar el escenario, moviéndose hacia abajo por el vestíbulo hasta su camerino.

Barack y Dayan paseaban a su lado, intranquilos por su extraño comportamiento. Ambos habían sentido la presencia del poder en la sala. ¿Quién no podría? Pero habían confiado completamente en Darius. Seguirían a su líder, y en no mucho tiempo, él se ocuparía de la criatura.

Desari no miró a ninguno de ellos mientras cerraba firmemente la puerta del camerino. Hundiéndose en una silla, se quitó las sandalias. Podía sentirle. En algún lugar, cerca. Se limpió el maquillaje de escena y esperó, su corazón latía, sus pulmones apenas respiraban. Sabía que estaba cerca. Darius debía saberlo también.

Una fina neblina se vertió bajo la puerta, recogiéndose en una espiral cerca de ella. Contuvo el aliento. Instantáneamente el guapo y rudo extraño relució hasta una masa sólida a su lado. Su corazón detuvo de golpe. Su cercanía la asustaba. Enormemente fuerte. Sus rasgos finamente cincelados eran sensuales, duros. Sus incontables victorias en la batalla durante siglos se reflejaban sobre sus amplios hombros, en la calmada compostura de su cara. Era sorprendentemente guapo aunque inconmensurablemente intimidador al mismo tiempo.

La lengua de Desari tocó repentinamente sus labios secos.

- No deberías estar aquí. Es demasiado peligroso.

El cuerpo de él se tensó ante el sonido de su voz. Era tan suave, parecía rezumar a través de su piel y enroscarse alrededor de su corazón.

- No podía hacer otra cosa que verte esta noche. Creo que lo sabes.

- Darius te destruiría si te encontrara aquí.

Ella lo creía, y su miedo se mostraba en sus suaves ojos oscuros como el carbón.

La boca dura de él se suavizó, sus ojos dorados se caldearon ante su innecesaria preocupación.

- No soy tan fácil de destruir. No te preocupes, piccola, te he hecho una promesa esta noche, y tengo toda la intención de honrarla. - Su voz bajó otro octavo, sus ojos la consumían mientras hablaba. - Ven conmigo.

Ella sintió que su corazón saltaba de nuevo. Cada célula de su cuerpo clamaba por ir. Su mirada tenía un calor que no podía resistir. Había demasiada hambre en él, tal oscura intensidad, ardía por ella. El demonio la tentaba. Resueltamente sacudió la cabeza.

- Darius…

Julian detuvo sus palabras simplemente envolviendo su mano más pequeña con la de él. Su toque envió dardos de fuego corriendo hacia arriba por el brazo de ella y a través de su torso, tomando el mismo aliento de sus pulmones.

Librodot

- Estoy cansándome de oír hablar de ese Darius. Deberías estar más preocupada por lo que haré yo si intenta evitar que te lleve conmigo.

El temperamento llameó en los ojos de ella.

- Nadie puede llevarme a ningún sitio a donde no desee ir. Eres mucho más arrogante que mi hermano. De paso te hago saber que él se ha ganado el derecho de serlo. ¿Y tú?

Una pequeña y satisfecha sonrisa curvó la boca de él.

- Así que Darius es tu hermano. Eso que me alivia. Como le tienes en tan alta estima, no deseo tener que destruir tus ilusiones sobre su grandeza.

Ella le miró furiosa, hasta que captó el brillo de humor en sus ojos dorados. Estaba burlándose de ella. Desari se encontró a sí misma riéndose con él.

- Ven conmigo esta noche. - Dijo él. - Daremos un paseo. Bailaremos en algún sitio. No importa, cara, y no cazaremos a nadie. - Su voz era terciopelo negro. El susurro de tentación de un hechicero. - ¿Es tanto pedir? ¿No te permite elegir tus propios amigos? ¿Hacer lo que deseas?

Julian había mirado en su mente, viendo su necesidad de independencia, su constante acaloramiento ante los refrenamientos que se le imponían. Aunque, ningún hombre de los Cárpatos que se respetara a sí mismo permitiría nunca que una mujer vagar por ahí sin protección. No culpaba a Darius; era su deber proteger a Desari. En su lugar, él haría lo mismo. Había muchas preguntas sin respuestas para Desari, pero ahora mismo, la única cosa que le importaba era su respuesta a la única que había propuesto.

Ella estaba en silencio, sus largas pestañas ocultaban las tumultuosas emociones. Más que cualquier cosa deseaba ir con él, tener sólo una noche de libertad para hacer lo que quisiera. Pero conocía a Darius. Nunca le permitiría una cosa así. No había ningún lugar done pudieran ir en el que él no los encontrara. Y eso sólo servía para hacerla desear ir todavía más. Su misterioso extraño había tocado un nervio. Odia que le dijeran constantemente lo que hacer y lo que no. Deseaba una noche sólo para ella.

Desari levantó la mirada hacia él.

- Ni siquiera sé tu nombre

Él se inclinó con la elegancia del Viejo Mundo.

- Soy Julian Savage. Quizás has conocido u oído hablar de mi hermano, Aidan Savage. Él y su compañera residen en San Francisco. - Sus dientes blancos brillaron. Sus ojos dorados la hicieron arder.

Algo en esa intensa, posesiva y hambrienta mirada hacía que le flaquearan las rodillas. Desari retrocedió hasta que estuvo contra la sólida pared para ayudarse a sostenerse.

- Savage. De algún modo te va.

Él se tomó sus palabras como un cumplido, inclinándose una vez más por la cintura en una cortés reverencia.

- Sólo para mis enemigos, piccola, nunca para aquellos que están bajo mi protección.

- ¿Y eso se supone que debe tranquilizarme? - Preguntó ella.

- No tienes nada que temer de mí, Desari.

La mano de él le rozó la cara en la más leve de las caricias; sintió una sacudida de electricidad bajando hasta sus pies. Era demasiado intenso, demasiado hambriento por ella, sus ojos ardían de deseo. Desari bajó sus

pestañas, intentando dejarle fuera, intentando evitar que la atrapara con su poder y deseo. Era tan peligroso. ¿Podía arriesgar la vida de él? ¿Arriesgar a Darius por un placer momentáneo? ¿Había posibilidad de que pudiera ser tan egoísta?

- Te asusto a muerte. - Dijo él con seguridad, su voz suave e hipnótica, hermosa y consoladora. - Más que tu temor por tu hermano o por mí, temes lo que ocurrirá si formas parte de mí.

Ella tomó un profundo aliento, notó que sus manos temblaban y las puso a su espalda.

- Quizás tienes razón. ¿Por qué arriesgarme tanto por tan poco tiempo?

La mano de él enmarcó un lado de su cara, su pulgar acarició la suave piel, absorbiendo su perfección antes de encontrar un lugar de descanso sobre el frenético pulso de su cuello.

El corazón de Desari casi se detuvo. Sus palabras salieron estranguladas.

- No puedes tocarme así.

El pulgar de él se movió hacia adelante y atrás en un ritmo hipnótico sobre su pulso.

- No puedo hacer más que tocarte, Desari. Soy, después de todo, un hombre de los Cárpatos. Tú no puedes verte, vistiendo ese vestido, con el cabello arremolinándose alrededor de ti. Eres tan hermosa, duele mirarte.

- Julian, por favor no me digas esas cosas. - Susurró contra la palma de la mano de él.

- Es sólo la verdad, cara, no tienes nada que temer. Ven conmigo.

Su voz era tal tentación. Nunca en su vida había deseado más algo. La atracción entre ellos era eléctrica. Maldijo, podía oí el chirrido y el arqueo de energía. Permaneció en pie en silencio, la mano de él contra su piel enviaba oleadas de calor que se apresuraban a través de su sangre. En todos sus siglos nunca había experimentado tan cosa.

- Desari, sabes que esto es lo correcto. Lo sientes. Prometo traerte de vuelta a la seguridad de tu familia antes de que el sol se alce. - Julian era consciente de los hombres reuniéndose al otro lado de la puerta. Tres. Uno era el formidable hermano, los otros dos los miembros de la banda. - No tenemos mucho tiempo, piccola. Los otros están a punto de traspasar tu puerta. - Ondeó una mano en una patrón peculiar, después sostuvo la palma hacia la puerta.

- No puedo.

- Entonces debo quedarme aquí y convencerte. - Dijo sin prisas, calmadamente. Como si su muerte no fuera inminente a manos de la protectora familia de ella.

Ella le aferró el brazo.

- Debes irte antes de que este conflicto escale hasta la violencia. Por favor, Julian.

Él podía oír el corazón de ella latiendo salvajemente. Inclinó la cabeza, su boca curvándose dentro de una genuina sonrisa.

- Ven conmigo. Prométeme que te encontrarás conmigo en la pequeña taberna que hay a tres manzanas de aquí.

Hubo un sonoro estallido del otro lado de la puerta, y alguien... sonaba como Barack... maldijo en voz alta. Ambos podían oír a Darius reprendiéndole suavemente.

- Te dije que no tocaras la puerta. Ten algo de respeto. - Su voz era baja e hipnótica. - ¿Desari? - No levantó la voz sino que la dejó caer a un susurro. - Abre la puerta para nosotros.

- Sal por la ventana. - Insistió Desari, empujando la pared del pecho de Julian. Fue un error tocarle; instantáneamente respondió cubriendo su mano con la de él, atrapando su palma contra sus pesados músculos.

- Entré por la puerta, cara, y tengo intención de salir del mismo modo. ¿Te encontrarás conmigo más tarde, o deberemos permanecer ambos aquí?

Podía sentir el latido del corazón de él bajo la palma de su mano. Firme. Sólido. Sin que le afectara lo más mínimo el hecho de que ser cazado por tres poderosos depredadores que estaban justo a la distancia de la anchura de una puerta. Su pulgar acariciaba adelante y atrás el dorso de la mano de ella, alimentando las llamas que ya asaltaban su cuerpo. Desesperadamente Desari intentó moverle. Era una roca, inamovible.

- ¿Qué voy a hacer contigo? - Exigió.

- Di que te encontrarás conmigo. No permitas que tu hermano controle tu vida. - Podía oler a los leopardos ahora, había que se habían unido a los tres hombres y paseaban inquietos por el vestíbulo.

Desari lo sabía también.

- De acuerdo. Lo prometo. - Capituló ella. - Ahora vete antes de que ocurra algo terrible.

Él inclinó la cabeza y rozó su suave y temblorosa boca con la de él. Fue el más ligero de los besos, con una gentil demora, aunque ella sintió que tocaba su corazón, su alma. Él le sonrió, sus ojos dorados ardían como calor fundido. Con deseo.

- Bueno, piccola, abre la puerta.

Los dedos de Desari se enroscaron en la camiseta de algodón de él.

- No, no lo entiendes. No puedes salir por ahí.

- Recuerda tu promesa, Desari. Ven a mí. - Julian inclinó la cabeza una última vez hacia ella porque tenía que hacerlo. Olía fresca y limpia, una brisa de aire de las más altas montañas que tanto amaba. Su piel era más suave que los pétalos de rosa. Su cuerpo le hacía demandas urgentes e inquietas. Julian las controló, pero necesitaba tocarla, sentir su respuesta, sentir en ella las ardientes llamas que igualaban la tormenta de fuego en él. Porque estaba ardiendo.

Su boca encontró la de ella. Ardiente. Demandando. Dominando. Su mano fue hacia la nuca de ella, sujetándola perfectamente inmóvil para que pudiera explorar su suavidad. Al instante quedó perdido, alimentándose de ella, con una postura agresiva. Sus brazos la deslizaron hasta la protección de su cuerpo, tan cerca que era imposible decir donde empezaba uno y terminaba el otro.

Un gruñido que retumbó fuera de la puerta hizo que Desari se retorciera, empujándole, con los ojos abiertos de par en par de miedo por él.

- Te matará. Por favor, por favor vete mientras puedas.

Parecía tan hermoso, durante un momento no pudo respirar, no pudo pensar. Lentamente una sonrisa tomó el borde de su boca.

- Ven a mí, cara. Guardaré tu promesa. - Su mano se deslizó lenta y reluctantemente abandonado su nuca, y se alejó.

- Desari. - Era la suave y exigente voz de Darius. - Ha salvaguardado la puerta contra nosotros. Sólo tú estás a salvo de esta amenaza. Debes abrir la puerta para nosotros. Una vez que la toques, romperás el hechizo, y nos será permitida la entrada. Haz lo que te ordeno.

Desari observó la sólida forma de Julian brillar y después disolverse en la nada. Miró alrededor rápidamente. Él tenía que estar en algo. En algún lugar. Su frenética mirada buscó por el camerino. No había niebla. Nada. Caminó hacia la puerta, su mano se cernió sobre el pomo. ¿Adónde podía haber ido? No había salido por la ventana. Estaba todavía herméticamente cerrada, con las persianas echadas.

Muy lentamente abrió la puerta. Los hombros de su hermano llenaron el umbral. Sus rasgos eran oscuros e implacables, sus ojos negro frío helado.

- ¿Dónde está?

Barack y Dayan estaban sólidamente tras él, cortando cualquier ruta de escape, y lo que era peor, los dos leopardos rondaban tras ellos, adelante y atrás, con gruñidos de advertencia surgiendo de sus gargantas.

Desari alzó la barbilla.

- Quiero que le dejéis en paz. Me salvó la vida.

- Este hombre es más poderoso de lo que crees. - La informó Darius suavemente. - No sabes nada de él. - Entró en el camerino, sus ojos sondeaban buscando inquietamente, sin perderse nada. - Está aquí, en tu habitación. Puedo sentir su presencia, su poder. - Darius súbitamente capturó el brazo de Desari y la empujó más cerca de él, inhalando con fuerza. - ¿Tomó tu sangre? - Le dio una pequeña sacudida.

Desari sacudió la cabeza mientras se revolvía, intentando alejarse de un tirón. Darius inesperadamente la soltó, maldiciendo suavemente, y se llevó la mano a la boca. La palma estaba chamuscada. Los ojos negros continuaron examinando la habitación.

Barack y Dayan se apiñaron en el interior, boquiabiertos por el daño infringido a Darius.

- Está aquí. Lo siento. - Repitió Dayan, con amargura en la voz.

¿Cómo has podido hacer tal cosa? Herir a Darius, acusó Desari a Julian, cerca de las lágrimas. Nunca había sido tan emocional en todos los siglos de su existencia. Era como estar en un rodillo. La deslealtad y la culpa estaban ya empujando con fuerza y rapidez.

Ya está sanando la palma de su mano. Debería saber que no debe agarrarte así. Es inaceptable para mí. La voz de Julian fue perezosa y confiada. Sonaba complacido, como si lo encontrara todo muy divertido mientras ella estaba atemorizada.

Debería decirle donde estás, exclamó Desari, exasperada por su tono, por su arrogancia. Los hombres eran tan irritantes a veces.

No sabes dónde estoy. Pero si lo deseas, por mí, dile a tu hermano lo que piensas. Te doy mi permiso.

Desari apretó los dientes, pero un siseo de absoluto disgusto se le escapó. Tenía suerte de haberse disuelto; de otro modo, estaría tentada a estrangularle con las manos desnudas.

Darius lanzó su fría mirada sobre ella.

- Está hablando contigo. ¿Qué dice?

- Lo suficiente como para hacerme desear abofetearle. - Exclamó Desari. - Vamos, salgamos de este lugar.

Barack chilló triunfantemente.

- Es el polvo en la habitación. Mirad la forma en que cae en un patrón antinatural por el suelo y a lo largo del alfeizar de la ventana. - Secretamente estaba orgulloso de sí mismo por notarlo antes que Darius o Dayan. - Quizás deberíamos hacer algo de limpieza aquí. - Tenía su propia palma ardiendo por haber tocado la puerta.

Desari palideció visiblemente.

- No. Os lo dije, quiero que le dejéis en paz.

Barack deliberadamente se paseó sobre un montón de partículas de polvo y, los molió contra el suelo.

- No puede llegar aquí y creer que te posee. Te está engañando de alguna forma, Desari. Es nuestro deber protegerte de alguien así.

Darius dejó caer un brazo alrededor de los hombros de su hermana.

- No temas por este, Dara. Es demasiado inteligente como para ser capturado en el polvo del suelo. Es una táctica demasiado obvia. Lo puso ahí para engañarnos. Venga, vámonos. Es demasiado pequeño incluso para que le veáis sobre el suelo. Probablemente sólo finas moléculas en el aire, e imposible de destruir en este momento. – Paseó la mirada por la habitación y hacia el techo. - Yo mismo he usado tal método para escapar de la detección en unas pocas ocasiones. Dejaremos este lugar. Confío en que le hayas dicho adiós.

Desari fue con su hermano, confiando en que él no le mentiría. Dayan y Barack, sólo para asegurarse, barrieron el polvo y lo pusieron bajo el agua hasta que se disolvió bajando por el desagüe. Satisfechos de haberse librado de la "criatura" los dos salieron a cazar su sustento, dejando que Darius tratara con su voluntariosa hermana.

4

Desari se deslizó fuera del autobús vistiendo unos suaves vaqueros azules desteñidos. Su camiseta era de algodón, con un cuello en V, y ajustada. Deliberadamente no se había alimentado esa noche y mantenía el hambre en la superficie de su mente, sabiendo que Darius podría encontrarla. Había salido a alimentarse y ocasionalmente podría intentar comprobar si ella estaba bien.

El sermón al que la había sometido había sido largo y severo. Desari se había sentido especialmente desafiante y un poco desesperada. Había prometido a Julian que se encontraría con él, y sabía que si no aparecía, vendría a por ella.

Esto es muy peligroso. Le buscó, enviando hacia fuera su exasperado disgusto. *Darius y los otros estarán vigilándome.*

Hubo un momento de silencio, justo lo suficientemente largo como para que pensara que quizás no había conectado con el vínculo mental

correcto. Completamente imperturbable, totalmente arrogante, Julian respondió. replicó ella orgullosamente.

No me provoques deliberadamente, cara mia. Admitiré que soy un hombre celoso. Nuestros hombres no han sido nunca famosos por permitir que sus mujeres se asociaron con otros hombres.

Yo no te pertenezco. Me pertenezco a mí misma.

Desari suspiró mientras se abría paso a partir de la casa motorizada bajando la calle hacia la taberna donde había prometido a Julian encontrarse con él. Sacudió la cabeza. Era tan ridículo. Darius podía rastrearla a voluntad. Los hombres estaban más allá de su compresión, incluso después de siglos de intentarlo. Ninguno de ellos tenía sentido común.

Darius ya no tiene derecho a gobernar tu vida de ahora en adelante, piccola. Ese es el deber de tu compañero, no de tu hermano.

Desari se detuvo de inmediato en su sitio. Sonaba tan satisfecho de sí mismo, tan insolente. Presumido. Dominante. Arrogante. ¿Qué estaba haciendo?

La risa de él resonó suavemente en su cabeza y la acarició con pequeñas llamas sobre su piel. *Deseas venir conmigo. Sabes que tienes que venir conmigo. Nada puede detenerte. Es inevitable, como la marea. No hay vuelta atrás.*

Sus pies se movían por voluntad propia, empujándola inexorablemente hacia el bar. Avanzó varios metros, alcanzando la esquina antes de notar que estaba bajo compulsión. Su voz era baja y hermosamente aguda, una mezcla de noche y seducción en sí misma. Estaba usando sólo su voz como arma, y ella, como una simple principiante, estaba respondiendo. Desari se obligó a dejar de moverse sujetándose a una farola y aguantando.

La risa de él fue baja y burlona. *Mi deseo es más poderoso de lo que había pensado. Y lo mismo vale para ti.*

Que más quisieras, respondió ella, levantando la barbilla, con ojos llameantes. *Me niego a jugar estos juegos infantiles contigo. Lárgate, y no vuelvas.* Él estaba en lo cierto, por supuesto. Nunca se había sentido de esta forma antes. Cada célula de su cuerpo se sentía ardiente, pesada y dolorida, necesitada de alivio. Le deseaba. Pura y simplemente. Pero eso era todo. Sólo sexo. Sexo ardiente. Absolutamente nada más. ¿Quién desearía a tal engreído arrogante?

- Tú. - Esa simple palabra fue respirada contra su cuello, contra el pulso que latía con fuerza allí. Su cuerpo estaba súbitamente tan cerca, podía sentir el calor emanando de la piel de él. Aunque era alta, su enorme forma parecía cernirse sobre ella. Tan cerca, podía sentir su poder, la intensidad de sus emociones. Su mirada flotó sobre ella con severa posesividad.

Desari permaneció en pie perfectamente inmóvil, temiendo moverse. Había algo en él que no era capaz de resistir. Eran sus ojos. La forma en que sus ojos ardían como oro fundido. Tan intensos. Tan hambrientos. ¿Cómo podía resistirse a sus ojos? Estaba en su mente. Había estado tan sólo. Tan necesitado y ella era la única que se podía proporcionar alivio. La mano de él se movió hacia abajo por su hombro para descansar en su estrecha cintura. Su toque era posesivo. Su palma estaba quemando un agujero a través del fino material de su camiseta.

Julian ejerció una pequeña presión, llevándola con él mientras se movía hacia la taberna. Ella dudaba todavía, su cerebro estaba en pie de guerra contra sus instintos, sus emociones, contra la química de su cuerpo. Era totalmente consciente de ello, ya que ahora compartía su mente, de que Desari era alguien con quien no se podía jugar. Había vivido durante siglos, había adquirido tremendos conocimientos y fuerza. Esta era una situación que requeriría mucha sutileza, que no era su punto fuerte. Julian estaba acostumbrado a salirse con la suya en todo. Más que nada creía que era su obligación, su derecho, proteger y cuidar de su compañera. Pero Desari no parecía seguir la costumbre de las mujeres de su raza en lo que a temperamento se refería.

- Oí a tu hermano referirse a ti como Dara. ¿Cómo llegó a ti semejante nombre? - Preguntó él, su sincera curiosidad la sacó de sus casillas.

- Hace mucho que me llamo Dara. Es un apodo. Darius dice que mi madre solía llamarme así. - Respondió ella, moviéndose con él automáticamente. Su cuerpo estaba muy cerca del de ella, tanto que sentía el roce de sus muslos, su pecho, sus firmes músculos entrando en breve contacto con ella, después de apartó. Se tocó la lengua con los labios, humedeciéndolos porque se le habían quedado súbitamente secos. Estaba intrigada por la forma en la que Julian la hacía sentirse tan consciente de sí misma como mujer.

- ¿Sabes lo que significa Dara? - Preguntó Julian suavemente.

Desari se encogió de hombros.

- Es antiguo Persa. Significa, que pertenece al oscuro.

Julian asintió.

- ¿Recuerdas de donde vienes? ¿Dónde naciste?

Desari se alejó de él, una retirada sutil del calor de su cuerpo. Lo que en realidad necesitaba era huir del calor de sus ojos. Nadie la había mirado nunca como él lo estaba haciendo. Julian deslizó el brazo alrededor de su cintura y la acogió bajo su hombro.

Colocó la mano sobre su pecho y le empujó alejándole, pero de algún modo la palma de su mano se demoró contra su fina camisa, saboreando su calor. Tiraba de ella como un imán, de la misma forma que tiraban de ella sus ojos. Bajó sus pestañas. Era demencial. Pero esta noche, durante unas breves horas, sería indulgente con sus sueños, se permitiría la fantasía de que podría hacer que durara para siempre.

La enorme forma de Julian la urgió a entrar en la pequeña taberna. La banda estaba tocando algo suave y soñador, lo que le permitió dar unos pasos alrededor y tomarla entre sus brazos. En el momento en que la apretó contra él, supo que era lo correcto. El cuerpo de ella encajaba con el suyo perfectamente. Se movían al mismo ritmo, emparejando el latido de sus corazones, deslizándose y oscilando sobre sus pies. La cabeza de ella encajaba en el hueco de su hombro, el lugar adecuado para su mano era la de él.

- No deberíamos hacer esto. - Dijo Desari. A pesar de su determinación de no permitir que la controlara, no podía obligarse a detener esta erótica danza. Los muslos de él eran columnas contra los suaves muslos de ella. Olía a bosque, misterioso y peligroso. Ella inhaló, tomando la esencia de su sangre.

La boca de él tocó su cuello, sólo una pequeña caricia, pero la sacudida envió sorprendentes oleadas a través de ambos. El hambre llameó en ella, ardiente y erótico, como nada que hubiera conocido nunca. Sintió la calidez de su aliento abanicando sobre el pulso que latía frenéticamente bajo la piel de ella.

- Esto es exactamente lo que deberíamos estar haciendo. No tengo otra elección, cara. Necesito sostenerte entre mis brazos. - Sus labios eran suave terciopelo, su lengua una cinta de calor que acariciaba el pulso de ella. Sus dedos envolvieron los de ella, rodeándole la cintura para poder sujetarle una mano firmemente contra su corazón. - ¿Tienes alguna idea de lo hermosa que eres en realidad, Desari? - Sus dientes rasparon un gentil ritmo hacia adelante y hacia atrás sobre el pulso de ella, enviando llamas danzantes a través de él.

Desari cerró los ojos y dejó que la inundará el placer puramente fisico del momento. Su piel era ardorosa y áspera contra la suavidad de la de ella. Podía sentir su fuerza, sus músculos firmes como el acero. Se movieron juntos en un ritmo tan perfecto. Deseaba que continuara para siempre. Sus brazos la hacían sentirse protegida y apreciada. El hambre ardiente de sus ojos la había sentirse deseable. Sus palabras la hacían sentirse hermosa. Pero por encima de todo, la forma en que su cuerpo se movía, ardiente, duro y agresivo mientras la sostenía contra él, hacía que su propio cuerpo volviera a la vida, respirando llamas.

- Es tu esencia interior, Desari, no sólo el envoltorio exterior, lo que te hace tan hermosa. - Su lengua saboreó la garganta de ella, sus labios se deslizaron hacia arriba por su barbilla, hasta la comisura de su boca.

- No hay forma de que puedas saber si te gusto. - Protestó ella, incluso mientras giraba su boca ciegamente hacia él. Tenía que saborearla, tenía que saber si esto era real, este hechizo de magia negra que había tejido tan fuertemente a su alrededor.

Desari esperaba una rabia salvaje, siendo su hambre tan profunda y fuerte. El primer toque de sus labios fue increíblemente tierno, su boca se movió sobre la de ella, memorizando la sensación y forma de los de ella, como si hubiera sido barrido lejos, como si le encantara saborearla. Esto la desarmó como nada podía haberlo hecho. Sus piernas se volvieron de mantequilla, pero él simplemente la apretó con firmeza contra su cuerpo, protectoramente, como si la estuviera albergando en su corazón. Su mano le rodeó la garganta amorosamente, las puntas de sus dedos se movieron en una tierna caricia que envió calor hacia abajo y una ola de debilidad flotó a través de su cuerpo. Ella dejó escapar un ruido, un suave gemido de alarma. Estaba robando su alma, robándole el corazón con su ternura. Desari buscó su espesa melena de pelo dorado con los puños, aferrándose a él en busca de apoyo. Estaba atrapándola para toda la eternidad, y ella se estaba entregando sin luchar.

Era un depredador violento y peligroso, auque la sostenía protectoramente, besándola como si fuera la cosa más preciada del mundo. Era como si necesitara saborearla y sentirla tanto como respirar. ¿Cómo podía no caer bajo su hechizo? Su voz era baja y seductora, un murmullo en italiano que tomaba posesión de su corazón, robándolo directamente de su cuerpo. El mundo se estaba disolviendo en una extraña niebla alrededor de ella, la tierra tembló bajo sus pies. Sus cuerpos se deslizaban con la música,

Librodot

las sombras los ocultaban de ojos entrometidos. Desari tenía la extraña sensación de que estaba haciéndole el amor. No simple sexo, sino haciendo el amor a la única mujer del mundo que le importaba. Todo en ella se elevó en respuesta a la gentileza de su posesión.

Él profundizó el beso tanto como si estuviera alimentándose de la suavidad de su boca, sus manos se extendieron por la garganta de ella, su cuerpo atrapó al de ella contra una pared, sujetándola inmóvil mientras prendía fuego a su sangre y convertía su cuerpo en una llama viva.

- Ven conmigo lejos de aquí. - Susurró, su hermosa voz, rasposa por el deseo, la seducción de un hechicero.

Desari descansó la cabeza sobre su hombro, confusa y vulnerable. Le deseaba, deseaba estar con él. La necesidad era tan fuerte que era casi una compulsión.

- Ni siquiera te conozco.

Los dedos de Julian acariciaran el pelo sedoso de ella, una sonrisa masculina suavizó la dura línea de su boca.

- Insistes en creer eso, Desari, pero has estado en mi mente como yo he estado en la tuya. Sé lo hermosa que eres en tu interior porque lo oigo en tu voz, porque lo veo tan claramente en tu corazón y tu mente. Eres una pequeña enredadora, pero nunca harías daño ni a un alma. Eres la luz de mi oscuridad, mi compañera.

Sacudió la cabeza.

- No sé lo que quieres decir.

- Lo sientes. No intentes negarlo. - Sus pulgares estaban frotando mechones sedosos del pelo de ella contra sus dedos. Sus ardientes ojos eran oro fundido, vivos por el hambre, inquietos por el deseo, ferozmente posesivos.

- ¿Qué es una compañera? No he oído nunca semejante término.

Julian estudió su cara, la forma clásica de la estructura de sus huesos con la palma de sus manos.

- ¿Cómo es que eres los Cárpatos y no lo sabes? Tenemos mucho que aprender el uno del otro. Esta noche te explicaré lo que es un compañero para la gente de nuestra tierra natal. - Las palmas de sus manos resbalaron por la garganta de ella, después se deslizaron por sus hombros y a lo largo de sus brazos para enlazar sus dedos con los de ella. - Pero estamos siendo cazados, piccola. Debemos dejar este lugar e ir a cualquier otro sitio a hablar.

Ella contuvo el aliento en la garganta.

- ¿Darius? ¿Mi hermano? ¿Él nos está cazando? - Todavía no la había llamado, exigiéndole que volviera, como había esperado de él en cuando se encontrara con que se había ido. Aunque había tenido tiempo de dejar un rastro falso que lo alejara de Julian. - Debo dejarte. Puede rastrearme directamente hasta ti.

Julian la empujó hacia la puerta de la taberna. y Desari se sintió casi indefensa bajo su hechizo. Era una locura desafiar a Darius así. Encontraría a este hombre, y habría una terrible batalla.

- Ven conmigo, Desari. No habrá una batalla a menos que elijas forzar el asunto quedándote aquí. Tengo necesidad de hablar contigo. Me prometiste esta noche, y no te liberaré de tu palabra.

Ahora se movían rápidamente, saliendo por la puerta y adentrándose en la oscuridad de la noche. ¿Se lo había prometido? La tenía tan distraída, que no podía recordar exactamente lo que había dicho.

- No hay forma de derrotar a Darius. - Soltó ella. - Mi sangre fluye en sus venas. Puede rastrearme a voluntad, y es muy poderoso.

Julian deslizó un brazo alrededor de sus delgados hombros.

- Es verdad que representa un interesante desafío, pero podemos ganar tiempo si lo deseas, Desari.

A pesar de sí misma, la posibilidad la intrigaba. En realidad nunca había saboreado la libertad. Darius y los otros la vigilaban como si fuera una simple principiante. En estos momentos era mortificante.

- No deseo ponerte en peligro. - Sus enormes ojos aterciopelados no se encontraron con la ardiente mirada de él cuando hizo la admisión. Sentía que estaba descubriendo sus verdaderos sentimientos.

La dura boca de Julian se curvó con satisfacción.

- Te agradezco la preocupación por mi seguridad, cara. - Dijo, con una seductora caricia en el profundo timbre de su voz, su acento italiano fue mucho más evidente. - Pero no hay necesidad. Yo mismo no carezco de poder. Sé que ese hombre es alguien a quien amas. No habrá una confrontación real entre nosotros. Quizás un juego del gato y el ratón.

Desari se estremeció, el frío del aire nocturno estaba causando estragos en su cálida piel. Tenía que ser el aire, sólo su voz no podía causa la fiebre en su sangre ¿no?. Y no era sólo la fuerza de la química entre ellos lo que tiraba de ella, decidió, alzó la barbilla, era el conocimiento que podía impartirle. Este era un auténtico hombre de los Cárpatos, criado en su tierra natal. Sabía cosas que ella deseaba saber desesperadamente, cosas que podían ser importantes para su familia.

- Dime como podemos hacerlo.

Había un orgullo natural en la voz de ella, una nota de imperiosa demanda. Desari estaba decidida a salirse con la suya una vez hubo elegido. Los brazos de Julian rodearon su pequeña cintura. La electricidad chirrió y crujió entre ellos. Podría intentar negárselo a sí misma, pero veía la respuesta en sus ojos, en su cuerpo, en su esencia, que le llamaba.

- Funde tu mente completamente con la mía, así no habrá nada que no puedas encontrar.

Ella intentó tirar para salir de entre sus brazos.

- ¡No! No puedo.

Esa sonrisa exasperante curvaba otra vez la boca de él, burlándose de ella.

- ¿De qué tienes miedo, piccola? ¿De mi resolución? No he hecho ningún intento de ocultarte mis intenciones. Te deseo de todas las formas. Soy implacable cuando algo es importante para mí, y tú eres lo más importante de mi vida, de todos los siglos de mi existencia. Fúndete conmigo. Volaremos lejos de aquí y hablaremos de cosas importantes.

Era una especie de reto. No hacía de su diversión ningún secreto. Los ojos oscuros de Desari relampaguearon hacia él.

- No te tengo miedo - Le soltó - Soy poderosa por derecho propio. No puedes seducirme si no doy mi consentimiento. Iré contigo para aprender de ti. - Sonaba como una princesa concediendo un favor a un campesino.

Julian era demasiado listo como para permitir que el triunfo se mostrara en su cara. Le capturó ambas manos en las suyas.

- Ahora, cara mia, ven conmigo, únete a mí. - Su voz fue una caricia que envió llamas en movimiento a través de ella, llamas que no tenía forma de controlar.

La sangre de él corría por sus venas. Extendió su mente y se sumergió completamente, con decisión en la de él antes de que la invadiera el pánico y cambiara de opinión. Enseguida supo que estaba perdida. La había incitado a entrar en el interior de un mundo erótico de ardiente, hambriento y fiero deseo. Y era tan cruel como Darius. Un solitario. Un gran guerrero con siglos de batallas a sus espaldas. Parecía que no escondía nada de ella. Nada, ni siquiera la terrible e implacable oscuridad. Había estado siempre sólo, incluso en su propio mundo. Siempre sólo. Hasta ahora. Desari se movió en el interior de esa oscuridad, súbitamente intranquila.

Cambia de forma, piccola, Usa la imagen que te doy. Sus palabras escondían una urgencia que no podía ignorar. Darius estaba cerca. Se lanzaron hacia el cielo simultáneamente, sus corazones latían como uno sólo, plumas iridiscentes incluso en el cielo nocturno. Las alas batían con fuerza, elevándolos rápidamente hacia arriba y lejos. Rodaron en el aire en perfecta sincronización, volando hacia las distantes montañas.

Julian compartía la hermosura de la noche con ella. No había visto en colores durante siglos, así que todo era nuevo y maravilloso para él. Las hojas plateadas de los árboles reluciendo abajo, el brillo del agua del enorme lago cercano, el fantasmal chillido de una lechuza que buscaba a su presa, y el susurro de los ratones grises escurriéndose a través de la vegetación sobre el suelo del bosque.

Darius sería incapaz de rastrear a Desari mientras estuvieran fundidos tan completamente. En el momento en que se apartaran de nuevo, podría encontrarla. El truco estaba en llevarla lejos, colocar a la vez tantas barreras como pudiera, así Darius no tendría más opción que retroceder, buscando seguridad antes de que el amanecer lo sorprendiera.

Desari vaciló durante un momento cuando leyó las intenciones de Julian. No había considerado alejarse de su familia durante el día, cuando sería tan completamente vulnerable. Enseguida Julian envió oleadas de calidez y seguridad, la implacable resolución de los hombres de los Cárpatos de proteger a su compañera superaba todo lo demás. Mientras ella estuviera con él, nada podría ocurrirle, él nunca lo permitiría.

¿Y que hay de ti? ¿Estoy a salvo de ti? Preguntó ella suavemente, totalmente consciente de las fieras necesidades del cuerpo de él, de su propio cuerpo. El terrible e insaciable hambre que sentía sólo por ella. Nadie más sería capaz de saciar completamente las demandas que le hacía su cuerpo. Nadia más podría suavizar el fuego que ardía profundamente en él. El conocimiento sólo sirvió para debilitar su resistencia a él. Su deseo era algo terrible.

Siempre, Desari. Te protegería con mi vida. Lo sientes, sabes que lo haría. No puedo hacer nada más que asegurar tu seguridad.

Julian sintió la perturbación del aire, oleadas de poder hacían eco a través del cielo, buscando la presa que el cazador estaba decidido a encontrar. En el cuerpo del raptor, sonrió. Darius era muy peligroso, un auténtico antiguo con una voluntad de hierro. Fundida con él como estaba,

Desari quedaba enmascarada para su hermano. Aun así, Darius era un brillante adversario, y Julian no era tan arrogante como para menospreciar a su enemigo. Sabía que se enfrentaba a un igual, o casi.

Las oleadas de poderosa búsqueda retrocedieron, y el aire quedó tranquilo y fresco. Después, sin advertencia, Darius rastreó de nuevo. Julian sintió el dolor que se cernió de golpe sobre su cabeza, dentro de la cabeza de Desari. Ella dejó escapar un ruido, sólo un suave lamento en su garganta, pero Julian instantáneamente tomó el golpe completamente, bloqueándolo para ella.

Óyeme, extranjero. Sé que me sientes, sabes lo que soy. Si le haces daño de cualquier modo, te encontraré en cualquier lugar de la tierra en el que puedas esconderte. Te encontraré, y morirás de una muerte larga y dolorosa. La voz llegó en las alas de la noche, transmitida en todas las longitudes de onda posible, de forma que no cupiera duda de que era oída y claramente entendida.

Julian estaba atónito ante el poder que tenía el guardaespaldas. Parecía tan hábil como Gregori, e igualmente peligroso. Quizás Darius no tenía la elegante gracia de Gregori... parecía más terrenal y rudo... pero ostentaba un poder muy real. Pocos podrían lograr lo que él estaba haciendo, sostener una nota de dolor en la cabeza de Julian incluso aunque nunca habían intercambiado sangre y Darius no tenía una idea real de donde estaba. Y decía en serio cada una de las palabras. Era decidido, cruel y sin rastro de misericordia.

Julian inhaló con fuerza y sacó a Desari del cielo llevándola con él hasta la pequeña y cómoda cabaña anidada en lo alto de las crestas montañosas. Mientras aterrizaba, cambiando de forma, mantuvo la mente de Desari unida a la suya para que no rebelara inadvertidamente su posición, pero cambió el tono del sonido para que ya no le rasgara con sus afilados bordes.

Le tomó un rato hacerlo, especialmente porque estaba escudando a Desari de la batalla entre dos hombres de los Cárpatos. No necesitaba saber que estaban poniéndose a prueba el uno al otro. Le dio la vuelta a la señal, la cambió, y envió de vuelta a través del cielo nocturno. Le dio una cierta satisfacción saber que se había anotado un tanto a costa del poderoso Cárpato. Sólo entonces liberó a Desari de su mente, permitiéndole retirarse completamente.

Por primera vez Desari se dio cuenta de que estaba realmente asustada. ¿Qué había hecho? ¿Seguir a un completo extraño lejos de la protección de su familia, y para qué? Sexo. Puro y simple. Se sentía tan atraída hacia Julian Savage, que había tirado por la borda sus valores y reglas y había colocado a Darius en una posición insostenible. Se preocuparía por ella. Había confiado en Julian porque nunca en su vida había sentido algo tan profundo por nadie, aunque ahora sabía que él la estaba manipulando. Y era un maestro en ello. Quizá estaba manipulando el resto de sus emociones igual de bien.

Julian se alejó de ella, dándole espacio, su cuerpo era fluido y poderoso. Se pasó una mano por la espesa melena dorada, sus ojos se deslizaron sobre ella posesivamente.

- ¿Tendría que haberte permitido sentir dolor cuanto no era necesario? - Su voz fue estrictamente neutral.

Sabía que él tenía razón. No la estaba obligando. O confiaba en él o no. Era así de simple. Julian cruzó los brazos contra su amplio pecho y se apoyó perezosamente con la cadera contra una columna del porche.

- Sé que lo sentiste.

- Por un momento. - Concedió ella, sabiendo que se refería a la explosión de dolor que había florecido tan súbitamente en la cabeza de él. Había desaparecido en un instante.

- Y la suprimí inmediatamente. Era tu hermano. Una advertencia.

- Oí su advertencia. Le he preocupado innecesariamente. Intenté decirle que volvería a casa esta noche.

Lo dijo desafiante, más para sí misma que para él. No quería irse. Julian estaba tan excitado, con sus hambrientos ojos fundidos. La intensidad de lo que sentía por ella era agobiante e hilarante.

- Entonces ambos regresaremos. ¿Pero realmente crees que podemos conocernos el uno al otro en compañía de tus protectores? Sería innecesariamente difícil. - Ondeó la mano hacia una silla en el porche. - Siéntate un rato y habla conmigo.

Fue un suave ronroneo de amenaza. Tenía toda la intención de ir con ella si se marchaba, caminar casualmente hasta la guarida de aquellos que buscaban su destrucción. Su voz era tan hermosa. Pura y elegante. Contenía un toque de ternura y arrogancia, y más que nada un poco de diversión masculina.

Parecía un desafío. Como si ella fuera una niñita, una novata, temerosa de su propia sombra y lejos de su hermano mayor. Desari alzó la barbilla y se deslizó majestuosamente subiendo los escalones hasta la silla del porche. Se sentó, sus ojos oscuros permanecían en la cara de él.

Él se sonrió abiertamente, súbitamente disperso el oscuro peligro que se aferraba a él como una segunda piel. Por un momento pareció casi un muchachito.

- No voy a mantenerte prisionera, Desari. No hay necesidad de que me mires como si fuera un monstruo.

Desari notó que se relajaba. Una lenta sonrisa de respuesta iluminó su cara.

- ¿Es eso lo que estoy haciendo? Me siento culpable por desafiar a mi hermano y hacer que se preocupe. Quizá la estoy tomando contigo. Es mucho más fácil culpar a cualquier otro que a uno mismo.

Julian sacudió la cabeza.

- No te preocupes por tu hermano. En su corazón sabe que no te haré daño. Es más bien que debe abandonar su control sobre ti.

- ¿Qué es un compañero? - Preguntó Desari, sabiendo que era importante. Había estado en su mente, sabía que creía que ella era su compañera.

- Cada hombre de los Cárpatos nace como un depredador, oscuro y mortal. Cierto que tiene fuertes instintos de proteger a aquellos a los que ama, pero hay una oscuridad en nosotros que crece más y más fuerte a cada siglo que pasa. Sin una compañera perdemos toda emoción, incluso la habilidad de ver colores. Es una existencia vacía. Cada día la bestia interior crece más fuerte, y la oscuridad se extiende poco a poco en nuestras almas. ¿No lo has observado en los hombres de tu grupo?

Desari se golpeteó la mejilla con una larga uña.

- En realidad, si. Al menos con Darius y Dayan. Barack estuvo siempre lleno de alegría hasta hace poco. Ahora está más tranquilo. Y había otro, Savon, que se convirtió en alguien que ninguno de nosotros reconocía.

- Si nuestros hombres no encuentran a su auténtica compañera, la otra mitad de sus almas, la luz de su oscuridad, desaparece. No podemos mantener nuestras emociones. Estamos perdidos. - Julian suspiró suavemente, observando como el desmayo iba apareciendo en la cara de ella. - Tenemos dos elecciones. Podemos caminar bajo el sol y terminar con nuestra yerma existencia, o elegir perder nuestra alma. Nos podemos convertir en el no-muerto, vampiros que hacen presa de la raza humana para conseguir la última embestida, el poder de matar. Es el único sentimiento que nos queda.

Desari sabía que estaba diciendo la verdad. Savon había elegido convertirse en vampiro. Darius había destruido a muchos de esos no-muertos durante siglos. Tragó con fuerza y levantó la mirada hacia él.

- ¿Cómo hace la gente para saber con certeza cuando han encontrado a su compañera?

La sonrisa de Julian fue como un toque físico, una suave caricia.

- He vivido siglos sin ver colores o sentir emociones. Y entonces te encontré. Ahora el mundo es de nuevo hermoso y lleno de vida, con color, con tan intensas emociones que apenas puedo procesarlas. Cuando te miro mi cuerpo está vivo. Mi corazón está abrumado. Tú eres la única.

- ¿Qué ocurre si la mujer no siente lo mismo? - Preguntó Desari, curiosa. Este era un concepto completamente nuevo para ella, uno que nunca había considerado.

- Sólo hay un auténtico compañero para cada uno de nosotros. Si el hombre lo siente, lo siente su pareja. - Sus dientes blancos brillaron hacia ella. - Quizá ella desee mostrarse terca y no admitirlo enseguida, no deseando que su libertad sea coartada para siempre. A causa de que hay tan pocas de nuestras mujeres, las guardamos celosamente desde su nacimiento y son entregadas al cuidado de su compañero tan pronto como llegan a la mayoría de edad.

- ¿Que quieres decir con que su libertad sea coartada para siempre? - Desari súbitamente se sintió inquieta. Sólo observar la forma que el cuerpo de él se movía podía hacerla sentir ardiente y dolorida. No le gustaba como sonaba su voz, suave y arrogante, débilmente divertida mientras pronunciaba estas palabras. Sonaba como si la mujer no tuviera elección en la cuestión.

Sonrió abiertamente hacia ella, después se movió súbitamente con asombrosa velocidad, fluido y elegante, cerniéndose sobre ella cuando pensaba que estaba segura.

- No tienes necesitad de preocuparte, Desari. No puedo hacer nada más que velar por tu felicidad. - Extendió una mano. - Tu hambre. Siento la necesidad en mi interior como si fuera mía. No había necesidad de que estés incómoda.

Su mano estaba envuelta en la de él antes de que pudiera pensar, una reacción instintiva a la sensual seducción que la rodeaba. La estaba atrayendo, poniéndola en pie, sus brazos rodeaban su pequeña cintura antes de que tuviera oportunidad de protestar. Su cuerpo era duro y ardiente, la esencia de él llenaba su mente. Cuando inhaló, le tomó en el

interior de sus pulmones, con lo que se apresuró a través de su cuerpo como una fuerte droga. Fuera cual fuera la química que había entre ellos, no podía negarse a sí misma que se sentía ardiente, inflamada y dispuesta.

- No puedo tomar tu sangre. - Susurró ella, temiendo que si la saboreaba estaría perdida para siempre.

Los dientes blancos de Julian relucieron por un instante sobre la cabeza de ella; después se inclinó lentamente, casi lánguidamente hacia su suave garganta. Sus ojos dorados ardían de deseo, manteniendo la mirada de ella durante un largo momento antes de que sus pestañas descendieran y ella sintiera su boca moverse contra la piel.

El cuerpo entero de Desari se tensó. Los brazos de él se apretaron como bandas de acero su alrededor, aunque la sostenía de forma extrañamente protectora. Su cuerpo se inflamó contra el de ella con deseo, una rugiente demanda que no intentó de esconder de ningún modo. Sus labios eran firmes y suaves cuando se frotaron contra el pulso de ella. Los dientes pellizcaron gentilmente, la lengua dio una áspera caricia que tentaba e incitaba.

- ¿Me lo negarías entonces? - Preguntó suavemente, con la boca contra su piel satinada.

No podía denegarle nada. Su cuerpo ya no le pertenecía, era su otra mitad. Desari se presionó más cerca, necesitaba darle cualquier cosa que necesitara tan desesperadamente. No había tiempo para pensar. Sentía su aliento, tan cálido e incitante, su lengua le acariciaba la piel haciendo que el calor de agrupara en su interior y se sintiera dolorida por él. Cerró los ojos, sus brazos se deslizaron hacia arriba para acunar la cabeza de él. Blanco calor ardiente le agujereaba la garganta, un placer tan intenso que era casi dolor. Se oyó a sí misma gemir, sintió su boca alimentándose de ella, tomando la esencia de su vida en el interior de su cuerpo, sellándolos juntos de alguna forma erótica que no entendía.

Ella se había alimentado cada noche durante siglos, había dado su sangre numerosas veces cuando había sido necesario. Nunca había sido así. Fuego corriendo a través de su cuerpo, ardientes y saltarinas llamas que exigían alivio. Se sentía como una llama vida entre los brazos de él, su cuerpo se movía inquieto, dolorido e impaciente por la dura agresión de él.

Julian selló las marcas de su garganta con una caricia de su lengua, al mismo tiempo se abrió los botones de la camisa con una mano mientras colocaba la otra sobre la nuca de ella. Le murmuró algo en italiano, algo suave y dolorosamente sexy, y el humeante deseo tocó un salvajismo en ella que nunca había conocido. Él la presionó contra sus músculos tensos, bajando las manos hacia el trasero enfundados en los pantalones vaqueros que vestía, de forma que pudiera urgirla más cerca de la dura evidencia de su excitación.

Él olía fresco y masculino. Su cuerpo era fuego para él, su piel tan sensible que sus pechos dolían, sus pezones se frotaban contra la el fino sostén de encaje que los confinaba. El hambre la golpeaba, tanto sexual como físicamente. No podía empezar a decir donde empezaba ella y terminaba él. El latido de su corazón era fuerte y rápido, esperando por ella, necesitándola, deseándola. El deseo era un dolor crudo entre sus piernas, en su estómago, sus pechos, royendo implacablemente hasta que sintió como sus dientes se hundían en la piel de él.

Al momento el placer la golpeó; se sostuvo y apresuró a través de su cuerpo como una pared de llamas, una tormenta de fuego de belleza y éxtasis. Dulce y caliente. Inconmensurable. No se parecía a nada que hubiera conocido nunca. Era adictivo, consumía, era eterno. No habría nunca Desari sin Julian. Nunca Julian sin Desari. Necesitaría su cuerpo, su sangre, y su alma durante el resto de sus días. Y él la necesitaría a ella.

Jadeando, aterrorizada, Desari cerró las pequeñas heridas y se aferró a él, la única ancla sólida en un mundo que parecía desintegrarse a su alrededor. Enseguida sus brazos estaban allí, reales y fuertes, la barbilla de él se frotaba con la parte alta de su cabeza haciendo que sedosos mechones de su pelo fueran capturados por la sombra dorada de su mandíbula, tejiéndose juntos en hilachas.

- No temas esto, piccola. Sé lo que hago. Soy un antiguo poderoso y conozco las costumbres de nuestra gente. Esto es natural para nosotros.

Ella sacudió la cabeza, su corazón martilleaba.

- No para mí. No entiendes nada, Julian. No puedo dejar a mi familia. He estado en tu mente y conozco tus intenciones. Eres un solitario, incluso casi un renegado. Te gusta imponer tus propias reglas y seguir tu propio camino. Sigues a tu Príncipe, pero a tu manera.

La mano de Julian surgió para acariciarle la nuca, aliviando la tensión en ella.

- Tenemos tiempo para acostumbrarnos el uno al otro.

- Yo canto, Julian. Adoro cantar. Me gustan las multitudes, compartir, la excitación de la audiencia, la conexión con ellos. Y amo a mi familia. Si tenemos un príncipe, un líder, ese es Darius. Nos ha dedicado su vida, vive por nosotros, para protegernos. No sabes lo que ha hecho por nosotros. No puedo dejarle en estos momentos, cuando está tan cerca del borde de la destrucción.

La noche les susurró, envolviéndoles en su oscura capa. Julian alzó la cara hacia el cielo, mirando las estrellas extendidas sobre ellos como una reluciente manta.

- Háblame de él. Cuéntame como es posible que ningún otro Cárpato sepa de vuestra existencia. Si os las habéis arreglado para escapar sin ser detectados, quizás haya otros también. Podría ser muy importante para la perpetuación de nuestra especie.

Su voz fue tan gentil y tierna, que le dio un vuelco el corazón. Aunque podía sentir su implacable resolución. Como Darius, poseía una fuerte e implacable voluntad. Elegía seguir su propio camino, hacer sus propias reglas. La instó para que le contara la historia. La terrible masacre. La precariedad del barco. El terror de los niños en la salvaje e indómita tierra rodeados de depredadores.

Julian pronto comprendió que Darius y Desari eran en realidad parientes del sanador, el Oscuro. Tenían que ser los hermanos menores de Gregori, presumiblemente asesinados por los turcos. Quizás otros habían escapado también. Al momento de saber la verdad, se extendió a través del tiempo y el espacio. *¡Gregori! He encontrado lo que durante tanto tiempo busqué. Hay otros. Tu línea de sangre. Sobrevivieron a las masacres y escaparon muy lejos.*

No le sorprendía que Darius le recordara tanto al sanador. Darius era un hombre de recursos, tan poderoso como si hermano mayor. Sería un

amargo e implacable enemigo, peligroso más allá de la imaginación. Sería un amigo leal y protector a pesar de su incapacidad de sentir emociones. Su palabra era su ley. No reconocía otra. Julian se encontró respetando a Darius de la forma en que respetaba a pocos.

Gracias por enviarme noticias de Darius y Dara, Julian.

También siento tu necesidad, Julian. Desari es tu compañera. Atiéndela. Había una satisfacción evidente en la voz del sanador incluso a pesar de la distancia. *¿Me necesitas esta vez?*

No, sanador. Doy la bienvenida al desafío que tu pariente masculino proporciona. Y Julian lo hacía. Le maravilla y belleza del mundo estaba a su alcance.

Contactaré con Mikhail e informaré a Savannah. Acudiremos si nos necesitas; de otro modo, nos encontraremos todos en otro momento.

No os necesito, aseguró Julian al sanador. Tenía fe en sus propias habilidades. No quería o necesitaba la interferencia o presencia del sanador. Gregori sin duda conocía la naturaleza exacta de la oscuridad que acechaba en el alma de Julian, un hecho que Julian había ocultado con éxito incluso a su propio hermano gemelo. Gregori creía en su honor, pero también sabía que Julian estaba ensombrecido, y podía decidir que tal persona no tenía derecho a Desari, ningún derecho en absoluto.

Julian no tenía ninguna intención de dejar a Desari. Sería imposible incluso si estuviera inclinado a hacer tal cosa. Estaban unidos para toda la eternidad. Las palabras rituales habían sido pronunciadas. Aunque no habían completado el círculo del ritual, las palabras ancestrales por si solas eran vinculantes, y Julian conocía las consecuencias. Serían incapaces de estar separados sin un intenso pesar, sin una horrible incomodidad física. Y las oleadas del ardor de los Cárpatos eventualmente los agobiarían, exigiendo su unión.

Era una protección para la cordura del hombre, para su alma, y podía ligar a su compañera a él para siempre sin tener en cuenta sus miedos. Los miedos podían superarse: la destrucción del alma era para toda la eternidad. Desari creía que podía controlar su destino, que tenía elección, pero Julian lo sabía mejor. Le pertenecía, era una parte de él. Ni siquiera Darius podría cambiar eso sin destruirla. Y si su propio honor exigía que hiciera lo correcto, que la librara de alguien como él, ya era demasiado tarde. Los había atado juntos en la calor de su primer encuentro. Estaba hecho.

Julian suspiró suavemente y la sostuvo más cerca de él.

- Tu hermano es un Cárpato y un pariente de sangre. No desearía hacerle daño. Si es necesario que permanezcamos junto a él para asegurar que no hace nada para dañarse a sí mismo, entonces eso es lo que haremos.

Desari sabía que Julian creía estar haciendo una gran concesión por ella, pero no le hacía ningún favor. Darius no le aceptaría tan fácilmente en su círculo. Ni tampoco lo harían Dayan o Barack. Los hombres eran tan difíciles a veces. Durante siglos habían dependido los unos de los otros, interactuando unos con otros. No permitirían de buena gana a un extraño en su territorio.

5

Desari alzó la cabeza de la calidez y tentación del pecho de Julian. Sus enormes ojos eran suaves y tristes.

- Sé que no lo entiendes, pero no puedo hacer otra cosa que volver con mi familia ahora mismo. Me niego a ser irresponsable, egoísta, cuando mi hermano ha dado tanto.

Esperaba que Julian discutiera con ella, y su mano, colocada sobre el corazón de él, tembló. Los ojos dorados de Julian su deslizaron posesivamente sobre su cara trastornada. Su ardiente deseo, tan intenso, tan evidente, la dejó sin aliento, robándole su resolución. ¿Cómo podía un hombre necesitarla tanto? ¿Cómo podía mostrar esa necesidad sin ego o temor de ser tan totalmente vulnerable? ¿Cómo podía ella volver la espalda a tan honesto y ardiente deseo?

- Julian. - Susurró su nombre, un doloroso deseo, se sentía retorcida entre dos hombres, dos lealtades, algo que ni siquiera entendía.

- Tenemos unas pocas horas hasta el amanecer, cara. Si insistes en volver con Darius, entonces debemos hacerlo así. - Su voz fue un suave e hipnotizador hechizo, seductor y masculino. Sólo su sonido amenazaba su precaria voluntad. Sus palabras decían una cosa, mientras su corazón susurraba algo totalmente diferente.

- Julian, tienes que dejar de mirarme así. - Le advirtió, algo bloqueaba su garganta de tal forma que le hacía imposible respirar. Intentó apartar su mirada de la intensidad de la de él. - No puedo pensar cuando me miras así.

La mano de él se movió sobre la sedosa masa de pelo de ella, sus dedos frotaron los mechones contra la yema de su pulgar como si no pudiera evitarlo.

- ¿Siempre has sido una artista?

Había un dejo en su voz, una caricia pronunciada con admiración y hechicería que hizo que el corazón de ella latiera con rapidez. La desarmó completamente con esa perezosa pronunciación italiana. Su pregunta también la descolocó. La sintió como una seducción, aunque fue bastante inocente.

- Si, siempre he cantado. Viajamos por diferentes continentes cada veinticinco años o así. De esa forma nadie nota que no envejecemos.

La mano de él, que había estado tan inocentemente enredada en su pelo, se habían deslizado de algún modo hasta su hombro. Esos dedos estaban ahora produciendo calor a través del fino material de su top de forma que sentía como si su piel estuviera conectada con la de ella. Su voz se debilitó como si perdiera el hilo de su pensamiento.

Julian se inclinó más cerca para así aliviarla.

- Por favor continúa. Esto es extremadamente interesante. Busqué durante siglos Cárpatos perdidos pero no tenía esperanzas. Cómo lograsteis lo que habéis hecho es extraordinario. - Las puntas de sus dedos se movieron hacia la línea del escote de la camiseta de ella ausentemente trazando el delicado bordado.

Desari tragó mientras pequeñas llamas lamían su piel, mientras sus pechos reaccionaban a la yema del pulgar que resbalaba sensualmente sobre la suave hinchazón. Levantó la mirada hacia él, decidida a reprenderle, pero

parecía tan intelectual y ansiosamente interesado en cualquier cosa que ella hubiera estado diciendo. Excepto por sus ojos. Sus ojos eran oro fundido y ardían con un fuego líquido que parecía consumirla, hipnotizarla.

- No tengo ni idea de que estaba diciendo. - Admitió finalmente, su voz tan ronca que fue una invitación.

Su cuerpo se apiñó más cerca del de ella, sin tocarla, simplemente tan cerca que su calor y esencia masculina la envolvió, lo rodeó, la inundó. La llamaba como nada más podía hacerlo.

- Me estabas hablando sobre viajar de lugar en lugar cantando. - Su voz estaba dolorida por el deseo.

Ella lo oyó claramente, y su cuerpo respondió por voluntad propia, disolviéndose en ardiente líquido. Desari se aclaró la garganta.

- Simplemente nos convertimos en nuestros propios descendientes si alguien nos recuerda. Raramente es necesario, cuando lo es permanecemos lejos del área durante décadas esa vez. Dayan es un poeta, un maestro de la palabra, y no hay nadie mejor con una guitarra. Syndil es también una maravillosa música. Puedo tocar casi cualquier instrumento. En la realidad, Barack es igual. Parece que disfruta realmente tocando para nuestro público. - Le entregó la información, pero su mente estaba fija en el hecho de que los dedos de él se deslizaban dentro de su escote y se movían hipnóticamente hacia delante y atrás como si estuvieran memorizando el tacto de ella.

- Barack y Dayan. - Julian repitió los nombres suavemente. Hubo la más pequeña de las amarguras en su voz, sus perfectos dientes se cerraron, reminiscencias de un hambriento lobo. - Esos dos actúa como se tuvieran ciertos derechos en lo que a ti concierne. - Había una línea cruel jugueteando en su boca, una oscuridad en sus ojos dorados. - No los tienen. En ausencia de tu padre, Darius es el único ante el que tienes que responder hasta que tu compañero te reclame. Así lo he hecho. - Se inclinó hacia adelante como si fuera conducido más allá de su voluntad y la tocó en la clavícula con los labios, la dureza de su cara se suavizó una vez más. El toque fue como una pluma, pero penetró en su piel y llegó directamente al corazón, lo hizo latir con alguna emoción que no quería intentar entender.

Movió la boca, un rastro de fuego corriendo hacia arriba por su clavícula hasta el pulso que latía tan frenéticamente en su garganta. Su suave boca temblaba, las largas pestañas descendieron para cubrir el luminiscente brillo de sus ojos oscuros. Debería detenerlo. Por su propia cordura, debería detenerlo. Pero su boca se movía lentamente, gentilmente, una cálida exploración en absoluto agresiva.

Desari intentó ordenar sus pensamientos desesperadamente.

- ¿Me has reclamado?

Sus dedos se enredaron con los de ella. Condujo su mano para presionarla contra los músculos de su pecho, su pulgar aleteaba con falsa inocencia sobre el pulso de ella. Lo sentía saltar mientras sus labios bajaban más, empujando los bordes del escote de la camiseta, donde la cremosa invitación de sus pechos se inflamaban con anticipación.

- Lo he hecho. Estás ligada a mí. - Susurró las palabras en el valle de sus pechos, y su cuerpo entero se tensó con tal deseo que Desari se sintió desfallecer.

Juró mientras las llamas danzaban sobre su piel. Realmente bajó la mirada, esperando ver pequeñas lenguas anaranjadas de fuego lamiendo su piel. Se estremeció e intentó retirar su mano, intentó poner algo del espacio que tanto necesitaba entre ellos.

- Tú lo crees. Yo no. - Desari encontró que mientras su cabeza estaba segura de que quería moverse, su cuerpo se negaba a cooperar.

La risa de él fue baja y ronca con diversión masculina a su costa.

- No es posible que pienses que puedes alejarte de mí ahora. - Julian transfirió su atención al brazo de ella. Sus labios se deslizaron a lo largo de la piel desnuda, deteniéndose para morar en la sensible cara interna de su codo antes de moverse a lo largo del brazo. Después hizo algo en la cara interna de su muñeca, sus dientes rasparon sobre la piel, haciendo que cada músculo del cuerpo se tensara hasta que pensó que podría gritar de deseo. - No sería muy buen compañero si no pudiera retener lo que es mío, ¿verdad?

Cuando se inclinó hacia adelante sobre su brazo, su pelo dorado acarició la piel de ella, y cerró los ojos contra las oleadas de calor que se elevaron tan bruscamente entre ellos. A pesar de sí misma sonrió.

- Eres tan arrogante como Darius. - Le gustaba la sensación de sus manos, el ardiente oro de sus ojos ardiendo sobre ella. Incluso le gustaba su arrogancia.

- Mmmm - Murmuró él bastante ausentemente, claramente distraído. - ¿Lo soy? - Deslizó la mano sobre su caja torácica hasta que encontró borde de su camiseta. - Sabes que lo adoras todo de mí. - Enterró la cara en las oleadas de sedoso ébano que caía en cascada alrededor de sus hombros y por su espalda. - Adoro la forma en que hueles. - Su mano se deslizó bajo el fino top de algodón, sus dedos se extendieron ampliamente para abarcar tanta piel satinada como fuera posible

La sensación fue más allá de sus más salvajes fantasías. Tan ardiente. Alcanzando sus entrañas y simplemente fundiéndolo todo.

- Creo que deberíamos hablar. - Dijo ella un poco desesperadamente. Sus brazos parecían tener voluntad propia, deslizándose alrededor del cuello de él. Durante un momento cerró los ojos, saboreando el calor de su cuerpo en la frialdad de la noche.

- Estoy hablando contigo. - Susurró Julian. - ¿No oyes lo que digo?

Su voz se movió como terciopelo sobre su piel. ¿Cómo podía no oírle? Dentro de su cuerpo, Desari sentía un volcán de calor fundido entrando en erupción. Corría a través de ella, espeso, pesado, ardiente y doloroso. Le deseaba, y le necesitaba. ¿Podía realmente ser así de simple? Alzó su boca para demandar la invasión de la de él.

Julian juró que la tierra se movió bajo sus pies. Desari sabía que oía el rugido del trueno y sentía el látigo blanco azulado del relámpago. Julian abrió la puerta de la cabaña de una patada y se las arregló para entrar, su cuerpo rabiaba. La bestia interior, siempre presente, luchaba por su supremacía. Julian cerró su boca sobre la de ella, un poco fuera de control, un suave gruñido de advertencia emanó de las profundidades de su garganta cuando ella intentó alzar la cabeza.

La mano de él se expandió por su garganta, sosteniéndola junto a él, sosteniéndola como si fuera una parte de él. Sosteniéndola como si fuera la cosa más preciosa del mundo y no pudiera estar sin ella. Su otra mano recorrió su cintura, deteniéndose para descansar allí, ardiente y urgente

incluso aunque la palma de su mano descansaba tranquilamente contra su piel. Desari era tan consciente de ella, consciente de lo cerca que estaba de las partes más íntimas y sensibles de su cuerpo. Se resentía de dolor por él. Le deseaba. Estaba más allá de pensar racionalmente; deseaba que su mano se moviera. En cualquier dirección, no importaba. Su boca era ardiente y dura, como suave terciopelo, exigiendo su completa rendición. Y entonces la mano se movió, encontrando el diminuto broche delantero de su sujetador, y sus pechos se liberaron. Fue una cosa tan pequeña, pero su cuerpo entero se sentía salvaje e indómito por el deseo.

Sintió el gemido elevarse de las profundidades interiores de su alma cuando la mano de él acarició la redondeada cara inferior de su pecho. La asombró que pudiera hacerla sentir tan intenso placer cuando su palma estaba simplemente acunando el peso de un pecho. Su boca estaba abierta a la invasión de la de él, su cuerpo receptivo a cada avance. Cuando la mano le rodeó el pecho, su palma empujó contra el pezón erecto, jadeó y empujó para liberar su boca y así poder saborear la piel de él, para ser libre de llevar a cabo su propia exploración.

Podía sentir su mano dándole forma, trazando la curva de su pecho, suave e inflamada invitación, su pezón, dolorido y duro, empujaba contra la palma de su mano. Desari deslizó sus propias manos bajo la camisa de él, encontró su cálida piel, el borde de sus músculos marcados, el pelo dorado que se extendía a través de su pecho. La hacía sentir tan viva, tan completamente femenina. La hacía sentir inquieta y ardiente, su cuerpo era un caldero de cremoso fuego líquido.

Julian le acarició el pecho, maravillándose de la pura perfección de su cuerpo. Era asombroso para él, la textura satinada de su piel, la sedosa sensación de su pelo, el calor que surgía entre ellos, lo pequeña y delicada que la sentía bajo su propio cuerpo fuerte, aunque cada uno de sus músculos era firme y suave. Sus manos lo estaban volviendo loco, amenazando no sólo su tenue control sino su misma cordura. Su cuerpo rabiaba contra él, tan duro por el deseo de alivio que su se sentía tenso e insufrible contra su carne.

Desari dio un tirón a la camisa de él, haciendo que los botones volaran en todas direcciones. Necesitaba cobijarse tan cerca de él como fuera posible. El cuerpo de Julian tembló, conducido más allá de los límites de su resistencia. La sensación de las manos de ella sobre su ardiente piel sólo servía para excitarle aún más. Su cuerpo quedó rígido cuando la boca de ella se movió sobre su pecho, empezando a trazar el camino de bajada del fino rastro de pelo dorado.

Julian sujetó el cuello de la camisa de ella, rompiendo fácilmente la tela, echando a un lado el trozo de encaje del sostén para que su piel brillara invitadoramente en la oscuridad. El aliento se le quedó atascado en la garganta ante tanta perfección. Sus manos se extendieron midiéndole la cintura, la inclinó hacia atrás para que los pechos se alzaran y se encontraran con su boca que descendía. Era deliciosa, hermosa, lo más bueno y perfecto del mundo.

La boca de él era ardiente y húmeda, cerrándose alrededor de ella, todo calor y fuego haciendo que las llamas erupcionaran dentro de ella, como una tormenta de fuego. Por cada fuerte empuje de los labios de él mientras se alimentaban de ella, recibía como respuesta una embestida de

ardiente y cremoso líquido cuando mientras el cuerpo de ella reclamaba urgentemente el suyo, un empuje de la ardiente hinchazón de su propio cuerpo.

Las manos de Julian se deslizaron hacia abajo a lo largo de su cintura hasta la delgada curva de sus caderas, empujando sus gastados vaqueros y las sedosas bragas tras ellos. Las piernas de ella eran raso liso y firme ante su toque, suaves mientras las recorría con sus dedos hacia arriba a lo largo del interior de sus muslos. Su boca dejó los pechos de ella sólo un momento para que la lengua pudiera trazar el diminuto botón sagrado de su estómago, y una vez más volver a la tentación de sus pechos llenos y suaves. Su mano se deslizó entre las piernas para encontrar el húmedo calor.

Desari clamó una suave nota musical que alcanzó el interior del cuerpo de él y prendió un infierno llameante que empezó lamiendo la piel de ella, la de él, el cuerpo de ella, el de él, sus mismas entrañas. Sin pensar las manos de Desari trabajaban en los confines de los pantalones de él para liberarle, ardiente y exigente, el cuerpo de él se encontraba inflamado más allá de toda redención. Podía sentir la mano empujando contra ella, haciendo que su cuerpo se sintiera pesado y poco familiar, ardiente y dolorido por urgente deseo. Ella movió las caderas, buscando alivio para el creciente tormento. Los dedos de Julian se hundieron profundamente, probando su predisposición, elevando su temperatura otros noventa grados. Cremoso calor encontró sus caricias, y las uñas de ella rasparon su amplia espalda. El aliento de ella llegaba en convulsivos jadeos.

- Dio, cara mia, estás tan ardiente, tan preparada para mí. - Su voz fue cruda y ronca cuando la arrastró con él al interior de la cabaña, su boca todavía sobre el pecho de ella, sus dientes acariciaban gentilmente su tierna piel, su lengua aliviaba el ligero dolor.

Fue con él, cada paso era casi imposible cuando estaba ardiendo en llamas, los dedos de la acariciaban rítmicamente, la boca empujaba hacia ella, sus dientes eran un erótico tormento que la dejaba tan salvaje y desinhibida que ya se movía urgentemente contra la mano de él.

Los dientes de Julian se movían por la curva del pecho, su lengua lamía gentilmente el profundo valle. Sus manos la sostenían cuidadosamente, gentilmente, dejándola sobre la gruesa colcha de la cama. Pateó a un lado lo que quedaba de sus ropas e inmediatamente se arrodilló sobre ella de forma que su cuerpo esbelto quedara atrapado bajo él.

El aliento de Desari escapó en un largo jadeo cuando su enorme forma descendió sobre la de ella, piel con piel, cuando sintió la dura fuerza en él, y su largo, ardiente y grueso pene presionando agresivamente contra su muslo. Su corazón pareció dejar de latir. Temor o anticipación, excitación o aprensión, pánico o impaciencia... no tenía ni idea de lo que estaba sintiendo realmente. Todo a la vez.

La rodilla de Julian empujó entre las piernas de ella para así poder presionar su sensible punta aterciopelada contra la cálida y húmeda entrada. A la vez el cuerpo de ella bañó el de él con ardiente crema, enviando oleadas de urgencia a su interior. Su boca capturó la de ella, y se introdujo un poco más profundamente en su interior. Su aliento se quedó de golpe atascado en sus pulmones. Estaba tan apretada, una ardiente vaina aterciopelada que le apretaba, tomándole en el interior de su cuerpo. La sensación era tan cercana al éxtasis, tenía que apretar los dientes, para usar

cada onza de control para obligarse a sí mismo a ir lentamente, para darle tiempo al cuerpo de ella a ajustarse a su invasión.

Desari movió sus caderas impacientemente, sin pensar, lo necesitaba todo de él, deseaba mucho más. Enseguida hubo dolor, jadeó y se puso rígida. Julian se quedó perfectamente inmóvil, no se retiró, la mantuvo cerca de él, sus brazos eran fuertes bandas de protección. Enmarcó la cara de ella con sus manos, sus ojos ardieron como oro fundido, tan intenso, tan hipnotizadores que no podía apartar la mirada.

- Mírame, piccola, Mírame sólo a mí. Funde tu mente con la mía.

- Eres tan grande, Julian. No encajamos.. - Desari deseaba apartar la mirada lejos de la ardiente de él, pero estaba ahogándose en su hambre desnuda. - Julian. - Sólo dijo su nombre, un susurro, una mezcla de miedo y dolorido deseo.

- Estamos hechos el uno para el otro. - Le aseguró Julian gentilmente. Se inclinó para besarla en la comisura de la boca. - Fúndete conmigo, totalmente fundida conmigo. - Su boca se movió bajando por la barbilla de ella hasta su garganta. El pulso de ella estaba llamando al salvajismo profundo dentro de él. Los dientes trazaron un camino a lo largo de la garganta hasta la hinchazón de un pecho, deteniéndose para descansar sobre su corazón acelerado. - Relájate para mí, Desari. Cuando miras en el interior de mis ojos, ves el interior de mi alma, y sabes que puedes confiar en mí con tu vida, con tu cuerpo. Relájate para mí. - Las palabras eran hipnóticas, su voz tan hermosa y pura, tan ronca por el deseo. Sus ojos dorados se encontraron con los de ella, una llama que quemaba, y después le atrapó las caderas entre sus manos. Su cuerpo surgió hacia adelante, una poderosa estocada, y sus dientes pincharon profundamente haciéndola gritar con su exquisito fuego, lágrimas relucieron como joyas en sus ojos. La llenaba completamente, llenando el terrible vacío de su alma. Cuando su cuerpo se retiró y empujó una segunda vez, sintió que su mente tomaba la de ella.

La intensidad de sus sentimientos, el ardiente placer que estaba experimentando, estaba allí para que ella lo compartiera, sólo así él podría sentir el rapto de su propio cuerpo, revelando su posesión. Empezó a moverse, saliendo y entrando en ella con golpes seguros y duros que parecían crecer en intensidad, causando una fiera fricción entre sus cuerpos, tan ardiente que se estaban consumiendo en llamas.

Desari se aferró a él, su ancla salvadora, mientras él los transportaba más y más alto, a un lugar de tal éxtasis que no estaba segura de si podría resistirlo. La boca de él se alimentaba de la de ella, sus caderas se hundían en ella, un frenesí de lujuria y amor, de reverencia y súplica. Siguió y siguió hasta que el cuerpo de ella pareció pertenecerle a él en lugar de ella, hasta que se oyó a sí misma soltar un suave lamento de puro asombro cuando su cuerpo pareció fragmentarse en mil pedazos, estallar, mientras olas tras olas de fuego la mecían, convulsionando sus músculos provocando que se apretara alrededor de él aún más, aferrándole y exigiendo.

Julian barrió con la lengua sobre la curva de su pecho, cerrando la diminuta evidencia de su asalto, aunque deliberadamente dejó su marca sobre la suave piel.

- Te necesito, Desari. - Susurró, su voz era erótica y ronca con su cascada demanda. - Te necesito.

Estaba profundamente fundida con la mente de él y sabía lo que le estaba pidiendo, lo que su cuerpo anhelaba. Era casi demasiado, el duro empuje de sus caderas, conduciéndose tan fieramente en su interior. Con cada duro golpe se enterraba más y más profundamente en el cuerpo de ella, en su misma alma. Sabía lo que estaba ocurriendo pero se sentía incapaz de resistir, incapaz de negarle nada. Su lengua saboreó la piel húmeda de él, jugueteando sobre los pesados músculos que guardaban su corazón. Sintió la instantánea respuesta, el cuerpo, enterrado en el interior de su apretada vaina, se inflamó y endureció incluso más, ante el salto de a corazón bajo la boca exploradora.

Julian agarró las esbeltas caderas de ella firmemente, aplastándola contra él, su cuerpo tan ardiente, duro y bañado con la fiera crema de ella que se ahogaba en puro y abrasador calor. Podía sentirla a su alrededor, apretado fuego aterciopelado, una humeante y tórrida pasión más allá de cualquier cosa que hubiera nunca concebido que pudiera sentirse. Ardientes relámpagos blancos estallaron en él cuando los dientes de ella finalmente atravesaron su piel. Su garganta se convulsionó, su cuerpo era un frenesí de martilleante e implacable deseo. Echó la cabeza hacia atrás, sus ojos dorados ardieron hacia ella con posesión y un feroz compromiso a la vez. Su mente sujetaba la de ella, y su cuerpo crecía más ardiente y más duro mientras ella tomaba la misma esencia de su vida, la sangre, en su interior. A su alrededor el cuerpo de ella era fieramente ardiente y firme, golpeando con su propia respuesta la profunda fiebre que rugía entre ellos. La tierra misma pareció estremecerse, un temblor, la atmósfera se hendió separándose; su mundo se estrechó hasta que sólo existieron el uno para el otro. Dos seres fundidos tan profundamente unidos que se habían convertido en uno, como tenía que ser.

Julian la sujetó firmemente, su cara tan dura e implacable como el mismo tiempo.

- Nunca podré dejar que te apartes de mí. Debes saber esto.

Desari estaba tan aturdida por el fuego que ardía en su cuerpo, por su adictivo sabor, por las pequeñas sacudidas eróticas en su útero que impedían que su cuerpo soltara el de él, negándose. Era una sensación tan perfecta, tan correcta, con Julian profundamente enterrado en su interior. Extendió la mano hacia arriba, tocando la boca de él con la punta temblorosa de un dedo, dibujando sus labios. Podría ahogarse en el oro fundido de sus ojos, vivir para siempre albergada en su corazón.

- No tenía ni idea de que pudiéramos estar así, que algo así pudiera ser posible siquiera.

Julian lentamente bajó la cabeza, su largo pelo se deslizó sobre los hombros de ella, acariciando la hinchazón de su pecho, sobre su marca en ella.

- Eres tan increíblemente bella, Desari, me vuelves del revés.

Una suave sonrisa curvó la boca de ella.

- Quiero que recuerdes eso cuando haga algo que no te guste. - El pelo de él sobre su piel sensible estaba azuzando las ascuas que todavía ardían sin llama dentro de ella. Estaba sorprendida por su comportamiento despreocupado, deliberadamente apretó sus músculos para atormentarle, para burlarse de él, su cuerpo estaba ya manchado por la combinación de sus ardientes líquidos y la débil mancha de su inocencia. -Tengo el

Librodot

presentimiento, Julian, de que eres del tipo de los que objetan a casi todo.
Las cejas de él se arquearon. Su cuerpo le estaba haciendo ahora mismo cosas deliciosas. La besó en la comisura de la boca, después encontró la plenitud de su pecho. Podría alimentarse allí por siempre. Alimentarse de ella era tan exquisito, tan perfecto, su cuerpo había sido creado exclusivamente para él. Se regodeó en el conocimiento de que era sólo suya, de que ningún otro hombre, humano o Cárpato, podría satisfacerla. Con las palabras rituales los había ligado, en cuerpo y alma. Había tomado su sangre, dándole la suya, y reclamado su cuerpo. El ritual estaba ahora completo. Nunca podría escapar de él, en toda la eternidad.

Y la había colocado en terrible peligro. Cerró su mente a tal pensamiento, al hecho de una advertencia proferida siglos antes. Julian deseó perderse en el cuerpo de Dara, en su alma. Necesitaba hundirse profundamente en ella, para bañarse con su luz y así, al menos por un momento, la sombra retrocedería en su alma. Su lengua recorrió uno de sus pezones, en parte juguetona, en parte posesiva. El cuerpo de ella era suyo para explorarlo, para despertarlo, para satisfacerlo, para completarlo.

Julian la estaba volviendo loca con su perezosa exploración. La palma de su mano se movía deliberadamente sobre cada centímetro de su cuerpo, encontrando cada curva, memorizando cada hueco. Desari estaba ya nuevamente inquieta, pero cuando le capturó las caderas con manos exigentes, él sacudió la cabeza, su pelo dorado acarició la piel de ella, inflamándola todavía más.

- Quiero conocer cada centímetro de ti, cara mia. - Susurró, dejando que resbalara su grueso calor fuera de ella.

- ¡Julian! - Los ojos oscuros de Desari le censuraron, sus delgadas caderas se movieron hacia arriba sobre la colcha bajo él, decididas a introducirle de nuevo en ella. Sólo la sensación de él, dura y ardiente, contra su muslo era erótica. Le deseaba.

Sus manos simplemente la capturaron y le dieron la vuelta para que sus labios pudieran seguir la curva completa de su espalda. Se tomó su tiempo, besando la nuca, los hombros, besando una camino hacia abajo por su espalda. Mientras tanto sus muslos la atrapaban bajo él, su cuerpo inflamado empujaba contra su trasero, la punta estaba tan ardiente que se retorcía contra ella, necesitándola.

Julian estaba decidido a no permitir que nada estropeara su tenue control. Conocería el cuerpo de ella tan bien como el suyo propio, conocería cada punto secreto que pudiera despertarla, cada curva y hueco que se condoliera bajo su toque. Sus dientes encontraron la redondez del músculo de su trasero, la sintió saltar bajo sus manos acariciadoras. La palma de su mano, bajo ella, encontró una húmeda invitación, tan ardorosa de urgente necesidad que sonrió, satisfecho ahora de sus conocimientos. Simplemente le levantó las caderas y presionó contra su impaciente entrada, esperando un latido de corazón hasta que obtuvo la reacción que buscaba. Desari empujó hacia atrás, buscando frenéticamente su invasión.

Él capturó sus caderas y se empujó hacia adelante, penetrando profundamente, enterrándose en esa apretada y húmeda vaina aterciopelada en la que encajaba tan perfectamente, tan singularmente. La sensación no tenía comparación con nada que hubiera experimentado nunca en sus largos siglos de existencia. Notó que sus manos se movían sobre el hermoso

cuerpo de ella, acunando sus pechos, acariciando su trasero, su boca saboreándola de arriba a abajo. El largo cabello de ébano de ella caía como una cascada en oleadas sobre la piscina de la colcha a su alrededor, y era una visión que sabía que nunca olvidaría. Entonces el fuego lo sobrecogió, tan ardiente, tan rápido, se encontró a sí mismo agarrando las caderas de ella y empujándose en su interior, más duro, más rápido, más profundo hasta que cada fiera fricción se balanceó en el filo de un cuchillo entre el placer y el dolor. El cuerpo de ella se tensó más y más mientras le suplicaba alivio. Él deseaba quedarse balanceándose en ese borde, el suave cuerpo de ella ardiendo con el suyo, su mente compartiendo con la de él el éxtasis absoluto. Las salvajes exigencias de su raza irrumpieron a la superficie, y se inclinó sobre el cuerpo más pequeño de ella, dominándolo completamente, sus dientes encontraron el hombro d para hundirse sumisamente en él.

Desari lo permitió, sintiendo la compulsión que lo asaltaba con fuerza. Existía una necesidad desesperada en él que casi podía tocar, casi ver, profundamente oculta pero revolviéndose justo en la superficie, una sombra huidiza que no podía capturar. Entonces perdió el hilo del pensamiento completamente mientras el cuerpo de él se deslizaba aún más en el de ella, tan grande y duro que estaba volviéndola loca, y explotaron juntos en el tiempo y el espacio. Los colores explotaron alrededor de ellos como la más maravillosa pirotécnica imaginable. No quedó nada de aire en sus pulmones.

Julian se habría derrumbado sobre ella, pero era demasiado consciente de lo delicada que era ella. Rodó a un lado, llevándola con él porque no podía tolerar la más leve separación. Había visto mucho de su mente mientras ella había estado viendo la de él. Ella pensaba, incorrectamente, que ahora volvería con su familia y se vería con él de vez en cuando. O peor, que la abandonaría porque ella se negaría a huir con él. Sus brazos eran pesados sobre el pecho de ella; su muslo todavía la inmovilizaba. Perezosamente su mano acunó uno de los pechos, su pulgar acarició gentilmente, primero un pezón, después la curva del pecho.

Desari sintió que su cuerpo se tensaba en reacción. Siempre sería así. Lo sabía. Julian Savage tenía algún dominio sobre su cuerpo, una especie de unión perfecta con ella que nadie más podía conseguir. Había leído sobre el sexo, conocía cada detalle, cada posición, cada intrigante intimidad que posiblemente podía ser compartido. Aunque su cuerpo ni una vez había sentido el deseo. Era como si esa parte de ella hubiera estado muerta. Simplemente asumió que la mayoría de las mujeres de los Cárpatos no tenían urgencias y deseos como las mujeres humanas. Pero su cuerpo había estado esperando a este hombre. Su otra mitad.

Julian la besó gentilmente.

- No permitiré que me dejes, Desari. - Lo dijo suavemente, su voz fue un hipnótico hechizo de encantamiento.

Pudo sentir un roce en su mente, como las alas de una mariposa. Pura y gentil. Casi tierna. Tan insidiosa que por un breve instante no reconoció el elegante toque de la compulsión. Desari suspiró, no deseando estropear un interludio tan perfecto con un desacuerdo. Nunca podrían tener un momento así de nuevo. Todavía tenía una tarea; no podía ser egoísta sin importar lo perfecto que pareciera esto.

Julian era un renegado, alguien que rara vez reconocía la autoridad, prefiriendo seguir su propio camino. Intentaba llevarla lejos, a algún lugar

remoto, algún sitio lejos de su familia y su música. Pero eso no era ni remotamente posible. Una suave sonrisa curvó su boca. Le conocía, sabía como era. Julian había fundido su mente con la de ella. Sabía que había un lugar oscuro, una sombra en la que todavía no había penetrado. Aunque sabía que no era capaz de permitir que ella fuera infeliz.

Era definitivamente un fuera de la ley. Había forzado los límites de las leyes de los Cárpatos muchas veces durante su existencia en su búsqueda incesante de conocimiento. Julian tenía un cerebro activo; era rápido e inteligente. Estaba tan acostumbrado a su propio poder, que lo llevaba como una segunda piel. Sabía cosas de las cuales la mayoría de los suyos eran todavía ignorantes. Era un guerrero extraordinario, un cazador de vampiros, y había destruido a muchos de ellos.

Profundamente dentro de él, tocó la oscuridad. Parecía creer que era diferente a la mayoría de los hombres de los Cárpatos, esa oscuridad suya no se había desarrollado durante siglos pero siempre había estado presente en él, había empezado a crecer incluso cuando era un niño. Desari creía que cualquiera que fuera la diferencia que lo apartaba del resto de su raza estaba también en el propio hermano de ella. Era lo que les permitía poseer esa voluntad de hierro y el impulso implacable de continuar sin convertirse cuando otros vacilarían. Desari había tocado el vacío de su vida, la sensación de falta de sentido, la existencia yerma. Había hecho su elección final, había creído que no tenía ninguna posibilidad de encontrar a su compañera. Por un momento tocó la extraña sombra de la mente de él. Había una luz trémula de pesar por no haber tenido éxito en su misión autodestructiva, pero entonces se fue, tan huidiza como antes. Sintió su alegría por encontrarla, la intensidad de sus sentimientos por ella. Tenía una veta posesiva de una milla de largo. Desari no había oído hablar nunca antes de los compañeros. Ni siquiera sabía si creía en el concepto, pero Julian lo hacía.

Julian se estiró en la cama, apoyándose en un codo para poder estudiar cada expresión que cruzaba la cara de Desari, tomándolas en su ser como el aire que respiraba. Le parecía increíble que esta mujer, tan hermosa, pudiera ser suya. Parecía un sueño, una fantasía que de alguna forma había vuelto a la vida. Nunca se había permitido a sí mismo el lujo de desear o esperar. Desde el principio había sabido que elegiría caminar bajo el sol. Esto era un regalo principesco de la vida misma, un tesoro más allá del reino de la imaginación. Y la había conducido a un mundo de oscuridad y peligro cuando ella sólo conocía la luz.

Desari podía oír el firme ritmo del corazón de él. Era muy consciente de sus duros músculos cerca de ella, su postura de algún modo era protectora y posesiva al mismo tiempo. Piel con piel. La puerta estaba todavía abierta, permitiendo que la brisa nocturna revoloteara por la habitación, enfriando el ardor de la piel de ambos. Sonrió, su aliento alborotó los finos cabellos dorados tensando los firmes músculos a lo largo de los brazos de él.

- Te has cambiado de ropa por mí. - Había ido a encontrarse con ella en la taberna elegantemente vestido. Las manos de él se movieron sobre la línea de la espalda de ella, sin prisas, la palma de su mano simplemente saboreaba la sensación de su piel.

- Estabas tan guapa con tu vestido, y yo en vaqueros y camiseta. Pensé que debía elevarme a tu nivel.

La mano de él se movía arriba y abajo sobre su torso acunando el suave peso de su pecho.

- Y yo me puse vaqueros por ti. - Admitió Desari. - Creo que estás muy sexy con vaqueros. - Presionó su trasero acomodándose a la curva del cuerpo de él. - Pero debo admitir que eres dinamita sin ropa.

Él echó a un lado la cascada de cabello sedoso para acariciar con su boca la nuca de ella. Era extraordinario ser capaz de tocarla así.

- Dinamita es una palabra interesante, cara.

Su voz sonaba tan distraído, Desari volvió la cabeza para mirarle. Sus ojos dorados ardían, moviéndose por toda ella. Sintió el calor ardiendo en sus entrañas a pesar de la brisa fría. Era muy consciente de su mano acariciando la suave redondez del pecho.

- Tenemos que pensar, Julian. Sabes que tenemos que hacerlo.

- Ya has leído mi mente, Desari. - Le respondió, un ronroneo de amenaza crepitó en su voz. - No tienes más elección que quedarte conmigo. Somos compañeros. Podría permitir que te marcharas de vuelta con tu familia sin mí y así sabrías que digo la verdad, pero sería doloroso para ti. No puedo hacer nada más que asegurar tu confort.

Desari suspiró, sus largas pestañas se deslizaron hacia abajo para cubrir el súbito dolor en sus ojos oscuros. Necesitaba más tiempo con Julian, para saborear esta noche con él. Terminar un interludio tan hermoso con una discusión era la última cosa que quería.

- No hay necesidad de discutir. - Murmuró él gentilmente, obviamente todavía anidaba en su mente. - No tengo más elección que asegurar tu bienestar todo el tiempo. Estás siendo cazada. Además de la incomodidad de la separación, nunca te dejaría sola sin eliminar primero el peligro para ti. ¿Y el peligro que había traído con él?

- Julian. - Ella se giró, ignorando las pequeñas llamas que danzaban inesperadamente sobre su piel por donde las yemas de los dedos de él se deslizaban. - Si crees lo que dices, debes ver que no puedo soportar una lucha entre tú y mi hermano. Nunca le he desafiado antes, y él es responsable de mi seguridad, de la seguridad de toda la familia. Lo que he hecho está verdaderamente mal. - Levantó una mano. - No lo lamento, Julian. Por favor no me malinterpretes. No olvidaré esta noche contigo durante el resto de mis días.

Julian apretó una masa de mechas de ébano en su puño y lo apretó contra su cara, inhalando la fresca y limpia esencia de ella.

- Yo me ocuparé de Darius.

- A eso me refiero. No quiero que lo hagas. - Objetó ella pacientemente.

- ¿Y qué quieres, Desari? - Interrogó entre sus blancos dientes. - ¿Una función de una sola noche? ¿Es eso? - En vez de la rabia que esperaba, su voz era ligeramente burlona, y su diversión masculina la hizo rechinar los dientes. Sus ojos de carbón se ennegrecieron con fuego líquido.

- Sabes que no es así. Pero creo que es mejor facilitar las cosas.

Él soltó una carcajada, después rodó para quedar boca arriba mirando al techo, sus amplios hombros se sacudían con humor. Desari le miró fijamente, alzándose de rodillas, sin prestar atención a su piel desnuda reluciendo tan invitadoramente en la noche.

- ¿Qué es tan divertido? - Exigió.

Él le tocó la cara, una tierna caricia con intención de serenarla.

- No llamaría a lo que ha pasado esta noche facilitar nada, piccola. Fue más bien un fuego incontrolado consumiéndonos a ambos. - Su sonrisa era toda satisfacción masculina.

- Borra esa sonrisa satisfecha de tu cara. - Desari tocó sus labios perfectos con la yema de los dedos.

- Merezco lucirla. - La contradijo solemnemente. - Sabes que tengo razón. - Sus ojos estaban ardientes y nublados de nuevo, tocando tan profundamente su interior que Desari casi olvidó lo que había sido tan importante sólo unos momentos antes.

- Estás distrayéndome deliberadamente. - Le regañó, pero su mano encontró los firmes músculos del pecho de él y yació directamente sobre su corazón. - Deberíamos decidir esto.

La mano de él cubrió la de ella dejando su palma presionada firmemente sobre su piel.

- Lo hemos decidido. Yo voy donde vayas tú. Tú vas donde vaya yo. Ya no estás bajo la protección de Darius, aunque todos los hombres de los Cárpatos guardamos a nuestras mujeres como tesoros sabemos como funciona esto. Lo entenderá.

- Con el tiempo, Julian. - Dijo un poco desesperada. - pero no ahora mismo. Volveré y hablaré con él. Si está conforme con nuestra relación, los otros no tendrán más opción que hacer lo que él diga. Dame un poco de margen para convencerle.

Desari fue bien consciente de la dura línea de la boca de Julian. No estaba ni de cerca de acuerdo con ella.

6

Julian sintió que el aliento se le quedaba en los pulmones, su garganta su apretó hasta el punto de cerrarse completamente. Dara era tan hermosa, de rodillas, su pelo sedoso acariciando su cuerpo, desparramándose por la colcha a su alrededor. Su piel era inmaculada, su torso y su pequeña cintura enfatizaban la plenitud de sus pechos. Adoraba el sonido de su voz, tan puro y auténtico, como nada que hubiera oído antes.

Desari no podía escapar de él; se sentía bastante complacido con el hecho. Su expresión, mientras miraba hacia abajo, hacia él, intentando exasperarse con él, no podía borrar la suavidad de sus ojos oscuros. No había ni un solo hueso mezquino en ese cuerpo. Julian simplemente extendió la mano hacia arriba, capturó su cintura y la levantó fácilmente con su extraordinaria fuerza. Cambió su cuerpo al mismo tiempo, un movimiento fluido que la colocó directamente sobre él. Su largo pelo le acarició los muslos, las caderas, danzando sobre su piel tan eróticamente como los más sedosos de los dedos. Cuando la bajó gentilmente, su cuerpo

ya había surgido a la vida, ardoroso y duro, ansioso por sentir la funda de terciopelo apretándose a su alrededor.

Desari jadeó mientras él la llenaba, alejando todo pensamiento excepto la necesidad de que su cuerpo igualara el insaciable apetito de Julian. Sus ojos se abrieron de par en par, y Julian alzó las manos para acunar sus pechos mientras sus ojos dorados capturaban los de ella. Estaban compartiendo más que sus cuerpos, Desari lo sabía; estaba viendo el interior del alma de ese hombre e igual de claramente él podía ver en la de ella. Él movió las caderas, meciéndola gentilmente, contándole más sobre sí mismo de lo que lo hacían su posesión salvaje e indomable.

- No hay nadie más hermosa que tú, Desari. - Murmuró suavemente. - En todo el mundo.

La sonrisa de ella fue lenta y seductora, la sonrisa de una mujer segura del poder que ejercía. Trazó sus músculos definidos, recorrió con sus dedos la mata de pelo dorado de su pecho. El tiempo pareció detenerse mientras seguían una perezosa y sensual exploración juntos con un silencioso consentimiento mutuo. Las manos de él siguieron el contorno satinado del cuerpo de ella, demorándose en cada intrigante lugar, memorizando la sensación.

Las caderas de él se elevaron un poco más agresivamente, y ella pudo sentir la pasión ardiente y afilada elevarse con cada golpe. Deliberadamente empezó a montarle, tensando los músculos para incrementar la fricción, a fin de que el ardiente terciopelo le capturara y tentara. Adoraba mirar su cara, la forma en sus ojos color ámbar se fundían, la forma en que su aliento se volvía más trabajoso, la forma en que la pasión enfatizaba su oscura sensualidad. Las manos de él agarraron su cintura con fuerza, apretó los dientes, y un lamento ronco surgió a través de su cuerpo mientras ella explotaba su alrededor, oleada tras oleada, llevándole con ella. Se elevaron juntos, escalando más alto de lo que nunca hubieran creído posible en tan corto plazo.

Desari se desplomó sobre él, a salvo entre sus brazos, conteniéndose para permanecer inmóvil, sin pronunciar palabras que arruinaran el tiempo que les quedaba juntos. Podía oír las ramas de los árboles que acariciaban contra los laterales de la cabaña, ver como la luna iluminaba la habitación con una incandescencia plateada. El amanecer se aproximaba más raudo de lo que a Desari le habría gustado, pero todavía les quedaba largo rato para estar juntos.

El viento sopló a través de la puerta abierta de la habitación, llenando el aire con historias de la noche. De repente las manos de Julian sobre su cintura la apretaron con fuerza, manteniéndola inmóvil. La advertencia llegó a ella desde la mente de él, un apremio silencioso a vestirse rápidamente, mientras él rodaba fuera de la cama, poniéndose en pie con un movimiento fluido. Todo en él sugería amenaza. Hizo un movimiento con una mano, instantáneamente cubrió su cuerpo musculoso con ropas civilizadas.

Quédate quieta, ordenó sin mirarla, saliendo ya de la cabaña y bajando los escalones, decidido a encontrarse con cualquier intruso lejos de Desari mientras pudiera aún tenerla a su alcance. Había sido un idiota arrogante alejándola de la protección de su unidad familiar cuando estaba siendo cazada. La oscuridad en él era un faro incluso más brillante para los no-muertos, para su enemigo jurado. Lo que fuera que había por ahí,

acechándoles en la noche, estaba cerca. Lo sentía, lo presentía, aunque no podía identificar la amenaza.

Inhaló profundamente, estudiando el cielo, los bosques, la propia tierra. Examinó cada pulgada como lo que era, un peligroso depredador. *Demonios, si sobreviene un ataque, llama a tu hermano para que se encuentre contigo, y ve con él inmediatamente.*

Desari no tenía intención de hacer tal cosa. Si algo los amenazaba, no iba a huir como un conejo y dejarle para que enfrentara el ataque solo. *¿Qué es?* Preguntó.

El suave tono de Desari alivió algo de la tensión de Julian.

¿Qué sientes? Le exigía una respuesta, su conducta le recordaba a su hermano.

Hubo un momento de silencio mientras los sentidos de Desari se extendían en la noche. No sintió amenaza. Ninguna en absoluto. Cruzando los brazos protectoramente sobre el pecho, siguió hasta la puerta para apoyarse contra el marco, inhalando el aire nocturno. Nada. *¿Estás seguro de que hay una amenaza para nosotros? No detecto nada de eso. Puedo asegurarte, Julian, que no carezco de poderes propios. Creo que lo sabría si hubiera peligro.*

Si un Cárpato tan poderoso que Desari no podía sentir la amenaza, había una única razón posible. No era ella la que estaba siendo amenazada. Julian dio varios pasos para salir al claro, caminando en círculos cautelosamente, esperando. Estaba allí. En alguna parte, cerca. Sentía la opresiva canalización de energía dirigida a él. Era fuerte, mucho más fuerte de lo que había anticipado, golpeando su mente con pensamientos de derrota, un intento de derrumbar su confianza en sí mismo. Julian había usado ese truco mental en muchas ocasiones. Le enfadó que su adversario creyera que era un principiante.

Era bastante fácil revertir la aprensión, enviar una oleada de vuelta a través del aire nocturno, reforzada con su propio poder y fuerza. Hubo un momento de completo silencio. Incluso los propios insectos parecieron contener el aliento, como si su venganza hubiera golpeado la calma y el ambiente estuviera lleno de furia fría y asesina. El ataque llegó desde la derecha, un borrón de movimiento imposible de ver. Fueron los intensificados sentidos de Julian los que le salvaron de las afiladas garras. El leopardo de materializó en el aire, dirigiéndose directamente a su estómago con una terrible ferocidad. Las garras estuvieron a un pelo de él. Julian en realidad había contenido el aliento para evitar que el felino le abriera la barrida.

Maldiciendo, Julian saltó en el aire, cambiando de forma mientras lo hacía, adquiriendo garras afiladas como navajas, un pico puntiagudo y curvado y alas de seis pies de largo. Se lanzó directamente hacia el musculoso leopardo negro, con las garras extendidas.

El leopardo dio un salto mortal para evitar la carga letal, dirigiéndose hacia la cobertura de los árboles, sabiendo que a su enorme oponente emplumado no le sería fácil maniobrar entre las ramas.

Desari permanecía perfectamente inmóvil sobre el porche, con los ojos fijos en la terrible batalla. Julian. Darius. Su peor pesadilla convertida en realidad. Tomó un profundo aliento y lo dejó escapar lentamente. Después

Librodot

alzó las manos hacia la luna y empezó a ondearlas en un intricado patrón, mientras cantaba suavemente.

Las notas cobraron vida frente a ella, notas de plata y oro, arremolinándose hacia los dos combatientes. Su voz se llenó de pureza, belleza, tomando alas, y elevándose sobre el claro, extendiéndose hacia el interior del bosque. La canción era un murmullo aunque perfectamente clara. Las notas danzaban como extraños remolinos de polvo de estrellas, dando vueltas alrededor y entre el leopardo y la lechuza.

La canción de Desari llegó lejos en la noche, y todo y todos lo que la oyeron se detuvieron y escucharon. La canción hablaba de paz y entendimiento entre todas las especies. Su voz no era terrenal sino una aleación de notas musicales sintonizadas con el universo e incluso con los adversarios naturales, con todo lo que quedaba dentro del radio de acción de la música, haciendo imposible que hubiera conflicto. Capturado en el encantamiento místico, Darius fue incapaz de mantener la forma del leopardo, y Julian casi cayó del cielo mientras su cuerpo recuperaba su forma original. Aterrizó bastante torpemente, muy cerca de Darius.

Los hombres se miraron el uno al otro, atónitos por el poder de la voz de Desari. Los atrapó fácilmente en su hechizo, dos fuertes hombres de los Cárpatos incapaces de encontrar la agresividad necesaria para continuar la batalla. La voz continuó, dibujando las notas en una red de plata y oro que relucía brillantemente a la luz de la luna. La red envolvió a los dos hombres, tejiendo diminutos hilos radiantes entre ellos. Sólo podían mirarla, cautivados por la pura magnificencia y poder de su increíble don.

Darius podía sentir las profundas emociones de su hermana, su deseo por este hombre, las exigencias que su cuerpo sentía por él, sus incertidumbres y temores. Podía sentir la fiera, protectora y natural veta posesiva, el profundo hambre y deseo por Desari, la pasión que corría tan profundamente en el hombre de los Cárpatos. Sentía la fusión de sus dos almas en una sólida unidad, compartida en dos cuerpos separados.

Julian podía ver claramente el corazón de Darius. Las exigencias de su alma misma de proteger a su hermana, de cuidar de que todos los miembros de su familia estuvieran a salvo. El hombre temía que Julian fuera un vampiro, un no-muerto, que atraía con engaños a su hermana a su propia condena. Lucharía a muerte, contra cualquiera que la amenazara. No había paz para Darius. Luchaba con la terrible oscuridad que los hombres de su raza estaban forzados a combatir hacia el final de su existencia. Se oponía a ella y sólo por pura fuerza de voluntad sobrevivía cada alzamiento.

Las notas de plata y oro empezaron a brillar tenuemente, su luminiscencia lentamente decayó cuando el susurro de la voz de ella se apagó. Hubo silencio. Era ruidoso, casi obsceno, después de la belleza de su canción. Darius continuó mirando a su hermana. Julian estaba francamente impresionado por su despliegue de poder. Él, como la mayoría de los hombres de los Cárpatos, generalmente pensaba en el poder como en una fuerza destructora. Desari tenía mucho más poder que cualquier hombre, pero de una clase totalmente diferente.

- No me la he llevado para hacerle daño. - Ofreció en voz baja.

Los ojos de Desari relampaguearon.

- Nadie podía "llevarme", Darius. Voy a donde quiero, no a donde alguien me lleva.

- Puedo ver que has hecho tu elección, hermanita. - Replicó Darius llanamente. - Pero este hombre no será una compañía fácil. - Podía oler la combinación de esencias de su acto de amor, la sangre del hombre mezclada con la de ella. Sea lo que sea lo que había hecho el extranjero de pelo dorado, Desari estaba unida a él por toda la eternidad. - Yo soy Darius. - Se presentó a sí mismo reluctantemente. - Desari es mi hermana.

- Julian Savage. - Devolvió Julian, deslizándose hasta el porche para tomar posición arriba, junto a Desari. Su misma postura clamaba protección, casi ternura hacia Desari. - Desari es mi compañera.

- Nunca habíamos encontrado a otro como nosotros. Todos los demás eran no-muertos y fueron destruidos. - Los ojos oscuros de Darius, eran oscuros como los de Desari aunque letalmente fríos, calibraron a Julian. Lo que fuera que Darius encontró en Julian positivo o no quedó oculto bajo la impasible máscara que llevaba.

- Quedan pocos de los nuestros. - Dijo Julian tranquilamente. - Con frecuencia somos cazados por aquellos que se convierten en vampiros tan agresivamente como nosotros les cazamos a ellos. - Su mano encontró la melena sedosa que corría por la espalda de Desari y cogió un mechó de ébano en su palma casi ausentemente, con un toque tierno. - ¿Sabías que podía hacer eso?

- Ni siquiera sé que demonios hizo. - Admitió Darius.

- Estoy aquí. - Resopló Desari indignada. - Y sé exactamente que hice. Si los dos no fuerais tan arrogantes y engreídos, podríais haber considerado que las mujeres de nuestra raza tendrían dones equiparables a los de los hombres.

Julian miró a Darius, sólo un rápido relámpago de ojos plateados, pero Darius captó un brillo que podría haber sido diversión.

- ¿Arrogante? ¿Engreído? - La reprendió Julian con una mueca. - Desari, eso es un poco duro.

- Yo no lo creo. - Le dijo ella severamente. - Sois como dos animales territoriales, dando vueltas en círculo amenazadoramente sin siquiera saber nada sobre el otro. ¿Cómo de inteligente es eso?

- Desari... - Había una inequívoca advertencia en la voz de Darius.

Ella bajó la mirada a sus pies desnudos, entonces se ruborizó, comprendiendo que Darius sabía exactamente lo que había ocurrido en la cabaña. ¿Cómo podría no saberlo? La esencia de Julian se aferraba a cada centímetro de su piel. La mano de Julian fue hasta su nuca, sus dedos fuertes empezaron un lento y consolador masaje. Estaba encadenado a su mente, y sentía su incomodidad ante el conocimiento de su hermano de la intimidad que compartían.

El toque protector sobre su nuca le dio coraje y convicción, y su mirada saltó de nuevo a la cara de su hermano.

- Te tengo en el más alto respeto, Darius, lo sabes. Ninguna hermana podría amar más a su hermano. No sé exactamente que es esto que hay entre Julian y yo, pero es fuerte y urgente. Los dos tendréis que arreglárosla para prescindir de la violencia física. Y punto. Os pido poco, pero os insistiré a ambos. Debéis prometérmelo. Debéis darme vuestra palabra de honor.

Los ojos de Darius ardieron con una advertencia.

- No pongas demasiadas esperanzas en él, hermanita. No le conoces. Un extraño surge entre nosotros, heraldo de un ataque contra tu vida, y confías en él completamente. Quizás eres *demasiado* confiada.

El aliento de Julian escapó en un lento y furioso siseo. Sus ojos dorados brillaron con una amenaza.

- Eres rápido para juzgar a quien no conoces. - Su voz era suave, incluso agradable, pero nadie podría confundir la amenaza que se escondía bajo la superficie. Este Darius *era* como Gregori… tenía la misma sangre que el sanador, la mano derecha del Príncipe… y sentía la sombra en Julian al igual que lo hacía Gregori.

- Y tú subestimas a tus enemigos. - Señaló Darius, su voz era como terciopelo negro. - Estás tan seguro de ti mismo que tomas muy pocas precauciones para salvaguardar lo que reclamas como propio. Fue increíblemente fácil desentrañar tus patéticos intentos de despistarme.

Los dientes blancos de Julian relucieron a la decreciente luz de la luna.

- Sabía que nos seguirías, ¿cómo no ibas a hacerlo cuando eres responsable de la seguridad de tu hermana? En cualquier caso, no tendrías alternativa después de permitir que esos asesinos tuvieran ocasión de intentar matarla. - Dio el golpe sonriendo pero sin humor. Estaban ciertamente jugando al gato y al ratón.

Desari empujó a Julian tan fuerte como inesperadamente, y se balanceó por un momento en el borde del porche.

- Ya basta. He tenido suficiente de vosotros dos. - Levantó la barbilla hacia ellos. - No voy a permitir más de esta estupidez. No dejaré a mi familia en estos momentos, Julian. Puedes aceptar mi decisión y permanecer con nosotros como un miembro de nuestro grupo, o puedes seguir tu propio camino. Si te niegas a aceptarlo, Darius, no tendré más opción que seguirle a donde quiera que vaya. - Exasperada, les miró. - Decididlo ya. Y punto.

La boca de Julian se torció, los ojos ambarinos se suavizaron con diversión.

- ¿Siempre es así? Tienes que ser un hombre tolerante para haber criado a una mujer tan impertinente.

Desari le empujó de nuevo pero esta vez Julian estaba preparado para ella, riéndose ante su explosión de temperamento, capturó su cintura fácilmente y la empujó hacia él. - He hecho a tu hermano un cumplido, caressima. - Su voz fue una tierna caricia, tentadora, reavivando las brasas humeantes de su interior con un calor instantáneo. - ¿No era eso lo que querías?

Ella levantó la barbilla.

- Eso no es exactamente lo que tenía en mente, Julian.

- No tengo mucha experiencia en complacer a las mujeres en estos últimos pocos siglos. En realidad, había olvidado lo difícil que podían ser las mujeres de nuestra raza. - Dijo Julian a Darius con cara seria.

- ¿Difíciles? - Desari estaba ultrajada. - ¿Me llamas difícil cuando mi hermano y tú estabais intentando despedazaros miembros a miembro? Los hombres de nuestra raza tienen una tremenda necesidad de autocontrol. Has hecho las cosas a tu manera durante demasiado tiempo. Eso te ha vuelto arrogante, engreído y muy mimado.

Librodot

Darius se movió repentinamente, su velocidad era increíble incluso para alguien de su raza, su cuerpo obligó al de su hermana a entrar en el refugio del porche.

- Únete a Savage ahora, como hiciste antes. - Ordenó, un silbido en la quietud de la noche.

Desari obedeció porque siempre obedecía a Darius, fundió su mente completamente con la de Julian. Esperaba furia, al menos algún resentimiento por el despotismo de Darius. En vez de eso, le encontró alerta, moviéndose para colocarse junto a Darius a fin de protegerla. Ella se sumergió en el interior de la mente de Julian para que cualquier cosa que hubiera ahí fuera tanteando y buscando un toque femenino no consiguiera nada.

Sintió la oscuridad deslizarse sobre la tierra, la pervertida aberración que llamaban el no-muerto. El vil toque del vampiro la enfermó mientras se movía acercándose incluso más, buscando, siempre buscando. Olió el hedor del mal, el alma retorcida de alguien que había matado a su presa, drenando la sangre vital de su víctima, con frecuencia después de torturar y atormentar a la criatura condenada.

Protegida entre dos hombres poderosos, Desari no tenía miedo, pero la vileza del vampiro hizo reaccionar a su cuerpo, su estómago se retorció y apretó. Julian envolvió su mente tan completamente como había hecho antes, escudándola del no-muerto mientras se disponía a cruzar el cielo a toda velocidad. El amanecer estaba en los talones del vampiro, que podía enfrentar siquiera los primeros rayos del sol. Necesitaba encontrar santuario inmediatamente. Pasó sobre sus cabezas y se fue, dejando un rastro oscuro en el cielo como una aceitosa mancha de maldad.

- Buscan a nuestras mujeres. - Siseó Darius asqueado. - Siempre nos siguen. Sé que sienten a las mujeres. - Envió una pregunta a viajar sobre el viento. *¿Está Syndil protegida? El no-muerto nos ha encontrado una vez más.*

Julian reluctantemente permitió a Desari emerger de la inmersión total, su brazo la rodeó por los hombros protectoramente. El corazón de Julian martilleaba con alarma. ¿La oscuridad de su interior había atraído a esta vil criatura directamente hasta su compañera? Tenía que destruir al demonio.

La respuesta a la pregunta de Darius llegó de vuelta por el vinculo mental que usaba la unidad familiar así que tanto Darius como Desari oyeron las noticias. *Sentimos su aproximación y tomamos precauciones. Syndil está profundamente en la tierra donde no puede encontrarla aunque intente otro sondeo. Está cerca; debe acudir a la tierra pronto.* La voz era la de Barack. *No temas, Darius, nadie apartará a Syndil de nosotros, y nadie pretenderá hacerle daño y continuar con vida.*

- Habrá otros. - Informó Darius a Julian, una vez satisfecho de que todo estuviera bien. - Han estado viajando en grupo, quizás pensando que aquellos de nosotros que los cazan serán más fácilmente derrotados así. - Había una confianza natural en sí mismo en la voz de Darius que indicaba que no le importaba cuantos vampiros intentaran derrotarle; sería un imposible.

- Mi hermano reside en San Francisco desde hace muchos años, cazando a los no-muertos en el oeste de Estados Unidos. - Ofreció Julian. -

También él ha notado que vampiros usualmente solitarios se están congregando de repente. Me parecía una locura que simplemente no evitaran del todo su área.

Julian bajó del porche, llevando a Desari con él, sus dedos la sujetaban por la muñeca como grilletes.

- ¿Que noticias hay del resto de vuestra familia? El vampiro no detectó a la otra mujer, ¿verdad? - Sabía que Darius había contactado con su familia; él habría hecho lo mismo.

Los ojos oscuros de Darius se fijaron sobre él. Julian estaba atónito de lo mucho que el hombre le recordaba a Gregori, el sanador de la gente de los Cárpatos. Aunque los ojos de Gregori brillaban con una amenaza plateada, los ojos negros de Darius podrían reflejar amenaza igual de fácilmente.

- Nuestra familia está a salvo. - Respondió Darius suavemente, pensativamente. - Cazaré a éste ahora e iré a la tierra cuando lo haya hecho.

- No te arriesgues. Recuerda que estás necesitado. - Dijo Desari en voz baja, traicionando su miedo.

- Necesito cazar a esos asesinos. - Le recordó Darius con gran gentileza. - Nos siguen a donde quiera que vamos. La razón por la que se congregan los vampiros en esta parte del país, es porque Desari prefiere actuar en esta región. Su lugar favorito para tocar es un pequeño centro vacacional al norte de aquí llamado Konocti Harbor Resort and Spa. Le tiene mucha afición. La gente es amigable, la audiencia receptiva, el paisaje hermoso, y el lugar es pequeño y lo bastante íntimo para agradarla.

Julian envolvió la cintura de Desari con un brazo y la atrajo al calor de su cuerpo, necesitando sentirla sólo un momento.

- Debería haber sabido que eras problemática, Desari. - Susurró contra la piel desnuda del cuello de ella, deseando confortarla con sus bromas.

- No hagáis esto, ninguno de los dos. - Los suaves ojos de Desari estaban empañados de pena. - Estáis intentando distraerme. Cazareis a ese vampiro a pesar de mis deseos.

- Yo lo cazaré. - Corrigió Darius firmemente. - Savage se quedará aquí para protegerte.

- No. Desari está a salvo aquí por ahora. Iré contigo. - Estableció Julian con voz suave, consciente del silencioso terror de su compañera de que su hermano eligiera ser mortalmente herido, y tener una muerte honorable, luchando con un vampiro. *Tranquila, cara, me aseguraré de que tu hermano vuelve ileso. Ningún vampiro tiene posibilidad de derrotarnos a los dos. Ve a la tierra, y volveremos contigo después de destruir al no-muerto. No querría entregar la caza de este vampiro a su hermano por razones propias, de todas formas.*

Los dedos de ella le aferraron el brazo. Había lágrimas en su mente. *Probablemente terminaréis matándoos el uno al otro sin mí para intermediar.*

Te doy mi palabra en esto, piccola. Debes confiar en mí. El profundo timbre de la voz de Julian en su mente fue reconfortante, enviando oleadas de calidez y confort a través de ella.

- No hay necesidad de que vayamos los dos. - Desafió Darius suavemente.

Los diente blancos de Julian relucieron en respuesta, pero la sonrisa no alcanzó sus ojos.

- Estoy de acuerdo contigo, Darius. Como Desari confía tanto en tu protección, sería mejor que te quedaras con ella. - Se inclinó y acarició con su boca la comisura de los labios de Desari. *Cara, no te apures.* Su forma sólida ya estaba brillando, evaporándose, como si fuera un prisma de cristal elevándose hacia el cielo gris.

Darius juró por lo bajo, claramente cogido por sorpresa. Estaba empezando a sentir respeto, a su pesar, por el extraño de ojos dorados. No había sido tan fácil como había sugerido desentrañar la pista de Savage y había estaba bastante seguro de que el hombre sabía que le seguía. Darius le encontraba interesante. Aunque no confiaba del todo en él; era un renegado, y había algo que no estaba del todo bien en él. Algo profundamente enterrado. Darius tenía intención de mantener un ojo en él.

- Ve a la tierra, Desari. No discutas conmigo, estoy dándote una orden, no pidiéndotelo. Quiero saber tu localización exacta para poder dormir sobre ti en la tierra este día. - Su mano tocó la cara de ella en una demostración del amor y afecto que deseaba sentir, que podría haber sido capaz de sentir, aunque ya no podía. No obstante, siempre le concedía a ella estos gestos porque sabía que los necesitaba, sabía que ella quería que él sintiera esas emociones que ya no podía sentir.

Sin esperar respuesta, sabiendo que la primera luz del amanecer haría imposible para el vampiro cazar a Desari, Darius saltó al cielo, disolviéndose en una fina neblina que se movió a gran velocidad en la penumbra antes de que el amanecer empezara a reemplazar la oscuridad. No quería sentir temor por ninguno de ellos... ambos eran fuertes y poderosos... aunque no podría evitar preocuparse. En más de una ocasión, había visto a Darius volver herido y sangrante de una horrible batalla con un vampiro. Y también se enfrentaban al amanecer, lo que los debilitaba enormemente, aunque no tan drásticamente como los que ya se habían convertido.

Darius siempre había intentado mantener a las mujeres lejos de ese aspecto de su existencia, pero ella compartía la misma sangre. El mismo poder e inteligencia corría profundamente en ella, y conocía la terrible lucha que enfrentaba Darius. Sabía que se estaba deslizando lejos de ella. Temía por su alma, temía por su raza y la de los mortales. Verdaderamente creía de corazón que Darius debía quedarse, aunque no había cazador vivo que pudiera derrotarle. Todo se perdería, incluyendo a Darius y todo lo que había conseguido, todo lo que había sacrificado por ellos a través de los siglos.

Ella entró en la pequeña cabaña y dio vueltas en su interior, tocándolo todo en la habitación. Obras de arte inusuales, antiguas y únicas. A Julian le gustaban las cosas hermosas. Recogió la camisa de seda de él, llevándosela a la cara, e inhalando su esencia masculina. *Julian.*

Estoy contigo, cara. No te apures. Era asombroso que esa comunicación entre ellos fuera tan fuerte. Un sólo pensamiento, la preocupación en su mente, y él era consciente instantáneamente. Volveré contigo pronto. *Ve a la tierra ahora.*

Iré a la tierra, le aseguró ella, *pero no dormiré hasta que sepa que vosotros dos estáis a salvo.*

No me vigilarás mientras destruyo al no-muerto. Sería molesto... quizás incluso peligro... para ti. Por favor haz lo que te pido, Desari. Utilizó

la palabra por favor como si se lo estuviera pidiendo, pero había un tono sutil de orden debajo.

Desari nunca había considerado eso. Cuando Darius cazaba, Syndil y ella habían estado siempre a salvo, el contacto con él restringido. Nunca se les había ocurrido desafiar a Darius; en tales casos, su palabra era ley. Ahora todo había cambiado. En cierta forma, de algún modo, estaba ligada a Julian. La idea de que estuviera en peligro era tan terrible que apenas podía respirar. ¿Cómo podía hacer lo que le pedía y no tocarle? ¿No extenderse a través del amanecer que rayaba en el cielo y ver por sí misma no era tocado por la vil perversión del vampiro?

Después de todo, Darius era el guerrero por excelencia, una máquina de matar de fría piedra cuando la situación lo exigía. Julian era un hombre con emociones, lo que le confería a la vez debilidad y fuerza.

Desari salió de la cabaña. Era raro en su familia usar un edificio para descansar; la mayor parte del tiempo preferían la tierra profunda. Habían aprendido desde la infancia que era el único refugio real en una tierra peligrosa. Todos ellos se sentían incómodos, mucho más vulnerables de lo normal, si dormían sobre tierra. En las horas en las que el sol estaba en alto, su gran fuerza quedaba totalmente drenada. Y si sus cuerpos de alguna forma llegaban a ser expuestos a la intensa luz, arderían. Temprano por la mañana o ya tarde antes de la noche podían tolerarla, aunque no siempre cómodamente. Incluso la luz tenue afectaba a sus hipersensibles ojos, ardían de dolor introduciéndose en sus cabezas como cuchillas de cristal.

Desari se colocó sobre una discreta colina cubierta por hierba ondeante. Le gustó inmediatamente, sentía la paz del lugar. Con un gesto de la mano abrió la tierra y flotó a las profundidades hasta el interior de su cama. Inmediatamente envió las coordenadas a su hermano y a Julian.

Cierra la tierra y duerme. Reconoció la suave voz de Julian en la orden. Era como Darius, no necesitaba levantar la voz para comunicar ya fuera amenaza o autoridad.

No hasta que vuelvas.

No quiero tener que obligarte a obedecer.

Como si pudieras hacerlo. Pareces olvidar que no soy una principiante, sino tu igual. No malgastes energía intentando lo imposible. Destruye a este vampiro, es lo que debes hacer, después vuelve a mí rápidamente. Discutiremos tu engreimiento cuando volvamos a levantarnos.

Le llegó el suave eco de la risa de él. Cuando golpeo, estaba completamente desprevenida, la compulsión fue fuerte o total, la necesidad de obedecerle suprema. Antes de poder evitarlo, dejó que la controlara. Inmediatamente Julian la envió a dormir el profundo sueño de su gente, deteniendo el corazón y los pulmones, cubriéndola con la tierra sanadora, consoladora, para su protección y rejuvenecimiento.

Después de su orden a Desari, Julian volvió su atención al objetivo. Tendría que enfrentar la furia de Desari el siguiente alzamiento, pero por ahora ella estaba más allá del alcance de cualquier vampiro. Estaba a salvo. Ningún vampiro podría tocarla usando a Julian como arma. Sintiendo la presencia oscura del no-muerto cerca, Julian aterrizó en la tierra, su forma vaporosa brilló hasta pasar a la carne y hueso sólido. Darius se materializó un latido de corazón después que él.

- Deberías haberle enseñado a obedecer a quienes la protegen. - Dijo Julian con censura.

Los ojos negros de Darius, tan fríos como una tumba, le recorrieron una vez más.

- Nunca he tenido necesidad de forzar la obediencia de Dara.

Se movieron juntos, una cacería lenta y cautelosa a lo largo del acantilado, con todos los sentidos alerta. El vampiro protegería su lugar de descanso agresivamente.

- ¿Por eso se vino conmigo entonces? ¿Por qué tú lo aprobaste? - Julian estaba recorriendo ligeramente con la mano la superficie de la roca.

Darius le cogió y tiró de él hacia atrás justo cuando una enorme roca se desprendía sobre sus cabezas y golpeaba en el mismo lugar en el que había estado la cabeza de Julian.

- Sabía que ella no estaba en peligro. Si hubieras querido hacerle daño, lo habrías hecho en el concierto cuando los asesinos atacaron. - Replicó Darius complacientemente. Estaba examinando una sección de la roca mientras hablaba, su atención concentrada en los estratos de ágata y granito comprimidos.

- Ah, si, el famoso concierto en el que *tú* estabas protegiéndola.

- No tientes mucho mi paciencia, Savage. Tú eres el responsable de lo que ocurrió en ese concierto. Si no hubiera estado distraído por el poder que emanaba de ti, los asesinos no hubieran entrado. Les abriste la puerta. - Darius retrocedió y examinó el acantilado. - Este trozo de roca parece extraño, ¿verdad?

Julian estudió la cara mutilada del acantilado.

- Sus salvaguardas quizás. No me son muy familiares. ¿Has visto patrones como estos antes? Creía que había aprendido la mayor parte de los antiguos trabajos.

Darius le miró fijamente.

- Eres afortunado al tener la ventaja de que te hayan enseñado tales cosas. La mayor parte de lo que aprendí yo fue el resultado de chamuscarme los dedos cuando hacía el movimiento equivocado. Esto es relativamente nuevo, desarrollado en el Nuevo Mundo en algún momento del último siglo. Creo que empezó en Suramérica, donde un grupo de vampiros tenía una fortaleza. Copiaron los patrones del arte nativo. Esto parece ser una derivación de aquello. - Hizo una pausa. - En Suramérica encontré evidencias de otros también, quizás otros como tú. Pero no pude asegurar que no fueran no-muertos; y con las mujeres, no quise arriesgarme, así que me llevé a mi familia rápidamente de allí.

Julian le miró, después examinó la roca cuidadosamente, archivando para futuras referencias la posibilidad de que pudieran existir otros Cárpatos en Suramérica. Transmitiría la información a Gregori. El Príncipe querría saberlo, y lo que Gregori sabía, lo sabía el Príncipe Mikhail.

- Interesante. El patrón no trabaja de la forma habitual. Va de atrás hacia adelante.

- Exactamente. Cuando lo desentrañas, sólo tienes que revertir el patrón pero también moverlo arriba y abajo y de atrás hacia adelante. Es intrincado, muy complejo de desentrañar. No estoy seguro de que tengamos suficiente tiempo para hacerlo. El sol está subiendo. Y siento sus efectos. - Admitió Darius.

Julian estudió a su compañero, sus ojos dorados veían más de lo que a Darius le gustaría. La mayor parte de los Cárpatos podían soportar los rayos más tempranos de la mañana. Dos cosas, sin embargo, los hacía hipersensibles. Alimentarse de sangre de una muerte, y estar cerca del momento de la conversión. Darius estaba cerca. Muy cerca. Estaba claro en los pozos sin emoción de sus ojos, en la total falta de atención por su propia vida. Darius no sólo luchaba con plena confianza en sus habilidades; luchaba como un hombre al que no le interesaba el resultado de la contienda.

- Vuelve con mi hermana, Savage. Guárdala bien. Haré lo que pueda aquí, estoy más familiarizado con este tipo de salvaguardas que tú. Si algo me ocurriera, quizás tomarías mi lugar y proveerías de liderazgo al resto de mi familia. - Dijo Darius casualmente, aunque la última sugerencia debía haber costado al menos un poco. Aun así, su sentido del deber le hacía desear que alguien con poder, aunque fuera Julian, protegiera a su familia mientras él buscaba una muerte honorable.

Julian sacudió la cabeza.

- Soy estrictamente un solitario. No tengo cualidades de líder. - No facilitaría a Darius el dejar a su hermana y romperle el corazón.

- Desari temía que si algo te ocurriera, también le ocurriría a ella. ¿Es eso cierto? - Darius hizo la pregunta casi ausentemente, como si no estuviera en realidad prestando atención.

Julian asintió.

- Así es. Le he ligado a mí. Si yo muero, podría muy bien preferir enfrentar el amanecer en lugar de vivir sin mí. Tendrías que enviarla a la tierra durante largo tiempo para protegerla.

- Es demasiado arriesgado. No tengo intención de arriesgar la vida de Desari o su estado mental. Eres bastante capaz de liderar si así lo decides. Quizás no desees hacerlo, pero si hace falta, estoy seguro de que no dejarías que otro diera el paso adelante. - Replicó Darius.

Julian había sentido que Darius estaba probándole de nuevo de alguna forma. No importaba. Julian había vivido mucho tiempo con la oscuridad agazapada en él. Se había apartado de su gente, de su propio gemelo, incluso de su Príncipe. Se había convertido en un paria, solitario y desconfiado.

- Oh, no, Darius, no harás esto. Desari temía que intentarías hacer que te hirieran mortalmente. Eso no puedo permitirlo. Desari no está preparada para abandonar a su familia, ni los otros me aceptarían. Los dos volveremos con tu hermana ahora y nos ocuparemos del vampiro cuando caiga el sol.

Darius siguió perfectamente inmóvil. Al mismo tiempo parecía ser cada centímetro del depredador que realmente era.

- Ofrecía liderazgo sobre la familia, Savage, no sobre mí. Yo sigo mi propio camino.

- Como yo. No es falta de respeto hacia ti; en realidad, Darius, quiero conocer vuestra historia. Creo que eres hermano de Gregori, nuestro sanador. Es un gran hombre, no muy diferente a ti. - Julian hizo una mueca súbitamente. - Gregori y yo no siempre coincidimos.

Darius parpadeó, la única evidencia de movimiento.

- No puedo imaginar porqué. - Murmuró.

Librodot

- Confío en ti. - Aseguró Julian.

- No creo que debas contar demasiado con eso. - Replicó Darius.

- El sol está alto, amigo. Vámonos.

- No será fácil vivir bajo mis reglas. - Advirtió Darius suavemente.

Las cejas de Julian se arquearon.

- ¿De veras? Como yo respondo sólo ante mi Príncipe, creo que encontraré la experiencia interesante.

Darius empezaba a disolverse en una fina niebla. Era más fácil viajar sin un cuerpo a la luz del sol. Incluso así, el cerebro insistía en que los ojos se le hincharan, poniéndose al rojo vivo, entrecerrándolos ante la terrible luz.

7

El viento soplaba a través de los gruesos troncos de los árboles, y las ramas se balanceaban, danzaba, y se inclinaban hacia abajo para barrer el suelo. Las hojas susurraban, un deslumbrante despliegue de música natural. Bajo la tierra las notas resonaban, atrayendo a los dos cazadores dormidos de vuelta al mundo. Los dos corazones empezaron a latir simultáneamente. El sol se hundía lentamente bajo la línea de la montaña.

Hubo una explosión amortiguada de polvo lanzado al aire, primero un geiser, después, a varios pies de distancia, un segundo. Cuando el polvo y la tierra se establecieron, dos hombres elegantemente vestidos estaban en pie mirándose el uno al otro. Uno era una amenaza dorada, el otro oscuro y peligroso. Dientes blancos brillaron cuando silenciosamente se reconocieron el uno al otro.

- ¿Mi hermana? - Darius se dedicó a su principal preocupación.

- Dormirá hasta que esta desagradable tarea sea completada. - Respondió Julian, sus ojos brillaron encontrando el punto exacto donde Desari yacía bajo tierra.

- ¿Estás seguro de eso? - Darius arqueó una expresiva ceja escépticamente.

Los ojos dorados de Julian se congelaron, fríos y duros.

- Puedo manejar a mi propia compañera.. no te equivoques en eso.

Si Darius hubiera sido capaz de sentir diversión, estaba seguro de que lo haría en ese momento. Dara era un antigua, una descendiente directa del Oscuro original. Podía ser una mujer, una con tremenda compasión y bondad, pero era mucho más poderosa de lo que Julian creía.

- ¿Conoces a muchas mujeres de nuestra raza? - Preguntó Darius con engañosa tranquilidad.

- No. Quedan pocas. Están custodiadas todo el tiempo, como debería ser. Es casi imposible que una mujer no esté escogida antes de que cumpla los dieciocho años.

Darius dio la vuelta para mirar fijamente a Julian.

- ¿Es eso cierto? Con dieciocho no es siquiera una principiante, casi una niña. ¿Cómo puede ser eso?

Julian encogió sus anchos hombros.

- Con tan pocas mujeres, y tan pocos niños nacidos de nuestra raza y que sobreviven, con tan poca esperanza y tantos hombres al borde de la conversión, es la única forma segura. Cualquier mujer no reclamada es demasiado desestabilizadora.

- Pero la mujer posiblemente no puede esperar hacer frente a un hombre poderoso a tan tierna edad. Apenas habría tenido tiempo de aprender los más simples de nuestros dones. ¿Cómo podría desarrollar sus propios talentos y habilidades? - Darius sonaba un poco disgustado con los hombres de su propia raza.

Los ojos dorados brillaron durante un momento.

- Si encuentras a la que te traiga de vuelta los colores y emociones, la que traerá tu alma muerta a la vida y te mostrará la luz, ¿serías capaz de apartarte porque es todavía joven? Quizás sus habilidades no estén desarrolladas, pero su cuerpo sería el de una mujer, y muchos hombres bajo esas circunstancias estarían más que felices de pasar siglos ayudándola a aprender. - Su cuerpo estaba empezando a brillar, a disolverse en diminutas gotas de neblina. - ¿A qué estás esperando, viejo? Si no has dormido lo suficiente, te aseguro que puedo ocuparte de esto por mi cuenta.

- ¿Viejo? - Repitió Darius. Llevó a cabo su propia transformación con asombrosa velocidad. El sol, aunque estaba bajo, todavía brillaba lo suficiente como para dañar sus sensibles ojos. Había notado que Julian parpadeaba y los entrecerraba un poco pero sus ojos no reaccionaban tan mal como los de Darius. - Tengo que asegurarme de que no cometes ningún otro fallo estúpido.

Una nube de niebla cruzó el cielo, recorriendo el sol hacia los acantilados. Los colores iridiscentes de Julian se entremezclaron con los de Darius y el acantilado pronto surgió amenazadoramente ante ellos, una intimidante pared de roca pura. Julian se solidificó, con los brazos cruzados en el pecho, mirando con interés como Darius empezaba a hondear un extraño patrón a lo largo del estrato de granito. Darius se movía tranquilamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo, como si no le importara que el sol se pusiera y el vampiro se alzara.

El vampiro estaba enterrado profundamente en la pared del acantilado, pero era muy consciente de que dos cazadores rondaban cerca, consciente de la posición exacta del sol y cuanto tiempo quedaba antes de poder alzarse. Sus labios retrocedían en una aguda mueca de odio, mostrando sus dientes afilados manchados de la sangre de sus víctimas. Su pie era cerosa, cenicienta, apretada firmemente contra el cráneo. Sus brazos estaban cruzados sobre el pecho, sus largas uñas amarillas parecían garras. Su silbido venenoso era un voto de venganza y odio. No podía esperar simplemente, atrapado dentro de la prisión de piedra y su terrible debilidad, mientras fuera esas criaturas que le cazaban rascaban y olisqueaban la entrada a su guarida.

Julian estaba intrigado por la facilidad con que Darius desentrañaba las salvaguardas que el vampiro había colocado. Darius se movía con gran confianza pero con calma incluso mientras el sol se ponía. Parecía absorbido por su trabajo, como si exigiera su completa atención, pero Julian no se dejó

engañar. Darius era consciente del peligro que corrían. Mientras Darius continuaba ondeando su extraño patrón a lo largo del acantilado, una delgada línea empezó a tomar forma, zigzagueando a través de la roca. Con un ominoso trueno la línea empezó a profundizarse y ampliarse con un crack. Enseguida empezaron a bullir escorpiones de la hendidura, miles de ellos, enormes y horrendos, apresurándose hacia Darius. Mientras Darius se movía para evitar la cascada de insectos venenosos, el suelo se ondeó, exhaló y se abrió, echándole directamente en medio de ellos. Julian tiró de él hacia arriba y fuera del camino de los escorpiones, lanzándolos a ambos al aire mientras los guardianes del vampiro hormigueaban por el suelo.

Darius miró el cielo, y un relámpago dibujó un arco de nube a nube. Miró directamente las vetas de luz, reuniendo la energía hasta que la formó en una brillante bola de fuego naranja y la dirigió directamente a la masa hormigueante de escorpiones. En momento apareció un hedor de insectos chamuscados hasta las cenizas.

Cuando Julian aterrizó una vez más en el suelo, Darius había vuelto a su trabajo como si la interrupción no hubiera tenido nunca lugar. Julian observó el extraño patrón, intrigado por el trabajo en el que no tenía experiencia tras sus largos siglos de caza. Tenía que admirar la fluida gracia que exhibía Darius, su seguridad y confianza, su falta de duda. Su propio corazón latía fuera de ritmo, de excitación y miedo. ¿Es este? ¿Ese malvado antiguo que aguarda dentro de su guarida, esperando reclamar al pupilo que hace tanto tan diestramente manejaba?

- La tierra. - Darius pronunció las palabras suavemente. Julian casi se las perdió, incluso con su odio agudo, tan inmerso como estaba en sus oscuros recuerdos.

- ¿Perdón? - Incluso mientras oía sus propias palabras, Julian prestaba atención a la advertencia, estudiando la tierra bajo ellos cuidadosamente. Darius no había apartado la mirada del acantilado, trabajando en las salvaguardas hasta que las rompió, la grieta se dilató, la roca rechinó y gimió como si se viera forzada a apartarse. Julian captó un movimiento... tan rápido y repentino, que casi se lo perdió... que pasaba bajo los pies de Darius, levantando el terreno apenas media pulgada como si algo se moviera bajo la superficie.

Entonces un tentáculo erupcionó a tres pulgadas de los zapatos de Darius, contoneándose obscenamente, buscando ciegamente a su presa. Julian instantáneamente luchó contra la demoníaca raíz que dominaba el vampiro. Marchitó cada apéndice mientras surgían de la tierra buscando a Darius, que aparentemente ignoraba toda la batalla, trabajando eficientemente incluso cuando los tentáculos intentaron enrollarse alrededor de sus tobillos. Julian apresuradamente destruyó la repulsiva cosa.

Cuando el último tentáculo serpenteante se convirtió en cenizas, una enorme burbuja erupcionó a pocos pasos de Julian, una boca abierta de par en par. Un spray de líquido amarillo verdoso se disparó hacia Darius, que se mantuvo inmóvil, ensanchando la hendidura, revelando la cámara oculta en su interior, confiando en Julian para que los defendiera de esta última amenaza. Julian bombardeó la burbuja con una explosión parecida a un láser de fuego desde el cielo, incinerándola antes de que el spray ácido pudiera tocar a Darius.

- El sol. - Le recordó Julian, consciente de la baja posición del mismo en el cielo, viendo que los rojos y rosados de la puesta de sol manchaban los cielos.

- No hay forma de apresurar este procedimiento. - Replicó Darius suavemente. - El no-muerto es consciente de nosotros y envía a sus sirvientes a retrasarnos.

Julian se extendió hasta la mente de su oponente oculto. *Estás débil, maldito. No deberías desafiar a alguien mucho más fuerte que tú. Soy de sangre ancestral y poderosa, otras más experimentados que tú no han podido derrotarme en estos siglos. No tienes forma de ganar. Ya estas derrotado.*

Del oscuro interior de la cámara salió apresurado un ejército de enormes ratas, saltando hacia los dos hombres de los Cárpatos con una salvaje ferocidad alimentadas por el hambre y la compulsión. Con su desesperada e inteligente mente, el vampiro orquestaba el vicioso grupo de ataque. Julian comprendió que las ratas estaban cargando contra Darius. El vampiro estaba preparado para este, pero quizás no había comprendido que otro cazador, también, le acechaba.

Las ratas cargaban contra el protector de Desari, sugiriendo que era Dara el objetivo final del no-muerto. Con una salvaje satisfacción, Julian saltó sobre la apretada masa de cuerpos peludos y se abrió camino hacia el interior de las entrañas de la montaña.

El antiguo al que había pasado varias vidas buscando no estaba en esta guarida; habría reconocido inmediatamente a Julian, su voz, su sangre, la sombra. Aún así, la furia se derramaba de él, buscando a su presa. Este no escaparía. Las paredes del estrecho túnel se hendían con filos dentados como navajas, erupcionando inesperadamente a la derecha, después a la izquierda, cuando el vampiro ponía obstáculos en el camino del cazador para retrasarle. El vampiro era consciente de peligro que se aproximaba y de que el sol se hundían. Sentía que tendría una oportunidad de luchar si podía obstaculizar el progreso del cazador lo suficiente como para que el sol se pusiera y recuperara fuerzas para alzarse.

Julian simplemente se encogió y expandió su cuerpo, deslizándose fácilmente a través del laberinto de afilados picos, profundizando más en las entrañas de la montaña. Olió el malvado hedor, la guarida de la bestia. Apestaba a muerte y decadencia. Mientras Julian se introducía en la cámara, miles de murciélagos se abalanzaron sobre él, emitiendo agudos chillidos de alarma. Su mente automáticamente los calma y les hizo retroceder a las profundidades de la cueva donde no estuvieran al alcance de la luz, presa se especies más agresivas.

El vampiro estaba tendido mirándole fijamente con los ojos rojos ardientes de odio, sus delgados labios sin sangre retrocedieron en una mueca para revelar unos dientes podridos. Su piel se había encogido hasta pegarse a la calavera; ya casi revelando el esqueleto. Julian quería sentir peña por esa criatura maldita, pero su repulsión ante tal proximidad con el mal fue apabullante. Detestaba al no-muerto de una forma implacable e despiadada a la que no podría nunca sobreponerse. En su niñez había estado tan cerca de tan repulsivo ser que el podrido y apestoso hedor había quedado grabado para siempre en su memoria.

El vampiro estaba tendido en una depresión de la tierra, vestido con ropas, una vez elegantes y finas, que cubrían su cuerpo extenuado. Tenía un aspecto grotesco. Mientras Julian se aproximaba, la boca se curvó en una parodia de sonrisa.

- Llegas demasiado tarde, cazador. El sol ha caído del cielo. - El vampiro flotó desde el suelo hasta ponerse en pie.

Julian se encogió de hombros con estudiada despreocupación.

- ¿No me reconoces? Crecimos juntos. Una vez fuiste un gran hombre, Renaldo. ¿Cómo has caído tan bajo como para vagar por la tierra en busca de presas frescas?

La cabeza onduló hacia adelante y atrás en un movimiento brusco.

- ¿Por qué has venido a este lugar, Savage? Nunca te importaron las políticas de nuestra raza. - La voz del vampiro fue un siseo desagradable escupido por su garganta.

- Elegiste convertirte en algo distinto a aquello para lo que naciste. Llevo mucho cazando a aquellos que eligen condenar sus almas y poner en peligro a otros. - Replicó Julian suavemente, casi amablemente. Su voz era de hermosa pureza, su tono llenaba la cueva, haciendo a un lado el hedor a decadencia. - Hubo un tiempo, Renaldo, en que cazaste a mi lado. Incluso entonces no podías ni de cerca igualar mi fuerza y poder. ¿Por qué te crees capaz de desafiarme ahora? - Superficialmente, parecía una pregunta bastante inocente, pero su voz era hipnótica, aterciopelada, aún más poderosa porque era casi imposible detectar la compulsión escondida en ella.

Darius había seguido a Julian al interior de la montaña, permaneciendo en la retaguardia para ocuparse de otros peligros, sabiendo por experiencia que el no-muerto tendría muchas trampas y engaños y que siempre intentaban llevarse a aquellos que les cazaban con ellos a la muerte. Con un no-muerto, nada era nunca lo que parecía.

Encontraba interesante la suave y gentil aproximación de Julian al vampiro. Darius era más directo, cazaba al no-muerto y lo despachaba rápidamente en una batalla breve y feroz. Julian era un poco como el propio vampiro... indirecto, engañoso, socavando la confianza de su oponente, despistándole, desconcentrándole, recordándole los viejos tiempos. Darius sacudió la cabeza pero permaneció silencioso y escondido. El amante de su hermana era un hombre interesante, un renegado, siguiendo su propio camino en todo, con un humor descuidado y sardónico que saltaba cuando menos te esperabas. Julian aparentaba no temer nada, respetar poco, y ser su propia ley.

La curiosidad de Darius iba más allá de querer simplemente conocer mejor al hombre que reclamaba a su hermana como propia. Había algo huidizo en este hombre que su hermana había elegido como pareja. Algo oscuro y misterioso que le aquejaba.

El vampiro se estaba moviendo en círculos, intentando colocarse más cerca de la presa. Julian no cedía terreno, simplemente se movía con el monstruo en una extraña y flotante danza. Julian podía haber estado ejecutando un minué por la tensión que mostraba.

- Sabes que no puedo permitirte vivir, Renaldo. Sería inhumano por mi parte.

- Tú no sientes ningún aprecio por los humanos, Julian. - Señaló el vampiro. - No sigues a nadie, ni siquiera al Príncipe de todos los Cárpatos.

¿Crees que no siento la sombra extendiéndose y creciendo en tu interior? Eres de nuestra sangre. Mi desafío no fue lanzado a ti sino a otro, a uno que no conoce a la gente de nuestra tierra natal. Ese que retiene a más de una mujer elegible para sí mismo. Eso va contra nuestras leyes.

Los dientes blancos de Julian brillaron en la oscuridad de la caverna.

- ¿Y tú sigues estas leyes? - Preguntó con engañosa apacibilidad, pero las palabras del vampiro le habían golpeado profundamente. "Eres de nuestra sangre".

Incluso mientras hablaba, sentía el leve cambio de la tierra bajo sus pies, el principio del desesperado asalto del no-muerto. Al instante se movió con la velocidad de un rayo, pasando de una posición relajada a lanzarse directamente hacia el vampiro, sus manos se hundieron profundamente en el pecho, extrayendo el palpitante corazón mientras la sacaba.

La imagen fue tan borrosa, la velocidad tan enorme, incluso para uno de su raza, que Darius pensó por un instante que se había imaginado la hábil carga de Savage. El vampiro se balanceó inciertamente, escupiendo sangre, sus grotescos rasgos se contorsionaron formado una máscara incluso más grotesca. Cayó en un lento movimiento, aterrizando casi a los pies de Julian.

Julian tiró el corazón a cierta distancia del cuerpo e inmediatamente reunió energía en sus manos para limpiar la sangre de su piel. Después dirigió una llama naranja hacia el pulsante órgano, incinerándolo hasta convertirlo en cenizas. La llama saltó de su mano al cuerpo, incinerando instantáneamente los restos para que el vampiro no pudiera alzarse de nuevo.

La tierra bajo sus pies se movió, exhaló y ondeó.

Hubo un amenazando crujir de roca, un rechinar de estratos de piedra, cuando las placas de granito empezaron a deslizarse las unas hacia las otras. Darius apareció y saltó hacia la hendidura, sus manos ondearon un extraño patrón mientras canturreaba algo suavemente por lo bajo, deshaciendo la trampa letal del vampiro. Julian no esperó una invitación formal. Cambió de forma al vuelo, haciéndose tan pequeño como fue posible, retorciéndose por la grieta que se cerraba hacia el aire abierto y la noche, Darius iba justo detrás de él. Los dos irrumpieron a la libertad de cielo, al espacio abierto, justo a ambos lados de la hendidura que se cerró con un estruendo.

- Creía que planeabas hablarle hasta la muerte. - Informó secamente Darius al murciélago dorado mientras él mismo cambiaba desde la forma de un murciélago negro a un depredador emplumado mucho más poderoso.

- Alguien tenía que hacer algo mientras tú estabas jugando con tus patrones de roca. - Replicó Julian fácilmente, permitiendo que surgieran plumas iridiscentes por todo su cuerpo, convirtiéndose en un ave más capaz de mantener el agresivo vuelo de su compañero. Empezaron a volar codo con codo hacia el bosque donde habían dejado a Desari.

- No tenía más opción que proteger al hombre que ha elegido mi hermana. - Darius se las arregló para hacer que pareciera como si su hermana tuviera la cabeza hueca.

Julian resopló.

- ¿Protegerme? No lo creo, viejo. Tú eres el que se quedó atrás entre las sombras mientras yo destruía a la bestia.

- Tenía que asegurarme de que no te hacías daño con otras trampas y trucos. Ciertamente no has pasado suficiente tiempo con los no-muertos. - Replicó Darius suavemente. Viró a la izquierda, sobrevolando los árboles. Cuando Julian continuó por el mismo curso, Darius trazó un amplio círculo retrocediendo hacia él.

- ¿No deseas volver conmigo junto a mi familia?

- Primero debo despertar a Desari. - Replicó Julian complacientemente.

- Desari se levantó hace una hora. - Darius entregó el mensaje con voz tranquila y neutral. Julian, dentro del cuerpo de la lechuza, casi cayó al suelo por la sorpresa. No podía concebir que Darius estuviera tomándole el pelo. Darius ya no tenía sentido del humor. Estaba más cerca de convertirse que ningún otro hombre de los Cárpatos que Julian hubiera conocido nunca. Era un pensamiento inquietante pensar que algún día pudiera tener que cazar e intentar destruir al hermano de Desari.

Desari. Susurró el nombre en el cielo, en algún lugar entre la ternura y la rabia. De algún modo se las había arreglado para levantarse por sí misma a pesar de su fuerte orden. Debía haber sido consciente del momento de su alzamiento. Era su compañera. Estaban conectados, dos mitades del mismo todo. Darius había sabido que Desari se había marchado. ¿Había contactado con él? Por un momento el cuerpo emplumado de Julian tembló de rabia. Desari no entendía lo que significaba ser reclamada por su pareja. Estaba ligada a él, corazón y alma. Necesitaba aprender mucho más del hombre que ahora era su compañero. Una venganza mezquina sólo porque la había obligado a obedecer no sería tolerada.

¿Tolerada? Dijo desdeñosamente la suave voz de Desari en su mente. *No te debo obediencia, Julian. No soy una principiante que te sigue sin preguntar. Eres tú el que necesita aprender más de la mujer que reclamas haber unido a ti. No seré tratada de semejante manera.*

Julian hizo callar a su mente mientras luchaba con una rabia poco familiar. Nunca había esperado experimentar realmente la rabia de los celos. Nunca había tenido razones. Y, como poderoso hombre de los Cárpatos, había creído naturalmente que su compañera sería la que tendría que cambiar su vida por él. Querría encajar en su mundo, no obligarle a vivir a él en el de ella. Aunque Desari parecía tener ideas propias. Julian deliberadamente se alejó de Darius, luchando por reprimir su inesperado temperamento. Necesitaba un momento a solas para controlarse, para pensar las cosas. Para intentar entender que Desari no era una principiante para ser guiada por su compañero. Había vivido muchos siglos, tenía muchos poderes, y estaba acostumbrada a tomar decisiones y obtener un cierto respeto. Voló hacia los picos de la montaña, donde siempre sentía una semblanza de paz. Pasaría un rato ponderando la situación y la mejor forma de manejarla.

"Eres de nuestra sangre", había dicho el no-muerto. Y era la terrible verdad. ¿Cómo había pensado que podría reclamar una compañera, vivir como un honorable Cárpato? No dudaba que Mikhail, el Príncipe de su gente, supiera la vedad. También Gregori. Y Darius ciertamente lo presentía. Peor aún, ahora Julian comprendía que si lo sabía Darius también lo sabría Desari. "Eres de nuestra sangre".

Desari vagaba por el lugar de acampada que Dayan había elegido. Estaban cerca de otros campistas, campistas humanos, aunque protegidos de ojos curiosos. Aún así, por alguna razón, se sentía molesta, inquieta. Se paseaba arriba y abajo hasta que Dayan le dijo que parara o iba a cubrirse de polvo. Al principio pensó que era porque estaba enfadada con Julian por enviarla a dormir como a una principiante. Después decidió que estaba furiosa con sigo misma por ser tan vulnerable a tal compulsión. Ahora no sabía qué era. Su mente era un caos, esforzándose constantemente por encontrar a Julian. Eso por sí mismo era desconcertante. Quizás lo que necesitaba era alimentarse. No, lo que necesitaba era encontrar a Julian. Tocarle. Verle.

Maldijo suavemente y golpeó la mesa de picnic. Forest, el leopardo macho que siempre viajaba con ellos, se estiraba en toda su longitud sobre la mesa. Irritada, Desari le apartó de un empujón.

- Bájate.

El felino le respondió con una desafiante mueca de sus labios, pero no se movió. Dayan se volvió a mirarla con sorpresa.

- ¿Qué demonios te pasa?

- Todo. Nada. No lo sé. El autobús se ha estropeado por cuarta vez este mes. Barack no tiene ni idea de como arreglar los vehículos; sólo los remienda todo el tiempo. Nadie quiere comprar uno nuevo, y yo sigo diciendo que tenemos que aprender a arreglar el motor o contratar a un mecánico que viaje con nosotros. No es como si no pudiéramos permitírnoslo. - Desari empezó a pasear de nuevo, incapaz de quedarse quieta.

- Los gatos nunca tolerarían a un humano alrededor de nosotros. - Dijo Darius mientras se materializaba junto a la mesa. Extendió la mano para apartar de un empujó al leopardo macho de su percha.

- Lo tolerarán. - Repuso Desari, sus ojos negros relampaguearon hacia su hermano, después buscaron en el cielo y los bosques de los alrededores. ¿Dónde estaba Julian? *¿Dónde estás?* Se le escapó antes de poder evitarlo, un lamento por tocar su mente. Todo lo que encontró fue silencio, y su agitación se incrementó. ¿Por qué me importa tanto? Después de todo, ¿qué era él para ella? Un amante. La gente tomaba amantes todo el tiempo. Barack era como un perro de caza. Al menos había tenido un par en los últimos siglos. Desari apartó su mente de ello inmediatamente. No podía pensar en eso. No podía pensar en Julian y su paradero.

- Dara, cálmate. - Ordenó Darius suavemente. - Tu estado mental no tiene nada que ver con nuestro vehículo.

- No presumas conocer mi estado mental. - Replicó ella. - Te he dicho una y otra vez que necesitamos un nuevo motor. Incluso el camión está fastidiado ahora. ¿Nadie quiere hacer nada al respecto? Syndil está demasiado ocupada escondiéndose del mundo. Barack está haraganeando en algún lugar. Y Dayan y tú no prestáis atención a los detalles de nuestra vida.

- Subo al escenario cada noche. - Dijo Dayan, defendiéndose a sí mismo. - Y escribo las canciones y la música para ti. No sé nada de motores, ni deseo saberlo. No somos mortales para ocuparnos de tales cosas.

Darius simplemente estudiaba a su hermana sin hablar. Ella se frotaba los brazos arriba y abajo con las manos, como si tuviera frío. El aire de la noche era fresco pero no incómodo. Estaba anormalmente pálida.

- Subir al escenario no es atender los detalles necesarios, Dayan. - Le informó Desari. - Tenemos que reservar los tours, mantener al día las cuentas, planear las rutas, cuidar de que podamos alimentar siempre a los felinos, asegurarnos de tener el gas adecuado y los víveres para cualquier avería que pudiera presentarse en el camino. Debemos parecer humanos, actuar como humanos. ¿Haces tú algo de eso, Dayan? Digo que necesitamos nuevos vehículos o un mecánico. Vosotros sólo tenéis que elegir lo que prefiráis o callaros la boca y vivir con cualquier decisión que tome yo.

Darius arqueó una elegante ceja.

- ¿Y cuál crees tú que es la mejor solución, Dara? ¿Un mecánico? Los gatos probablemente se comerían al hombre antes de que terminaras de entrevistarle. Pero quizás si encontraras a alguien que a los gatos le pareciera poco apetecible, podríamos dejarle viajar con nosotros.

- ¿Un humano? ¿Un hombre? - Dayan pareció ultrajado. - No sería tolerable que estuviera alrededor de nuestras mujeres.

La cabeza de Desari saltó hacia arriba, sus ojos escupían juego.

- Nosotras las mujeres no somos de tu propiedad, Dayan. Tenemos derecho de hacer lo que queramos, estar alrededor de hombres o mujeres, mortal o inmortal... lo que prefiramos. Tú no nos controlas y nunca lo harás.

Dayan dejó escapar el aliento en un largo y lento silbido de desaprobación.

- Ese extraño que has elegido como consorte la noche pasada debe haberte contagiado un virus. Tu predisposición ha venido a menos, Desari.

- Dayan. - Darius se colocó entre su hermana y su segundo al mando. - Ya es suficiente. El "extraño", Julian Savage, es un poderoso Cárpato, un cazador de no-muertos. Haremos bien en aprender lo que podamos de él. Si viene al campamento, le tratarás con el mismo respeto que a cualquiera de nosotros.

Dayan sacudió la cabeza, molesto por la locura de permitir a un extraño entre ellos.

- Haré lo que ordenas, Darius, pero creo que ese hombre de alguna manera ha embrujado a Desari.

- ¿Por qué? - Exigió ella. - ¿Porque insito en que ayudes con algunos detalles de nuestra vida? No somos animales de la jungla, el macho defendiendo su orgullo y su territorio. Debes ayudar más.

Dayan arqueó una ceja pero refrenó el impulso de continuar discutiendo con Desari.

- Ocúpate de esto. - Dijo a Darius. - Tú eres el único que puede. - Y después se fue antes de que Desari pudiera tomar represalias.

Desari se quedó para enfrentar a su hermano.

- No digas nada, Darius. Sé que algo va terriblemente mal en mí. No sé que es, pero me siento como si estuviera perdiendo la cabeza. Es más que un simple malestar físico, es también mental.

- Llámale. - Darius dio la orden suavemente, como era su estilo. No tuvo menos impacto. Su voz cargaba siglos de autoridad.

Ella cerró los ojos firmemente, presionando las manos sobre su estómago revuelto.

- No puedo, Darius. No me lo pidas.

- No puedo hacer más que exigírtelo. - Dijo él. - Llámale a ti.

- Si lo hago, creerá que tiene derecho a exigir mi obediencia.

- Estás sufriendo sin necesidad. Lo que sea que este hombre haya hecho para unirte a él no podemos deshacerlo hasta que sepamos más. - Forzó amabilidad en su voz. - Sabes que no puedo permitir que sufras, Desari. Llámale.

- No puedo. ¿No has oído lo que dije a Dayan? Las mujeres tienen derechos, Darius. No podemos obedecer a los hombres simplemente porque ellos crean que debe ser así.

Los ojos helados y negros de él capturaron los oscuros de ella, llenos de pena, y sostuvieron su mirada.

- Siempre he sido responsable de ti y de Syndil. En esto debo insistir. Puedo sentir tu dolor, el caos de tu mente. Haz lo que te ordeno.

- Por favor, Darius. No deseo desafiarte abiertamente. - Desari se estaba mordiendo las uñas, la tensión de su cara era terrible de presenciar para su hermano. Su otra mano tiraba nerviosamente de la masa de cabello de ébano que caía alrededor de sus hombros y por su espalda.

- Lo has hecho repetidas veces desde que ese hombre entró en nuestras vidas. - Le recordó Darius gentilmente. - Sólo a ti te toleraría tal desafío, hermanita. Comprendo que esta es una nueva experiencia, una que sobrepasa nuestro conocimiento, pero no puedo permitir que sufras. Llama a Savage a tu lado.

Las lágrimas brillaban en los ojos de ella y sobre sus largas pestañas. Se hundió en el banco de madera situado junto a la mesa, sujetándose la cabeza, derrotada.

- No hay necesidad de llamarme. - La forma musculosa de Julian se solidificó a su lado, lo bastante cerca de ella como para que pudiera sentir el calor de su cuerpo. Su brazo le rodeó los hombros. - No puedo soportar separarme de ti, Desari. - Hizo la admisión sin dudar, sin importarle que Darius estuviera oyendo, deseando sólo no provocarle más dolor.

- ¿Qué me has hecho? - Había lágrimas en la voz de Desari así como en sus ojos. Sus dedos se apretaron en dos puños tanto que su hundió profundamente las uñas en las palmas de las manos. Su voz se convirtió en un trágico susurro. - ¿ Qué me has hecho que no puedo estar sin ti?.

Julian inclinó la cabeza hacia la de ella, sujetó gentil y tiernamente su mano mientras obligaba a sus dedos a abrirse uno a uno. Muy cuidadosamente se llevó las manos de ella a la consoladora calidez de su boca, presionando un beso en el centro exacto de cada palma herida. Sus ojos dorados mantuvieron la mirada oscura cautiva.

Desari podía sentir que el terrible nudo del fondo de su estómago empezaba a fundirse con el calor de él. Fuera lo que fuera el fuego que ardía profundamente dentro de él se emparejaba con el infierno que ardía en ella. Había también una paz que se deslizaba en su alma y su corazón, llenando el terrible vacío. Estaba completa, totalmente completa de nuevo, con él tan cerca. Sus pulmones podían trabajar; su corazón latía con un ritmo fuerte y firme.

- Puedo sentir tu miedo, Desari. -Dijo Julian suavemente. - No hay necesidad. No puedo hacerte daño. Soy tu compañero, responsable de tu felicidad.

- ¿Cómo puede ser que no pueda siquiera estar lejos de ti durante un corto período de tiempo? - Desari miró a su hermano, una silenciosa súplica

de privacidad. Ya tenía suficientes problemas para aceptar tan extraño fenómeno sin tener testigos de su humillación.

Julian esperó hasta que Darius hizo señas a los dos leopardos para que su colocaran a su lado y desapareció en el oscuro interior de los árboles para cazar. Colocó la mano en la nuca de Desari, sus dedos acariciaron el cabello sedoso.

- Nuestros cuerpos físicos pueden estar en diferentes lugares, piccola, pero nuestras mentes deben tocarse con frecuencia cuando estamos lejos.

- Sabías esto, pero te marchaste. Elegí afirmar mi independencia y me castigaste por ello. - Dijo ella, levantando la barbilla hacia él.

- Ignoraste tu propia seguridad, cara mia. - Dijo él suavemente. - Te negaste a creer lo que te dije, incluso cuando te di acceso a mi mente. No tuve más elección que dejarte aprender de primera mano que lo que digo es cierto. Soy tu compañero; no puede haber mentiras entre nosotros.

Desari encontró uno de los botones de la inmaculada camisa de él y lo retorció nerviosamente.

- No era que creyera que mentías. Las cosas que tú crees... no dudo que pienses que son ciertas. Pero todo parece tan irreal, como una fantasía, un sueño. ¿Cómo podrían unas simples palabras unirnos por toda la eternidad? ¿Cómo podría un hombre tener el poder de cambiar la vida de una mujer?

- Estamos conectados desde nuestro nacimiento, cara. - Explicó él, acercando más su cuerpo cuando sintió que un estremecimiento la recorría. - Dos mitades de un mismo todo. Sólo hay un auténtico compañero. Tengo la suerte de que la mía sea tan talentosa y hermosa. Desafortunadamente, sin embargo. - Añadió él. - también eres voluntariosa y no sabes lo que se espera de ti.

Desari saltó lejos de él, despejando la mesa de picnic de un sólo golpe. Parecía salvaje e indomable, una sexy encantadora hechicera capaz de robarle el aliento.

- ¿Crees que soy voluntariosa porque insisto en tomar el control de mi propio destino? No me hables de compañeros. Eso no significa nada para mí. Nada en absoluto. ¿Te cuelas en mi vida, haces algo que nos une, y después crees que tienes derecho de dictarme como debo vivir?

Julian estudió las expresiones que cruzaron su hermosa y furiosa cara. Todo en ella era un milagro para él. Lo pequeños y delicados que parecían ser sus huesos. El brillo y la masa de su pelo sedoso era tan lujurioso que podía perderse en él.

- Soy un hombre de los Cárpatos, del Viejo Mundo. No tuve en cuenta que no conoces las costumbres de nuestra gente.

- ¿Y se supone que eso es una especie de disculpa? - Desari se cruzó de brazos, temblando como si tuviera frío. - No me importan las costumbres tu gente.

- Nuestra gente. - La corrigió él amablemente.

- Mi gente es aquella con la que vivo, la que comparte mi vida. Por ejemplo, mi hermano, al que intentaste matar.

- Si hubiera intentado matarle, cara mia, estaría muerto. - Levantó la mano para evitar su indignada interrupción. - No estoy diciendo que no me hubiera llevado con él; probablemente lo habría hecho. Pero en realidad no estábamos intentando matarnos. Era más bien un tanteo. Darius no iba a

entregar a su amada hermana a un extraño que no fuera capaz de protegerla. Era una prueba.

- ¿Darius estaba probándote? - Repitió ella lentamente. - ¿Esto es una especie de cosa de machotes que yo debería entender? ¿Y aprobar?

Julian se movió tan rápidamente que estaba sobre ella antes de que tuviera tiempo de correr. Ni siquiera hubo advertencia, no movió ni un músculo. Simplemente estaba allí, su cuerpo acercándose más agresivamente, su mano se extendió por la garganta de ella, su pulgar acarició hacia delante y atrás por la delicada mandíbula.

- Desari, cara, no tenemos más elección que aprender las costumbres el uno del otro. Estamos unidos. Me gustaría ser capaz de decir las palabras hermosas que deseas oír. Sé que estuvo mal obligarte a obedecer...

- Intentar obligarme. - Le corrigió ella con fuego en los ojos.

Julian se inclinó para rozar con los labios la tentación satinada de la frente de ella mientras la diversión se abría paso en la profundidad de sus ojos dorados.

- Intentar obligarte. Es cierto. Tengo suerte de que mi compañera sea tan poderosa. Aunque, piccola, yo también estoy en mi derecho de cuidar de su seguridad. No puedo hacer más que asegurar tu bienestar. Nuestra gente no puede afrontar la perdida de ninguna mujer, Desari. La extinción total de nuestra raza es ya casi completa. Nuestras mujeres son nuestra única esperanza. Admitiré que no siempre sigo las leyes de nuestra gente, pero en esto no tengo elección, y tampoco tú. Tu seguridad y salud debe estar por encima de todo lo demás. La otra mujer que viaja con vosotros debe estar bien guardada.

Ella se pasó la mano por el pelo.

- ¿Entonces debemos proveer de niños a nuestra raza? ¿Esa es la única razón de nuestra existencia?

- No, cara, vuestra existencia trae alegría a este mundo, como habéis hecho durante tantos siglos. Dios no te habría honrado con semejante voz y tan poderosa arma para la paz, no tendría sentido que no la usaras. Pero... - Julian encogió sus amplios hombros, su pulgar trazó un patrón a lo largo del cuello de ella... - por ahora, tengo la esperanza, si, de que tú y yo demos a nuestra raza algunas niñas más. No estoy seguro de que clase de padre sería ya que nunca me imaginé a mí mismo en ese papel, pero tampoco pensé nunca que encontraría o sería compañero de alguien.

Algo cercano al humor chispeó durante un momento en sus ojos.

- No puedo decir que hayas tenido un éxito total en esa área. - Pero la alabanza a sus talentos la había caldeado, así como la suave caricia de su voz, la admiración en las profundidades de sus ojos, en las profundidades de su mente.

La mano de él encontró su nuca y tiró inexorablemente mientras inclinaba su cabeza hacia la de ella. Su boca descendió con infinita lentitud, después se apresuró hasta la de ella para poder saborear su dulzura. Desari sintió el corazón saltar ante su toque, y su cuerpo instantáneamente se fundió. Sintió su gran fuerza, el deseo surgiendo a través de él mientras el calor se arqueaba entre ellos. Su boca se movió para saborear la comisura de los labios de ella, para dejar un rastro de fuego a lo largo de su mandíbula y barbilla.

- Sin embargo soy bastante bueno en una o dos cosas. - Murmuró con confianza casual. Sus dientes le mordisquearon la barbilla.

- ¿Se supone que esto debe sacarte del atolladero? - Preguntó ella con los ojos cerrados, saboreando el toque y la sensación que le provocaba. Enseguida pareció imperativo que estuvieran solos.

- No debería estar en un atolladero. Soy tan nuevo en esto como tú, Desari. Hasta ahora he pasado toda mi vida sólo. - Sus labios rozaron la sedosa columna de su cuello. - Tratar de encajar esta situación me es tan ajeno a mí como a ti. Si necesitas permanecer con esta unidad familiar, entonces no puedo hacer otra cosa que quedarme aquí contigo. Pero debes reconocer que también tengo necesidades. No deseo encontrar a otros hombres cerca de ti, ni quiero que cuestiones me juicio cuando tu seguridad esté en juego. - Cuando ella iba a protestar, le dio una pequeña sacudida. - Piensa lo que dices antes de hablar. Estoy en tu mente. Sé que no deseas a otra persona diciéndote lo que hacer con tu vida. Yo, mejor que nadie, lo comprendo. Pero obedecerías a tu hermano en cuestiones de seguridad. La misma responsabilidad que él aceptó sobre tu seguridad es ahora mía. Necesito la misma confianza y lealtad que le das siempre a él.

- La confianza se gana, Julian. - Señaló Desari suavemente. - Y va en ambos sentidos. Mi hermano no me dicta arbitrariamente lo que puedo y no puedo hacer. Pero estoy en tu mente. Algunas veces siento las violentas emociones que estás conteniendo, tu intenso disgusto cuando hay otros hombres cerca de mí. Ni siquiera quieres que me alimente.

Julian sintió las palabras como una puñalada en sus entrañas. Cada músculo se contrajo en protesta cuando una vívida imagen brotó en su mente. Desari atrayendo con engaños a un hombre hasta ella con su belleza y misterio, inclinándose más cerca de él hasta que sus cuerpos se tocaban, tanto que los labios de ella podían vagar por el cuello del hombre hasta encontrar el pulso que latía allí. La rabia explotó en él, profunda, casi incontrolable, ciertamente como nada que hubiera experimentado antes. Era salvaje e indomable, una furia desbordada.

Julian sacudió la cabeza. Era ilógico sentir tan intensa emoción por algo tan natural como alimentarse. Nada en todos sus siglos de vida le había preparado para algo semejante. No lo entendía.

- No te alimentarás de ningún otro hombre que no sea yo. - Declaró, incapaz de detenerse antes de ordenárselo.

Desari le observó atentamente, examinando sus pensamientos. Julian no intentó ocultarle nada. Quería confianza total entre ellos. No era culpa de ella que él experimentara dificultades para las que no estaba preparado, no quería que ella lo creyera así. La suave boca de la mujer se curvó súbitamente en una sonrisa.

- Tienes razón, Julian, no lo haré. No deseo estar tan cerca de otro hombre. - Las yemas de sus dedos acariciaron la mandíbula de él, su primera muestra de afecto real por iniciativa propia. - No tengo inconveniente de permitir que proveas para mí si eso es lo que necesitas.

El alivio de él fue tremendo, el curioso sobresalto en la región de su corazón inesperada.

- Haré todo lo que pueda para llegar a alguna clase de compromiso con tu familia y tu necesidad de cantar. Es un gran don, Desari, tu voz y lo que eres capaz de hacer con ella. Me siento orgulloso de tu talento, pero no

puedo mentir. Temo por tu seguridad. Tus actuaciones están anunciadas con antelación. Creo que estarás a salvo de los asesinos humanos por ahora, pero debemos explorar toda posibilidad real de que los vampiros se estén congregando en esta región con la esperanza expresa de encontrarte a ti y a la otra mujer. - Ahora más que nunca era imperativo que tuviera éxito en su búsqueda de siglos para destruir a su mentor vampiro, o ella nunca estaría verdaderamente a salvo. Ahora podía rastrearla fácilmente a través de Julian.

Desari hizo una mueca ante su último comentario.

- La "otra mujer" es Syndil. La quiero como si fuera mi hermana. Tienes acceso a mis recuerdos. Puedes verlo. También puedes ver que somos especialmente protectores con ella y por qué prefiere tomar la forma de un leopardo por ahora.

- Mientras es un leopardo no tiene que afrontar su trauma. - Filosofó Julian. - Pero tienes que comprenderlo, Desari, eso no está bien. Sólo retrasa su recuperación. Todo lo que intentas es ayudarla, pero necesita ser fuerte por sí misma. Puede hacerle frente. Fingir que el asalto no ocurrió no le permitirá recobrarse. Necesita reunir valor para empezar a recuperar su vida.

Desari inclinó la cabeza hacia arriba para mirarle, atónita ante su percepción.

- ¿Cómo puedes saberlo si ni siquiera la conoces? ¿Por qué nosotros no notamos que sólo estábamos retrasando su recuperación? - La angustia de Desari latió en su voz musical. - Fue mi negligencia lo que evitó que se la atendiera.

Julian le sonrió.

- Tomas demasiadas responsabilidades sobre tus hombros, Desari. Intentas protegerla de todo. Estoy seguro de que al principio era eso exactamente lo que necesitaba. Ahora la cosa ha cambiado. Compartiendo tu mente pero ver las cosas desde una nueva perspectiva me permite mostrarte las conclusiones a las que tú misma habrías llegado con el tiempo.

Desari se movió inquieta, deseando la calidez y confort del cuerpo de él. Julian respondió inmediatamente empujándola más cerca. Sus fuertes brazos la envolvieron y la sostuvieron firmemente contra él.

- Todo irá bien, Desari. Te lo prometo.

- Darius dijo a Dayan que debes ser tratado con respeto. - Susurró ella contra su pecho.

Julian se encogió de hombros despreocupadamente antes de poder detenerse. No buscaba la aprobación o protección de nadie.

8

Desari levantó la mirada hacia la cara de Julian. Parecía esculpida en piedra, una máscara implacable, inexpresiva y pétrea. Suspiró suavemente. Integrar a Julian en su familia no iba a ser fácil. No era de los que siguieran

sin rechistar al liderazgo de otro. Seguía su propio camino. Darius y él iban a chocar en todo. Los otros hombres de su familia seguro que trataban a Julian con desconfianza, y eso podría muy bien ser como prender una cerilla junto a la leña seca. Julian era arrogante y tenía un sardónico sentido del humor que con frecuencia rayaba el desprecio. La mano de él se deslizó posesivamente hacia arriba por su brazo, demorándose por un momento sobre la suave piel antes de que los dedos inquietos se trenzaran en la riqueza lujosa de su pelo. Se inclinó para acercar la boca a su oreja, su cálido aliento la tentó.

- Puedo leer tus pensamientos, cara mia, y deberías tener más fe en tu compañero. No puedo hacer más que velar por tu felicidad. Si deseas que vivamos durante un tiempo, en paz, entre tu familia, "bastante plagada de machos territoriales", entonces no puedo hacer más que ofrecerles mi amistad.

Desari estalló en carcajadas. Había intentado parecer sincero pero había terminado sonando dolorido. En cualquier caso, ella podía leer sus pensamientos tan fácilmente como él los de ella.

- ¿Machos territoriales? ¿Eso qué significa? Nosotros no tenemos territorio propio, a menos que cuentes la costa de África, donde vivimos durante mucho tiempo.

- Pasé algún tiempo en África, entre los leopardos. - Dijo para dejar a un lado el peligroso tema de su familia.

Los ojos de ella, tan enormes y hermosos, chispearon hacia él.

- ¿De veras? Increíble. Pasamos casi doscientos años allí, y todavía volvemos algunas veces de visita. Sería divertido que hubiéramos estado en el mismo continente al mismo tiempo y nunca nos hubiéramos conocido. Especialmente si tú corrías entre nuestros leopardos.

Él sacudió la cabeza.

- Dudo que eso ocurriera. Sentí el poder de tu hermano como él sintió el mío en el mismo momento en que nos aproximamos. No habríamos dejado de notarlo si hubiéramos estado cerca en África. Es más, tú y yo, nacidos compañeros, habríamos sentido la presencia del otro en cualquier parte. - Pero encontraba interesante esa inexplicable atracción que había sentido por África, y por los leopardos de allí, en su búsqueda de otros Cárpatos. Quizás algún rastro de Desari le había conducido allí incluso entonces.

- Cuéntame más sobre tu gente. - Dijo ella ahora.

- También son tu gente. Tienes parientes de sangre, Desari, todavía con vida. Tu hermano mayor es un gran hombre entre los nuestros, muy respetado e igualmente temido. Se llama Gregori, y Darius se parece mucho a él. - Súbitamente hizo una mueca, transformando sus hermosos y severos rasgos en la cara de un muchacho travieso. – Si, se parecen mucho. Gregori, El Oscuro, es usado con frecuencia como el coco para mantener a los niños a raya. El otro único inmortal tan grande como tu pariente es Mikhail. Mikhail es reconocido como el Príncipe de nuestra gente, el que ha mantenido nuestra raza viva y con esperanzas durante todos estos siglos. Mikhail y Gregori están tan unidos como hermanos a su extraña manera. Cada uno es tan poderoso que nadie se atrevería a desafiar a uno por miedo a las represalias del otro.

Desari asintió con la cabeza.

- Como nuestra familia.

Julian pensó en ello.

- En cierto modo, aunque pocos Cárpatos siguen viviendo en unidades familiares como esta.

- ¿Qué hay de tu familia? - Preguntó Desari inocentemente.

Vio como él hacía una mueca, y su mirada dorada se apartaba de la de ella.

- Te lo conté, tengo un hermano gemelo, Aidan. Vive en San Francisco. No he hablado con él desde hace muchos años, ni he conocido a su compañera.

Las cejas de ella se arquearon. Había algo oscuro arremolinándose cerca de la superficie otra vez. Sintió un dolor profundo en Julian y no intentó explorar sus pensamientos en un área tan sensible. Eligió las palabras cuidadosamente.

- ¿Hubo palabras duras entre vosotros?

- Hay sangre entre nosotros, Desari. Así como tu hermano puede rastrearte a ti, también nosotros podemos rastrearnos el uno al otro. - Julian suspiró y se pasó una mano por el pelo. - La mayoría de nuestros hombres se niegan a compartir sangre con otros por la simple razón de que todos saben que es inevitable, sin una compañera, que deban elegir entre terminar su vida o perder su alma por toda la eternidad y convertirse en vampiro. Es mucho más fácil rastrear a aquellos con los que se ha compartido sangre, particularmente para un cazador.

Desari tomó un profundo aliento. Julian tenía algún terrible secreto que no compartiría con ella.

- ¿Tú has compartido tu sangre con otros, Julian? - Preguntó.

Julian le sonrió, sus dientes blancos brillaron.

- Sólo tienes que buscar la respuesta en mi mente, cara mia.

Estaba tentándola, una seducción patente para que entrara en su mente y le conociera de la forma más íntima. Se unían más íntimamente cada vez que se fundían. Podía sentirlo, la mente de él se volvía más familiar con cada toque. Su mente deseaba ardientemente tocar la de él, la necesidad crecía en su interior del mismo modo que la necesidad de compartir su cuerpo. Eran ascuas ardiendo, la llama se extendió, un calor oscuro que sabía sería incapaz de resistir. Aunque en algún lugar de la mente de él, profundamente enterrada, había una sombra, demasiado dolorosa, que se negaba a compartir.

Desari apartó la mirada de él hacia la espesura del bosque. La libertad estaba tan cerca. Julian no la estaba tocando, ni siquiera con la mente; simplemente estaba allí a su lado. Alto. Musculoso. Pecaminosamente atractivo. Con un dolor enterrado tan profundamente en él, que sólo podía preguntarse si ella sería alguna vez capaz de encontrarlo y erradicarlo. Sus ojos dorados llameaban con hambre y deseo, atrayéndola hacia él. El corazón le dio un vuelco, y supo que estaba perdida.

- He compartido sangre en más de una ocasión, pequeña, aunque, como soy un cazador muy conocido, mi ayuda ha sido rechazada con frecuencia. El que la recibe, a cambio se encuentra con que puedo rastrearle con facilidad y destruirle. - Cuando dijo las palabras en voz alta, recordó nuevamente, también, porque pocos hombres con compañera cazaban a los no-muertos. Por proteger a la compañera, el cazador podría muy bien dudar

si entrar o no en una batalla feroz que podría destruirle y conducir a su compañera, a causa del dolor inconsolable, a destruirse a sí misma.

El cazador ideal era uno longevo, experimentado, hábil, inclemente, y poderoso. Uno que tuviera poca esperanza de encontrar a su compañera, así que la pérdida de su vida no sería algo que temiera. Con una compañera, si el cazador moría, su compañera probablemente elegiría el amanecer. Y su raza no sobreviviría a la pérdida de siquiera una de sus mujeres. Julian había oído un único caso en que un compañero sobrevivió sin el otro. La mujer murió, y el hombre se convirtió en vampiro, haciendo estragos en las montañas de los Cárpatos, embistiendo contra todos los que consideraba responsables, llegando tan lejos como para asesinar a su propio hijo e intentar asesinar al compañero de su hija, sabiendo que eso terminaría también con la vida de ella.

Desari colocó una mano gentil sobre su brazo, finalmente tocando su mente para saber que los pensamientos que le hacían estar tan inmóvil y distante. Vio el recuerdo de Julian de la lenta aproximación de un hombre guapo. El hombre tenía fantasmales ojos negros, ojos que habían visto demasiado. Los ojos de un hombre que había sido torturado más allá de lo soportable. Brutalmente herido, la preciosa sangre derramándose, había observado la aproximación de Julian con ojos cautelosos y peligrosos. Vio como Julian hablaba suavemente, extendiendo su brazo hacia el hombre para que pudiera vivir con la sangre de un antiguo fluyendo por sus venas. Jacques. El hermano de Mikhail. El compañero de aquella cuyo padre había asesinado a su hermano, traicionado a su gente a los asesinos humanos, torturado a su marido, intentado matarla. Captó mucho antes de que Julian apartara el recuerdo de su mente y le cogiera la barbilla con sus fuertes dedos.

Los ojos oscuros de ella inmediatamente quedaron cautivos por los dorados de él.

- Resolveremos esto a satisfacción de ambos, Desari. - Prometió suavemente. - Ven conmigo. Necesitas alimentarse esta noche antes de que dejemos este lugar con los otros. Y yo necesito sentir tu cuerpo, tocarte, saber que eres realmente mía y no algo que imaginé en medio de mi desesperación.

Había tanta intensidad en su deseo, que todo lo demás se deslizó fuera de la mente de Desari. El calor se enroscó y danzó por su piel, arqueándose entre ellos como un relámpago blanco. La mano de Julian se deslizó por su nuca, acercándola a él mientras empezaba a caminar alejándose del campamento. Con cada paso que daban juntos, sus cuerpos se rozaban más el uno con el otro.

Desari sentía como él un ardiente deseo. Pero también una paz interior, una plenitud. Adoraba la forma en que el cuerpo de él se movía, arqueándose con poder como un sedoso felino de la jungla. La sensación de su brazo, tan seguro y fuerte, la hacían sentir delicada y femenina a pesar del hecho de que sabía que le igualaba en poder. Los dedos de él se movían ahora mismo sobre su nuca y mientras caminaban internándose en el bosque, lejos del sonido de los otros. Podía sentirle acariciando mechones de pelo entre sus dedos como si nunca pudiera conseguir suficiente de esa sensación. Entonces los dedos cayeron casualmente hasta su cuello, su clavícula, a moverse sobre su piel, acariciando gentilmente, casi

ausentemente, y cada caricia enviaba un fogoso latido pulsante a través del cuerpo de ella. ¿Cómo podría haber sido alguna vez feliz sin él? Antes de él su cuerpo nunca había estado tan inquieto y hambriento como ahora. Había amado su vida, su música, aunque ahora pensaba siempre en él, su extraña y solitaria vida, su soledad, y el terrible dolor del deseo que sólo ella podía llenar. Y él parecía llenar su vida como ninguna otra cosa lo había hecho antes. La había cambiado para siempre, justo como había temido, aunque ahora, mientras caminaba tranquilamente a su lado, no tenía miedo a nada.

Incluso mientras caminaban juntos en perfecta armonía, respirando el aire fresco de montaña, escuchando a las criaturas del bosque, el crepitar de las ramas que se balanceaban, y el rumor de una corriente cercana, Julian podía pensar en una única cosa. Antes de que perdiera la cabeza, tenía que inclinarse y encontrar la boca de Desari con la suya. Deseaba saborearla hasta que permaneciera en él para siempre. Tenía intención de ser gentil con ella… una caricia, no más… pero en el momento en que sintió la suavidad de su perfecta boca, la lava ardiente, fundida y hambrienta llameó y le consumió. Sus músculos se tensaron hasta el dolor. Sus brazos, por propia voluntad, se deslizaron para acercarla más. Imprimió su fuerte forma sobre la suave de ella, dejándola sentir su doloroso deseo, su cuerpo estaba pleno y exigente, su boca se apresuró sobre la de ella como si fuera su mismo aliento.

- Eres mi mismo aliento. - Murmuró en la suavidad de su boca. - Eres la única razón de que siga vivo, Desari. Tenía intención de enfrentar el amanecer después de completar mi tarea de advertirte del peligro que corrías. - Su lengua exploró la cálida vaina de la boca de ella, después la movió a la delgada columna de su cuello. Mientras continuaba alimentando el fuego entre ellos, se movió más profundamente internándose en las sombras del bosque. Sus manos se deslizaron bajo la blusa de ella para descansar en su estrecho torso, tomando tanto de su suave piel como fue capaz. Julian cerró los ojos durante un momento, simplemente saboreando la sensación, la textura de pétalos de rosa de su piel.

Desari le rodeó la nuca con un brazo, acariciando los salvajes mechones de pelo dorado que caían alrededor de la cara de él antes de desabotonar lentamente los diminutos botones perlados de la pechera de su propia blusa. Apartó la fina tela, y condujo la cabeza de él hacia abajo, hasta su piel desnuda. Sólo una fina película de encaje cubría su pecho, haciendo daño a sus pechos. Sus pezones estaban duros y punzantes empujando contra el sujetador, su deseo era tan grande como el de él.

Él susurró algo suave y sexy en italiano, pero sonó amortiguado, mientras dejaba un rastro de fuego desde su garganta hasta el valle entre sus pechos. Ella oyó su propio jadeo, un suave lamento de deseo mientras se arqueaba para encontrar su boca errante. La lengua lamió los pezones a través del sujetador, una caricia ardiente y húmeda que provocó una respuesta también húmeda y caliente entre sus piernas.

- Te necesito, Desari. Estoy vacío sin ti. Y ese tipo de vacío te carcome, te consume hasta que tu alma es oscura y horrenda y todo lo que te importa es saciar tu hambre. Pero nada llena el vacío. Nada. Año tras año resistes en el vacío hasta que la vida misma es una maldición que apenas puede ser soportada. Y todo esto mientras en la oscuridad la bestia que te susurra, un susurro insidioso que te promete poder para matar, se tienta a que olvides

Librodot

tu fe en Dios, en todas las cosas que están bien y son reales y buenas. El monstruo dentro de ti, tan negro y hambriento de vida, crece y crece hasta que consume todo lo que fuiste alguna vez. Esa es la maldición que soportan los hombres de los Cárpatos, Desari.

Los brazos de Julian se apretaron alrededor de ella hasta que su fuerza amenazó con romperle los huesos, pero Desari solo le acercó más, escuchando la angustia en su voz. Acunó su cabeza hacia ella, su protector y femenino refugio y salvación.

- Hemos perdido a tantos. He cazado a amigos de la infancia, sin atreverme a acercarme demasiado a alguien por si acaso se acercaban al fin de su vida. - Sus manos se movieron sobre la piel de ella, dibujando cada costilla. Las palmas de sus manos estaban calientes mientras se movían buscando la cintura. Julian levantó la cabeza permitiendo que sus ojos se posaran lenta y posesivamente sobre ella. Su mirada encendió una tormenta de deseo en Desari. Adoraba el peso de sus ojos sobre ella, el hambre tan ardiente e intenso que había en ellos.

Observó como él levantaba una mano lentamente, y clavaba la mirada en sus perfectas uñas durante un momento antes de alargar una hasta formar una garra afilada. Muy lentamente la insertó entre los pechos de ella, tocando sólo la cinta del sujetador que oprimía su cuerpo. Con un barrido descendente se libró del material fácilmente, liberando sus pechos.

Desari contuvo el aliento, temerosa de moverse o hablar, no deseando romper el encanto del momento, no queriendo ver que esa mirada de deseo sólo por ella abanar nunca su cara. Las manos de él se movieron hacia arriba, deslizándose sobre su piel para acunar sus pechos. Su mirada acalorada subió a la cara de ella, estudiando cada detalle, cada expresión, cada emoción de sus ojos oscuros.

- Nunca te mereceré, Desari, no importa cuanto vivamos, no importa cuanto lo intente. No merezco a una mujer como tú. - Susurró las palabras, sintiendo cada una de ellas.

Ella sonrió, inclinando la cabeza a un lado.

- Quizás no, Julian. - Estuvo de acuerdo. - Pero no creo el ángel que crees que soy. Sólo tienes que preguntar a mi hermano el problema que te has agenciado. Pero te prometo, que planeo demostrártelo.

Su voz, suave y puro, directamente desde el cielo, se deslizó sobre el cuerpo de Julian como la caricia de sus dedos, tocándole en todas partes, tentando, acariciando, prometiendo hacer todas sus fantasías realidad. Ella deseaba terminar con su sufrimiento, apartando siglos de soledad desesperada, la terrible carga de las muertes que cargaba a sus espaldas, obligado a cazar a sus amigos y terminar con sus vidas para salvar a mortales e inmortales por igual. Ella quería jugar y tentar, ser tan traviesa como fuera posible, enseñándole lo que significaba para ella "problema".

Un sonido les interrumpió. Los otros estaban demasiado cerca de ellos. El campamento estaba a alguna distancia, pero los Cárpatos tenían una audición excepcional. Julian podía oírlos levantar el campamento, subir a los vehículos. Tomó un profundo aliento y se obligó a calmar la rabia que explotó en su interior. No restregaría a los otros hombres, tan cerca de convertirse, los sonidos de su acto de amor.

Muy tiernamente acuñó los senos cremosos y llenos de Desari en las palmas de sus manos. Sus pulgares acariciaron los pezones hasta que se endurecieron, convirtiéndolos en picos.

- Eres tan hermosa, Desari, tu piel es tan cálida y suave. - Inclinó la cabeza y trazó el valle de los pechos con la lengua, demorándose sobre el firme latido de su corazón.

- Te deseo tanto que siento que me volveré loco si no te tomo en este momento.

Ella apoyó la cabeza sobre la de él, frotando su espesa melena dorada con la barbilla.

- ¿Pero?

Julian suspiró suavemente.

- Tendré que contentarme con mirarte con adoración. - Reluctantemente la soltó y dio un paso atrás. - Creo que puedo arreglármelas para esperar un rato. - Sus ojos dorados brillaron hacia ella peligrosamente. - Si haces algo para distraerme.

Desari inclinó la cabeza, su pelo largo se deslizó como seda sobre su hombro, cubriendo parcialmente la piel desnuda y ocultándola a la vista. Una sonrisa pequeña y femenina curvó su suave boca. Sólo esta visión le hizo gemir.

- ¿Distraerte? - Su voz vibraba con una promesa. - Puedo pensar varias cosas interesantes que podemos intentar para evitar que pienses en mi familia. - Su sonrisa fue sexy, incitante, una promesa.

- No estás ayudándome. - La regañó, su cuerpo dolía incesantemente.

Desari había fundido su mente lentamente con la de él. Vio su terrible deseo por ella, las imágenes de ellos dos entrelazados. Sentía fuego corriendo por la sangre de él, la pesadez punzante entre sus piernas. El monstruo rugía pidiendo alivio, incitándole a tomar a su compañera con ardor y pasión y maldecir a los desconocidos con los que estaba intentando ser considerado.

Era una medida de su propia pasión rugiente que no haber considerado a los hombres, su audición, su capacidad para olerlos. El viento llevaría fácilmente a los otros lo que ocurría en el bosque.

- Estás más cerca de merecerme de lo que crees. - Susurró suavemente, tan orgullosa de él que deseó tirarse entre sus brazos.

El fuego del hambre y el deseo continuaba en ella. Deseaba el cuerpo de él aplastado contra el suyo, llenándola, su sangre corriendo en sus propias venas. Necesitaba estar más cerca de él para apartar el miedo a ser separada de él.

Julian sacudió la cabeza, su mano se curvó alrededor del cuello de ella.

- No puedes mirarme así, piccola, o estoy seguro de que me prenderé en llamas.

Desari dejó que sus dedos enmarañaran la melena dorada.

- Gracias por pensar en mi familia cuando yo no podía. - Su voz fue un murmullo de seducción, deslizándose sobre su ardiente piel. Sólo el sonido hizo que cada músculo de su cuerpo se tensara.

Julian hizo otro esfuerzo por respirar. Aire. Estaba a su alrededor, aunque no parecía poder introducir suficiente en sus pulmones. Cogió la mano de ella entre las suyas y la llevó a la calidez de su boca.

- Necesitamos encontrar un tema seguro, cara mia, o dejaré de hacerlo en los próximos minutos.

La suave risa de Desari fue como música en el viento. Se apoyó en el enorme tronco de un árbol tendido en el suelo del bosque. La brisa tiró de su largo cabello haciendo que se colocara a su alrededor como un velo, un momento escondiendo la tentación de la piel brillante y desnuda, al siguiente revelándola.

- Un tema seguro. - Pensó ella en voz alta. - ¿Cuál sería?

El aire abandonó los pulmones de él una vez más ante su visión. Parecía formar parte de lo que la rodeaba. Salvaje. Sexy. Provocativa.

- Podrías intentar cerrar tu camisa. - Su voz sonó ronca y desesperada incluso a sus oídos.

Desari no hizo intento de abotonarse la blusa, y sus pechos apuntaban hacia él, una tentación que sabía no sería capaz de resistir mucho más. Los botones de los vaqueros de ella estaba parcialmente sueltos, exponiendo su diminuta cintura y torso. Continuó sonriéndole, una seducción patente, mientras sus dedos jugueteaban con el tercer botón de los vaqueros.

Su mirada dorada la tocó, después se apartó rápidamente.

- No estás ayudándome, Desari. - Su voz fue ronca por su terrible deseo. Un poco más y de verdad ardería en llamas, combustión espontánea.

La punta de la lengua de ella se lanzó fuera de su exuberante boca.

- Un tema que mantenga nuestras mentes alejada de otras cosas. – Le tocó gentilmente el pecho, apenas más que un roce con la punta de los dedos, pero pudo sentir como él saltaba. - Estoy pensando, Julian. - Dijo suavemente, inocentemente, sus enormes ojos oscuros levantaron la mirada hacia él. Los ojos se deslizaron entonces hasta los botones de la camisa de él liberándolos para que las palmas de sus manos pudieran encontrar los firmes músculos de su pecho.

Julian apretó los dientes.

- Estás matándome, Desari. Mi corazón no aguantará mucho más.

- Sólo te estoy tocando. - Señaló ella tímidamente. Sus uñas se deslizaban ligeramente sobre la piel, trazando cada músculo bien definido con exquisito cuidado. - Me gusta la sensación. - Inclinó la cabeza más cerca de forma que su largo pecho acarició la piel sensible de él, y un sonido se escapó de su garganta. - Adoro la forma en que hueles también. ¿Tan malo es?

Él atrapó sus manos y las sostuvo firmemente.

- Vas a meterte en problemas.

- Me pregunto si estarías más cómodo si abriera la bragueta de tus vaqueros. Parecen un poco ajustados.- Desari liberó sus manos, trazando traviesamente el camino de vello dorado hacia abajo por su estómago plano. Sus dedos estaban ya trabajando, separando la tela antes de que Julian pudiera pensar en detenerla.

- Eres una diablesa, Desari. - Acusó, gimiendo de nuevo cuando su cuerpo se vio libre de la restricción de los pantalones.

Las pestañas de ella se alzaron para que pudiera mirarla a los ojos. Sexy, juguetona, intrigante.

- Mmmm, agradable. - Susurró, estudiando la evidencia de su deseo. - Muy agradable.

Estaría perdido del todo si continuaba mirándola. Nunca sería capaz de mantener el control. Como si pudiera leer su mente, las manos de ellas bajaron incluso más, acariciando las fuertes columnas de sus muslos, moviéndose hacia arriba lentamente hasta que una vez más Julian fue incapaz de respirar. Entonces recogió su pesada plenitud entre sus manos, llenándolas con su grosor, acariciando la punta aterciopelada con dedos conocedores.

Julian no podía contenerse; echó la cabeza hacia atrás mientras el placer ondeaba a través de él, como fuego corriendo por sus venas. Apretó los dientes.

- ¿Qué estás haciendo, mujer? ¿Intentas volverme loco?

Los ojos oscuros de Desari atraparon la luna y brillaron intensamente. Su voz ronroneó de inocencia y risueña, notas plateadas que danzaron y le acariciaron.

- Pensaba que te estaba proporcionando alivio.

Sus manos seguían las instrucciones de las imágenes que pasaban por la cabeza de él, haciéndose más habilidosas, más persuasivas, tentando y deslizándose sobre y alrededor de él hasta que estuvo tentado a suplicar clemencia.

- ¿Se ha marchado ya mi familia? - Susurró, intrigada por sus reacciones. Movió la cabeza para acariciarle el estómago con la boca. La cascada del pelo alrededor de su cara, se frotó contra la piel de él, hasta que su cuerpo rabió por aliviarse.

Un gruñido bajo escapó de su garganta.

- Sólo están empezando a mover los vehículos. - Dijo entre dientes.

- ¿De veras? - Dijo Desari, distraída con su ardiente plenitud. Sus manos se deslizaron por las caderas mientas bajaba todavía más, buscando la alfombra de vegetación con las rodillas. Le oyó jadear y levantó la mirada a su cara, marcada por duras líneas de deseo. Sonrió lentamente y una vez más inclinó la cabeza hacia él.

Julian nunca había visto nada más bello en su vida. Los árboles se balanceaban y mecían con el viento. La cara de ella era blanca y perfecta a la luz de la luna, sus largas pestañas y oscuros ojos tan misteriosos, su boca tan erótica que deseó que este momento durara toda la eternidad. La blusa de ella se abrió tanto que sus pechos aparecieron desnudos e invitadores. Parecía una diosa pagana de tiempos ancestrales.

Entonces el cálido aliento efectivamente terminó de golpe con su capacidad de pensar. Su boca cálida y húmeda, terminó con su autocontrol. Mientras sus suaves labios se deslizaban sobre él, agarró dos puñados de cabello sedoso y la empujó más cerca. Sus caderas empezaron a empujar casi desesperadamente para introducirse en ella.

Las uñas de Desari recorrían arriba y abajo sus muslos gentilmente, urgiéndole a acercarse más. Su boca apretó hasta que él deseó gritar de placer. Las manos de ella se movían sobre sus nalgas, adorando recorrerlas, después se movieron para acunarle una vez más.

- Gracias a Dios ya están lejos. - Jadeó Julian, su cuerpo empujó introduciéndose en la boca de ella. Después apretó los dientes y empezó a ponerla en pie. Reluctantemente Desari dejó su erótica exploración y le permitió tirar hacia arriba contra su duro cuerpo. Su boca se apresuró a

cubrir la de ella, devorándola, dominándola, poseyéndola. Sus brazos amenazaban con aplastarla.

Desari celebró la fuerza de sus brazos, su deseo por ella, su necesidad de ella. Estaba pateando lejos sus vaqueros con frenesí, olvidando en el momento su habilidad para simplemente hacerlos desaparecer.

Adoraba su salvaje e incontrolable deseo, el fuego y el hambre que sentía por ella. Sólo por ella. Se sentía completa, femenina, poderosa. Estaba perdida entre sus brazos, entregándose completamente a lo que fuera que él pudiera necesitar o desear. Ella le deseaba con la misma salvaje furia y necesidad. Su cuerpo estaba ardiendo en llamas. Sólo un beso provocaba que sus huesos se fundieran. Dejó que su blusa flotara hasta el suelo, y le deslizó los brazos alrededor del cuello. Se presionó más cerca.

Julian le rasgó los vaqueros, tirando de ellos con fuerza, haciéndolos trizas. La levantó en brazos para que pudiera rodearle la cintura con las piernas firmemente. Enterró la cara en su hombro, respirando su salvaje esencia, jadeando cuando la bajó sobre él, llenándola completamente. Era un milagro la forma en que su cuerpo se ensanchaba para acomodar su invasión, la forma en que sus músculos le daban la bienvenida. El latido de su pulso captó la atención de ella, e instantáneamente el hambre surgió. Le necesitaba surgía de su interior, la mente de él fundida con la suya, la sangre de él fluyendo en sus venas, su cuerpo tomando el de ella con salvaje abandono.

Le acarició el cuello con la lengua. Una vez. Dos. Sintió que el corazón de él saltaba contra sus pechos. La empujaba con las caderas hacia adelante, enterrándose en ella. Le arañó hacia delante y atrás con los dientes sobre la piel, ligeramente, gentilmente, en mordiscos tentadores hasta que las caderas de él se movieron con un frenesí salvaje y gruñó una advertencia, sus manos le apretaron el trasero, urgiéndola a una cabalgada fiera y turbulenta.

Hundió los dientes profundamente y gritó con éxtasis, en algún lugar entre el cielo y el infierno. Podía sentir lo que él sentía, su mente era una neblina de ardor y pasión.

Julian se movió más cerca de un tronco caído para poder apoyar a Desari contra él. El ángulo le dio la posibilidad de profundizar su estocada para que el cuerpo de ella se viera obligado a tomarle en su totalidad. Se movió agresivamente, duro y rápido, enterrándose en ella una y otra vez mientras un relámpago estallaba a través y alrededor de ellos. Quería que durara toda la eternidad. Ella apartaba su terrible soledad, la oscuridad que se agazapaba en su interior; la mantenía a raya con su fuego aterciopelado.

El viento se elevó alrededor de ellos, alborotando las ramas sobre sus cabezas. Ella cerró las diminutas heridas de su garganta con una pasada de la lengua. Muy lentamente empezó a apoyarse hacia atrás contra el árbol, sus pechos apuntaban hacia el cielo, sus caderas llenaban las manos de él mientras se introducía en ella. Cuando bajó la mirada hacia ella, vio el triángulo de sedosos rizos negros que su fundían con los suyos dorados. Estaba hipnotizado por la belleza de sus cuerpos unidos.

Los músculos de ella se tensaron, su húmeda funda se apretó y relajó hasta que la fricción entre ellos fue tanta que sintió las llamas danzando sobre su piel, sobre la piel de ella. Estaba hinchándose, creciendo, más grueso y duro, y todavía quería seguir.

Julian. Fue la más suave de las súplicas, la belleza de Desari, su voz fantasmal brilló liberando su mente. Le envió más allá del límite, llevándola con él de forma que se mantuvieron juntos mientras la tierra se sacudía y los cielos exploraban.

Julian casi se derrumbó sobre ella, su gran fuerza agotada por un momento. Su cuerpo brillaba en el aire nocturno, la melena dorada y salvaje se arremolinaba alrededor de su cara. Desari le tocó la boca con la punta de los dedos.

- ¿Cómo puede ser esto, Julian? ¿Cómo puede ser que en todos estos largos y solitarios siglos, no haya conocido esto? ¿Por qué no sentí nunca un deseo como este?

Sus ojos brillaron hacia ella, una amenazadora advertencia, el mismo hielo de la muerte.

- Estás hecha para mí, Desari, sólo para mí. No hay necesidad de que busques a otro.

Se negó a sentirse intimidada. Su cara estaba seria, un toque de crueldad le rodeaba la boca.

- Ahora no. Pero he vivido mucho. ¿Por qué mi cuerpo no sintió esto? He leído libros, oído cosas de los humanos. Syndil y yo hablamos de tales anhelos, pero nunca he sentido tal deseo. He pasado siglos sin conocer siquiera la belleza de esto. ¿Por qué nunca me has encontrado?

Las manos de Julian se enredaron en su pelo de ébano.

- Eres mía, cara mia, sólo mía. No hay otro que pudiera hacer que tu cuerpo sintiera las posas que yo puedo hacerte sentir. Y si intentas experimentar con otro, tendría que matarle. No te equivoques, Desari, es bueno adquirir conocimientos, pero no hay necesidad de que vayas con ningún otro. Si deseas intentar algo nuevo, te complaceré, pero no toleraré a otro hombre cerca de ti.

Ella empujó la sólida pared de su pecho con las palmas de sus manos y le miró.

- Oh, cállate. No estoy planeando salir por ahí con el primer hombre que vea. Sólo estaba preguntándome por qué he esperado tanto.

Julian se negó a moverse un centímetro, su pesada forma la inmovilizó bajo él, su cuerpo todavía estaba firmemente enterrado en el de ella.

- Me esperabas a mí, como debía ser. Para nosotros hay sólo uno.

Las cejas de ella se arquearon.

- ¿Oh, de veras? ¿Entonces por qué Barack usa a las mujeres humanas de esta forma? ¿eh? Te lo advierto, no aceptará un doble estándar.

Julian le echó el pelo hacia atrás despegando su frente, un gesto de ternura mientras se inclinaba para rozarle una ceja con los labios.

- Los hombres sienten durante doscientos años más o menos, piccola. Algunos toman medidas para satisfacer estas necesidades, aunque son una pobre imitación de lo que sentimos con nuestra verdadera pareja. El verdadero ardor sexual llega cuando encontramos a nuestra compañera. Es más que amor o sexo. Es una combinación de mente, corazón, alma y cuerpo. La emoción es tan fuerte, uno siempre debe estar próximo al otro.

Desari guardó silencio durante un momento, súbitamente consciente de lo vulnerable que se sentía. No era sólo su cuerpo lo que había abierto a él, o la profundidad de su deseo, eran las emociones que evocaba en ella. Sus largas pestañas bajaron para ocultar una repentina duda.

Enseguida, las manos de Julian tiraron de su pelo.

- Cara mia, no temas tanto nuestra unión. Miraré por tu felicidad. Nunca podría hacerte daño. ¿No lo entiendes aún? - Capturó su mano, llevándosela a la boca, y la mantuvo presionada contra sus labios cincelados. - Incluso si eliges estar con otro hombre, nunca te haría daño. Tal cosa no sería posible para mí. Pero estoy siendo honesto contigo cuando digo que mataría al hombre. Soy un depredador. Nada, ni siquiera tu luz, puede cambiar completamente lo que soy. No permitiré que nadie te aparte de mi lado.

- ¿Esto no te asusta, Julian, la intensidad de nuestros sentimientos? - Susurró, con sus ojos oscuros empañados. - A mí me asusta más que nada que haya encontrado nunca. No podría soportar ser la causa de otra muerte. Te vi luchar con tus emociones, esas que te asaltan. Es una batalla en tu interior que no puedes esconderme. Y hay algo más, algo que intentas esconder incluso de ti mismo.

Los dedos de él frotaron los nudillos de la delicada mano cariñosamente.

- Si, las emociones son nuevas y extrañas, desconocidas para mí desde hace siglos. Y si, es difícil aprender a manejarlas, cuando son intensas y violentas. - El "algo más" no podía compartirlo con ella todavía, tampoco podía afrontarlo. - Pero tenemos siglos para aprender. - Concluyó. Reluctante liberó su cuerpo del de ella. - Siento tu incomodidad, piccola. Ven conmigo. - Estaba ya tirando para levantarse y poder examinar el cuerpo de ella en busca de marcas.

- Estoy perfectamente bien, Julian. - Por alguna razón la avergonzaba que estuviera buscando su piel clara en busca de alguna magulladura delatadora que su pasión hubiera podido dejar en ella. - Explícame porque Syndil ha experimentado sentimientos sexuales mientras que yo no, hasta que te conocí. ¿Tan diferente soy? ¿No soy femenina?

La cabeza de Julian se alzó, sus ojos ámbar se caldearon.

- ¿Cómo puedes no saber lo deseable que eres, Desari? Seguramente ves los efectos que tienes sobre los hombres, mortales e inmortales por igual.

Los dedos de ella se unieron a los de él.

- Tú eres el primer inmortal que he encontrado aparte de mi familia. Y sólo porque los hombres humanos me encuentren deseable no significa que lo sea. Nuestra raza con frecuencia tiene ese efecto sobre los mortales. No soy yo. Además, yo no siento nada en respuesta.

- Por lo que estaré eternamente agradecido. ¿Por qué Sybduk siente esas urgencias?, no lo sé. Quizás ha sentido a su compañero cerca sin reconocerle. - Hubo un leve fruncimiento de ceño en los rasgos de granito de Julian. - Es posible que algunas mujeres sean capaces de tener aventuras sexuales con hombres antes de que su auténtico compañero presente su reclamo. Pero no puedo ver como, teniendo en cuenta que nuestras mujeres están vigiladas muy de cerca. No puedo ver a Darius permitiendo que los hombres se acerquen a ti o a Syndil, ni siquiera a pesar de no haberse criado en las tradiciones de nuestra gente.

- Es cierto. Darius nunca permitiría que ninguna de nosotras se fuera con un hombre. Ni siquiera con Dayan o Barack, que nos vigilan todo el tiempo. Desde el traicionero comportamiento de Savon, se vigilan los unos a los otros muy estrechamente. - Añadió tristemente.

- Sólo Darius lucha tan desesperadamente con la oscuridad. - Respondió Julian amargamente. - Se ha introducido profundamente en las sombras porque ha tenido que matar para protegeros a todos. Los otros pueden aguantar mucho más si desean hacerlo. La batalla de Darius es la más difícil.

Las lágrimas inundaron los ojos oscuros de Desari.

- No puedo dejarle, Julian. No podemos dejarle creer que podemos salir adelante sin su protección. Yo he visto lo mismo que tú, y temo por él constantemente. Cada vez se aparta más y más. Raramente comparte sus pensamientos conmigo. Es un gran hombre, y no quiero perderlo.

Julian inclinó la cabeza para rozar sus párpados con el toque consolador de su boca.

- Entonces no podemos hacer otra cosa que cuidar de que permanezca con nosotros.

Desari alzó la cara hacia él, sonriéndole como si le hubiera entregado la luna.

- Gracias, Julian, por entenderlo. Si sólo conocieras a Darius, si hubieras visto lo importante que es.

- He estado en tu mente muchas veces, cara. Puedo verle como le ves tú. También he visto su voluntad de hierro que ha permitido que todos vosotros sobrevivierais. - Entonces su mirada dorada se deslizó a lo largo del cuerpo de ella, y una vez más el deseo inundó las profundidades de sus ojos.

9

Al momento Desari se apartó, saltando lejos de él como una gacela, su tentadora risa flotó en el viento mientras se bajaba del enorme tronco de árbol caído. Le robaba el aliento, allí desnuda a la luz de la luna, con las ramas balanceándose a su alrededor. El viento ondeaba la cascada de cabello alrededor de ella como una capa. Un sonido escapó la de garganta de Julian, algo entre un gruñido y un gemido.

Era un hombre duro moldeado por siglos de adusta existencia. Si alguna vez había compartido risas con otros, ya hacía mucho que era sólo una vaga memoria de su juventud. Había sido maldecido con una vida de soledad, aunque ahora no deseaba nada más que estar con esta mujer, compartir su vida con ella, las montañas, las ciudades, el mundo. No sabía como comportarse, ni siquiera creía tener sentido del humor a parte de una ocasional diversión extraña ante las acciones de otros. Pero algo nuevo estaba surgiendo en él. El sonido de la risa de Desari había encontrando una nota juguetona en respuesta de algún lugar profundo dentro de él.

Saltó tras ella sobre desde el tronco caído, sujetándola por la cintura, pero ella ya se había ido, su cuerpo brilló en medio del aire y cambió incluso mientras aterrizaba ligeramente sobre otro tronco y se alejaba de un salto. Ahora una piel lisa y lustrosa cubría la piel desnuda; un morro redondeado y hermoso. El leopardo hembra miró hacia atrás incitadoramente, después se

fue, corriendo ligeramente a través del bosque, mezclándose con el follaje. Julian sonrió y la siguió, su forma se estiró y contorsionó hasta tomar la forma musculosa de un leopardo macho. Podía oler su salvaje esencia extendiéndose en la noche con el viento nocturno, llamándole, y la fiereza creció en respuesta en su interior. Para el leopardo macho la esencia de la hembra era tan atrayente como el más caro perfume. El rugido de la hembra de leopardo resonó misteriosamente en la noche, reclamándole. El macho respondió como si la llamada fuera un susurro de seducción.

Aceleró la velocidad, y se movió sin esfuerzo, una mancha de pelaje dorado mientras silenciosamente acechaba a su presa. Cuando la vio, su fiereza se incrementó hasta que fue más un leopardo salvaje que un hombre moderno. Ella rodaba juguetonamente sobre una suave cama de agujas de pino, sus curvas eran sensuales, casi serpentinas. Eran tan atractiva, el leopardo macho sólo pudo observarla durante un momento, hasta que sus viejos instintos provocaron su creciente deseo y cautelosamente se aproximó a la hembra.

La hembra le miró con recelo pero no bufó ante su aproximación. La rodeó, observándola en todo momento. Ella rodó de nuevo, acercándose más a él para que pudiera tocarla con el morro. Aceptó su caricia, devolviéndole otra. Se miraron el uno al otro y empezaron a correr juntos, saltando sobre troncos y ramas, serpenteando a través del bosque con consumada gracia.

Dentro del cuerpo del leopardo, Julian disfrutó de la elasticidad de músculos y tendones, de la propia noche y la libertad del bosque. Olió la bienvenida invitación de ella, leyendo en la seductora actitud juguetona de su cuerpo. Se quedó cerca de la hembra, empujándola ocasionalmente, disfrutando de la forma en que su cuerpo ansiaba el de ella. Fue paciente. El rechazo de un leopardo hembra podía ser peligroso, y ningún macho iba a arriesgarse a recibir un golpe fuerte. Simplemente permaneció cerca de ella, siguiendo sus instintos.

Ella redujo su carrera, después empezó a rodearle juguetonamente, ocasionalmente agachándose ante él invitadora. Cuando el cuerpo más pesado de él la cubrió, gruñó una advertencia y saltó alejándose, sólo para volver con otra invitación seductora. Julian podía sentir la creciente urgencia del felino macho; se volvía más fuerte e intensa con cada paso que ella daba. Era tan hermosa, su piel tan lustrosa y suave, su morro perfecto. Una vez más se agachó invitándole, tentándole. Cubrió su cuerpo, sus dientes encontraron el hombro sujetándola inmóvil mientras se presionaba más cerca de ella, usado su peso para mantenerla inmóvil.

Al momento, era tan leopardo, tan animal e instinto, que nunca supo después si había sido el leopardo o el hombre el que había reaccionado. Sintió la oscura sombra alcanzarles justo en el momento en que llegaba el ataque. Usó su considerable poder para golpear a la hembra lejos de él y darle una mejor oportunidad de huir. Al mismo tiempo intentó rodar, para lanzar al recién llegado sobre su hombro.

El dolor fue intenso cuando unas garras afiladas como hojas de afeitar le desgarraron el hombro hasta el hueso. Instantáneamente acotó el área sensible incluso mientras se deslizaba por debajo de su atacante, cambiando de forma mientras lo hacía. Enfrentó al vampiro en su forma humana, elegantemente vestido, la sangre goteando de su herida, y la melena de pelo dorado alrededor de su cara pétrea. ¿Era este? ¿Había llamado su sangre a

su atormentador, traicionando a su compañera? Desde la corta distancia que había entre ellos evaluó a su enemigo, manteniendo su cuerpo humano colocado justo ante Desari. No la miró, no malgastó tiempo advirtiéndola que le obedeciera. Toda su atención tenía que centrarse en el vampiro. Una pequeña sonrisa curvó su boca, sin reflejarse en sus fríos ojos dorados, e hizo una reverencia lentamente.

- Muy inteligente, saludo tu habilidad para elegir el momento oportuno. - Sus palabras fueron suaves, su voz gentil y pura. No hubo reconocimiento, este no era su archienemigo. Julian no sabía si se sentía aliviado o decepcionado.

El vampiro le estudió con ojos nublados. Era alto, más alto que Julian, Pero sin su musculatura. Su cara estaba sonrosada por una muerte fresca. Algún desafortunado campista, sin duda. Julian estaba intranquilo porque el vampiro se negaba a entrar en el diálogo. La criatura simplemente le miraba. Era inusual que un no-muerto no se jactara o presumiera cuando se apuntaba el tanto de un golpe como el que Julian acababa de recibir.

Alrededor de Julian el bosque pareció nublarse, la tierra se ondeó casi gentilmente bajo sus pies. Deliberadamente sonrió, mostrando sus fuertes dientes blancos.

- Un truco infantil. Lo aprendí cuando era casi un novato. Me insultas al tratarme con tal falta de respeto. - La voz de Julian no cambió de tono. Permaneció como un hipnótico soplo de compulsión hipnotizadora y pura. Su voz estaba afectando al vampiro, podía verlo claramente. El vampiro ya hacía muecas y sacudía la cabeza en un intento de liberarse de la compulsión.

La criatura sin alma se movió entonces, sus pasos seguían una danza hipnótica formando un patrón. Julian permaneció inmóvil, sin seguirle en la extraña danza. Permaneció alerta, con el cuerpo relajado y preparado, apoyado sobre los talones, su mente explorando el área a su alrededor, incluso los cielos. Este comportamiento del no-muerto era totalmente antinatural. Julian se estaba perdiendo algo, y, con Desari en peligro, no se atrevía a actuar demasiado pronto o cometer un error. Su compañera no había huido, así que tenía que protegerla.

¿Crees que hay otro por ahí? Desari era una sombra en su mente, consciente de sus pensamientos, de su ansiedad. Había explorado pero no había sido capaz de detectar otro ser.

Estoy seguro de que si.

¿Y lo mejor sería enfrentarlos a los dos juntos?

Tendría una mejor oportunidad de orquestar la batalla.

Desari se había hecho pequeña, esperando dar a Julian las menos preocupaciones posibles. Ahora se irguió en toda su altura, y con graciosa confianza, caminó hasta ponerse a su lado. Dando a su compañero total libertad de maniobra mientras le permitía verla para que no tuviera que buscarla con su mente. *No escuches la música, Julian,* advirtió, las palabras fueron como un roce de dedos en su mente. Alzó la cara hacia manto de estrellas y empezó a cantar suavemente.

El cuerpo entero de Julian se tensó ante la primera nota plateada. Requirió un tremendo esfuerzo obligarse a apagar el sonido. La voz era fantasmal y hermosa, elevándose en el aire nocturno y propagándose a través del bosque. Fue llevada sobre un viento inusual que parecía

Librodot

arremolinarse a través de los árboles, alcanzando las copas de los árboles y explorando los barrancos más profundos. Era una convocatoria, una suave orden para acudir, para venir a ella. Dirigida a todas las criaturas, buenas o malvadas. ¿Quién o qué podía resistir esa voz extraterrena? Era pura y hermosa, notas de oro y plata, brillando visiblemente en la noche oscura. Llamando. Extendiéndose. Haciendo señas para que acudieras. Una orden tan suave y fantasmalmente hermosa que resultaba hipnotizante, imposible de ignorar.

Julian observó los efectos de la canción de Desari sobre el vampiro. La cara empezó a ponerse gris y estirada, la piel se encogió sobre los huesos hasta que el no-muerto pareció un esqueleto. Las ropas empezaron a parecer andrajos y jirones, encogiéndose en su cuerpo al igual que la piel. No podía mantener por más tiempo la ilusión de juventud y pulcritud. Parecía tener mil años, decadente, sin alma, una parodia de un hombre vivo. Las notas le estaban volviendo loco, llamándole con la luz de la bondad y la compasión, de las cosas que había abandonado junto con su alma.

Gruñendo, escupiendo, luchado cada pulgada del camino, el vampiro siseó y se arrastró más cerca de Julian y de la muerte. Desari todavía cantaba. El aire nocturno gimió con el esfuerzo que suponía soportar el peso de las lechuzas que volaban en él, mantener las ramas alrededor de ellos. Los venados, los gatos monteses, osos, incluso los zorros y conejos, se dirigían a ese punto, rodeando a las tres figuras erguidas.

El vampiro se cubrió las orejas, gruñendo juramentos, maldiciendo vilmente, aunque sus pies continuaban dirigiéndose a través del polvo hacia Desari. Desde detrás de Julian otro vampiro salió gateando de los arbustos. Sus ojos eran rojos y brillaban de odio. Miraba a Desari, rechinando los dientes, un aliento caliente y fétido anunció su llegada. Era más anciano, más hábil que el primero, evidentemente usaba al otro vampiro como cebo. Luchaba contra la compulsión de Desari con cada aliento de su cuerpo. Pero no era *él*.

Julian supo inmediatamente que era peligroso e inteligente. Había una crueldad en la boca del anciano no-muerto y algo alarmante en la forma en que sus ojos nunca abandonaban la cara de Desari. *Ten cuidado de no mirarle,* la advirtió Julian, un golpe de miedo invadió su calmada confianza. Maldijo el hecho de que ella estuviera allí, así sus sentidos estaban divididos a causa del terror abrumador que sentía por ella.

Julian golpeó sin preámbulos, moviéndose con la velocidad por la que era tan famoso entre los suyos. Pero el vampiro no estaba allí. De algún modo había roto el hechizo de Desari y estaba sobre ella antes de que pudiera moverse. Julian se revolvió inmediatamente y fue a por su segundo objetivo, su puño se estrelló contra la pared del pecho, introduciéndose a través de músculo, hueso y tendón hasta alcanzar la única cosa que podía destruir al vampiro menor. El corrupto y latente corazón estaba en la palma de su mano cuando la retiró del pecho, retrocediendo rápidamente lejos de no-muerto que chillaba.

La sangre viciada salpicó por todas partes mientras el vampiro corría dando vueltas enloquecido antes de caer al suelo, donde cayó convulsionándose horrorosamente. Julian se estaba moviendo de nuevo dirigiendo energía desde el relámpago que se arqueaba de nube a nube sobre sus cabezas. Golpeó el cuerpo que se retorcía, incinerándolo

inmediatamente. Las llamas saltaron entonces hasta el corazón que yacía donde Julian lo había tirado. En segundos el vampiro menor no era nada más que cenizas humeantes. Y Julian simplemente se desvaneció como si no hubiera estado nunca allí.

La respiración se le atascó a Desari en los pulmones cuando los dedos como garras del vampiro rodearon su cuello. Su toque era vil, hacía que le ardiera la piel. El aire a su alrededor era apestoso, no quería respirarlo. Julian había destruido al otro vampiro tan rápidamente que apenas había sido consciente de lo que había hecho antes de que se disolviera, sin dejar rastro por ninguna parte. Confiaba completamente en él. No se paró a pensar por qué, pero sabía con una certeza más allá de cualquier cosa que hubiera conocido nunca que no la abandonaría.

- ¿Por qué me acechas, antiguo? - Inquirió suavemente, usando su voz como el arma que era. Las notas musicales se arrastraron hasta el malvado.

El vampiro se sobresaltó y siseó, sus garras venenosas le pincharon la piel como advertencia.

- No hablarás. - Ordenó, escupiendo y gruñendo las palabras.

- Lo siento. - Replicó ella gentilmente, su voz suave e inocente. Estaba decidida a dar a Julian cualquier ventaja que pudiera.

El vampiro daba vueltas en todas direcciones, usando su cuerpo esbelto como escudo, mientras mantenía una garra presionada contra su yugular. La punta pinchaba su piel, enviando un diminuto rastro de sangre goteando hacia abajo por el cuello manchando la blanca camisa de seda a la que ella había dado forma. Su captor exploraba desesperadamente el bosque a su alrededor. No podía encontrar rastro de Julian.

Sobre sus cabezas, las lechuzas empezaron a desviarse. Dos los gatos monteses chillaron, sonando como extraños lamentos humanos. Otros animales paseaban inquietos, fuera del círculo invisible que Desari había creado. Sus ojos brillaban fieramente mientras el relámpago continuaba arqueándose entre las nubes.

- Tu héroe te ha abandonado. - Se burló el vampiro, sus ojos llenos de odio buscaban en la noche interminablemente.

- ¿Crees que necesito que me salve? Soy una antigua. Puedo defenderme a mí misma. Por otro lado, tú no quieres matarme. No me has acechado tanto tiempo simplemente para librar al mundo de mi presencia. - Su voz era como terciopelada, notas musicales. - Has desafiado a los dos antiguos más poderosos que conozco para conseguirme. ¿Harías eso para después matarme? No lo creo, antiguo.

Los dedos apretaron más alrededor de su garganta con tanta fuerza como para magullar, amenazando con cortarle el aire. Ella rió suave, burlonamente.

- ¿Crees que me asustas con tus amenazas vacías? Es más probable que sea tu hedor lo que me corte la respiración en vez de tus dedos.

El no-muerto siseó en su oreja, soltando maldiciones y amenazas, pero súbitamente gritó, tirando de ella hacia atrás y revolviéndose salvajemente, intentando escapar de las llamas que irrumpieron por toda su ropa y carne putrefacta.

El vampiro tiró del pelo de Desari cruelmente en venganza por el inesperado asalto de Julian. Pero cuando lo hizo, las lechuzas se lanzaron desde todas direcciones, cien fuertes garras extendidas, dirigidas

directamente a los ojos brillantes del vampiro. El aleteo creó un remolino, un frenesí de hojas, ramas y agujas de pino que acaparaban toda la visión. Desari se agachó rápidamente cuando las lechuzas se abalanzaron sobre la cabeza del vampiro. Una enorme lechuza, con las plumas empapadas en sangre, se materializó en medio del aire, con las garras extendidas. Pasaron de largo los ojos del vampiro y fueron directamente a su pecho. Incluso cuando las garras entraron en la carne, las otras lechuzas siguieron arañando y acuchillando la cara del vampiro, manteniéndole aullando y balanceándose, incapaz de usar su poder y sus habilidades ancestrales.

Desari se echó al suelo y se cubrió la cabeza, pero ninguno de los pájaros la rozó siquiera. Julian había orquestado perfectamente la batalla, sin dar al no-muerto tiempo para hacerla daño. Se quedó tendida perfectamente inmóvil, olvidando por el momento que ella también podía desaparecer. El sonido de la carne desgarrándose era terrible, los gritos del vampiro sobrenaturales. No fue hasta que sus pies la tocaron que Desari recordó como disolverse en gotas de neblina y deslizarse rápidamente en la seguridad de los árboles. Posada en lo alto de un árbol enorme, se dio la vuelta y reapareció, mordiéndose el labio inferior nerviosamente mientras observaba.

La escena era salida de una película de horror. Darius siempre la había protegido de sus cazas, como había hecho Julian cuando la envió a dormir. Todo esto era brutal y terrorífico. El maligno hedor del vampiro se intensificó; deliberadamente estaba intentando emponzoñar el aire, hacía imposible a las bestias o el hombre respirar. Pero era difícil que lo consiguiera, Julian contrarrestaba cada siseo venenoso con una ráfaga de aire fresco.

El no-muerto estaba casi cegado por las lechuzas que arañaban sus ojos. Su cavidad torácica reventó y arrojó un géiser de sangre corrupta que pareció rociar a toda criatura que pillara en su camino, ardiendo como ácido, incluso mató a algunas aves. Los animales se acercaban más y más, un cerco implacable, bestias hambrientas empujadas por la fiebre del espectáculo de violencia y el olor a carne fresca.

La mirada de Desari se dirigió a la enorme lechuza que sabía era Julian, su compañero, terrible de ver en su rol destructor. Tocando su mente tentativamente, descubrió que había alejado todo pensamiento de ella, era cruel e implacable, el más eficiente depredador. Atacaba desde todos los ángulos, una y otra vez; veloz, mortal, derribando al maligno con cada cuchillada, cada profunda laceración, siempre dirigiéndose al corazón.

El vampiro no tuvo oportunidad de disolverse y escapar, pero sus garras y la sangre corrompida estaban haciendo un inconmensurable daño. Incluso en la forma de la lechuza, Julian estaba todavía severamente herido por el primer golpe sorpresa del vampiro. Podría ver como la criatura emplumada se protegía el costado, el ala nunca se extendía completamente. Desari comprendió que hubiera escapado incluso a ese golpe si no hubiera estado pensando en ella. Era increíblemente rápido, moviéndose como un rayo, golpeándose y moviéndose, no dando al antiguo no-muerto ni una pequeña oportunidad de recuperar energías y ejercer su malvado poder.

Los aullidos eran terribles de oír. Su fealdad destrozaba los oídos. Quería cerrar los ojos, no ver la muerte y los pájaros caídos, las salpicaduras

de sangre brillaban negras a la luz de la luna, siseando y humeando como si estuvieran vivas.

No deseaba ver al grotesco vampiro, cubierto de sangre, sus mechones dispersos de pelo grasiento, los pozos de sus ojos. Los profundos surcos de su cara añadían horror a sus viles facciones. Estaba harapiento y destrozado por multitud de heridas, aunque se negaba a caer, se negaba a reconocer que no tenía posibilidad de sobrevivir.

Sobre el suelo la sangre corrompida se movía, extendiéndose a través de la vegetación en busca de una víctima. Por donde tocaba, las plantas se marchitaban y ennegrecían bajo la luz de la luna. Entonces Desari comprendió que la sangre seguía los movimientos de la enorme lechuza, esperando una oportunidad para golpear.

El diminuto punto donde la garra del vampiro había pinchado su cuello estaba palpitante y abotargado, como si su garra hubiera estado emponzoñada de veneno. Si esa diminuta herida le hacía daño ¿Qué sentiría Julian con esa cuchillada profunda hasta el hueso? No podía imaginarlo y de nuevo tocó su mente, pero comprendió que él había bloqueado todo dolor y estaba totalmente enfocado en destruir al maldito.

Desari quería adelantarse y recoger todos los pájaros caídos que habían ayudado a Julian en su lucha contra el antiguo no-muerto. Herido como estaba, no había tenido más opción que aceptar la ayuda, aunque ella sabía instintivamente que se apenaría por la destrucción de tan hermosas criaturas.

Su corazón se condolió por Julian, por su hermano, por todos aquellos que habían luchado y destruido durante toda su vida. Sabía que los no-muertos eran completamente malvados, que la única cosa que se podía hacer era librar al planeta de ellos, aunque eso les obligara a arriesgar su vida, o peor, su misma alma, mientras lo hacían.

Desari intentó calmarse, mientras evitaba la confusión mental, para que su mente contuviera sólo confianza y fuerza. Después se envió al interior de la mente de Julian, dándole la ráfaga de energía de su propia sangre antigua y el poder que proporcionaba. Ella era incapaz de matar, no podía sobreponerse a la vena de compasión que corría profundamente en ella... pero rogaba no ser la razón que impidiera que la habilidad de Julian lo hiciera.

Julian agradeció la fuerza que se derramó sobre él. Había sufrido una tremenda pérdida de sangre, y la sangre corrompida del vampiro que había entrado en contacto con su piel a través de las plumas de la lechuza había profundizado en su carne. Aún así, nunca vaciló en su incansable ataque, golpeando una y otra vez al poderoso no-muerto con sus garras, profundizando más y más en el pecho. Sólo cuando traspasó los músculos protectores y el hueso cambió de forma de vuelta a su propio cuerpo, su mente se extendió hacia las lechuzas que quedaban para aliviarlas de la compulsión de atacar.

Desari jadeó, su mano fue a la garganta mientras veía las manchas de sangre corrompida sobre la tierra, formando un enorme charco. El líquido negruzco formaba obscenamente la parodia de un brazo, luego se estiró más allá en una mano diabólica y fantasmal que empezó a arrastrarse furtivamente a través de las hojas de pino y sobre las ramas caídas para alcanzar su meta. *¡Julian, en el suelo!*

Él no respondió o dio muestra de reconocer la advertencia; simplemente se enfrentó al vampiro con calma. Su hermosa cara estaba marcada por el cansancio, su pelo dorado le flotaba salvajemente sobre los hombros. Permanecía en pie erguido y alto, con los hombros cuadrados, y sus ojos ámbar brillando con una especie de fuego.

- Te traigo la justicia de nuestra gente, antiguo. Has cometido crímenes contra la humanidad, contra la misma tierra. Te entrego tu sentencia pronunciada por nuestra raza y el Príncipe de nuestra gente y espero que encuentres piedad en otra vida porque yo no puedo darte ninguna en esta. - Las palabras fueron suaves y amables, hipnóticas y sugerentes.

Aún así el cuerpo del vampiro empezó a contonearse en un último esfuerzo por escapar, mientras la sangre corrompida estaba ya a pocas pulgadas de los zapatos de Julian, el cazador Cárpato zambulló la mano en la grieta del pecho del no-muerto extrayendo el corazón. Se oyó un horrible sonido de succión cuando el pulsante órgano salió del demonio que chillaba. Julian saltó lejos de la salpicadura de sangre y la grotesca mano que se extendía a sus pies.

El vampiro flotó sobre el suelo, intentando dos veces elevarse, después empezó a palpar ciegamente a su alrededor, buscando la única cosa que podía mantenerle vivo. Julian dejó caer el corazón a una distancia segura de la aparición, que rehusaba creer que hubiera sido derrotada.

Desari sintió la terrible debilidad entonces, el dolor que latía y ardía en el cuerpo de Julian. Observó como reunía la energía del rayo y la dirigía primero al corazón, después al cuerpo de no-muerto, y por último a la tierra misma, incinerando la sangre oscura que se extendía como una mancha sobre el suelo del bosque. Sólo entonces se dejó caer sobre un tronco caído. Desari observó con fascinación mientras él convocaba una luz aún más brillante que mantuvo durante un momento para limpiarse manos y antebrazos.

Saltó de su rama alta y corrió hacia él, pero Julian sacudió la cabeza y señaló con su brazo bueno hacia el bosque. Moviéndose lenta pero firmemente, varios humanos se dirigían directamente al cerco de animales inquietos. Desari instantáneamente empezó a cantar, aliviando a los animales de mayor tamaño, liberándolos del hechizo cautivador que ella misma había tejido. Gruñendo y buzando los animales se hundieron en la oscuridad del interior del bosque, alejándose del grupo de humanos.

- Deben haber estado acampando en el radio de acción de mi voz. - Le dijo a Julian.

- Tenemos muchos que hacer esta noche antes de que podamos descansar. - Replicó él. - Debemos hallar a la víctima del vampiro y destruir toda evidencia. Este suelo debe limpiarse de todo rastro del no-muerto. - Desari podía oír la debilidad en su voz, sentirla en su mente. La pérdida de sangre había sido grande.

- Yo me ocuparé de eso. Tú vuelve al campamento y convocan el sueño reparador mientras completo la tarea.

Una pequeña sonrisa suavizó el duro borde de la boca de Julian.

- Ven aquí, piccola. Te necesito cerca de mí. - Su voz fue ardiente terciopelo que no pudo ignorar.

Desari notó que sus pies se movían hacia él antes de registrar que estaba obedeciendo la suave orden. Al momento estaba a su alcance, su mano se extendió, rodeándole muñeca, y ejerciendo presión de forma que se vio forzada a sentarse a su lado en el tronco.

- Quédate quieta, cara. - Ordenó. - La garra del vampiro estaba envenenada. El veneno ya está moviéndose a través de tu sistema. Lo extraeré de tu cuerpo, y después debemos borrar el recuerdo de tu canción de la mente de estos humanos y así sus vidas seguirán imperturbadas.

- Tú necesitas curarte mucho más que yo, Julian. - Protestó. - No te preocupes por una insignificancia como este arañazo. Ya nos ocuparemos de él más tarde.

- No permitiré tal cosa. - Dijo Julian. - Tu salud está sobre todo lo demás. El vampiro ha sido destruido, pero su veneno es todavía letal. Estate quieta, Desari. Yo lo haré. Sé lo que es tener la oscuridad creciendo y extendiéndose en tu interior, algo que no puede ser extirpado. No permitiré que tal cosa te ocurra a ti.

Ella leyó la decisión en su cara, deseando poder ver la fuente de su amarga determinación, pero eso todavía quedaba escondido a ella. Aunque se sentía estúpida teniendo a Julian atendiendo tan pequeña laceración cuando estaba tan gravemente herido, Desari no intentó protestar más. No le haría cambiar de opinión, y no estaba dispuesta a dejar que malgastara tiempo y energía en discutir.

Los ojos dorados de Julian se cerraron mientras se concentraba y una vez más se separaba de su dolor y fatiga. Se envió a buscar fuera de su propio cuerpo y entró en el de ella. Encontró las gotas de veneno casi inmediatamente. Las gruesas motas negras crecían insidiosamente, extendiéndose por el riego sanguíneo y multiplicándose. Él era luz y energía, fuego moviéndose velozmente para alcanzar todas y cada una de las minúsculas partículas, explorando cada arteria, vena y órgano para asegurar que quedaba completamente libre de cualquier toxina residual que pudiera crecer después y extenderse, causando enfermedad o daño.

Cuando terminó, hizo el viaje de vuelta a su propio cuerpo. Desari tocó su cara amorosamente, con dedos gentiles. Estaba pálido y vacilante por el cansancio. Le echó el pelo hacia atrás, su corazón se condolía por él. Podía sentir el ardor de su herida, de sus entrañas, la herida abierta en su hombro.

- Debes descansar. Déjame hacer lo que hay que hacer.

Julian sacudió la cabeza.

- Sería de gran ayuda para mí que te ocuparas de los humanos. No puedo permitir que te acerques a los restos del vampiro o sus víctimas. No puedes confiar en un no-muerto, ni siquiera en la muerte.

- Lo has destruido, Julian. - Le recordó ella suavemente.

- Créeme, cara mia, he tratado con los de su calaña durante siglos. Sus trampas con frecuencia permanecer bastante después de sus muertes. - Se llevó la mano de ella a la boca. - Haz lo que digo, Desari. Ayuda a los humanos. No querrás que vivan el resto de sus vidas como zombis. Ve ahora. Y después vuela hasta Darius. Llámale, él te enviará a la tierra. Yo acudiré tan pronto como sea seguro.

Desari se rió de él suavemente.

- Persiste en tus fantasías, mi amor. Estoy segura de que te ayudaran en estos momentos difíciles. - Alejó su mano lejos de él y le dejó para acudir a atender al grupo de campistas que se apiñaban al borde del claro.

Julian la observó alejarse de la escena de la brutal muerte. Parecía tan serena y hermosa, tan intocable para la violencia y la fealdad que los rodeaba. Sintió que su corazón saltaba, y una curiosa sensación de derretimiento le siguió. Sacudió la cabeza asombrado por su suerte, echándose atrás el pelo, y poniéndose en pie con piernas temblorosas. Estaba débil, más débil de lo que había permitido ver a Desari. La herida de su hombro era un fiero dolor que le abarcaba todo el pecho. Podía sentir el veneno extendiéndose por su sistema, y cada laceración de su piel latía y ardía. Pero tenía un trabajo que hacer; su honor le obligaba a ocuparse de su compañera primero y borrar todo rastro del vampiro para ocultar su raza de aquellos mortales que buscarían destruirlos.

Se arrodilló junto las aves muertas y heridas. Por las que ya estaban muertas no podía hacer nada. Las que estaban vivas seguían sufriendo. Reuniendo a las vivas, una vez más se envió a buscar fuera de su cuerpo y entró en las criaturas que habían acudido a su petición de ayuda. No importaba lo difícil que fuera, sanaría a todas las que pudiera. Julian sentía un profundo respeto por la vida salvaje. Corría con los lobos, surcaba el cielo con los pájaros, nadaba en las aguas con los peces, y cazaba en la jungla con los felinos en África. Era uno con la naturaleza, y la naturaleza vivía dentro de él. Antes de Desari, la vida salvaje había sido su único solaz en los largos siglos de su existencia.

Desari completó la tarea de enmascarar la horrenda escena del bosque a los humanos y se volvió para ver a Julian arrodillado junto a las lechuzas caídas. Parecía un guerrero legendario, marcado por las cicatrices de la batalla pero invicto. El pelo dorado flotaba a su alrededor, la sangre goteaba firmemente, su cara era pétrea, inundada por el dolor y el cansancio, aunque sus manos eran gentiles mientras tocaba los pájaros, acariciando las plumas, y canturreando las palabras del ritual sanador de los Cárpatos, tan viejas como el mismo tiempo. Se le inundaron los ojos de lágrimas. Este hombre que permanecía en pie tan calmadamente y enfrentaba la muerte, que podía destruir a un enemigo sin piedad, cruelmente, pensaba primero en sanarla a ella y después a las criaturas del bosque. Se enorgulleció de él. Nunca podía entender como sus palabras los había ligado, pero de repente se alegraba de que lo hubiera hecho. Julian era un hombre de los Cárpatos excepcional; estaba claro para ella que pensaba en los demás antes de en sí mismo.

Podría estar enamorándome de ti. Dejó caer las palabras en la mente de él, su voz fue una suave caricia.

Julian no levantó la mirada hacia ella, pero sintió su sonrisa presuntuosa. *En realidad ya está enamorada de mí, cara mia. Eres demasiado terca para admitirlo. He estado en tu mente, contigo. Sé que me amas.*

Sigue fantaseando, se burló ella, y se giró hacia la tarea que tenía entre manos, conduciendo al grupo de humanos de vuelta hacia su campamento.

Julian quedó inquieto cuando la vio desaparecer de su vista. *Llámame si te sientes perturbada de algún modo. No olvides la reciente tendencia de*

los vampiros de viajar juntos por estos parajes. Y ya has visto por ti misma a esos vampiros menores, los que se han convertido recientemente, con frecuencia son utilizados por los vampiros más antiguos y hábiles. Debes ser cuidadosa.

Estoy empezando a pensar que tus discursos son todavía más tediosos que los de mi hermano, replicó Desari en algún punto entre la exasperación y la risa, mientras conducía lejos a los humanos. No era una principiante para ser tratada como si no tuviera sesos. Algunas veces los hombres de su raza la ponían de los nervios.

Julian no podía apresurar la curación de las lechuzas. Cada cuerpo emplumado tenía que ser sanado y cicatrizado desde dentro hacia afuera. Intentó alejar cualquier pensamiento para convertirse en energía y luz de forma que no pudiera comer errores. Aún así se sentía culpable por utilizar a tan hermosas criaturas... el precio a pagar una vez más por sentir emociones. La pena y la culpa por las lechuzas que habían perdido la vida. Temor por Desari, por la separación a que los obligaba su propia debilidad.

Cansado, lanzó a la última lechuza al aire y observó las poderosas alas del pájaro ganar altura y remontar lejos. Se tambaleaba por la tremenda pérdida de energía, por el volumen de sangre que había perdido. Necesitaba desesperadamente acudir a la tierra y buscar el sueño rejuvenecedor de su gente mientras la tierra sanaba su cuerpo. Julian se giró y examinó con una mueca la tierra ennegrecida cubierta por las lechuzas que no había podido salvar. Con un suspiro una vez más llamó al relámpago desde las nubes y envió un arco a golpear la tierra y prender los cuerpos. Cuando por fin el suelo del bosque estuvo limpio, se alejó del área para hacer que se levantara el viento. Se arremolinó como un pequeño tornado, llevando alto las cenizas dentro del embudo y dispersándolas en todas direcciones.

Julian cambió de forma lentamente, sus músculos y tendones protestaron, sus hombros gritaron ultrajados mientras una vez más comprimía su cuerpo a la forma de un pájaro de presa. No podía mover un ala correctamente, así que requirió gran concentración y habilidad emprender el vuelo. Una vez en el aire, sobrevoló el bosque, buscando la víctima reciente del vampiro, era una tarea desagradable, y no quería que Desari se acercara al lugar. La divisó en sus ocupaciones, devolviendo a los campistas a sus tiendas y caravanas. Descendió para asegurar que ningún peligro la amenazaba antes de proceder a remontar la ribera del río desde el campamento central. Desari le tocó la mente con calidez y preocupación, y él intentó sentirse fuerte y capaz para que no se preocupara. Podía sentir la compasiva naturaleza de ella, su suave corazón era un faro que guiaba a su compañero de vuelta desde el borde de la locura depredadora.

Bajo él, olió el hedor de la muerte. Descendió y rodeó la ribera dos veces antes de tomar tierra. Cambió de forma mientras aterrizaba. Una vez más su cuerpo protestó, esta vez el dolor casi lo puso de rodillas. Nunca había sido capaz de soportar la debilidad en sí mismo. Maldiciendo elocuentemente para sí mismo en la lengua ancestral, caminó hacia los cuerpos de dos jóvenes. Yacían quebrados y descartados según la costumbre normal y confusa de los vampiros, con las caras rígidas por el terror. Estos dos había visto al no-muerto en todo su horror. Eran jóvenes, no más de veintitrés o veinticuatro. Julian sacudió la cabeza, irritado consigo mismo por no haber sentido la presencia del antiguo antes. Normalmente, ningún

vampiro podía aproximarse a menos de varias millas de él sin que lo supiera. Sus emociones eran demasiado nuevas e intensas, los colores tan vívidos, los deseos tan exigentes, casi se sentía cegado. Ciertamente había estado ocupado con su compañera y sus propias necesidades en vez de en lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

¿Desari? Tocó la mente de ella gentilmente, necesitando saber que no estaba en peligro.

Aquí todo está bajo control, Julian. ¿Puedo ir contigo? Su voz era un soplo calmante de aire fresco en su cabeza.

¡No! Su advertencia fue afilada. *No lo hagas, cara. Ve con los otros al autobús, y me encontraré contigo allí.* Estaba agradecido por la belleza de la voz de ella y la forma en que alejaba de la vista el mal y la muerte, que retrocedían ante su presencia, en la que encontraría confort. Ella no se molestó en discutir, sensible a la debilidad de él, sabiendo que le escondía la verdadera extensión de sus lesiones. Se alimentó, seguro que él necesitaría sangre, pero tuvo cuidado de usar sólo mujeres. La última cosa que necesitaba era que su compañero se volviera loco de celos.

Julian, todavía una sombra en su mente, se sonrió ante los pensamientos de ella. Podía estar demasiado agotado para volverse loco de celos en ese preciso momento, pero agradecía que fuera considerada con sus sentimientos. Incineró los cuerpos humanos y esparció las cenizas por toda el área, dejando el lugar abrasado y ennegrecido, como si hubiera caído un rayo en una tormenta feroz. Las autoridades nunca encontrarían los cuerpos, y quizás presumirían que los campistas se habían ahogado, y las corrientes se habían llevado los cuerpos. Julian lo sentía por las familias, pero no podía dejar ninguna evidencia del trabajo del vampiro o sangre corrompida que pudiera ser analizada por el forense humano. Proteger a su raza era la máxima prioridad. No tenía más elección. Echó una última mirada para asegurarse de que había hecho todo lo que podía por ocultar cualquier evidencia del no-muerto. Satisfecho, empezó a caminar hacia su propio campamento.

10

Desari pateó la rueda del autobús.

- La maldita cosa se niega a arrancar. Lo sabía. Sabía que ocurriría en el peor momento posible. - Pateó el neumático de nuevo con frustración.

Julian permanecía entre las sombras de los árboles, tambaleándose ligeramente, con los ojos fijos en la esbelta figura de Desari. Era toda gracia, como agua en movimiento, su pelo de ébano caía en cascada a su alrededor como olas de seda. Estaba hermosa incluso en sus arrebatos de furia.

Se deslizó alrededor, los enormes ojos de ella le localizaron instantáneamente bajos los árboles. Al momento su expresión cambió a otra de profundo desconcierto. Parecía pálido y cansado, con sangre coagulada en la camisa. Parecía tan cansado que se alarmó. Instantáneamente saltó el

espacio que los separaba, un esbelto brazo le rodeó la cintura en un intento de servirle de apoyo.

- Apóyate en mí. - Dijo suavemente. Él había recorrido la distancia caminando, no flotando o usando su asombrosa velocidad para nada. Fue evidencia de su fuerza menguada.

Le rodeó los hombros, apoyando algo de su peso en ella. Parecía tan ansiosa, quiso besarla para consolarla, pero el veneno de su interior crecía y se extendía, y no le daría la oportunidad de infectarla.

- Debes llamar a Darius hasta nosotros, Desari. - Ordenó suavemente. Había pensado mucho mientras volvía a ella. Habría querido llamar a Gregori, el sanador al que conocía y en quien confiaba, pero no había tiempo que perder. Tendría que valerse de la fuerza y pericia de Darius.

Ella le ayudó a subir el escalón y entrar en el autobús. Julian recorrió el pasillo con piernas temblorosas y casi cayó sobre el sofá.

- Necesitas sangre, Julian, y entonces, una vez en la tierra, te recobrarás rápidamente. - Sonaba ansiosa, a pesar de su determinación de no parecerlo. Julian sacudió la cabeza.

- Lláma a Darius. - Dijo con un hilo de voz, los párpados le pesaban como si estuviera luchando por permanecer despierto y consciente.

Darius. ¿Puedes oírme? Desari estaba ahora alarmada. Julian no era la clase de hombre que pedía ayuda.

¿Me necesitas? Darius estaba lejos, pero podía sentir su temor.

Ven a nosotros ahora. Por favor apresúrate, Darius. Tengo miedo.

Julian entrelazó sus dedos con los de ella.

- ¿Le has llamado?

Ella afirmó el apretón, temiendo que se alejara de ella.

- Si. Aliméntate ahora, Julian, y ve a la tierra hasta que llegue.

- No correré el riesgo de contaminarte. Ve con los otros. Te protegerán hasta que tu hermano y yo seamos capaces de hacerlo. - Sus ojos estaban ahora completamente cerrados y la piel cenicienta.

Desari se llevó la mano de él a la boca, pero antes de que pudiera besar las laceraciones de sus nudillos, sanándolos con el agente de su saliva, él apartó la mano de un golpe.

- ¡No! - Fue una severa reprimenda.

- Háblame. Cuéntame por qué rehúsas lo que te ofrezco. Estoy en mi derecho de sanarte, alimentarte y cuidarte. - Desari se sentía herida y atemorizada, las emociones se arremolinaban hasta que ya no pudo separarlas.

Sintió una agitación en su mente, calidez, la impresión de unos brazos rodeándole los hombros, manteniéndola cerca. El corazón de él latía anormalmente lento, podía sentirlo en su mente, el pulso irregular.

- Era un antiguo, cara, uno de los más viejos vampiros, muy hábil en las viejas costumbres. Su sangre es extremadamente peligrosa.

- La sacaste de mi sistema, Julian. - Se inclinó sobre él ansiosamente. - Sácala del tuyo.

- No tengo fuerzas, piccola. No temas por mí. No te dejaré. Ahora ve con los otros y así sabré que estas a salvo.

Desari se enderezó, comprendiendo súbitamente.

- Crees que podrían venir más no-muertos.

- Creo que tú y la otra mujer... Syndil... los atraéis. Buscan parejas, creen que eso les guiará de vuelta a sus emociones y almas. Ve, Desari, mientras el sol está todavía lejos. - Julian temía que *él* llegara, su ancestral enemigo, temía que fuera directamente a por Desari.

La voz de Julian casi se había apagado. Incluso su respiración era trabajosa. Fuera lo que fuera lo que se extendía por su interior estaba estrangulando sus pulmones y corazón. Desari con una caricia echó hacia atrás el pelo dorado que caía sobre su frente. Estaba frío, húmedo y pegajoso. Sabía que sus miedos por ella eran muy poderosos, ¿pero cómo podía dejarle?

Había estado en su vida poco tiempo, pero ya era el mismo aire que respiraba. Su cuerpo le reconocía. Su corazón y su alma estaban finalmente completos. Tenía que estar donde quiera que él estuviera. *Darius, por favor apresúrate,* susurró, sabiendo que ya volaba hacia ellos, cubriendo con alas poderosas la distancia que les separaba en el menor tiempo posible. Pero tenía que apresurarse.

¿Qué haría si el vampiro tenía otros compañeros? No era una guerrera, ¿cómo defendería a Julian en su débil estado? De nuevo tuvo la impresión de calidez y confort proveniente de Julian.

Justo entonces algo golpeó el lateral del autobús con la bastante fuerza como para balancear el sólido vehículo. Su corazón saltó de aprensión. Enseguida, Julian luchó por ponerse en pie, con la cara dura e implacable, tallada en granito.

- Canta el antiguo canto sanador, Desari. Está en tu mente, lo he oído allí. Fúndete conmigo mientras cantas.

La transformación de estar casi muerto a esta presencia dominante fue sorprendente. Levantó la cabeza, y avanzó a zancadas hacia la puerta del autobús. Desari se quedó sentada inmóvil, con el corazón martilleando. No podía dejarle salir sin ayuda. Tendría su propia fuerza y coraje, su fe en él, y cualquier otra cosa que necesitara. Su voz empezó el ancestral canto, era tan viejo como el tiempo, algo con lo que nacían, un recuerdo ya impreso en ellos. Era balsámico y apaciguador, y la voz única de ella reforzaba su poder.

Julian escuchó las notas mientras se abría paso hacia la noche. Su voz era tan pura, hacía a un lado los efectos del veneno del vampiro lo suficiente como para que pudiera concentrase. Allá afuera, se movían sombras bajo los árboles, rodeando el autobús.

Julian dejó escapar un suspiro de alivio. No era otro vampiro sino solamente los esclavos, los ghouls del no-muerto. Esas formas humanas tenían la tremenda fuerza e inteligencia de la sangre del vampiro que corría por sus venas... pero no eran inmortales. Dormían en albañales y cementerios para escapar del sol mortal, comían carne viva y sangre. Vivían para servir a su maestro, esperando que un día les fuese otorgada la inmortalidad. Julian sabía que tal cosa era imposible. Ya estaban muertos, simples marionetas, viviendo sólo por el antojo del vampiro y la sangre corrompida.

Salió del autobús y se enfrentó a esos muertos vivientes. Su blanco sería Desari. Aunque su maestro había sido destruido, no tenían más elección que llevar a cabo sus órdenes hasta conseguirla, y serían brutales en su rabia y miedo. La primera tarea de Julian era salvaguardar a Desari, rodeando el autobús con las más poderosas salvaguardas que fuera capaz de

levantar por si acaso los ghouls pudieran derrotarle en su débil estado. Darius tendría que desentrañar lo que Julian colocara.

Entretenlos hasta que llegue Darius. Julian oyó la súplica en la voz de Desari. No podía soportar que le hicieran más daño.

Canta para mí, cara mia. Eso contendrá el dolor. No puedo hacer más que lo que estoy haciendo. Eres mi vida. Mi única razón de existir. No fracasaré en protegerte.

Una tormenta entonces. Puedo atraer la niebla, cualquier cosa que necesites. Permíteme tomar cualquier carga que pueda. No deseaba discutir con él o distraerle de lo que los amenazaban. Podía oír los oscuros murmullos, el arrastrar de hojas y el quebrar de ramitas bajo sus apestosos pies. Los ghouls estaban avanzando hacia Julian.

Canta para mí, piccola. Tu hermano enviará ayuda en avanzadilla a su llegada. Prepárate para permitir que utilice tus ojos.

Desari tenía que quedar satisfecha con eso. Empezó el ancestral canto una vez más mientras se movía hasta la ventana para poder ver cualquier cosa que Darius necesitara de ella. Julian parecía tan solo. Permanecía en pie alto y erguido, con el viento arremolinándole el pelo a su alrededor, su cuerpo, que sufría tanto dolor, relajado y preparado para el ataque. Se sintió aún más orgullosa de él.

¿Desari? Era Darius, su voz tranquila y sin excitación como siempre, llena de completa confianza. Sonaba fuerte y cercano. *Dime que va mal con Julian.*

Desari continuó cantando para Julian pero dirigió sus pensamientos hacia su hermano. Había hablando con él durante tantos siglos a través de su vínculo mental privado que dividió su atención fácilmente.

Dice que el vampiro con el que luchó era antiguo, que su sangre tenía un poderoso veneno. Julian está herido pero no permitirá que le ayude alimentándole. Está demasiado débil para extraer el veneno él mismo. Espera por ti.

Ya sabes lo que necesitaré, respondió Darius. *Prepara el autobús con las velas y hierbas necesarias. Ten las esencias en el aire cuando despachemos a los que te amenazan ahora. Llama a los otros. Necesitaremos que se unan a nosotros en el ritual sanador. Insiste en que Syndil se una, posee tremendos poderes sanadores.*

Darius interrumpió el contacto con su hermano y se deslizó invisible e indetectable sobre el círculo de sirvientes del no-muerto. Siete. Este ciertamente había sido un poderoso anciano para poder sostener a tantos muertos vivientes a la vez con su sangre.

Darius sintió un profundo respeto por el Cárpato que permanecía en pie en tierra, estudiando cada pulgada del intimidante cazador. El hecho de que no hubiera materializado una camisa limpia le indicaba la extensión de la debilidad de Julian. Incluso a pesar del dolor y la debilidad, Julian estaba preparado para luchar.

Darius descendió del cielo, cambiando de forma mientras tocaba el suelo, saltando silenciosamente directamente hacia su presa. El enorme macho de leopardo hundió los colmillos en la garganta del primer ghoul, despachándole con mortal eficiencia. Dejó caer el cuerpo y se dirigió silenciosamente a su siguiente víctima. Esta vez el sirviente del no-muerto

había huido de él, pero el leopardo simplemente saltó sobre el demonio, enterrando los caninos profundamente, destrozando la garganta.

Julian observó a las abominaciones arrastrarse hacia él, siete de ellos, fuertes, en varios estados de decadencia, con el maestro muerto y sin que capaz ya mantenerlos con vidas. Entonces una oscura sombra apareció tras la línea de los árboles, y Julian captó un vistazo de sedosa piel. El enorme felino despachó rápidamente a dos de los zombis.

Julian dejó escapar el aliento lentamente. Estos ghouls estaban contaminados por la sangre infectada del vampiro, así que era más que probable que Darius estuviera también envenenado por las muertes de esta noche. Sobre sus cabezas, las nubes se estaban reuniendo, negras y amenazadoras, acabando con la luz de la luna. Un relámpago empezó a arquearse, una fuerte y rápida tormenta bramaba entre los árboles, haciendo que las ramas danzaran y se balancearan. Julian sabía que era cosa de Darius. Un ghoul se tambaleó hacia adelante, con los ojos ardientes sobre el autobús y su objetivo. La única cosa que se interponía entre él y su meta era Julian. Gruñendo enloquecido, babeando, se movió hacia Julian, mostrando los asquerosos dientes mientras se acercaba arrastrando los pies. Sus enormes brazos se mecieron torpemente hacia la cabeza de Julian. El cazador evitó el golpe y devolvió el suyo propio. La cabeza del ghoul estalló, y el cuello se rompió sonoramente.

Julian se alejó de un salto para encontrarse con un segundo adversario que se movía en busca de la presa. Este balanceó un hacha hacia él, la hoja falló por unas pocas pulgadas escasas. Silenciosamente maldijo el hecho de que su brazo colgara inútilmente a un lado, Julian tomó represalias con una larga patada que barrió las piernas del sirviente del vampiro. Después rápidamente administró el golpe mortal a la cabeza, hundiendo el cráneo justo cuando el tercer zombi le alcanzaba.

A pesar de su lentitud, el monstruo era fuerte e inteligente. Fue a por el hombro herido de Julian, cargando hacia él como un toro. El dolor fue extremo, explotando a través de Julian con la fuerza de la dinamita. Haciéndole caer de rodillas antes de poder encontrar la energía y fuerzas para acotar el área afectada. El aire escapó de sus pulmones obligándole a luchar por respirar; el estómago se le encogió, revolviéndose con nausea.

Al instante un relámpago golpeó a su atacante, el rayo atravesó su cuerpo. Salía humo de su boca y nariz, y las ropas y piel se volvieron negras. Una bola de llamas naranjas como un meteorito golpeó en el estómago, incinerando al monstruo, que aulló mientras se convertía en cenizas. Las llamas saltaron de cuerpo a cuerpo, dirigidas por la mano de Darius, despachando a los restantes ghouls con la facilidad de un cazador con larga experiencia a pleno rendimiento.

Rápidamente su brazo se deslizó alrededor de Julian y tomó todo su peso. Cargó al hombre como si fuera un niño, alzándolo gentilmente en sus brazos.

- ¿Tienes fuerzas para quitar las salvaguardas? - Preguntó. Su voz era tranquila y confiada, su respiración no sufría ningún cambio tras el largo vuelo, la terrible lucha, y la carga que llevaba.

Julian asintió en respuesta ante la pregunta de Darius y empezó la complicada tarea de desentrañar las salvaguardas, asegurándose cuidadosamente de que estaban a salvo. Desari abrió la puerta de golpe y se

hizo a un lado de forma que su hermano pudiera llevar adentro a su compañero. Ansiosamente los siguió hasta la cama. La caravana estaba oscura; sólo las velas aromáticas proporcionaban alguna luz. El aroma consolador de hierbas y velas llenaba el aire, así que cada vez que Julian tomaba aliento, la esencia sanadora entraba en su cuerpo ayudando a aliviar el dolor que le apuñalaba.

- ¿Se recuperará? ¿Puedes ayudarle? - Preguntó Desari ansiosamente, revoloteando tras Darius, intentando ver a su compañero.

- Tenía razón; el veneno del vampiro es fuerte e inusual. Quiero que te quites de en medio. Únete a los otros en el canto sanador y préstame tu fuerza. Le sanaré a él y después a mí mismo.

Desari se mordió el labio, su mano fue a la garganta.

- ¿Cómo te has infectado?

- Los sirvientes del no-muertos estaban corrompidos. Una trampa que el vampiro dejó atrás para los que intentaran frustrar sus planes. - Darius lo expresó como un hecho consumado, sin atisbo de alarma. Su voz firme y tranquila, tan familiar para ella, fue confortante.

Darius se inclinó sobre Julian. El cazador Cárpato sacudió la cabeza sin abrir los ojos.

- Tú primero, Darius. El veneno se extiende rápidamente y crece con fuerza. Sánate antes de que sea demasiado tarde. Yo no seré capaz de ayudarte. Hazlo por Desari, no puedo velar por ella como debería.

- Descansa, Julian. - Ordenó Darius, acostumbrado a ser obedecido. Pocos desafiaban su autoridad.

Darius se envió al interior de su propio cuerpo, buscando cada partícula del veneno que avanzaba a través del riego sanguíneo. Estudió la naturaleza del veneno, sus células y comportamiento. Satisfecho de saber como trabajaba, empezó a destruirlo, extirpándolo de su cuerpo de la misma forma pausada en que lo hacía todo. Julian tenía razón. El veneno era fuerte y actuaba rápido, destruyendo las células y multiplicándose rápidamente. Era un tributo a la increíble fuerza de Julian que estuviera todavía vivo, sabiéndolo que lo el veneno podía hacer, había colocado a su compañera y sus deberes antes de su propio bienestar. El canto sanador, entonado por la hermosa voz de Desari, reforzaba a Darius, aunque se encontró levemente mareado cuando volvió a su propio ser.

- Estás pálido, Darius. Toma lo que ofrezco libremente para que Julian y tú podáis una vez más recuperar fuerzas. - Desari sostuvo tranquilamente su muñeca ante su hermano.

Darius tomó su mano y la giró. Su hermana parecía frágil y delicada, aunque la sangre ancestral que recorría sus venas era fuerte y poderosa. Inclinó la cabeza y bebió. En seguida sintió retornar su fuerza. Si había sido difícil y complicado extirpar el veneno letal de su propio cuerpo detrás de tan corta exposición, sería un trabajo monumental salvar a Julian.

Desari tocó a su hermano ligeramente, necesitada confort. Julian tenía un aspecto terrible, las líneas de su cara aparecían marcadas profundamente por el sufrimiento. Estaba ceniciento y débil. Había ralentizado su corazón y pulmones para impedir el avance del veneno, pero estaban ganándole la partida, podía verlo claramente. Cuando tocó su mente para fundirse con él, la encontró bloqueada. Julian no se arriesgaría a que pudiera sentir la agonía que estaba soportando silenciosamente.

- Necesitaremos la ayuda de toda la familia. - Dijo Darius mientras cerraba la herida de la muñeca de ella. - Cuida de que ninguno vacile, no importa mi aspecto. Siempre podéis proporcionarme lo que necesite cuando allá terminado aquí.

Escúchame, Julian. Me quedaré contigo. Adonde quiera que vayas, yo te seguiré. No estás solo. Siempre estaremos juntos. Susurró Desari solemnemente en la mente de Julian, obligándole a oír su promesa, a que entendiera su determinación. No perdería a su compañero, incluso si eso significaba seguirle a donde quiera que se dirigiera. En esta vida o la siguiente, iría con él.

Darius tomó un profundo aliento para inhalar las hierbas aromáticas, llevándolas con él mientras se convertía en luz y energía y entraba en el cuerpo de Julian. Enseguida pudo ver que la corriente sanguínea estaba hecha un desastre. El veneno actuaba como un virus, mutando rápidamente, reproduciéndose y atacando las defensas del cuerpo. Corría descontrolado, trabajando para matar al Cárpato tan rápido como era capaz, para llevar a cabo las órdenes de su maestro. El vampiro debía haber estudiado y experimentado mucho. Este era un desafío con el que Darius nunca se había enfrentado.

Aun así, confiaba en sí mismo y sus habilidades. Siempre encontraba un modo. Nunca se rendía. Triunfaría; no se permitía otro pensamiento, no cabía ningún otro resultado.

Se movió hacia la cavidad del corazón y examinó el daño. Julian había sabido lo que ocurría en su interior, y el dolor tenía que ser atormentador. Había ralentizado el corazón y los pulmones para retrasar la extensión del veneno. Mientras Darius trabajaba en reparar el daño, estudió las mutaciones. No era tan difícil detener la descomposición original; ya conocía la estructura por haberla estudiado en su propio cuerpo. Las mutaciones eran más agresivas y complicadas. Era importante saber que se movía rápido y hacía el mayor daño posible antes de empezar a perseguirlo.

Por el momento tenía las paredes del corazón reparadas y la corriente principal destruida, tenía una buena idea de como destruía el virus la célula, reconstruyéndola y multiplicándose. Se introdujo en una arteria y empezó el auténtico trabajo. El veneno se apresuró hacia él, un sólido ejército de células en ofensiva, corriendo a alcanza la amenaza. Darius se convirtió en general, construyendo su propio ejército de anticuerpos. Envió oleada tras oleada hacia el veneno que avanzaba. Sus creaciones empezaron a cobrar velocidad, moviéndose rápidamente para destruir la última trampa mortal de vampiro. Le llevó una tremenda fuerza mantener su cuerpo incorpóreo, ser sólo luz y energía, mantener el ritmo del virus que mutaba para intentar escapar de las acometidas de guerreros que había creado para combatirlo.

Se encontró admirando el trabajo del vampiro. Era genial, esta corrupción, en algún lugar entre un virus y un veneno, actuaba rápido y letalmente con una especie de inteligencia programada. Su única razón de existir era triunfar sobre el anfitrión y asegurar su propia supervivencia. El trabajo de Darius era complicado, pero lo hizo con su confianza y tranquilidad habitual. Esta batalla era extraña y poco familiar, pero era simplemente cuestión de desentrañar lo que el vampiro había construido. Nada le derrotaría.

Al mismo tiempo, una parte de él analizaba al hombre de los Cárpatos que su hermana había elegido como pareja. Savage había conocido la extensión de la amenaza que se cernía sobre él, aunque había colocado el bienestar y la seguridad de Desari antes que la suya propia. Incluso había sanado a los pájaros heridos que le habían ayudado en la batalla con el antiguo, un gran costo de tiempo y energía, y había limpiado todo rastro de los vampiros y sus víctimas para preservar los secretos de su raza.

Entonces Darius descubrió una profunda sombra dentro del cuerpo de Julian. La estudió largo tiempo. El virus no le había contaminado tan profundamente; esto era algo más, algo que Darius nunca había visto. Le intranquilizó. Julian, sin embargo, estaba extremadamente tranquilo y aceptaba la presencia de Darius en su cuerpo, confiando en su habilidad para curar. No había duda, ni adrenalina a la que hacer frente, ninguna de las defensas del cuerpo se alzó contra él mientras trabajaba. Y Julian era consciente de que había descubierto la oscura sombra.

El ancestral canto sanador, suave y melodioso, dio a Darius fuerza adicional cuando su energía empezó a faltar. Las voces familiares estaban todas presentes: Desari, su voz por sí sola sanaba y aliviaba. Syndil, gentil y pacífica como su naturaleza; Barack, fuerte y seguro; Dayan, el segundo al mando, preparado para ayudarlo en lo que necesitara. Sólo cuando se las arregló para limpiar la última mutación y construir apropiadamente anticuerpos para mantenerla a raya Darius se permitió volver a su propio cuerpo.

Su gran fuerza estaba casi agotada. Había trabajado durante dos horas, un tiempo extraordinario para estar fuera de su propio cuerpo. Se tambaleaba de debilidad, su cuerpo clamaba sustento, y podía sentir los primeros golpes de ansiedad por la aproximación del amanecer.

Al momento Dayan extendió la muñeca hacia su líder.

- Toma lo que ofrezco libremente. - Dijo formalmente.

Desari tocó el hombro de su hermano.

- Estás pálido, Darius. Por favor aliméntate. - No quería decirle que tenía casi tan mal aspecto como Julian. Se retorcía las manos ansiosamente, temerosa de tocar la mente de Darius para saber si creía que Julian viviría, temerosa de hacer la pregunta en voz alta.

Estoy vivo, preciosa. La voz masculina de Julian acarició su mente, envolviéndola en color, confort y una especie de divertida exasperación. *Vivo para enseñar a mi compañera lo que significa la obediencia. Tu hermano es tan hábil como Gregori, y eso, mi amor, es el mejor cumplido que puedo hacerle*. Sonaba débil y lejano, como si el esfuerzo por alcanzarla le hubiera debilitado incluso más.

- Julian. - Susurró en voz alta.

Darius deslizó su fría y negra mirada hacia su cara con una clara reprimenda. Con cuidadosa cortesía cerró la laceración de la muñeca de Dayan e inclinó la cabeza para hablar a Julian.

- Óyeme, renegado. No estás en condiciones de oponerte a mí. Si no quieres que te ponga bajo compulsión, permanecerás en silencio y conservarás tus fuerzas para luchar con lo que está intentando destruiros a ti y a mi hermana. - Había una dura autoridad en su voz, la completa convicción de que cumpliría lo que amenazaba si era necesario. Darius nunca se repetía, con frecuencia ni siquiera se molestaba en advertir.

Golpeaba fuerte y rápido. Los que le conocían obedecían sin cuestionar. Julian permanecía tendido como si estuviera muerto, el funcionamiento de su corazón y pulmones era apenas discernible, pero increíblemente, una débil mueca alivió la apariencia de muerte de su cara.

Darius miró hacia su hermana.

- A este no le gusta la autoridad. A la tierra, Desari, y deja de torturarte.

Al instante el aire se espesó con opresivas sombras. Una advertencia, una promesa de represalias. Desari se encontró conteniendo el aliento. No podía creer que alguien desafiara las órdenes de Darius, y menos un hombre medio muerto y que todavía necesitaba la ayuda de aquel al que amenazaba. Seguramente Julian sabía que Darius nunca le haría daño a ella. Simplemente la molestaba por costumbre.

Darius golpeó al Cárpato tendido inmóvil en la cama con una poderosa compulsión para dormir. En su presente estado, Julian no tenía forma de combatir tal poder. Pensó en él antes de sucumbir a la voluntad de Darius: ese hombre era con mucho el más peligroso que Julian hubiera encontrado en todos sus siglos de vida, quizás incluso más que Gregori.

Desari rodeó a su hermano y apartó el pelo de la frente de Julian con una caricia. Su mano se demoró amorosamente sobre su piel.

- Me está protegiéndome. - Susurró.

Darius apretó los dientes con un audible chasquido.

- No hay necesidad de protección mientras yo esté contigo. Lo sabe. Me está advirtiendo que cuide como te hablo. - Sus ojos negros brillaron con amenaza. - Es tan arrogante como diez hombres. - Darius inhaló con fuerza, tomando el aroma reparador en sus pulmones. - Retoma el canto y añade una o dos velas. Podría sacarte del problema.

Una vez más, simplemente bloqueó todo y a todos hasta que fue sólo luz y energía que eran su fuerza e inteligencia. Muy cuidadosamente volvió a entrar en el riego sanguíneo de Julian para examinar el venenoso virus en busca de nuevas amenazas. Era seguro, una nueva amenaza atacaba los anticuerpos que Darius había creado.

Darius examinó la estructura de la célula, preguntándose como podría vengan tanto descalabro causando. El veneno original estaba cargado de semillas listas para implantarse más allá de la vena virulenta. Luchaba por reproducirse una y otra vez, replicando al monstruo que luchaba con tal ferocidad para llevar a cabo la última orden del vampiro. Darius envió una vez más a su ejercito a luchar con la infección, quedando él libre para empezar a reparar las horribles heridas y laceraciones de la carne de Julian. El nuevo veneno había debilitado una vez más la pared arterial y la cavidad del corazón. Darius pasó un tiempo restaurando los sistemas. La herida del hombro era particularmente mala, la carne y el músculo estaban rasgando hasta el hueso. Darius la reparó lentamente, después meticulosamente volvió al riego sanguíneo para asegurarse de que estaba completamente limpio del venenoso virus del vampiro. No se arriesgaría a que su hermana pudiera contaminarse. Siguió a través de cada músculo, tendón, y hueso, cada órgano y vena, comprobando dos veces que había eliminado todo vestigio de las células extrañas.

Después volvió una vez más a inspeccionar la extraña sombra. Estaba en la mente de Julian, en su cuerpo. Era oscura. Corrupta. La marca de un

vampiro. Darius la estudió largo rato. No había forma de combatir semejante marca. Julian había estado en íntimo contacto con un vampiro, y la bestia era fuerte en él. Para un solitario hombre de los Cárpatos luchar por conservar su alma era ya bastante duro sin la marca del vampiro en su interior; Darius sólo podía imaginar la feroz batalla que Julian debía haber sufrido cada momento de su existencia. Calma, no podía hacer nada por ayudar al Cárpato que había reclamado a su hermana. Con un suspiro de derrota, entró en su propio cuerpo una vez más. Mantendría un ojo en Julian para asegurar la seguridad de su hermana.

Instantáneamente sus ojos reaccionaron ante el amanecer. La luz estaba empezando a debilitar lentamente la oscuridad, convirtiéndola en un débil gris, heraldo de la mañana. Cerró los ojos para suavizar los efectos. Su reciente debilidad le molestaba. Darius nunca había tenido que hacer frente a la debilidad. Durante siglos se las había arreglado fácilmente para permanecer sobre la tierra hasta las diez, algunas veces hasta las once de la mañana, pero en los últimos pocos años, sus ojos se había vuelvo más sensibles a cualquier luz. Tenía una voluntad de hierro. Cuando decidía hacer algo, no importaba lo difícil que fuera, lo hacía. Aun así no podía sobreponerse a esta sensibilidad a la luz de la temprana mañana.

- ¿Darius? - Dayan le tocó ligeramente el hombro para traerle de vuelta a ellos. - ¿Está hecho?

- Debemos enviarle a la tierra, permitir que la tierra le sane. Le daré más sangre justo antes de colocarle. Mi sangre es antigua y debería acelerar su recuperación. Aunque no puedo imaginar porque iba yo a desear tal cosa.

- Darius, ya has dado mucho de ti esta noche. - Objetó Dayan. - Yo le alimentaré.

Darius sacudió la cabeza.

- No correré riesgos con tu vida. Si me he dejado alguna célula del virus, hay posibilidad de que puedas infectarte. - La razón real era más completa. Si Dayan se convertía, Julian no debía ser su cazador. Darius tomaría esa responsabilidad para sí mismo. Y si la sombra en Julian probaba ser un faro para un vampiro, si ponía en peligro a Desari, sería responsabilidad de Darius destruir al compañero elegido por su hermana.

¿Hay posibilidad de que te hayas dejado algo? Exigió Desari a su hermano, no creyéndolo ni por un minuto. Darius siempre era absolutamente minucioso.

No seas ridícula. Darius sonó más cansado de lo que pretendía. Lo comprendió cuando vio la alarma en los ojos oscuros de ella. Enseguida extendió una mano para confortarla.

- No te preocupes, hermanita.

Dayan inmediatamente ofreció de nuevo su muñeca para alimentar al líder con cualquier cosa que le ayudara. Por ahora Barack enviaría a Syndil a la tierra, colocando fuertes salvaguardas para asegura su seguridad. Era siempre Barack le que se ocupaba de Syndil, especialmente tras el ataque. Donde una vez Barack había sido relajado y arrogante, ahora era muchos más tranquilo, sus ojos vigilantes, pensativos siempre que descansaban en Syndil. Dayan había sido el que ayudara a su líder en la curación del extraño, mientras Barack había protegido a Syndil. Dayan se sintió bruscamente, mareado por el volumen de sangre que había suministrado esta noche. Darius estaba ya obligando a Julian a alimentarse. Dayan no

podía ayudar pero admiraba la eficiencia con la que Darius hacía todo, sus movimientos eran siempre seguros y poderosos. El extranjero tenía la misma seguridad en él.

Dayan estudió la elección de Desari de compañero. Parecía peligroso incluso en su estado de casi muerte. Miró atentamente a Desari, un poco extrañado de por qué elegiría a un hombre tan parecido a su hermano cuando con frecuencia la irritaban las estrictas reglas de Darius para las mujeres.

- Ve a alimentarte, Dayan. - Dijo Darius. - Desari y yo enviaremos a Julian a la tierra. Descansaré sobre ellos dos para protegerlos mientras él sana. Debes colocar salvaguardas alrededor del campamento y ocuparte de los otros mientras dormimos hasta el próximo alzamiento.

Dayan asintió.

- No hay problema Darius. No te preocupes.

- Llámame si necesitas mi ayuda.

Dayan se puso en pie y salió silenciosamente a la caza.

Desari suspiró suavemente.

- Parece muy sólo algunas veces, Darius.

- Los hombres están siempre solos, hermanita. - Respondió Darius tranquilamente. - Es algo que tenemos que afrontar. - Le tocó la barbilla con la punta de un pelo. - No tenemos vuestra naturaleza compasiva y amorosa.

- ¿Qué podemos hacer para ayudar? - Preguntó Desari inmediatamente, sus ojos se nublaron con preocupación.

- Tu canción ayuda, la paz que hay en ti. Syndil y tú sois nuestra fuerza, Desari. Nunca creas que no lo sois.

- ¿Aunque seamos las únicas responsables de reunir a los vampiros en esta región?. Nos buscan a nosotras.

Darius asintió.

- Es más que probable. Pero difícilmente es culpa vuestra.

- ¿Aunque tengas que destruirlos?

- Es mi responsabilidad. La acepto sin cuestionarla o pensar en ello. Ahora, Desari, estoy cansado, y debemos colocar a este hombre tuyo en las profundidades de la tierra y completar su curación. Vamos.

Desari empezó a recorrer el pasillo, después volvió a dirigirse a él sobre su hombro.

- El autobús se ha roto de nuevo, Darius. Tengo intención de colocar un anuncio en algunos periódicos buscando un mecánico que viaje con nosotros. Comprendo que cambiará un poco las cosas, pero podemos controlar fácilmente a un sólo humano. Incluso puedo colocar una compulsión en el anuncio a fin de atraer al que estamos buscando.

- Si es que está ahí fuera. Si eliges a uno que no despierte celos. Este parece ser algo posesivo.

Desari volvió la espalda a su hermano, encantada de haber sido capaz de arrancarle semejante concesión. Obviamente Darius creía que nunca encontraría a tal persona, pero estaba decidida a hacerlo. Estaba cansada de cuidar de cada detalle del viaje ella sola.

Salió al exterior en la luz gris del amanecer y se apresuró a las profundidades del bosque para seleccionar un área protegida del sol aunque con varias rutas de escape.

Desari encontró el punto y ondeó la mano para abrir la tierra, revelando el frescor sanador de la tierra que rejuvenecía a los de su especie. La llamaba, susurrando promesas de sueño y protección.

Tras ella, Darius flotó silenciosamente hasta el lugar con su carga. Muy cuidadosamente tendió a Julian en la cama de tierra.

- Duerme profundamente el sueño de nuestra gente, elegido de mi hermana, eso te sanará completamente y despertarás fresco y en plena forma. - Pronunció las palabras formalmente mientras Desari seguía a Julian a la tierra. Observó como su hermana tomaba su último aliento antes de que la tierra los cubriera.

Darius permaneció en pie un momento escuchando a los pájaros y el roce de los ratones y pequeños roedores que rebuscaban entre los arbustos. Normalmente estaba en la tierra antes de que el sol estuviera tan alto; casi había olvidado los sonidos de la mañana. Mientras miraba alrededor al mundo negro y gris, sintió la soledad absoluta que los hombres de su raza soportaban durante la mayor parte de su árida existencia. El tiempo se extendía ante él, largo, interminable y sin esperanza. Nada podría cambiar eso. Pero faltaba aún un poco ante de que la negra mancha se extendiera y envolviera completamente su alma. Era sólo su voluntad de hierro y su estricto código de honor, su obligación de proteger a la familia, lo que evitaba que caminara bajo el sol y acabara con el infierno de su existencia. ¿Cuánto peor había sido para el compañero de Desari, con la marca del vampiro consumiendo su alma, carcomiéndole de dentro a fuera? Julian Savage era una amenaza para todos los que estuvieran en contacto con él. Y ahora era parte de su familia.

11

El sol se puso lentamente, tonos naranjas, rosas y rojos se extendían a través del cielo. Se hundió tras las montañas, irradiando colores a través del bosque, enviando sombras danzarinas sobre hojas y ramas. El viento soplaba gentil, fresco y limpio, renovando el ciclo de la vida.

La mayor parte de los campitas habían abandonado el área había mucho. Dos campistas desaparecidos que habían estado buscando oro no habían sido encontrados a pesar de una búsqueda intensiva del área a caballo, con helicópteros y con perros. Los equipos de búsqueda y rescate se sentían apesadumbrados, una carga opresiva en sus pechos les hacía casi imposible respirar. Todos deseaban secretamente abandonar la zona. La barrera que Dayan había erigido era buena, y Darius la había reforzado cuando se levanto varias noches antes. El autobús había sido reparado finalmente.

Julian fue consciente de que su corazón y pulmones empezaban a funcionar, con el latido de otro corazón martilleando cerca de él. Cuidadosamente exploró el área sobre y alrededor de él para asegurar que estaban solos y libres de peligro. Comprobó los puntos en blanco que podían

Librodot

enmascarar la presencia del no-muerto. Después abrió la tierra sobre ellos para revelar el dosel de ramas tambaleantes y la noche a la que pertenecía. Se movió con lenta y cuidadosa elasticidad para sentir su cuerpo. El movimiento le puso en contacto con una piel suave y un pelo sedoso. Inhaló profundamente, inundando sus pulmones con la fragancia de ella. Desari. Era un regalo, un milagro que le había sido entregado para que nunca tuviera que volver a despertar solo. Nunca volvería a vagar por la tierra, siempre solo. Sus dedos tocaron los mechones de ébano, llevándoselos a la boca. ¿Cómo le contaría la verdad? Nunca podría dejarla. Julian había sido lo suficientemente fuerte como para separarse de su hermano gemelo, de su gente, pero no tendría suficiente fuerza para apartarse de Desari, incluso si cada momento en su compañía fuera un instante cargado de peligro para ella. Se volvió hacia ella para enterrar la cara en la riqueza del pelo oscuro.

Enseguida Desari respondió, colocándole los brazos alrededor, sujetándole con ferocidad. Podía sentirla temblar contra él.

- Pensé que te había perdido. - Susurró suavemente contra su cuello. - Estuvo tan cerca.

Él apretó su propio abrazo, amoldando el suave y flexible cuerpo al de él.

- Te dije que confiaras en mí, cara. Te preocupas innecesariamente.

El deseo de ella latía en él como suyo propio. Había permanecido en la tierra las últimas noche mientras él sanaba y rejuvenecía. Ahora ambos requerían sustento. Julian llegó al aire libre primero, elevándose rápidamente para enfrentar cualquier peligro potencial para ellos, inmediatamente. Desari le siguió sólo cuando él señaló que estaba despejado. Cerró la tierra, sin dejar signos de su ocupación, mientras seguía a Julian cruzando el cielo en busca de una presa.

El bosque parecía tranquilo, casi vacío de presas humanas. En el interior de los cuerpos de dos lechuzas, rodearon la copa de los árboles, abarcando más área de caza. Varias millas río arriba de su lugar de descanso, Julian observó movimiento abajo.

Descendió hasta el interior del cañón y dio una sola pasada silenciosa por arriba. Dos hombres estaban junto a una tienda, riendo cada uno de las bromas del otro. Julian señaló a Desari que encontrara un árbol en el borde del cañón para esperar por él. Continuó sobrevolando, explorando el área en busca de peligros, asegurándose de que ella estaba a salvo antes de volar a los árboles cerca de sus presas. Plegó las alas y caminó a lo largo de una rama, sus garras se clavaron en la madera. Estudió la ubicación del campamento, alzando la cabeza para captar las historias que llevaba el viento de los alrededores del bosque y el río, asegurándose de que estaban solos.

Desari esperó pacientemente a que Julian se alimentara de los dos hombres. Le observó, encontrando placer en todo lo que él hacía. ¿Qué tenía que atraía su mirada como un imán? De alguna forma le había robado el corazón y se le había enredado alrededor hasta que no había forma de vivir sin él. Y ya no le importaba nada más. Su especie era de la tierra y el cielo, una parte de la propia naturaleza. Había aprendido hacía siglos, en cada cambio del mundo, que la naturaleza era salvaje y libre, imponía sus propias reglas y rápidamente abandonada a aquellos a los ya no necesitaba. Uno no podía permanecer rígido. Como las estaciones, la salida y puesta del sol, el

resurgir de la tierra, todo cambiaba. Incluyendo su vida. Ahora Julian era una parte de ella.

Le observó dejarse caer al suelo y cambiar a su forma humana. Enseguida su corazón se sobresaltó, y sintió un aleteo de mariposas en el estómago ante la visión de su forma alta y musculosa. Parecía un antiguo guerrero, intimidante y peligroso, aunque hermoso y sensual. Desari siguió cada uno de sus movimientos, la forma casual y fluida en que se movía mientras se aproximaba a los dos campistas, su amigable sonrisa y la suave pronunciación de las palabras que escondían la instantánea dominación. Inclinó la cabeza para beber. Notó que era cuidadoso y respetuoso, casi gentil con el primer humano cuando le ayudó a sentarse bajo el árbol, antes de volverse hacia el segundo hombre, que esperaba pacientemente su turno para proveer como la suave voz había ordenado. Desari se maravilló de la forma en que Julian trataba a los humanos, casi como si una parte de él le gustaran.

A ella le gustaban los humanos. Había mucha gente buena en el mundo. Darius y los otros hombres los consideraban a todos una amenaza potencial, aun cuando los Cárpatos tenían la habilidad de controlar los pensamientos humanos e incluso implantar o eliminar recuerdos si era necesario. Desari había asumido que todos los hombres eran igual de desconfiados. Era agradable ver que Julian sentía simpatía por la raza humana.

No des tanto crédito a tu compañero, cara mia. No siento la compasión y camaradería que tú eres capaz de sentir. Desearía que así fuera, pero ante todo soy un depredador.

Desari se sonrió incluso dentro del cuerpo del pájaro. Julian era una sombra en su mente, controlando sus pensamientos.

Es la única forma de oír algo bueno sobre mí mismo, explicó él. *En voz alta prefieres aleccionarme en todo. Tus pensamientos son mucho más agradables.*

Debería ser más cuidadosa. Ya eres lo suficientemente arrogante.

Estás loca por mí. Su voz estaba llena de presumida satisfacción masculina.

Desari intentó evitar reírse, pero fue imposible. Julian Savage era todo lo que podía haber deseado. Incluso su extraño sentido del humor, arrogancia y excesiva auto confianza eran demasiado cautivadoras para fingir otra cosa.

Eso quisieras.

No puedo evitarlo. Indudablemente es mi buena apariencia.

Y tus modales encantadores. Rió de nuevo, esta vez abandonando la rama del árbol. La lechuza sobrevoló en círculos, perezosamente, el cañón antes de tomar tierra, cambiando de forma mientras lo hacía. *Particularmente es tu modestia lo que me atrae.*

Camina hasta más allá de los árboles mientras libero a estos dos de mi control. No los quiero cerca de ti.

La cabeza de Desari saltó hacia arriba, y sus ojos oscuros ardieron peligrosamente. Se alejó, pero estaba cansada de todas esas órdenes que los hombres de su raza parecían decididos a lanzar a diestra y sinientra siempre que podían.

Librodot

¿Se te ha ocurrido, Julian, que puedo cantar una canción y dejarte atrapado en el cuerpo de un pájaro la próxima vez que decidas cambiar de forma?

Julian rió suavemente en respuesta, con esa misma satisfacción masculina que la hacía desear retorcerle el cuello. Él se había movido con su increíble velocidad y seguía su paso tranquilamente con facilidad y fluidas zancadas. Su brazo la rodeó por la cintura, y se inclinó para acariciarle el costado del cuello con la calidez de su boca.

- Podías hacerlo, cara mi, pero no me dejarías en ese estado mucho rato. Tu deseo por mi compañía sería mi libertad.

La excitación se alzó en el cuerpo de ella al contacto con el de él. Olía a limpio y fresco, sus ropas estaban inmaculados, como si no hubieran estado cubiertas de tierra estos últimos días. Sus venas bullían de vida, su corazón llamaba al de ella.

- Hombre arrogante. - Resopló con fingida indignación. Al mismo tiempo la juguetona arrogancia de él carecía de importancia. Estaba hambrienta, su cuerpo clamaba sustento, y se mezclaba con el deseo que era como un rayo atravesándola, convirtiendo sus entrañas en lava fundida, extendiendo el calor hacia abajo, traviesamente.

Julian la alzó en sus fuertes brazos y la llevo, volando, a través del bosque, lejos de cualquier otro ser, a una isla esmeralda desierta, en medio de un pequeño lago. Ya estaba buscando su boca, una fiera dominación que se encontró con las ardientes demandas de los labios sedosos de Desari. Sus manos estaban por todas partes, arrancándole la ropa, insistiendo en liberarla de ellas. Dibujó sus hombros, los músculos de su pecho y costillas, la amplitud de su espalda. La punta de sus dedos exploraron la piel, asegurándose de que habían quedado signos de su batalla con el no-muerto, de que estaban completamente curado.

Sus propias ropas se sentían pesadas y opresivas, una irritación en su súbitamente sensible piel. Al momento se libró de ellas para que nada se interpusiera entre ella y la dura forma de Julian.

Era una sensación tan buena, sus brazos rodeándola. Se apretó más cerca, necesitaba sentirle, deseaba hundirse en él, le deseaba profundamente enterrado en su interior. Después de tantos siglos sin alguien que fuera sólo suyo, sin la posibilidad de niños o alguien que la amara realmente y la deseara ahora Desari despertaba con alegría cada noche.

Alguien que te necesita, corrigió él. Su voz era ronca mientras sus manos llevaban a cabo su propia exploración. Dobló las rodillas ante ella, levantando la mirada hacia su belleza oscura y fantasmal, el fuego y la llama en ella. Era tan parte de la noche, de su mundo, brillante como la luna y las estrellas.

Julian capturó sus esbeltas caderas firmemente entre sus manos y la forzó a adelantarse para poder trazar cada pulgada de sus muslos satinados. Encontró cada hueco, su cuerpo ya estaba grabado en su memoria para toda la eternidad. Fue como si el tiempo se congelara para él, permitiéndole sujetar por un momento el universo, un momento que duraría siempre, en el que se consumía completamente de admiración por la mujer. La firmeza de sus músculos, la suavidad de su piel, el brillo de su pelo de seda, el atractivo sexual en las profundidades de sus ojos negros como el carbón, incluso sus

Librodot

largas pestañas, tiznadas y oscuras, y el triángulo de rizos negros que guardaban el calor y el fuego. Eran tan hermosa para él, un auténtico milagro de luz y bondad, tanto que durante un momento llenó sus ojos de lágrimas brillantes antes de que pudiera parpadear para apartarlas.

Descansó la cabeza contra los muslos de ella, inhalando su esencia, mientras el viento susurraba sus secretos y tentaba sus cuerpos. Ella era una criatura de la noche, tan salvaje y hambrienta como él. Era su otra mitad, aunque una parte de él no podía comprender que no se desvaneciera para dejarlo consumirse una vez más en el aislamiento, en la total desesperación

Su boca encontró la calidez de un muslo sedoso, dejando un largo rastro de besos, cada uno de ellos en agradecimiento por lo que le había sido concedido. Todavía estaba impresionado por la promesa que le había susurrado mientras estaba gravemente herido, con voz suave y ronca, pura y exigente. Nunca podría mentir, no con esa voz. Le había entregado esa promesa a *él*, sintiéndola con todo su ser. Si se hubiera deslizado a la otra vida, ella le habría seguido. Siempre juntos. No estas solo. Te seguiré. Su compromiso para con él iba más allá de todo lo que hubiera podido esperar. Sus manos apretaron posesivamente el pequeño trasero, acercándola más a él. Su calor le llamaba, su salvaje esencia le atraía para que apaciguara su necesidad. Julian sólo deseaba complacerla, que todo fuera perfecto para ella... la misma noche, el toque de su boca, sus manos, su cuerpo dentro de ella, uniéndoles como debieron estar desde el principio de los tiempos.

Desari gritó al primer toque de sus labios. Su cuerpo pareció no pertenecerle a ella sino a él para que acariciara y tocara. Para besar y explorar. Estaba encontrando lugares tan secretos que ni siquiera ella sabía que existían, lugares tan placenteros que sólo podía permanecer impotente mientras la inundaba con oleadas de un éxtasis que sacudían la tierra. Tenía los dedos enredados en su espesa melena dorada para mantenerse anclada en la tierra. Estaba elevándose más y más lejos, muy alto sobre la tierra mientras su cuerpo se sacudía de placer.

Jadeaba en busca de aire cuando la boca de él cubrió la suya y empezó a empujarla hacia abajo sobre la suave tierra. Su cuerpo era duro y agresivo, sus manos le separaron los muslos y condujeron sus piernas a que le rodearan la cintura. Sus dientes le arañaron el cuello, después trazaron un camino hacia abajo por la garganta para encontrar la suave onda del pecho.

Desari presionó más cerca, deseando tenerlo dentro de ella, mantenerle como una parte de ella para siempre. Su hambre era cruda y dolorosa, un deseo tan intenso, que le levantó la cabeza para poder encontrar la piel con su boca. Sentía el cuerpo de él estremecerse, la cálida punta aterciopelada que se deslizaba dentro de ella. Empujó con las caderas, intentando obligarle a completar su entrada, pero él se negó a moverse, la palma de su mano cogió la parte de atrás de la cabeza de ella para mantenerla presionada contra su pecho.

Julian lo quería todo, su completa unión con él, corazón, alma y cuerpo. La boca de ella se movía sobre su piel acalorada, enviando llamas que le lamían haciéndole apretar los dientes y presionarla incluso más cerca, con anticipación. Le arañaba el pelo con los dientes, adelante y atrás, hasta que pensó que se volvería loco de deseo. Sus caderas se movieron

impacientemente, pero se contuvo, esperando, prolongando el momento. Le mordió, un pequeño mordisco seguido por el consolador revoloteo de su lengua. *¡Desari!* Su nombre escapó, una súplica.

La sintió temblar en respuesta a su dolorosa necesidad, sintió el momento en su mente. Cuando se enterraba profundamente en ella, y los dientes se enterraban profundamente en su pecho. Un relámpago blanco restalló a través de los dos. La electricidad se arqueaba hacia delante y atrás, humeando y derritiendo hasta que los soldó juntos, un sólo ser. Se oyó a sí mismo gritar roncamente, el placer era tan intenso que fue incapaz de permanecer en silencio. Sus manos aferraban, una el pelo de ella, otra su trasero. Cuando más profundo se introducía, más salvaje era la respuesta del cuerpo de ella, la fricción del ardoroso calor que le apretaba y liberaba era agudamente erótica.

La boca de ella se movía con hambriento frenesí y deseo, la rica esencia de la sangre de su vida aumentaba el placer. Su cuerpo se movía sin descanso, salvajemente, sin inhibición, deseándole tan profundamente en ella como fuera posible. La tocaba en lugares que destrozaban sus ideas pálidas y preconcebidas de erotismo. Cerró las heridas que sus dientes habían hecho con una caricia de la lengua. Al momento Julian le capturó las muñecas extendiéndole los brazos, inmovilizándola bajo él mientras inclinaba la cabeza hasta la cremosa plenitud de sus seños. Gritó cuando la boca se acercó a un pezón erecto, ya dolorido y sensible por el deseo. Julian respondió enterrándose más profundamente, montándola con más fuerza, manteniéndolos al borde de la consumación.

- Julian, por favor. - Se encontró Desari susurrando, su cuerpo se tensaba más y más.

La boca de él se movió hacia la garganta, sus dientes pellizcaron la piel, su lengua los seguían. Tendió un camino de besos hacia abajo hasta el pecho, y sus dientes encontraron la tierna piel, dio un breve mordisco seguido del húmedo calor de su boca. Ella jadeó su nombre, intentando liberar los brazos para poder empujarle hacia ella, obligarle a liberarla de las llamas que lamían su piel, el fuego que resplandecía sin control entre sus piernas.

Julian la mantuvo inmóvil, su cuerpo profundamente enterrado, las líneas de su cara marcadas por el deseo. El salvajismo estaba ya en él, el calor y el deseo. La montó largo y duro, sumergiéndose en ella una y otra vez.

- Te deseo tanto, Desari, así mismo, tan salvaje por el deseo que no puedas estar sin mí. Sentir el fuego entre nosotros, mi cuerpo en el tuyo, donde pertenece. Soy tan parte de ti como tu corazón, como tus pechos. - Se inclinó para prestar atención a los pezones de ella, empujándolos con fuerza a su boca. - No quiero que termine nunca.

Estaba tan duro y grueso, tan rebosante con su semilla y la furia del fuego entre ellos, que el cuerpo de ella pareció explotar, sacudida tras sacudida rasgándola como si nunca fuera a cesar, como si nunca pudiera cesar. Gritó con el final de clímax, temiendo que si continuaba moriría de placer. Aunque… él continuó, su boca se frotó en la garganta de ella.

- Te quiero así, exigiendo que te alivie, pero deseando que siga toda la eternidad. - Susurró contra la piel de ella. - Suplicándome que termine con esto, rogándome que no me detenga nunca. Está en tu mente. Te oigo, veo

tus fantasías. Conozco cada una de ellas, y las convertiré en realidad todas y cada una. - Sus dientes perforaron la piel, con dominación, con posesión, mientras un relámpago rugía a través de ella con un calor azul.

La tomó completamente, su mente y su corazón, su cuerpo y su alma, su misma sangre, reclamándola mientras la sostenía a ella y su clímax, hasta que la tormenta de fuego lo consumió y su cuerpo reaccionó a las desesperadas súplicas de ella. Sus caderas empujaron una y otra vez, enterrándole profundamente mientras vertía su semilla en ella, mientras tomaba la esencia de su vida de su garganta. Sus manos se enmarañaron en el pelo negro, manteniéndola inmóvil mientras su cuerpo buscaba alivió, llevándola con él, explotando fuera de control hasta que no hubo Desari o Julian, sólo fueron éxtasis y fuego, unidos como uno.

Desari quedó tendida, atrapada bajo él, incapaz de creer la explosión entre ellos, incapaz de creer que él pudiera provocar una respuesta tan arrolladora en su cuerpo. Incluso ahora se veía atravesada por una onda tras onda, sus músculos se convulsionaban y apretaban a lo largo de su grosor.

Julian yació un momento, su boca en la garganta de ella, antes de cerrar reluctantemente las heridas. Una vez más inclinó la cabeza más abajo para tomar posesión de su pecho. Era suave y firme, y con cada fuerte tirón de la boca, podía sentir la respuesta que provocaba una humedad entre sus piernas, desde su mismo centro. El cuerpo de ella estaba tan despierto, la más simple caricia de sus dedos en los pechos la hacía jadear. Movió los labios gentilmente, sin el más mínimo indicio de agresión, un ritmo consolador estudiado para relajarla.

Podía sentir la garra de sus músculos de terciopelo rodeándole, la forma en que su cuerpo se aferraba al de él. Continuó moviéndose gentilmente, tiernamente, aliviando cualquier molestia que hubiera provocado su rudo comportamiento.

- Adoro la forma en que te siento, Desari, tan suave, tu pelo parece seda. Es un milagro cómo estamos juntos. - Sus manos trazaron los flexibles músculos bajo la piel de raso. - Y adoro la forma en que me respondes.

Ella se cogió las manos tras la cabeza de él y cerró los ojos, elevándose hacia el gentil toque del cuerpo de él, la aterciopelada fricción que prometía alivio a las terribles exigencias que todavía acechaban en su cuerpo. Julian los hizo rodar con un solo movimiento, temiendo que su peso fuera mucho para ella. Enseguida Desari se sentó, a fin de poder arquear la espalda y montarle a su propio ritmo. Cada movimiento la llevaba más cerca de su meta.

Le gustaba observar la cara de él, la satisfacción en su sonrisa, la admiración en su mirada dorada. Sus ojos estaban fijos en ella, siguiendo la línea de su garganta, el movimiento de su pelo y sus pechos. Julian la hacía sentirse infinitamente sexy mientras golpeaba con las caderas, tomándolo profundamente en su interior, observando como la observaba. Su cuerpo ya estaba estremeciéndose de placer. Desari echó hacia atrás la cabeza, el pelo acarició la piel de Julian intensificando su propia reacción, así que empujó profundamente dentro de ella, una y otra vez, incrementando la fricción entre ellos hasta su siguiente y todavía más impactante liberación. Se movían perfectamente al unísono, revolcándose juntos en un mar de color y belleza.

Desari dejó escapar el aliento lentamente.

- No puedo creer la forma en que estamos juntos. Seguramente vamos a quemarnos en un par de años.

- El calor se incrementa con los siglos, compañera, no se enfría. - Le dijo él con una mueca burlona y arrogante.

- No sobreviviré. - Advirtió ella, echándose el pelo sobre un hombro, sus ojos oscuros todavía empañados por la pasión.

El gesto fue más sexy de lo que ella podía saber, elevando sus pechos, su torso enfatizando la pequeña cintura y finos huesos. Julian se la quitó de encima, encontrando la boca de ella con la suya porque tenía que encontrar la forma de agradecerle simplemente el existir, el ser tan exquisita y perfecta.

Desari devolvió el beso con la misma ternura que él le mostraba. Podía conmoverla tan fácilmente, la forma en que podía ir del deseo salvaje a semejante ternura. A regañadientes permitió que el cuerpo de él se liberara del de ella. Fue casi demasiado soportar la separación. Y Julian decía que esto sólo se incrementaría, esta necesidad que tenía de él, la intensa emoción que sabía que era lo que los humanos llamaban amor. Era una emoción que no podía nombrar fácilmente. No tenía palabras para describir la fuerza e intensidad de lo que sentía por Julian. Para evitar llorar y parecer tonta, se levantó y caminó hasta el lago, sumergiéndose en el agua brillante. Julian se levantó apoyándose sobre un codo y la observó en la oscuridad. Nadaba como una nutria, moviéndose a través del agua con el pelo brillando tras ella.

Percibió incitantes vistazos de su redondeado trasero, los sus pechos, sus pequeños pies. Solo mirarla le robaba el aliento. Dolía bien adentro con alguna emoción innombrable. Entonces se puso en pie y se adelantó a zancadas hacia el lago, incapaz de quedarse quieto cuando sus entrañas se retorcían en un nudo, con tantos sentimientos poco familiares empujando en su interior. Golpeó el agua mientras andaba y se zambulló hacia aguas más profundas.

Se sumergió cerca de ella, necesitando la cercanía. Había fallado al leer el peligro para ellos varias noches antes porque estaba tan distraído. Era una difícil lección, una que podía haberle costado la vida de Desari, casi le había costado la suya propia. No ocurriría de nuevo. Una parte de él exploraba continuamente los alrededores. No parecía probable que hubiera muchos más vampiros en la zona. Con frecuencia los que viajaban temporalmente juntos eran un vampiro antiguo o experimentado y uno o dos vampiros inferiores. Los no-muertos, incluso el más bajo de ellos, no toleraría compañía durante demasiado tiempo sin que tuviera lugar una batalla por la supremacía. Pero fuera, en algún lugar estaba su archienemigo, esperando, quizás observando.

Estaba seguro de que la sociedad de asesinos humanos no golpearía de nuevo en un futuro próximo, aunque no olvidaría que habían atentado contra la vida de Desari.

Desari tenía varios conciertos programados en un futuro próximo, pero el grupo se tomaría un descanso bien ganado después del próximo. Los miembros de la familia estaban ya preparándolo todo, esperando ansiosamente la llegada de ella. Desari y él tenían que cubrir la distancia que los separaba de ellos esta noche. Tal como estaba la cosa, ya se habían perdido el último concierto. Deseó que se los perdieran todos. Pero sus

conciertos eran anunciados con mucha antelación, y ella odiaba decepcionar a su público. Todavía intranquilizaba a Julian la idea de que cualquiera pudiera saber donde estarían en casi cualquier momento.

Julian observó los cielos. Esa noche brillaban las estrellas, despejada y dándole la bienvenida. El agua se plegaba hacia su cuerpo, provocando sonidos en la noche. Una ligera brisa ondeó las copas de los árboles; los murciélagos se lanzaron y volaron sobre sus cabezas. Su mundo. La noche. Miró hacia Desari que nadaba con fuerza cruzando el lago. Nadó perezosamente tras ella, acortando fácilmente la distancia. Estaba decidida a llevar a cabo su próximo concierto, a ponerse en peligro, sólo para entretener a unos cuantos humanos.

Su puño golpeó con fuerza la superficie, enviando en geiser de agua al aire. Eso atrajo la atención de Desari de vuelta a él. Sintió su mente antes de poder censurar sus propios pensamientos.

- No es sólo por entretener, Julian. Es por mí misma, por mi familia. Por Darius. Necesita mantenerse ocupado. Ha habido tal cambio en él a través de los siglos. No puedo arriesgarme a que desista ahora, cuando más me necesita. Te conté como me sentía.

Julian ya le había dicho que se quedarían con su familia para que no tuviera que preocuparse por Darius.

- No he cambiado de opinión, piccola. Simplemente consideraba lo amenazada que has estado. Me ayudaría mucho que aprendieras lo que es la obediencia. - En verdad se avergonzaba de sí mismo por ponerla en peligro, pero no era lo suficientemente hombre como para dejarla. ¿No era una cuestión de honor? Había vivido siempre con honor, aunque ahora, cuando más importaba...

Desari rió suavemente añadiendo belleza a la noche.

- Yo que tú no contendría el aliento. Esto será bueno para ti, aprender a tratar con mi familia, interactuar con la raza humana. Mejorará tus habilidades sociales significativamente.

- ¿Estás diciendo que mis habilidades sociales necesitan mejorar? - Había una amenaza en su voz, y empezó a nadar hacia ella, su cuerpo se deslizaba silenciosamente a través del agua como un tiburón, como el depredador que era.

Desari le salpicó agua a la cara y se zambulló profundamente para escapar del brazo que se extendió hacia ella. Sintió los dedos rozarle el tobillo. Pateó con fuerza, esperando poner distancia entre ellos antes de volver a la superficie. Pero la risa se le escapó haciéndole difícil mantener la respiración bajo el agua, y se vio obligada a luchar por alcanzar la superficie. Enseguida unos fuertes brazos la capturaron.

- Siempre puedo encontrarte, cara mia. - Le recordó Julian, su fue boca cálida contra el cuello de ella. - No puedes escapar de mí.

- No cuentes mucho con ello. - Le dijo Desari dulcemente, y muy inocentemente empezó a cantar.

Julian estaba cautivo por las notas que cruzaban el agua, pequeñas notas plateadas como peces que saltaban. Se quedó con la mirada fija, intrigado por el despliegue de poder. ¿Tenían todas las mujeres de los Cárpatos dones especiales? Las pocas mujeres que había conocido eran demasiado jóvenes en los estándar Cárpatos para haber aprendido las habilidades más complicadas. Las notas se elevaron en el aire, trozos de

plata que danzaban y se bamboleaban como si estuviera vivas. Sentía paz en su interior, rodeándole, haciendo que su cuerpo se relajara y durante un momento su mente se negó a funcionar más allá de beber el consolador y pacífico chapoteo del agua y la pureza de la voz. Nunca había conocido semejante paz, no desde que era un niño. Julian deliberadamente se hundió bajo el agua para aclararse la cabeza. Estaba furioso consigo mismo. Una vez mas, estaba tan intrigado con todo lo que concernía a Desari, que se había permitido distraerse con los nuevos y vívidos colores y las sobrecogedoras emociones que llegaban en tropel. Era como renacer. Pero necesitaba estar siempre alerta, incluso cuando pensaba que estaban solos. No podía olvidar nunca que estaban siendo cazados. Ella estaba siendo cazada. Su compañera. Desari.

-¿Julian? - Desari nado de vuelta hacia él, sus brazos le enroscaron los brazos amorosamente alrededor del cuello. - ¿Qué pasa? - Estaba escaneando los cielos, los alrededores. Su inmovilidad, el brillo de sus ojos dorados, la hacía temblar.

- Me distraes demasiado, cara mia. No puedo olvidar que es lo más importante. Eso es, por encima de todo, tu seguridad. No permitiré que estés en peligro.

Su voz era tranquila, esa voz suave, negro aterciopelada, que constituía una amenaza personificada. Desari podía ver que sentía lo que estaba diciendo. Había estado jugando con él, burlándose de él, y sólo por eso, volvía a aleccionarla. No le respondió, simplemente dejó caer los brazos, sus ojos oscuros reflejaban el dolor que sentía justo antes de cerrar su mente a él y alejarse nadando.

Había estado burlándose de él, lo admitía. ¿Pero tan mal estaba tener un poco de diversión? Sintió su confusión interna, sintió lo difícil que era para él tener sentimientos. Estaba experimentándolo todo nuevamente, desde la necesidad sexual a los celos y el miedo por ella, a la frustración que le causaban sus travesuras. Y esa extraña sombra que era tan reluctante a compartir con ella. Había usado su voz para proporcionarle un concierto, sólo para él, para compartir con él su don especial. Había sido de corazón, algo que no había hecho para ningún otro ser. ¿Estaba tan mal que quisiera bromear con él, consolarle? Era su compañera y tenía la misma necesidad de cuidarle que él de hacerlo por ella.

Los movimientos de Desari eran suaves y graciosos mientras nadaba lejos de él, pero Julian no se dejó engañar. El dolor irradiaba de ella con más brillo que ningún sol. Dejó escapar el aliento en un suave suspiro. Tenía tanto que aprender como su compañera. Sabía lo necesario para asegurar su seguridad y salud, aunque pareciera una tarea simple no era ni de cerca tan fácil ponerla en práctica como lo era en la teoría.

- Te he herido de nuevo, Desari. Esto parece ser una costumbre que no me gusta de mí mismo, he visto a otros hombres en dilemas similares, aunque pensé que eran tontos por no imponer su voluntad a sus mujeres. En verdad, está claro que el tonto era yo. Tengo mucho que aprender. – Decía en serio cada palabra. Se había molestado en almacenar siglos de conocimiento, sabía como mover la tierra y dominar los mares, dirigir el relámpago y las nubes, podía caza a los más desafiantes adversarios, ya fueran animales o vampiros, aunque no podía hacerse cargo de las necesidades de su compañera sin herirla. Era ridículo. La cosa más

importante de su vida, la única persona vital para él, la única persona a la que le importaba su existencia, y no sabía como comunicarse apropiadamente con ella.

Nadó tras ella, intentando encontrar las palabras para expresarse. ¿Cómo encontraba uno el equilibrio entre la seguridad y la diversión? Incluso hacer el amor fuera, a campo abierto, era un riesgo. Incluso ahora, mientras nadaban cruzando el lago al unísono, la ansiaba, su cuerpo la deseaba ardientemente más y más. Parecía haber pasado largo tiempo desde que estuvieron juntos, siento más intensa su ansia por su reciente unión.

Desari se retrajo. No estaba enfadada con Julian; incluso podían entenderle. Era una mujer de pasiones profundas y mente rápida e inteligente. Podía elegir seguir el liderazgo de Darius, pero era porque la mayor parte de las veces su camino era también el de ella. Aun así nadie más, ni siquiera Dayan o Barack, podía exigirle lealtad de la forma en que lo hacía Darius. No deseaba con Julian la misma relación que tenía con su hermano. Quería un socio, ser considerada su igual. Desari sabía instintivamente que nunca podría ser verdaderamente feliz con menos. Quería el respeto de Julian, ser capaz de discutir las cosas y tomar decisiones juntos, no tenerle dirigiendo mientras ella le seguía ciegamente. Tenía sus propios poderes; podía usarlos para él en los momentos de necesidad si tenía fe en ella.

¿Por qué podía ella ver su fuerza, mientras él no podía ver la de ella?

- ¿Desari? - Había un dolor en su voz que hizo que volaran mariposas en su estómago. - Sé que estás molesta. - Capturó su brazo en una garra gentil, deteniendo su huida. Las piernas de él pateaban con fuerza en el agua, manteniéndoles a ambos a flote, uno de sus brazos la rodeaba por la cintura, aferrándola contra su enorme cuerpo. - No te alejes de mí. Si no puedo leer tus pensamientos y saber lo que es importante para ti, no puedo darte lo que necesitas.

Los dientes de ella tiraron de su labio inferior. Sus ojos oscuros no se encontraban con los dorados de él. Incluso mientras intentaba evitar su mirada, Julian podía leer la confusión allí. No quería fundir su mente con él. Sus manos se movieron hacia arriba por la suave línea de la espalda hasta la nuca, sus dedos aliviaron la tensión de los músculos tensos.

- Tengo mucho que aprender, Desari, sobre la relación entre compañeros. Tengo tantas emociones intensas... salvajes y caóticas a la vez... casi siento pánico... luchando con el miedo a perderte o permitir que te hagan daño.

Apretó los brazos firmemente alrededor de ella, sosteniéndola contra su corazón.

- Darius tenía razón cuando dijo que yo era parcialmente responsable del éxito de los asesinos al atacarte. Lo he repasado un millón de veces en mi mente. En mi arrogancia, asumí que tú y el resto de tu grupo erais humanos y no pensé en la distracción que causaría mi presencia. Darius sintió mi poder y estuvo ocupado intentando detectar al no-muerto. Después, cuando empezaste a cantar, estaba tan preso de los colores que veía y las emociones que sentía, con la excitación de saber que tú estabas en el mundo, mi compañera, no podía creerlo. Creo que me quedé allí congelado, incapaz de moverme, en estado de shock. Si no hubiera estado tan preso de mis propias emociones, no hubiera permitido que ningún asesino se acercara a ti.

Librodot

Su pulgar trazó la línea de la mandíbula de ella, después se movió para rozar el labio inferior. Sólo la sensación hacía saltar su corazón.

- Desari. - Su voz era hipnotizadora, jugando con su alma para que no pudiera hacer más que escucharle. - Te he fallado tantas veces, fallé al detectar el peligro para ti. En todos los siglos de mi existencia, nunca había cometidos tantos errores. La última persona a la que querría fallar eres tú. ¿Puedes entender lo que te digo?

12

Desari apoyó la cabeza sobre su hombro, indecisa sobre que hacer para facilitar la situación.

- Estoy intentando entenderlo, Julian, pero no es fácil. Al contrario de lo que piensas con tanta frecuencia, no soy una santa. No tengo la paciencia de Job. Lo que quiero de mi unión contigo es ser respetada por lo que soy y lo que aporto a esta relación. Si no sé más de tu pasado, de las cosas que me ayudarían a comprender mejor tus miedos por ti, es porque he respetado tus deseos y te he dejado tus recuerdos para ti mismo.

Julian sintió como si le hubiera golpeado con fuerza el estómago. Sus dedos apretaron con fuerza la parte superior de los brazos de ella.

- Te he invitado a fundir tu mente con la mía.

Ella se enderezó a su lado, el agua le llegaba a la cintura.

- ¿Por qué te escondes, Julian? ¿Por qué has estado sólo toda tu vida? Has elegido una vida de soledad absoluta cuando no está en tu naturaleza. Has nacido con un gemelo. Necesitáis estar cerca el uno del otro, aunque has cortado con él. Sé que amas a tu hermano, aunque no hablas nunca de él, no hablarás de él. - Sus ojos oscuros lo evaluaron con firmeza. - No soy una niña a la que se tenga que proteger. Quiero completo compañerismo contigo o nada en absoluto.

- Ni pasado no es lo que ensombrece nuestra relación.

- Tu pasado tu ensombrece a ti, Julian. - Gesticuló hacia el pacífico paisaje. - Estamos en un paraíso, donde deseo hacer el amor contigo con frecuencia y de diversos modos. No veo nada malo en ello, aunque tú temes atraer el peligro a mí. No puedo entender por qué prefieres hacerme daño, castigarme, en vez de contarme simplemente lo que temes tanto.

Parecía tan hermosa allí a la luz de la luna. Le robaba el aliento tan fácilmente como había tomado su corazón.

- He intercambiado sangre con un vampiro. - Pronunció las palabras con firmeza, sin amables explicaciones, la simple y horrible verdad que le había perseguido toda su vida. La verdad que le había robado su familia y sus derechos de nacimiento, la verdad que no había contado a nunca ningún otro.

Desari siguió inmóvil, con la cara pálida mientras le miraba fijamente a los ojos, llenos de dolor. La punta de su lengua humedeció los labios, su única reacción.

- Qué terrible, Julian. ¿Cuándo ocurrido? - Había amor en su voz, compasión. Estaba en las profundidades de sus ojos. Se movió para cubrir la distancia entre ellos, sus brazos se apretaron firmemente alrededor de su cintura presionando sus senos contra el pecho de él.

Julian realmente sintió como las lágrimas inundaban sus ojos. Enterró la cara en el pelo de ella.

- Lo entendería si decidieras no permanecer conmigo.

Los dientes de ella le arañaron la piel, un pequeño castigo por dudar de ella.

- ¿Cuándo, Julian?

- Tenía doce años. Él parecía joven y guapo, y sabía toda clase de cosas que yo quería aprender. Le visité en su guarida de la montaña casi cada día, y no se lo conté a nadie, como él me ordenó. Ni siquiera a Aidan, aunque Aidan sospechaba que algo iba mal. - Había tanto auto desprecio en su voz.

Desari se apretó más contra él, besando el hueco de un hombro, recorriendo con las manos arriba y abajo por su amplia espalda para confortarlo.

- No sabías que era un vampiro. No eras más que un niño, Julian.

- No me excuses. - Su voz fue un látigo de odio hacia sí mismo. - Deseaba lo que él tenía. Siempre queriendo aprender cosas no que debía saber. Él lo vio en mí. La oscuridad que se acumulaba. Y un día, cuando le vi matar, saltó sobre mí, tomó mi sangre y me obligó a introducir su sangre contaminada en mi cuerpo. Nos unió para siempre. Sabía donde y con quien estaba. Podía usarme para espiar a otras personas, para traicionarlos. Si quería, podía incluso usarme para matar. Era poderoso, y yo aún no, así que no tuve más alternativa que marcharme, mantenerme lejos de todo el que alguna vez me había importado. - Se frotó el cuello como si le ardiera. - Durante siglos me atormentó, pero crecí en fuerza y conocimiento hasta que ya no pudo usar sus poderes conmigo. Pero entonces se desvaneció, y nunca pude encontrarle para intentar destruirle. Busqué en cada continente, en todas partes, alrededor del mundo, y no pude encontrarle. Debe usar algún poder especial y no sé evitar que me rastree como podrían hacer otros que tuvieran mi sangre en sus venas.

- Quizás está muerto. - Desari le rodeó el cuello con los brazos, manteniéndole cerca.

Julian sacudió la cabeza.

- Habría sentido su muerte. La sombra se había marchado. Temo conducirle hasta ti, a través de mí llegará a ti.

Ella se quedó inmóvil entre sus brazos, encontrando consuelo de la fuerza de su cuerpo.

- Ya no eres un niño, Julian. Eres muy poderoso.

Podía sentir la tensión la recorría como un fino alambre tensado. La empujó con una mano en la espalda, una guía gentil hacia la orilla. Tenía que completar el viaje al lugar del siguiente concierto antes de que saliera el sol.

- Él era poderoso cuando yo no era más que un niño, Desari, aunque no un principiante. - Julian escogió sus palabras cuidadosamente. - Durante siglos he cazado a los no-muertos y los he destruido, eliminando todo vestigio de su existencia para proteger a nuestra gente. He sido testigo de

mucha muerte y horror, la astucia y la destrucción que causan estas criaturas sin alma. Atacan a nuestra gente y a los humanos por igual. Y crecen en poder cuando envejecen.

- Eras un niño. - Dijo ella suavemente. - Es más que probable que sólo a ti te pareciera un antiguo. - Su corazón se condolía por él, por la terrible soledad que había soportado. - ¿Por qué no se lo contaste a tu Príncipe? ¿O a tu sanador? ¿O a tu hermano?

- Dijo que me utilizaría para matar a mi hermano. - Admitió sin expresión. Ese dolor corría tan profundamente, que Julian no podía compartirlo totalmente. - Desde entonces he dedicado mi vida a destruir a los vampiros. No has visto, como yo, lo que pueden hacer. No puedo permitir que estés en tan peligrosa situación por apaciguar tu deseo de "igualdad". No tengo más elección que protegerte, incluso aunque a veces podamos no estar de acuerdo.

Desari alcanzó la orilla y, automáticamente, sin pensarlo conscientemente, reguló la temperatura de su cuerpo para no sentir el frío de la noche sobre su piel mojada. Su retorció su largo pelo

- ¿Es tan diferente entonces, ser un cazador, un hombre poderoso, que ser una mujer antigua y poderosa que no caza?

Julian encogió sus poderosos hombros con un perezoso ondear de músculos, caminando fácilmente tras ella.

- Nosotros los hombres somos ante todo depredadores, Desari. No encontrarás la compasión y bondad de las mujeres en nosotros. Nuestras vidas son sólo una vida de justicia, lo que está bien contra lo que está mal. Aquellos de nosotros que somos cazadores vemos la muerte continuamente, traicionados por viejos amigos e incluso miembros de la familia. Estamos obligados a destruir a aquellos a los que una vez protegimos o con quienes teníamos una deuda. Debemos proteger a las mujeres de esos horrores para los que no fueron hechas.

- Te pareces mucho a mi hermano. Tú y Darius creéis y accionáis casi del mismo modo. - Admitió Desari mientras formaba algo de ropa con un ondeo de su mano. Vaqueros azules y sudadera blanca con botones de perlas en la parte delantera la cubrieron, escondiendo su piel a la vista. - Veo por qué crees que debería obedecerte, pero ya no soy una niña, y no soy capaz de retornar a ese estado.

- Cara mia, valoro tu opinión en todo. Pero soy un cazador, un hombre de los Cárpatos. Está impreso en nosotros desde antes de nacer, lo que es nuestro deber. Conocemos las palabras rituales de enlace, y sabemos que debemos proteger a nuestras mujeres y nuestros niños por encima de todo. No puedo desembarazarme de esa responsabilidad, ni sé si quiero hacerlo.

Desari permaneció en pie alta y erguida, su largo pelo flotaba con la suave brisa. Parecía regia, como una reina.

- Me sorprende que hombres tan antiguos como tú hayan obligado a mujeres no mayores que una principiante a unirse a ellos. No soy una niña, ni una principiante, compañero. Soy una mujer con mucho poder. Sé quién y qué soy. No deseo recibir ordenes como si no tuviera sentido común. ¿Por qué crees que interferiría en tus batallas con los no-muertos? Pero es mi derecho como tu compañera ayudarte, ya sea con mi fuerta o sanándote.

Julian se vistió con vaqueros azules y camisa blanca. Dio vueltas a las palabras de ella en su mente y comprendió que estaba de acuerdo con ella.

Merecía el mismo respeto que daba a Darius. ¿Eran sus dones menores que los de su hermano? Él la respetaba ¿por qué no podía hacerlo Julian? Respetaba a cualquier mujer con fuerza suficiente como para convertirse en la compañera de un hombre de los Cárpatos, principiante o no. Dejó escapar el aliento lentamente. ¿Este era el dilema de todo cazador cuando encuentra a su compañera?

- ¿Julian? - Desari le tocó el dorso de la mano. - No estoy intentando castigarte, pero creo que deberías saber lo que soy. Quién soy. Nunca tendré un amo. Serás mi socio o nunca tendremos una auténtica relación. No puedo estar sujeta a tus reglas más de lo que tú lo podrías estar a las mías. ¿No ves qué lo que digo es cierto?

Julian estudió un mechón de su pelo de ébano sujetándolo entre los dedos.

- ¿Crees que pienso en ti menos que en mí mismo?

Desari levantó la mirada hacia él.

- Creo que opinas que no soy lo bastante fuerte o sabia para cuidar de mí misma.

- ¿Lo eres? - Lo preguntó seriamente, su mirada fija y vigilante nunca abandonó su cara. No intentó entrar en su mente, deseando darle la cortesía de la privacidad en este asunto.

La primera inclinación de Desari fue decirle que por supuesto que era lo suficientemente fuerte y sabia para cuidar de sí misma y que seguramente podría evitar que un vampiro tomara posesión de ella. Incluso abrió la boca para decirlo pero, después la cerró de nuevo. ¿Podría matar, aunque fuera a un vampiro? La respuesta fue no, no podría. No podría destruir siquiera a algo tan malvado. No estaba en su naturaleza. No habría podido luchar contra los efectos del veneno como Julian. El vampiro podría haber triunfado después de todo.

- No tendría voluntad para destruir. - Respondió honestamente. - Pero eso no niega lo que he dicho. No siento que sólo porque no pueda hacer lo que tú haces deba ser obligada a obedecer como si fuera una niña. No hice nada para impedir que lucharas, ni lo haría.

Unos dedos se enroscaron alrededor de la nuca de ella, gentilmente, tiernamente.

- Tu sola presencia fue un riesgo, Desari; mi atención estaba dividida. Cada vez que estás en peligro, apenas puedo respirar. En el pasado cuando acudía a la batalla, todo lo que había existía el vampiro y yo mismo.

- ¿Y qué es diferente ahora? - La voz de Desari fue suave y hermosa, su pureza tocó la oscuridad de su interior con una paz balsámica.

Julian se dio cuenta de que dejaba escapar el aliento lentamente.

- La diferencia ahora es que si soy destruido, también podrías serlo tú. Desari, ¿no puedes ver que el mundo necesita tu don? ¿La paz que proporciona tu voz a todas las criaturas del cielo y de la tierra? ¿A los humanos, a nosotros, a nuestra gente? No sabemos aún como podría ayudar tu voz a nuestra causa, ayudar a encontrar la forma de proporcionar niñas a nuestra raza agonizante. Por otro lado está la posesividad que siento, la necesidad de tenerte conmigo, siento el peso de la responsabilidad de tu seguridad incluso más pesado sobre mis hombros. Puedo entender la presión a la que ha estado sometido Darius todos estos siglos. Posees un tesoro principesco, no podemos arriesgarnos.

Librodot

Desari sonrió apenas ante la gravedad de su conversación.

- No me pongas en un pedestal tan algo, compañero. No sé si mi voz puede hacer las maravillas que imaginas, pero te agradezco el honor que me haces. El asunto es, Julian, que puedo no tener habilidades para destruir a un no-muerto, pero tengo la sabiduría necesaria para saber que no debo entrar en batalla con él. Más importante aún, Julian, respeto tu habilidad y me siento orgullosa de tu fuerza. No soy ilógica o el tipo de persona que se colocaría deliberadamente en peligro por despecho. Y debo recordarte, que no debes intentar obligarme a obedecer, particularmente cuando tu mente está dividida. Seguiré tu consejo en estas materias porque así lo elijo yo. - Su barbilla se alzó hacia arriba de forma ligeramente arrogante.

Julian solía ser la única autoridad de su mundo, siempre había visto a las mujeres como el sexo débil, para ser protegidas y guardadas del peligro. No se le había ocurrido que una compañera pudiera esgrimir tanto poder en sus manos como él. Desari tenía razón. No debía forzarla a obedecer, ni siquiera cuando sus vidas estaban amenazadas, debía obedecer sólo cuando consintiera completamente. Que arrogantes se habían vuelto los hombres de su raza. Julian dejó caer una mano a través de su pelo dorado y arqueó una ceja hacia ella.

- Hay algo de verdad en eso que dices. - Admitió, con deliberada lentitud, como si pensara en ello.

Los ojos oscuros de ella ardieron.

- No hay más que verdad en lo que digo.

El se frotó el puente de la nariz pensativamente.

- Supongo que puedo conceder que podría ser verdad lo que dices.

Ella no pudo evitar reírse de él.

- Me estás provocando deliberadamente porque no puedes soportar que tenga razón. Desinflaría tu ego masculino.

- No sólo el mío, cara mia. - Admitió con una mueca traviesa. - Si no el de todos los otros cazadores que encuentran a sus compañeras. Disfrutaría viéndoles aprender este interesante hecho de la vida. Pero entretanto, Desari, por el bien de los otros hombres, podrías fingir que obedeces cada una de mis palabras, no vayamos a poner sobre aviso a los otros y estorbar tu aprendizaje.

Desari se encontró súbitamente relajada, sus ojos oscuros bailaban. Julian quería verla así. Y finalmente abrió sus recuerdos a ella por propia voluntad, permitiéndole ver las cicatrices de su niñez.

- Darius se parece mucho a ti, Julian.

- Ese hermano tuyo. - Dijo Julian con su voz arrastrada y burlona.

- Te gusta.

Julian arqueó una ceja.

- Darius no es un hombre que pueda "gustarte", cara. Es alguien que inspira una emoción bastante más intensa, para cualquiera que pueda sentir emociones, la palabra "gustar" se queda corta. Puedes admirarle. Respetarle. Incluso temerle. Pero Darius no es alguien que te "guste". Es un cazador. Pocos, si acaso alguien, le desafiarían.

- Tú lo harías. - Dijo Desari completamente convencida.

- Nadie ha dicho nunca que yo fuera muy inteligente. - Respondió Julian.

- ¿Crees que mi hermano permanecerá con nosotros?

Julian se frotó el puente de la nariz de nuevo, con los ojos súbitamente en blanco.

- ¿Es posible que en algún momento, Desari, quieras establecer nuestra propia familia en vez de permanecer con esta unidad familiar?

Ella se alejó de él, después volvió.

- Crees que está cerca de convertirse en vampiro.

- Creo que tu hermano es un cazador poderoso. Sería un adversario letal, y no querría el trabajo de perseguirle. Darius aguantará tanto como sea capaz. No elegirá perder su alma sin luchar.

- ¿Conoces a algún cazador más grande que tú? - Preguntó Desari curiosa. - A parte de mi hermano, por supuesto. - Añadió traviesa.

Él alzó ambas cejas.

- ¿Quieres convertirte en la groupie de un cazador? Te aseguro, que yo soy más que adecuado para el trabajo.

Ella estalló en carcajadas.

- Idiota. Era curiosidad, eso es todo. Darius aprendió solamente a través de su propia experiencia. ¿Sus habilidades son tan buenas como las de nuestra gente?

- Tu hermano es extremadamente fuerte y hábil. Quizás es hereditario en vuestra línea de sangre. - Pensó en voz alta. - Recuerda, cara, Gregori, el Oscuro, es el más poderoso cazador, el segundo del Mikhail, nuestro Príncipe, es hermano tanto tuyo como de Darius. Somos familia.

Desari asintió, intrigada.

- ¿Crees que todas las habilidades de cazador son hereditarias?

- El cazador más grande y el mayor y más poderoso vampiro, provienen de tu línea de sangre. Aquellos que eligen la vida de un cazador a veces prestan servicio de aprendizaje bajo la guía de alguien experimentado y aprenden los rudimentos de como debe ser destruido un vampiro casi desde la cuna. Pero tu hermano no tuvo esta información.

- ¿Pero no todos los cazadores tienen maestro? - Preguntó Desari.

Julian sacudió su cabeza dorada sardónicamente.

- Algunos no tienen la paciencia ni para aprender ni para enseñar.

Desari se rió mirándole

- Creo que ya sé de que clase eres tú.

Julian miró en el interior de los ojos de ella, su belleza.

- ¿Cazar es siempre una elección, o vuestro Príncipe lo ordena?

- Es por elección, a menos, por supuesto, que tropieces con un no-muerto. En esa situación es matar o morir. Hemos perdido muchos hombres sin preparación en esas situaciones. Cuanto más antiguo es el vampiro, más peligroso es. Un cazador poco experimentado tiene pocas posibilidades contra un vampiro que ha sobrevivido muchos siglos. Así como nuestras habilidades crecen con la experiencia y el tiempo, igualmente lo hacen las habilidades y conocimientos del vampiro.

- ¿Y en mi línea de sangre están a la vez el vampiro y el cazador más famosos por su pericia? - No estaba segura de querer oír lo del vampiro. Quería oír que su línea de sangre era demasiado fuerte para permitir que uno de los suyos se convirtiera. Su hermano se estaba convirtiendo más y más mortalmente cada día. Intentaba no notar lo distante que podía ser, como no sentía ya ninguna emoción. Solía fingir, al menos, que podía sentir afecto por ella; ahora rara vez hacía el esfuerzo.

El brazo de Julian la rodeó por los hombros con familiar facilidad, un movimiento reconfortante. Su barbilla acarició la parte alta de la cabeza de ella.

- Darius no elegirá la eterna oscuridad, cara mia ha vivido demasiado. No temas por el alma de tu hermano. - Como siempre, leía sus pensamientos fácilmente, una sombra en su mente.

Desari dejó escapar el aliento lentamente, la cercanía de él aliviaba sus preocupaciones. Tenía experiencia sobre como los hombres de los Cárpatos cambiaban con los siglos. Había perdido los sentimientos y colores hasta que su mundo fue uno de eterna oscuridad. Incluso había sobrevivido a la marca de la bestia, a la sombra del vampiro en su alma. Podía hacerse.

- Cuéntame sobre mis ancestros. Todos estos siglos creyendo que eramos los únicos de nuestra especie, es interesante saber que nuestra familia puede ser rastreada hasta tan legendarias criaturas.

Julian asintió.

- Había dos de ellos. Gemelos. Gabriel y Lucian. Eran iguales en todo. Altos y oscuros, con ojos que podían mirar directamente a través de una persona y llegar a su misma alma. Los vi una vez, cuando era un niño. Eran como dioses atravesando a pie nuestro pueblo, visitaron a Gregori y Mikhail durante un breve tiempo, después se fueron de nuevo. El viento se quedaba totalmente inmóvil cuando estaban cerca. La tierra parecía contener el aliento cuando pasaban. Eran ángeles de la muerte implacables e inquebrantables una vez decididos a lograr algo.

Desari se estremeció. No tanto por sus palabras como por la imagen que relampagueó en su mente. Cierto, eran los recuerdos de un muchacho, aunque podía ver la imagen claramente. Los dos hombres muy altos y elegantes, sus caras cruelmente hermosas, como si estuvieran talladas en piedras, sus ojos ausentes de toda piedad. Cárpatos fuertes temblando en su presencia.

- Eran leales al Príncipe de nuestra gente, pero todos sabían que si esos dos elegían la oscuridad nadie sería capaz de destruirlos.

- ¿Era el príncipe este Mikhail del que hablas? - Preguntó Desari.

- El padre de Mikhail era nuestro líder cuando yo era un niño. Creo que los gemelos, antiguos incluso entonces, habían servido al abuelo de Mikhail desde mucho tiempo antes. En cualquier caso, siempre estaban juntos, inseparables. Se decía que tenían un pacto de la infancia, si uno se convertía, el otro los destruiría a ambos. Estaban tan unidos que pensaban como uno, sabía que el otro lo haría en cada momento, cazaban y luchaban como un equipo.

- ¿Habían nacido juntos, cómo tu hermano y tú?

Julian asintió.

- Algunos dicen que eran demonios, otros los llamaban ángeles, pero todos estaban de acuerdo en que eran los más letales de todos los Cárpatos, los de mayor conocimientos y mayores habilidades. Lo que uno aprendía a través del estudio o la experiencia, lo compartía con el otro, doblando su poder y habilidad. Muchos de nuestra raza se sentían aterrorizados por ellos, aunque sus habilidades eran muy necesarias. En aquellos días los vampiros habían ganado popularidad entre los humanos, un desastre en ciernes para nuestra gente. Sin los dos ángeles de la muerte, los Cárpatos hubieran sido cazados hasta la extinción, los vampiros habrían triunfado, y

el mundo se hubiera convertido en un lugar de muerte y desolación. Hubo caos y guerra, los cazadores de nuestra raza se vieron sobrepasados más allá de su capacidad.

- ¿Por qué los humanos abrazaron a los no-muertos?

- Fue un tiempo de gran autoindulgencia y decadencia entre los ricos. Tenían orgías de bebida, comida y sexo. Observaban sangrientas y violentas luchas y aclamaban al vencedor. Fue una buena atmósfera para los no-muertos. Podían ser tan inteligentes y encantadores como fuera necesario e influenciaban a los que ya eran de por sí corruptos sin mucha dificultad. Teníamos que hacer algo para cambiar el curso de la historia. Fueron Gabriel y Lucian los que lo hicieron.

- ¿Cuál fue el vampiro?

Julian sacudió la cabeza con su ahora familiar sonrisa burlona.

- Mujeres, no tienen paciencia.

Ella cambió de expresión arqueando una ceja.

- ¿Soy yo la que no tiene paciencia? No lo creo, Julian. Tú eres el único impaciente.

La boca de él se abalanzó para tomar la de ella en una lenta y pausada exploración. Levantó la cabeza, sus ojos dorados se empañaron.

- Entonces tendré que ser más cuidadoso, la próxima vez será lento y exhaustivo. Deseo complacerte completamente en todo, compañera.

Los esbeltos brazos de ella le rodearon el cuello.

- Sabes que lo estoy. Y si te lo tomas con más calma, podemos morir los dos.

Enroscó los brazos protectoramente alrededor de ella, presionándole la contra su dureza.

- Eres tan perfecta, Desari. Para mí no hay otra.

- Ni para mí. Antes de ti, mi mundo era poco prometedor y yermo... tenía emociones y colores, mi canto para mantenerme viva, una familia a la que amar... pero estaba sola. Había una parte de mí que anhelaba. Una parte inquieta y salvaje que buscaba algo. Vagábamos por los continentes para encubrir el hecho de que no tenemos edad, pero todos buscábamos también algo que terminara con el vacío. Sólo que no sabíamos qué era lo que buscábamos. - Sus manos acariciaron la espesa melena de él, permitiendo que los mechones de sedoso pelo dorado corrieran a través de sus dedos. - Quiero ser parte de ti, Julian. Deseo que estemos siempre juntos.

La abrazó en silencio durante un rato, respirando su esencia, intentando comprender porque le había sido concedido tal milagro, por que había sido premiado con una conmutación de la pena en el último momento, recompensado con una mujer como Desari. Julian intentó no pensar en el vampiro que podía destruirlos a ambos.

Ella sintió sus pensamientos, las oleadas de intensas emociones que lo abrumaban, cosas que no podía expresar con simples palabras. Desari descansó la cabeza sobre su pecho y escuchó el firme latir de su corazón, sabiendo que el de ella latía exactamente al mismo ritmo. Estaba bien. Eran dos mitades de mismo todo. Quería confortarle de cualquier forma que pudiera. Sus necesidades lo eran todo para ella.

Deja de malgastar el tiempo, hermanita. Sólo puedo soportar un cierta cantidad de todo este acaramelamiento entre tú y ese al que has elegido. ¿Has olvidado que tienes compromisos que cumplir?

La suave reprimenda desapasionada de Darius resonó en su mente.

Estoy en camino. Esperaba que no se repitiera, compartir involuntariamente los pensamientos privados. De nuevo la entristecía el hecho de que Darius no sintiera ninguna emoción, ni siquiera amor por ella.

Puedo no sentirlo, hermanita, pero sí que está ahí. No temas por mí ahora después de todos estos largos siglos.

Temo por ti, Darius. No te alejes de nosotros. No había querido mostrar la profundidad de su ansiedad, aunque se le escapó.

Sólo hubo silencio. Desari se encontró temblando, súbitamente era difícil encontrar el aliento.

Julian le levantó la barbilla para buscar en sus ojos oscuros, como estaba buscando en su mente, aquello que la asustaba.

- No te abandonará, Desari, no buscará la muerte hasta que sepa que ya no puedo resistir más contra la oscuridad de su interior. Si tal cosa ocurre, debes permitirle enfrentar el amanecer. Es demasiado poderoso; si se convierte en un no-muerto, muchos de nuestros cazadores morirán antes de poder destruirlo. Encierra ese conocimiento en su interior. Eso hace su existencia todavía más difícil, una espada de doble filo. Sabe que tiene la posibilidad de sobrevivir como vampiro, de sentir al menos la emoción de las muertes que lograrara, aunque todavía conserva sus recuerdos de amor y deber, su código de honor, que le ayuda a seguir aguantando. Sabe que aquellos a los que ama serán destruidos los primeros si se convierte.

Desari se alejó de él para pasear inquieta a través de las agujas de pino esparcidas sobre el suelo del bosque. Sus movimientos eran graciosos, su pelo de ébano brillaba como si mil estrellas estuvieran enmarañadas en él.

- Cuéntame más sobre mis parientes, Julian. Háblame de su destino.

Él asintió.

- Debes recordar, Desari, que los gemelos había vivido durante muchos más siglos que la mayor parte de nuestra gente, sin encontrar una compañera. Eran cazadores, habituados a matar, una especie de doble carga casi imposible de resistir mucho más tiempo. A medida que pasaba cada siglo y su leyenda crecía, más gente les temía y rehuía. Se rumoreaba que eran más poderosos que el Príncipe, mucho más peligrosos. Parecía no importar que le siguieran y protegieran a los que no podían cazar. Sus vidas eran de un aislamiento casi total de toda sociedad. Tenía que ser un tormento. - Julian conocía el tormento del aislamiento.

- Aunque seguían adelante, como seguiste tú. - Desari se apoyó hacia atrás contra un árbol, sus ojos enormes, buscaban en su historia la sombra de una esperanza para su hermano.

Julian asintió.

- Siempre resistían. Perseguían a los vampiros que la alta sociedad hacía abrazado. Las batallas eran largas y feroces, ya que los no-muertos eran antiguos y gozaban de mucho poder entre los humanos. Se ofrecieron recompensas por Gabriel y Lucian de forma que tanto humanos como no-muertos les cazaban. Lucharon con muchos sirvientes de los vampiros, ghouls, zombis y criaturas dementes creadas por el capricho del no-muerto.

Siempre salían victoriosos, y aunque nuestra gente estaba agradecida, cada vez que los gemelos volvían vivos, los rumores de que eran criaturas mitad de nuestro mundo y mitad del de la oscuridad, crecían.

- ¡Que injusto! - Desari estaba enfadada ante tan traidor comportamiento de su propia raza. ¿Qué ocurriría si Darius era traicionado de tal forma por los seguidores de Mikhail? Sus puños se apretaron a ambos lados hasta que se le pusieron los nudillos blancos.

- Si, fue injusto, aunque no del todo falso. Cuando un hombre envejece, mientras crece en fuerza y número de habilidades, vive parcialmente en el mundo de la oscuridad. ¿Cómo podían no hacerlo ellos? Eran poderosos, y había dos, su pacto era fuerte. Serían invencibles si se convirtieran. ¿Quién podría destruirlos? Gregori era joven entonces, como Mikhail, aunque algunas veces secretamente acogían a los dos guerreros cuando sus heridas eran graves. Sé que tanto Gregori como Mikhail les dieron sangre en más de una ocasión. - Julian se frotó una ceja, pensativo. - Gregori sabía que yo los había visto, pero no me dijo nada. Era muy joven, entiéndeme, no tenía más de nueve años. Y estaba muy impresionado por las dos leyendas, e incluso entonces, por Gregori, que rápidamente creció en estatura, y Mikhail, heredero del Príncipe. Nunca habría traicionado su secreto, creo que ellos lo sabían.

- Que tristes debieron ser las vidas de los gemelos. - Desari sonó a punto de llorar. Julian cruzó la distancia que los separaba instantáneamente, apretándola entre sus fuertes brazos. - En realidad, Julian, que hubiera gente que no apreciara su sacrificio debe haber sido algo terrible. Eran hombres sin familia ni país o siquiera amigos. - Como había sido Julian. Súbitamente comprendió la enormidad de su sacrificio. Él había sido un hombre sin familia, país, o amigos, y ni siquiera había tenido a su hermano gemelo a su lado. El amor y la compasión surgieron a través de ella, fuerte y poderoso. Julian conocería el amor. Tendría un hogar, una familia, todo lo que ella pudiera darle.

- Ese es el riesgo inherente en la adquisición de poder y habilidad por parte de un cazador y la experiencia de siglos de batallas. Los dos eran cazadores letales, iguales en fuerza, intelecto y habilidades de lucha. Ninguno era mejor que el otro. Y entonces llegó la guerra. Las tropas invasoras turcas diezmaron las filas de los nuestros, destruyendo a nuestras mujeres y niños. Nuestra gente había elegido luchar junto a aquellos humanos que nos habían conocido y sido nuestros amigos durante años, pero perdimos al antiguo príncipe y la mayoría de los expertos en la caza.

- Entonces fue cuando Darius nos salvó. - Ofreció Desari.

Julian asintió.

- Durante ese período, si. - Estuvo él de acuerdo. - Fue en ese mismo momento cuando Gabriel y Lucian se convirtieron en guerreros leyendarios, dos contra multitudes de turcos y vampiros lanzándose contra ellos, alejando a los ejércitos que hacían cosas horrorosas a sus prisioneros... las torturas y mutilaciones que puedes leer en los libros de historia. Algunos individuos acuchillaron a incontables mujeres y niños inocentes, bebiendo sangre, bañándose en ella, y deleitándose con la carne viva mientras los directores de orquesta, los vampiros, observaban y se regocijaban. Pero Gabriel y Lucian seguían en constante persecución de esos enemigos, y la cuenta de cuerpos que los dos acumulaban era tan alta, que nadie podía

creer que fueran reales y no algún misterioso viento mortal que soplara dentro y fuera de los pueblos, dejando muerte tras de sí. Los vampiros desaparecían por docenas, y legiones de sus soldados y criaturas demenciales, la mayor parte hombre y mujeres nobles, eran asesinados o puestos al descubierto. La guerra se recrudecía en todas partes. El daño para humamos y Cárpatos por igual era devastador. La enfermedad y la muerte seguían adelante, sin hogares y hambrientos, la salvaje esclavitud de los pobres. Fue un tiempo horrendo e implacable.

- ¿Y mis parientes?

- En realidad pocos pueden reclamar haber posado sus ojos en ellos, pero estaban en alguna parte, destruyendo incansablemente al enemigo, salvando a las pocas mujeres que quedaban, todavía sin compañeras pero esperando. Se dice que consultaron a Gregori y Mikhail en ese momento, y yo fui testigo de tal reunión justo cuando el padre de Mikhail fue asesinado intentando salvar un pueblo humano. Poco después, por orden de Mikhail, me sacaron de la región y me ocultaron en un lugar remoto con los niños que quedaban. Mikhail era joven para ser líder, pero tenía visión y comprendió que nuestra gente se enfrentaba a la extinción. Él y Gregori, el siguiente superviviente de más edad, se movieron enseguida para proteger a las pocas mujeres y niños que habían sobrevivido. Gregori y Mikhail rara vez hablan de los dos antiguos o de ese tiempo, quizás porque ambos habían perdido... o pensaban que habían perdido... a sus propias familias mientras trataban de salvar a su raza. Pero sus habilidades y talentos a una edad tan joven eran casi inconcebibles.

- ¿Y qué paso con los gemelos? - Interrumpió ella, intrigada por la historia que nunca había conocido, sus raíces, su ascendencia.

- Cuando las cosas finalmente se tranquilizaron en Transilvania y Rumanía, a través de las Montañas de los Cárpatos, se dijo que la pareja viajó a Paris y Londres y cualquier otro lugar de Europa en el que los vampiros estuvieran intentando establecerse. Cazaron por todo el continente, siempre trabajando juntos como un equipo. Las historias de sus poderes sobrenaturales se convirtieron en leyendas y las leyendas en mitología.

Julian se alejó de ella y se pasó una mano por la melena dorada.

- Los rumores empezaron medio siglo después. Que Lucian había caído en el lado oscuro. Que era un vampiro, haciendo presa de los humanos. Ningún cazador podía encontrarse o siquiera rastrearle. Sólo Gabriel habría sido capaz. La caza de Lucian continuó durante un siglo. Fue distinto a todo lo que nuestra gente había conocido. Los vampiros son asesinos desordenados, dejando un reguero de sangre y muerte reconocible para cualquiera de nosotros, exponiéndonos a ser descubiertos por los mortales, que inevitablemente en su error, asumen que vampiro y Cárpato son lo mismo. De alguna forma tenemos suerte de que la policía humana con frecuencia etiquete los asesinatos y mutilaciones como obra de asesinos en serie o sectas. De otra forma todos seríamos cazados hasta que no quedara ni uno. Pero Lucian no era como ningún vampiro conocido. No había ni una mujer o niño entre sus víctimas, ni creaba sirvientes o ghouls. Se le contaban cientos de muertes pero sólo entre los corruptos, los malvados, la escoria de la tierra. Muchos de nuestros cazadores estaban confusos, perplejos, y llegaron a pensar que quizás los gemelos eran

mitología, no realidad. Sólo Gabriel reconocía el trabajo de Lucian. Sólo Gabriel podía perseguirle.

- ¿Nadie más le ayudó?

Julian sacudió la cabeza.

- Nadie podía ayudarle. Gabriel era una leyenda en sí mismo. Un ángel de la muerte. Nadie se acercaba a él o se atrevía a liberarle de su tarea. Persiguió a Lucian, con frecuencia le encontró, pero al estar tan igualados las batallas eran largas y feroces aunque nunca decisivas, con ambos consiguiendo golpes terribles, sólo para separarse e intentar sanarse para su próxima batalla. Continuó durante años, un día, ambos simplemente se desvanecieron de la faz de la tierra.

Las largas pestañas de Desari revolotearon durante un momento.

- ¿Qué es esto? ¿Esa es toda la historia? ¿Sólo desaparecieron?

- Corren muchas historias entre nuestra gente. Una de ellas que Gabriel terminó con la vida de Lucian y eligió entonces enfrentar el sol. Creo que fue eso lo que ocurrió. Antiguo como era, tenía que estar muy cerca de la oscuridad él mismo, y sin una compañera o siquiera a su hermano al que aferrarse, creo que Gabriel simplemente se rindió. Había vivido mucho tiempo solo; merecía el descanso de la otra vida.

Desari sacudió la cabeza.

- No puedo creer que después de aguantar tanto, de luchar en tantas batallas, Lucian escogiera la oscuridad y Gabriel se viera obligado a cazar a su propio hermano, su gemelo. Es tan terrible.

- Es la elección que toma todo cazador. La muerte provoca en nosotros una sensación de poder. Para alguien que no tiene emociones ni otros sentimientos, puede ser tentador, adictivo. También está el problema de cuando parar. Si Lucian aguantó luchando con vampiros tanto tiempo como fue capaz, podía haber sido demasiado tarde para hacer una elección racional. Algunos dicen que Gabriel se convirtió también, y cuando los dos vampiros lucharon por la supremacía, ambos murieron. No creo que ocurriera así porque habrían dejado alguna evidencia de la batalla. Gabriel respetaba a Lucian; hubiera elegido destruir toda evidencia de su batalla y la derrota de Lucian antes de caminar bajo el sol.

- Tú ya no puedes cazar como esos hombres. - Dijo Desari, mordiéndose el labio inferior. - No podría soportar que eso te ocurriera. Es una historia terrible. Dos hombres que dieron sus vidas por su gente, y a nadie le importaban, ni los apreciaban.

La sonrisa de él fue tierna.

- Piccola, no tienes necesidad de temer nada. Ahora no puedo convertirme. Tú eres mi luz, la bondad para mi oscuridad, el aire que respiro y mi razón de existir. Los gemelos no encontraron a sus compañeras, pero no creo que no fueran apreciados por los nuestros. Aunque eran temidos, también eran muy reverenciados, y se han escrito muchas historias y canciones en su honor.

- Un poco tarde para ello. - Resopló ella indignada. - Difícilmente es una historia feliz, y no me gusta el final. No deseo eso para mi hermano. Debemos buscar cualquier cosa que necesite para sobrevivir.

- Necesita encontrar a su otra mitad, cara, no hay forma de decir cuando o si al menos ocurrirá.

- Quizás, veré lo que puedo hacer. Mi voz es poderosa; mis palabras pueden llevar encantamientos. Ha llevado a parejas de vuelta al amor y la risa, sanado a padres apesadumbrados. Intentaré atraer a nosotros a aquella a la que mi hermano necesita.

- Si va a uno de tus conciertos, créeme, Desari, no habrá necesidad de encantamientos. Darius la reconocerá al instante. No permitirá que se vaya.

- Él no tiene tus conocimientos. Quizás deba contárselo.

Julian sacudió la cabeza.

- No, es mejor dejar que la naturaleza siga su curso en estas cosas. Si uno está cerca de convertirse, podría intentar forzar lo que no hay. Si le ocurre, sabrá que hacer. Todos los hombres nacen con las palabras rituales, con el instinto de unir a su mujer a él. Estará en él cuando lo necesite.

- ¿Y qué pasa si ella no le quiere? - Preguntó Desari.

- Lo hemos comprobado por nosotros mismos. - Se burló él.

La mano de ella acunó su cara, su pulgar trazó amorosamente la dura línea de su mandíbula.

- Te desee desde el primer momento en que te vi. - Desari sacudió la cabeza. - No me asombra que los hombres de nuestra especie se vuelvan tan arrogantes. Son capaces de unir a una mujer a ellos sin su consentimiento y sin que lo sepa siquiera. Eso debe haceros sentir muy superiores. - Su tono comunicaba molestia.

- Creo que están más inclinados a sentirse humildes. - Respondió él sinceramente. - Cuando un hombre ha sobrevivido tantos siglos sin colores o emociones, y encuentra a quien le trae de regreso a la luz y la compasión, la música y la alegría, no puede hacer nada más que reverenciarla.

Ella arqueó una ceja.

- Aun así no deberían tener el poder de atar a una mujer sin su consentimiento. ¿Qué hay de malo en cortejarla? Podría ayudar a calmar sus miedos y la haría sentir que es especial para él.

- ¿Cómo podía no sentir que es especial cuando un hombre la necesita y desea tanto? Una mujer sólo tiene que tocar la mente de su compañero para saber lo que hay en su corazón. Sabe quién es él, sus buenas cualidades y las malas.

- ¿Incluso si es una principiante? Cualquier antiguo podría ocultar lo que quisiera a alguien tan joven. No puedo imaginar el miedo que una mujer sentiría sin hacer consentido a unirse a un ser tan poderoso. No tendría un sentido de su propio valor, de quién es o incluso qué dones o talentos especiales posee.

Julian la cogió de la mano, colocando un beso en el centro de la palma, sintiendo su aflicción por la mujer desconocida a la que habrían robado su niñez. Había sido bastante difícil para Desari, siendo una mujer tan fuerte, aceptar que Julian tenía alguna clase de dominio sobre ella. Incluso sabiendo que ella tenía el mismo dominio sobre él, era todavía atemorizante. Era una admisión de necesidad. Una necesidad de estar cerca de él siempre.

La mano de Julian enmarcó su cara.

- Nunca temas esta necesidad entre nosotros. Sea lo que sea lo que sientas, cara, yo lo siento dos veces más. He estado demasiado tiempo sin color, o canciones, o emociones. He pasado muchos siglos en blanco para ayudarme a aprender a apreciar a mi compañera. Tú ni necesitas mi

existencia del mismo modo que yo necesito la tuya... incluso para continuar mi vida, para salvar mi alma. Si nunca nos hubiéramos encontrado, tú habrías vivido mucho más antes de que el vacío de tu existencia fuera demasiado difícil de soportar.

Desari apoyó la cabeza sobre su hombro, deseando mantenerle cerca.

- Creo que la necesidad es mutua, Julian.

Desari. La noche se desliza a través del cielo, y vosotros dos todavía estáis mirándoos a los ojos el uno al otro. Este concierto es tuyo. Aún no hemos ensayado, y no hay forma de hacerlo sin tu presencia. No me repetiré en esta cuestión. La voz negro aterciopelada de Darius fue suave en la amenaza. Exigía su presencia, y debía obedecer.

- Debemos hacerlo, Julian. - Susurró, temerosa de que él pudiera intentar desafiar a Darius.

Él sonrió burlonamente hacia ella, sus dientes blancos brillaron.

- Vamos allá, polluelo, debemos obedecer al gran lobo malo o algo terrible podría ocurrir.

- Tú no le conoces aún. - Contestó ella solemnemente.

Su risa fue la única respuesta.

13

La multitud era enorme. Julian inhaló profundamente, permitiendo que el aire le contara todas las historias. El olor de la excitación, del sudor, de los temperamentos encrespados, y la lujuria. Estaba todo en el aire que introducía en sus pulmones. Buscaba cualquier peligro para su compañera. Sus ojos ámbar inspeccionaban la enorme multitud que empujaba para entrar en el edificio. Se encontraba tenso, muy inclinado a mantener a Desari lejos de estos humanos. Podía oír innumerables conversaciones, mientras escaneaba innumerables mentes. Los guardias de seguridad humanos usaban detectores de metal con la gente que entraba, pero todavía estaba intranquilo.

Julian captó un vistazo de Darius. Era una figura imponente, moviéndose silenciosa y ligeramente a través de la multitud, con los ojos negros y helados penetrando en la marea de humanos intranquilos, en incesante movimiento. Estaba tan atento como Julian, decidido a proteger a su hermana a toda costa. Dayan, aunque tocaba en la banda, estaba a un lado de la entrada, tan en guardia como los otros. Barack rondaba por el interior del edificio, mezclándose con la multitud, añadiendo más seguridad a la protección de Desari. Ambos músicos proyectaban imágenes irreconocibles para el público.

Los dos leopardos, Sasha y Forest, estaba encerrados en los camerinos de la banda. También Syndil, había tomado su habitual forma de leopardo hembra y esperaba con los otros felinos. Julian quiso protestar por este hecho, consciente de la tristeza de Desari ante la evasión de Syndil de la realidad. Julian había notado que Barack estaba con los nervios de punta alrededor de todos ellos. Con frecuencia colocaba su cuerpo directamente

entre los otros hombres y Syndil. Claramente el terrible ataque sobre ella había sacudido la fe que los hombres tenían los unos en los otros. Con asesinos intentando atentar contra Desari y vampiros amenazándoles a ellos y sus mujeres, los hombres estaban al límite.

Darius hizo una breve pausa a su lado.

- ¿Nada?

Julian sacudió la cabeza.

- Nada excepto una sensación de intranquilidad. No me gusta esto, Desari expuesta a todos estos humanos.

- No habrá errores esta vez. - Dijo Darius suave y confiadamente. - No habrá más atentados contra la vida de mi hermana.

Julian tenía que respetar la total convicción del hombre. Era difícil no creer en Darius, el poder se aferraba a él como una segunda piel. No habría ninguna posibilidad esta noche. Julian asintió hacia Darius y continuó paseando entre los humanos, explorando mentes, escuchando conversaciones a su alrededor. A su derecha estalló una lucha entre dos hombres. Empujones y golpes, voces que se alzaban. Pero el personal de seguridad humano estaba allí instantáneamente, escoltando a los alborotadores fuera del edificio. Julian no podía detectar animosidad hacia su compañera, así que ignoró el incidente, no deseando verse distraído de su tarea prioritaria de proteger a Desari.

Desari estaba en el camerino, dando los últimos toques a su maquillaje. Le gustaba ponérselo al modo humano. La tranquilizaba de algún modo, antes de subir al escenario. Como también era un hábito antes de cada concierto explorar las mentes de la multitud, e intentar encontrar a aquellos más necesitados para poder escoger las canciones más adecuadas para sanar y ayudar. Era importante para ella captar el humor del público, escuchar lo que deseaban oír, sus baladas favoritas o las fantasmales nuevas melodías que podía producir. Le gustaba saber que personas habían asistido a más de uno de sus conciertos, quien había viajado largas distancias para verla actuar. Algunas veces después del espectáculo buscaba a los que habían viajado desde muy lejos o solían oírla cantar y se presentaba y charlaba con ellos.

Pero en su mayor parte, la multitud estaba ansiosa, moviéndose impacientemente, excitadamente, en sus asientos, ansiosa por oírla cantar. Desari se desconectó para preparase para el escenario. Enseguida su mente, por voluntad propia, buscó a Julian. Sonrió cuando sintió al instante una corriente de calidez, unos fuertes brazos rodeándola.

Julian no estaba emocionado con su "unidad familiar", como él los llamaba, ni ellos estaban muy felices con él, pero nadie gruñía a nadie. Había que conceder a Julian el crédito, no había hecho la más mínima protesta cuando ella entró en el teatro vestida para el concierto.

Era la compañera de un hombre sensible y moderno. La perezosa diversión de Julian la reconfortó más, confirmando lo que ya sospechaba, que con frecuencia permanecía entre las sombras en su mente.

Que suerte tengo. Desari se sonrió a sí misma en el espejo. Su oscura cascada de pelo le caía en ondas por la espalda. Había un destello en sus ojos. Sabía que Julian la hacía sentir más viva de lo que se había sentido nunca. *Los hombres modernos y sensibles son una de mis aficiones.*

¿Hombres? Estoy seguro de que no he oído a mi compañera usar la palabra hombres. En plural. No se permite a ningún hombre ser tu afición excepto yo. Sonaba pomposo, la ferocidad del hombre de los Cárpatos en su forma más pura y amenazadora.

Desari rió en voz alta. *Supongo que puedo concederte este punto, Julian, Pero en realidad, es difícil no notar a todos esos tíos buenos entre el público.*

¿Tíos buenos? Su voz cargaba una afrenta. *Son más bien mequetrefes enclenques enfermos de amor. Si pudieran sentir las vibraciones del aire, mostrarían más sentido común y correrían para salvar la vida. Ya es bastante malo leer sus fantasías y oírles hablar de esa basura, cara, pero en incluso peor oír lo que mi mujer piensa en respuesta. Una sonrisa al hombre equivocado, compañera, y los problemas encontrarán al tipo rápidamente.*

Pareces celoso, lo acusó ella, la diversión curvaba su suave boca.

La primera regla de todas las mujeres que conozco es no olvidar nunca que los hombres de los Cárpatos no comparten a sus compañeras. Tu hermano tiene mucho de lo que responder por no haberte aleccionado en esto desde tu nacimiento. Era su trabajo prepararte para lo que vendría. Lo dijo en algún lugar entre la broma y la queja.

Desari dejó escapar el aliento lentamente, encontrándose vacilando entre la risa y la exasperación. *Mi hermano no tenía ni idea de tu existencia, hombre arrogante. Por otro lado, ¿Cómo podría haberme preparado a mí para tu total ignorancia sobre las mujeres? Probablemente si hubiera sabido que llegarías para pronunciar las palabras del ritual, te hubiera estado esperando para emboscarte. Yo misma me hubiera enterrado profundamente en la tierra hasta que pasaras de largo por los alrededores.*

Habrías saltado de la tierra directamente a mis brazos, cara mia, y sabes que es la verdad.

Ahora era él quien reía, esa presumida y burlona diversión masculina que debía haberle hecho apretar los dientes en vez de hacerla reír. *Creo que estás intentando buscar algo que ordenarme hacer sólo para no perder la costumbre. Anda vete y practica ese arte masculino con algún otro.*

Cantarás para mí esta noche, piccola, y para ningún otro hombre.

Pareces un niñito mimado, no un hombre adulto.

¿Quieres que te demuestra que soy un hombre adulto? Su voz fue súbitamente baja y cálida, tan sexy que ella pudo sentir el despertar del deseo. Podía sentir el roce de sus dedos en la garganta, trazando un camino hacia abajo por el valle entre sus repentinamente doloridos senos.

Vete ya, Julian, rió ella en respuesta. *No puedes calentarme y excitarme justo ahora*.

Desde que te conozco has estado caliente y excitada por mí, de concederé lo que pides y volveré al trabajo.

Eso espero.

Desari oyó los pasos familiares que se acercaban a puerta, Dayan llamó ruidosamente con su advertencia habitual de los cinco minutos. Sabía que Barack estaría haciendo las comprobaciones de último minuto sobre Syndil. La excitación estaba allí, la agitación justo antes de salir al escenario.

Desari paseó por el suelo una y otra vez, liberando su cuerpo de la adrenalina inútil. El segundo golpe llegó tres minutos más tarde. Julian y

Darius permanecían en pie junto a la puerta, sus ojos y mente exploraban continuamente cada pulgada del edificio y la audiencia. Desari se sentía pequeña encajada entre los dos enormes cuerpos, súbitamente consciente del peligro potencial que había para ella. Alguien la quería muerta por razones desconocidas que la sorprendía. Se acercó más a Julian buscando protección. Él le tocó el brazo en una gentil caricia, nada más demostrativo, obviamente su mente estaba llena con las medidas de seguridad, sintonizando el aire a su alrededor. Aunque instantáneamente Desari se sintió confortada y a salvo. Dayan y Barack esperaban para entrar al escenario con ella. Mientras lo hacían, el rugido de la multitud ahogó cualquier otro sonido.

Julian empezó a recorrer el perímetro del edificio, tomándose su tiempo, obteniendo una percepción de la audiencia. Conocía cada rincón y grieta del interior, cada posible escondite, cada entrada y salida. Conocía cada posición, alta o baja, que un francotirador podía utilizar. Su mirada se deslizaba continuamente a las áreas que darían mayor cobertura a un asaltante.

En el pasado reciente había vigilado a la hija de Mikhail y Raven, Savannah, mientras llevaba a cabo sus shows mágicos durante los cinco años de libertad que Gregori le había permitido antes de reclamarla como su compañera. Varias veces su personal de seguridad humano tuvo que ocuparse de algunos fans ansiosos que intentaron saltar al escenario para conocerla. Pero Julian había mantenido en secreto su presencia, luchando sólo contra los vampiros que con frecuencia la acechaban sin que ella lo supiera. No había tenido que tratar con los humanos que se sentían atraídos por ella.

Esto era diferente. La voz de Desari era en sí mismo un atractivo, una tentación para todo el que la oía. Y estaba tan hermosa sobre el escenario, su largo vestido flotaba fluidamente alrededor de su esbelta figura durante un momento, después se ceñía a su cuerpo al momento siguiente. Su pelo de ébano brillaba a la luz y una cascada de ondas bajaba por su espalda, rozando sus hombros y pechos, su cintura y caderas. Era irresistible.

Julian sintió el aliento atascado en la garganta. Le atemorizaba. La forma en que se movía, la forma en que su alma perfecta relucía tan brillantemente para que todos la vieran. Desari era hermosa no sólo por fuera sino también por dentro, y se veía. Ella, literalmente, cortaba el aliento. Apartó la mirada, obligando a su mente a permanecer alerta, para explorar en busca de problemas. La voz pura de Desari llenó el aire y flotó por la sala de conciertos. El silencio de la multitud fue completo. No había cuchicheos en los asientos, ni siquiera suaves murmullos. La audiencia estaba embelesada. Había un sortilegio en su voz, una suave mezcla de risa y lágrimas, fantasmal, evocando recuerdos, creando esperanzas. Sensaciones de profundo y duradero amor que fluían hacia los que escuchaban. Los miembros mayores de la audiencia revivían cada maravilloso momento con sus parejas, haciendo el amor, creando niños, su alegría por estar juntos siendo a la vez amantes y padres. Los jóvenes soñaban con sus parejas perfectas, amor a primera vista, al primer toque, al primer beso. Las parejas distanciadas recordaban sus votos y el amor que sentía el uno por el otro antes de que los resentimientos empezaran a separarlos.

Librodot

La voz de Desari proporcionaba a todos confort y esperanza. Julian estaba asombrado de su poder. No se estaba ayudando de ninguna compulsión; simplemente poseía un don que era un tesoro. Su orgullo por ella crecía con cada canción. Era como si instintivamente sintiera lo que necesitaban ciertas personas o todo un grupo y pudiera entregárselo.

Julian se volvió hacia el área que estaba justo delante del escenario, una sombra se arrastraba lenta pero seguramente en su mente. Enseguida hizo señas a Darius, que estaba cerca. Darius ya se estaba moviendo, dirigiendo a los de seguridad en la misma dirección. Dayan y Barack se acercaron a Desari inmediatamente, moviéndose tan rápidamente que fueron casi un borrón, colocando sus cuerpos justo delante de ella mientras dos hombres trepaban hasta el escenario. Ligeramente bebidos, se tambalearon hacia los miembros de la banda. No habían dado más de dos pasos antes de que una pared de guardias de seguridad los tuvieran en custodia y los acompañaran hasta la puerta de la sala.

La voz de Desari se suavizó con algo de risa, una invitación a que el público se uniera a ella.

- Pobres chicos, no tienen ni idea de lo que les ha golpeado. Pero a causa de un desafortunado incidente que hubo recientemente, mi personal de seguridad me custodia como si fuera de oro. Por favor soportadles.

Extendía a la multitud la palma de su mano. Julian no podía creer lo fácilmente que lo hacía, la suavidad con que excusaba a los dos fans exaltados, burlándose de sus guardas de seguridad, y menospreciando su vulnerabilidad y su estatus de celebridad.

Desafortunadamente, la sombra permaneció en la mente de Julian. Miró a Darius, cuyos ojos oscuros estaban fríos como el hielo. Darius sacudió la cabeza ligeramente para indiciar que el peligro para Desari no había pasado. Los dos empezaron a moverse en direcciones opuestas, rodeando el enorme teatro, cubriendo el terreno lentamente, explorando mientras lo hacían. Algo no estaba del todo bien. Ambos lo sentían. Dayan y Barack lo sentían también. Sus caras eran inexpresivas, pero permanecía colocados protectoramente cerca de Desari, y sus ojos se movían inquietos, incesantes, todos ellos buscaban la fuente de esa sombra.

Los Cárpatos sobre el escenario continuaban tocando, y la voz de Desari era más hermosa que nunca, esgrimía tal encantamiento sobre todo el que la oía que era difícil para Julian mantener la atención puesta totalmente en su protección.

Algo maligno se estaba infiltrando en el edificio. El flujo de aire corrupto era tan suave y lento que fue apenas discernibles. Julian intentó averiguar a donde se dirigía. Ya había explorado la multitud varias veces, y sabía no que había ninguna amenaza real de esa dirección. Era algo mucho más poderoso. Nosferatu. No-muerto. Desari y Syndil tenían que ser la razón de que los vampiros frecuentaran tanto esa zona, incluso con el hermano de Julian, Aidan, viviendo tan cerca. Aidan era un cazador de renombre por sus habilidades. Julian no podía imaginar otra razón que la presencia de dos mujeres de los Cárpatos. Pocos serían conscientes de que Desari había sido reclamada, y a un vampiro, difícilmente le importaría. El no-muerto era arrogante, tan inflado por su propio poder, que se creía capaz de ganar la posesión de cualquier mujer por sí mismo.

La mirada de Julian, un golpe de reluciente oro, regresó al escenario. Barack de repente se saltó una nota, su cabeza se alzó alerta. Al mismo tiempo, Julian sintió la oleada de horrendo poder que entrada a raudales en el aire que les rodeaba, soplando hacia los camerinos de la banda. Automáticamente, se lanzó, cruzando velozmente a través de la sala de conciertos, como hacía Darius. Pero fue Barack quien los hizo a un lado a ambos para acudir a la habitación en la que los leopardos esperaban. Tras ellos, como si hubiera sido a propósito, Dayan siguió una animada melodía, acompañando con la voz y la guitarra a Desari, para que la audiencia se exaltara y aplaudiera con atronadora aprobación.

Darius y Julian tuvieron que contener a Barack antes de que irrumpiera a través de la puerta cerrada. Les gruñó, con los dientes desnudos y ojos rojos por la rabia asesina. Fue Darius quien habló con él, usando el peculiar vínculo mental que se estaba volviendo lentamente familiar a Julian. La orden fue suave terciopelo, consoladora, una promesa de proteger a Syndil. Barack tomó un profundo aliento para calmarse y concedió su reluctante equidiscencia, relajándose bajo la garra de los dos cazadores.

Julian se disolvió inmediatamente, fluyendo bajo la puerta para entrar en la habitación como diminutas moléculas de aire. Los tres leopardos se paseaban intranquilamente, bajos gruñidos de advertencia retumbaban profundamente en sus gargantas. Intentó tocar sus mentes pero encontró caos y furia, todos en la habitación estaban de un humor peligroso. Deliberadamente Syndil se había enterrado profundamente en el cuerpo del leopardo para evitar que cualquiera pudiera diferenciarla de los otros dos especimenes auténticos. Se aproximó lentamente a él, igual de caprichosa y peligrosa, rabiando en su mente ante el mal que los amenazaba. Ni siquiera podía decir cuál de las hembras era en realidad Syndil y cuál el auténtico leopardo; aún no la conocía lo suficiente como para discernir su espíritu de donde lo había enterrado tan profundamente dentro del espíritu del leopardo.

Julian sintió que el poder de Darius llenaba la habitación, supo el momento en que se extendió para calmar a los leopardos que rondaban. El vampiro estaba cerca, demasiado cerca, acechando a Syndil, pero el no-muerto proyectaba su paradero en todas direcciones logrando que ni Darius, ni Julian pudieran fijar su localización. Esperaron con la paciencia de cazadores ancestrales, inmóviles, con calma, simplemente esperando el momento en el que el agresor hiciera el primer movimiento.

El impacto que golpeó contra la puerta fue tremendo, un enorme bulto se extendió hacia adentro. La misma puerta se ennegreció al tiempo que un trueno sacudió el edificio. Una parte de Julian permanecía conectada con Desari, decidido a asegurar siempre su seguridad. Estaba haciéndose fácilmente con la audiencia, proyectando calma, su voz tranquilizaba mientras cantaba una balada fantasmal, Dayan la acompañaba a la guitarra. Dayan y el personal de seguridad la rodeaban muy de cerca, los guardas humanos estaban intranquilos por como había desaparecido Barack del escenario. Nadie había captado en realidad su salida. Aun así permanecían cerca de Desari, dirigidos por Julian, aunque sin saberlo. Desari y Dayan eran increíblemente suaves, Desari estaba ahora posada sobre un taburete algo en medio del escenario, su largo vestido flotaba

alrededor de ella con graciosos pliegues. Dayan tocaba con suavidad, hipnotizando con la música de su guitarra mientras la belleza de la voz de Darius continuaba llenando la sala de conciertos.

Los leopardos paseaban ahora más intranquilos, el macho se lanzó dos veces hacia la puerta agitado. Julian fluyó de regreso al otro lado de la puerta, surgiendo por el vestíbulo como una corriente de aire frío. Sabía que Darius se quedaría atrás para proteger a Syndil.

Al otro lado de la puerta Barack tenía una feroz batalla con un extraño alto y flaco. El maligno tenía ojos bordeados de rojo y una viciosa cuchillada por boca. Lanzó hacia Barack sus afiladas garras, buscando la yugular, pero Barak esquivó el rápido golpe y su mano se introdujo directamente en el pecho del esquelético vampiro. Sus colmillos rasgaron la garganta incluso mientras su mano arrancaba directamente el corazón. Con facilidad, Barack pareció perderse en el interior la feroz bestia que había tomado su lugar.

Julian buscó la mente del hombre y encontró una neblina roja de odio y rabia, dirigida no sólo a este vampiro sino al que había atacado tan violentamente a Syndil y la había traumatizado. Le llevó unos pocos momentos encontrar el vínculo mental que la familia de Desari compartían los unos con los otros. *No bebas su sangre, Barack. Ya está muerto. Le has destruido. La sangre está corrompida.* Julian habló suavemente en la mente enloquecida y rabiosa.

No interfieras. Está vivo.

Cuando Julian se deslizó hacia la pareja que luchaba, Barack rugió una advertencia, un gruñido que sacudió el vestíbulo. Julian se detuvo enseguida, en absoluto sorprendido cuando Darius se materializó a su lado.

- No lo hagas, Barack. - La voz de Darius fue una suave amenaza. - No puedes beber mientras muere. No furioso como estás. Suéltale y deja que caiga lejos de ti.

Barack alzó la cabeza, sus colmillos estaba manchados de rojo, sus ojos resplandecían apasionadamente. El corazón fue lanzado a un lado, todavía latiendo malvadamente. El gruñido fue más fuerte, una clara advertencia de que retrocediera alejándose de él.

Darius y Julian se miraron el uno al otro con la misma idea. Juntos podían obligar a Barack a obedecer, pero nunca volvería a respetarles o confiar en ellos. Barack era definitivamente peligroso, y ninguno de los dos quería alienarle. Era un hombre de los Cárpatos, y estaba en su derecho de hacer lo que estaba haciendo, proteger a las mujeres de su familia. Proteger a cualquier mujer de su raza. No sólo su derecho sino su deber. Julian se extendió hacia las mentes de los leopardos y encontró a Syndil anidada en la hembra más pequeña. *Barack está en peligro. No podemos alcanzarle. Debes hacerlo tú. Llámale. Hazlo ahora antes de que sea demasiado tarde y lo perderemos para toda la eternidad. No puede consumir la sangre de esa cosa que está matando.*

Julian sintió la inmediata alarma de Syndil. Enseguida cambió, tomando su forma humana, su esbelta y bien proporcionada figura más baja que la de Desari pero radiante con la misma luz interior y belleza de las mujeres de los Cárpatos. Se movió con fluida gracia y elegancia, sus oscuros y expresivos ojos le tocaron, después saltó alejándose precipitadamente. Jadeó de forma audible cuando vio la sangrienta y violenta escena en medio del vestíbulo y la oscuridad tan cerca de la superficie en Barack, su misma

cara casi era la de la bestia interior de los hombres de los Cárpatos. Darius estaba cerca del no-muerto, lo bastante cerca como para distraer a Barack del festín de sangre. Aun así, el poder y la rabia carcomían al joven Cárpato, permitiendo que la bestia de su interior tomara el control de su mente, haciendo que todo lo que quedara fuera instinto y furia.

Sin dudar, Syndil se aproximó a Barack.

- No pises la sangre. - La advirtió Darius, sus ojos oscuros permanecían vigilantes. Si Barack hacía un movimiento equivocado hacia Syndil, no había duda en la mente de Julian de que sería hombre muerto. Syndil no tenía miedo, ignoraba a Darius y Julian como si fueran invisibles.

- Barack. - Susurró suavemente, casi íntimamente. Sus ojos se posaban sobre las salvajes manchas encarnadas del pecho y la cara de él. - Ven conmigo ahora. Necesito sanar tus heridas. - A pesar de sus feroces gruñidos, ella tendió la mano gentilmente sobre el brazo de Barack, cuidadosamente permaneció lejos de la sangre que cubría la ropa de él. - Ven conmigo, hermano. Permíteme sanarte.

La cabeza de Barack se balanceó, sus ojos rojos brillaban ferozmente. Durante un momento los ojos pasaron del rojo al negro, como si el hombre luchara con la bestia con la que compartía cuerpo y mente.

- No soy tu hermano, pequeña. - Siseó, luchando por sobreponerse a la rabia asesina.

Durante un momento Syndil hundió la cabeza, como si las palabras que negaban su relación la hubieran herido profundamente. Después se acercó más a él, tanto que su suave cuerpo rozaba contra la enorme forma de él. Las manos de Barack inmediatamente, instintivamente, rodearon su pequeña cintura y la elevaron lejos del espeso charco de sangre extendido sobre el suelo. En el momento en que soltó al vampiro, el cuerpo del no-muerto cayó despatarrado, con la cabeza caída y las garras produciendo largos y profundos surcos en la pared.

- Barack no toques la piel de Syndil con esa sangre corrompida en las manos. - Le advirtió Daría con su autoridad negro aterciopelada.

Julian ya estaba reuniendo energía en las palmas de sus manos, tomándola de la electricidad del propio aire, enroscándola en una bola que envió flameando hacia el latente corazón del vampiro para que no hubiera posibilidad de que el no-muerto se alzara de nuevo. Las chispas saltaron entonces del órgano incinerado a la sangre, reduciendo el espeso charco a cenizas.

Barack permitió reluctantemente que los pies de Syndil tocaran el suelo lejos de la horrenda escena. Respiraba con dificultad, luchando por ganar el control de la bestia de su interior, avergonzado de que Syndil le viera tan fuera de control. Ante el gesto de Julian extendió sus manos para que las llamas danzaran durante un momento sobre su piel manchada, quemando la sangre contaminada de sus manos y brazos. Barack tomó posesión de la bola blanca y ardiente de energía y recorrió la cintura de Syndil donde la había tocado, limpiándola de cualquier rastro de sangre corrompida que manchara sus ropas. Lanzó entonces el fuego de vuelta a Julian antes de volver toda su atención hacia la mujer que había demostrado tanto coraje.

- ¿Estás herido? - Preguntó Syndil suavemente, ignorando a los otros dos Cárpatos como si no existieran. La punta de sus dedos rozaron el brazo

de Barack e intentó no mostrar como su negativa de la relación que los unía la afligía. Si él escogía, después de todos aquellos años, rechazar lo que los unía, ella no iba a dejarle ver lo mal que la hacía sentir eso. Sólo podía sospechar que era porque Savon la había violado y Barack ya no podía aceptarla. Quizás pensaba que ella había provocado el asalto de alguna forma. Barack no había sido el mismo desde el ataque. Había pasado mucho tiempo en la tierra evitándola a ella y a los otros. Ahora parecía soberbio y severo, tan distinto a su anterior naturaleza juguetona. La vigilaba como un halcón, casi como si no confiara en ella, o como si fuera una principiante en la que no se podía confiar para que cuidara de sí misma con propiedad. Deseaba llorar, salir corriendo y esconderse de nuevo, pero algo en ella se negaba a dejar a Barack en tal estado, con tantas heridas.

Syndil alzó la barbilla pero se negó a encontrar su mirada.

- Déjame sanarte ahora, Barack. Sólo me tomará unos pocos minutos.

Finalmente él la cogió del codo y la condujo lejos de los otros dos hombres. Julian y Darius les observaron alejarse. Julian bajó la vista al cuerpo del vampiro y después la alzó hacia Darius.

- Supongo que nos toca limpiar. - Dirigió las llamas hacia el no-muerto. Como siempre hacía cuando el vampiro destruido no era el antiguo al que buscaba, experimentó una profunda desilusión.

Pero esta vez no estaba solo. Desde el salón de concierto Desari le enviaba calidez, amor, su hermosa y fantasmal voz le arropaba y mantenía muy cerca de su corazón.

Darius se había asegurado de que estaban solos en el vestíbulo, manteniendo a los humanos alejados mientras Barack destruía al vampiro.

- Barack nunca antes había luchado con un no-muerto. Nunca había mostrado interés por la caza. Aunque llegó aquí antes que nosotros.

Julian asintió pensativamente.

- ¿Es realmente una sorpresa?

Darius encogió sus amplios hombros.

- Barack siempre se ha quedado cerca de Syndil. Con frecuencia la protege. Desde niños fueron inseparables. Últimamente, sin embargo, está tan traumatizada que no quiere que nadie se le acerque, ni siquiera Desari.

- Pasa demasiado tiempo en la forma del leopardo. No hay forma de que se recobre del trauma si no le hace frente. - Replicó Julian casualmente.

Darius asintió.

- No confía en ningún hombre. Parece un milagro que respondiera a tu llamada y nos ayudara a persuadir a Barack de que dejara al vampiro a su suerte. No le gusta estar cerca de ningún hombre.

- No creo que nadie pueda culparla. - Dijo Julian distraídamente. En realidad sentía la necesidad de estar con Desari. Podía tocar su mente a voluntad, ver lo que ella estaba viendo a través de sus ojos, mirar en su mente, pero todavía estaba intranquilo sin tenerla a la vista. Saber que Desari era tan vulnerable delante de tan enorme multitud sacaba lo peor de él. Su necesidad de protegerla era tan increíblemente fuerte. Se encontró oponiéndose a los primitivos instintos profundamente arraigados en él. Fue rápidamente a la sala de conciertos. Era tan hermosa, le robaba el aliento. Observó la forma en que se movía, gentil y fluida, deslizando las caderas, su largo pelo cayendo en cascada como olas de seda bajando por su espalda para rozar su esbelto cuerpo, dirigiendo la atención a sus curvas y huecos.

Librodot

Deseaba llevársela a la fuerza a algún lugar recóndito para siempre, fuera de peligro, lejos de ojos curiosos. Deseaba escuchar su voz por toda la eternidad y observarla sonreír e iluminarlo todo a su alrededor.

De inmediato, incluso en medio una suave risa en el micrófono, con aspecto de estar totalmente entregada a la multitud, sintió el roce de las yemas de sus dedos en la nuca, y llamas ardientes engulleron sus entrañas y tensaron sus músculos así que se quedó inmóvil, sorprendido por el poder que su toque tenía sobre él. Había pasado toda una eternidad sintiendo un agujero abierto y vacío en su misma alma, la poca compasión y gentileza que había experimentado alguna vez se había evaporado lentamente, perdida para él. Ella le había traído de vuelta sus emociones, la alegría de la vida. Siempre había pensado que podría resentirse por la necesidad de una compañera. Era un cazador solitario, disfrutando de los animales y la naturaleza más que de la compañía de otros. Pero ya no era así. Desari era un milagro para él.

Hubo un suave siseo en su mente, no por el vínculo mental común con el que se comunicaba la familia de Desari sino por uno privado, un nuevo encuentro de mentes. Poder. Autoridad. Hombre. Sólo podía ser Darius. Haber compartido sangre había forjado un vínculo, permitiendo a Darius comunicarse fácilmente con él a voluntad. *Deja de soñar. Tenemos trabajo que hacer. Mi hermana te tiene girando alrededor de su dedo meñique.*

Tomo nota de que no has podido evitar la peligrosa carrera que ha elegido. No fui yo el que permitió este sin sentido en primer lugar. Julian estaba más que feliz de señalar ese punto. Se movía por la sala atestado, sus sentidos extendidos para leer cualquier signo de peligro.

Son tus decisiones las que deberían guiarla ahora, replicó Darius.

No intentes encasquetarme a mí tus fallos. Me llevará mucho tiempo deshacer todo el daño que has hecho con tu permisiva guía. Tengo que trabajar lentamente, sin que ella lo note, liberarla de su loca convicción de que le está permitido tomar sus propias decisiones. Julian no pudo evitar que el humor crepitara en su voz. La última cosa que nadie podía hacer era tomarle el pelo sobre Desari. Ella no era una principiante para ser empujada de acá para allá por un hombre arrogante.

Barack volvió el escenario, con su largo pelo recogido hacia atrás en la nuca, su cara inmutable y apuesta, sus ropas inmaculadas. Julian sintió la presencia de Syndil en la sala, pero se había hecho invisible a los ojos de los humanos. Fue Barack, mirando severamente hacia una esquina del escenario, el que le señaló su localización a Julian. Barack obviamente la había arrastrado hasta allí. Julian podía decir que seguramente se negaba a actuar a menos que Syndil estuviera donde pudiera verla en todo momento. Estaba sentada al borde de la plataforma, ligeramente adelantada y a la derecha de Barack. Parecía tan triste, que Julian sintió una repuesta instantánea, deseando consolarla. Syndil parecía frágil y cansada, una figura liguera, casi aniñada. Barack debía haber exigido su presencia de tal modo que no había tenido más elección que obedecerle. Julian no podía culparle a él o a ninguno de los otros por su proteccionismo. Esta era una situación explosiva, una nada fácil de controlar. Proteger a dos mujeres entre una multitud tan grande de asesinos humanos, fans sobreexcitados y vampiros

era difícil. Necesitaban que las mujeres permanecieran juntas donde todos pudieran vigilarlas.

No somos niñas. Le recordó Desari, saludando ante la rugiente multitud. *Y Barack es demasiado duro con Syndil. Debería ser más amable con ella. Ella no provocó el ataque del vampiro sobre su persona.* Sonrió a la multitud, mostrando la famosa mueca sexy que parecía paralizar demasiados corazones para la paz mental de Julian. Su brazo saludó hacia atrás graciosamente, hacia los dos hombres de los Cárpatos que estaban sobre el escenario, incluyéndolos en la ovación.

Varias mujeres de la fila delantera gritaron y ondearon la mano hacia los dos guitarristas, una se tiró contra el cerco de guardias de seguridad, llamando a Barack y tirando un par de panties de seda rojos en su dirección. La ropa interior aterrizó casi en el regazo de Syndil. Ella la recogió con cuidado con la apunta del pulgar y el dedo índice, estudiándola durante un momento, después, sin ninguna expresión en absoluto en su cara, la tiró sobre el cuello de la guitarra de Barack. Para la audiencia, los panties rojos parecieron volar directamente en el aire hasta él. Rugieron con deleite, poniéndose en pie una vez más.

Syndil se levantó con su gracia casual y empezó a salir del escenario. Enseguida Barak se movió cortándole la retirada. Para la audiencia simplemente pareció como si se hubiera alejado de Dayan dándoles la espalda, balanceando las caderas provocativamente. Varias chicas chillaron más alto, intentando alcanzar el escenario. Barack tocó un solo de guitarra de varios acordes, la música aumentó, creciendo como una ola que corría a toda velocidad hacia la orilla, para después derrumbarse sobre la arena. La audiencia estaba electrificada por la intensidad, aunque la atención de todos los Cárpatos estaba en la escena que tenía lugar sobre el escenario entre el hombre y la mujer.

Syndil miraba fijamente a Barack, su cuerpo estaba rígido por la rabia. Sus ojos llameaban.

- No tienes derecho a decirme qué hacer y adónde ir. Como señalaste antes, no eres mi hermano. Darius es nuestro líder, y él no ha dicho que deba quedarme y observar como entretienes a estas adorables mujeres. - Ondeó una mano desdeñosa hacia el grupo de chicas estridentes.

- No me empujes esta vez, Syndil. - Advirtió Barack suavemente, un gruñido retumbó en las profundidades de su garganta. - No me importa lo que diga o no diga Darius. No saldrás de mi vista hasta que sepa que estás completamente a salvo. En esto me obedecerás.

Durante un momento Syndil le enfrentó en silenciosa rebelión. Era imposible adivinar lo que iba a decidir hacer.

- Por favor, Syndil. - Dijo Desari suave y persuasivamente. - Tenemos público. No le des a Barack ninguna razón para descubrirnos.

Syndil parpadeó una vez, sus largas pestañas abanicaron los altos pómulos. Sus enormes ojos se movieron sobre Barack con débil arrogancia. Se pasó su largo pelo sobre el hombro y se sentó por segunda vez, de espaldas a Barack. Hubo algo regio en la forma en que se colocó.

Barack terminó el solo de guitarra, su cuerpo se relajó una vez más, pero sus ojos permanecieron duros y vigilantes. Desari dedicó una rápida y aliviada sonrisa a Julian. La guitarra de Dayan se unió a la de Barack y la voz de Desari se remontó en el aire, poniendo a los espectadores a sus pies.

Librodot

Syndil empezó a golpear con un pie al ritmo de la música. Era enteramente involuntario, la primera vez que había respondido a su música desde el salvaje ataque. Siempre había sido musical, tocaba fácilmente cualquier instrumento que colocaran ante ella, normalmente el teclado y los tambores. El grupo había explicado su ausencia a los fans diciendo que se estaba tomando unas largas vacaciones y volvería pronto.

Desari suspiró interiormente, un pequeño suspiro de alivio. Era la primera señal en mucho tiempo de que Syndil podría encontrar una forma de volver a ellos, por sí misma. Quizás su amor por la música la traería de vuelta. Mientras su mente estaba en otra cosa, su voz continuaba manteniendo a la audiencia hipnotizada. Y súbitamente se le ocurrió que mientras que ella había tenido cerca a su familia durante toda su vida, Julian había estado siempre solo.

Ya no, dijo Julian, su voz un ronroneo acariciante. *Como ahora eres responsabilidad mía, supongo que no tengo más elección que ayudar a tu hermano a proteger y guiar esta panda de tontos. Lo que debería hacer es llevar a rastras su bonito traserito fuera de aquí. Las Montañas de los Cárpatos son nuestra tierra natal. Es allí a donde pertenecemos, no a aquí entre tantos mortales.* En verdad estaba empezando a gustarle sentir que pertenecía a una familia, que pertenecía a Desari.

Cariño. Ella susurró en su mente como la caricia de sus dedos recorriéndole la piel. Burlona. Amorosa. Su propio mundo privado.

Julian tragó con fuerza. Su cara era una máscara de indiferencia, lejana, sus ojos duros y vigilantes examinaban a la multitud implacablemente, aunque por dentro se derretía con la calidez que sólo ella podía producir en su interior.

14

Julian tomó la mano de Desari y se internó con ella en el bosque. El concierto había parecido interminable, y había habido tanta gente con la que hablar después de la actuación. Gente de buenas intenciones, reporteros, fans... demasiada gente para el gusto de Julian. Continuó durante la mayor parte de la noche. Ahora dejaría que la paz de las montañas y la brisa de la noche alejara los sonidos de la multitud y de tantos humanos empujando para acercarse a su compañera. No estaba completamente seguro de sobrevivir a esta vida si ella insistía en continuarla. Era tan ajeno a la naturaleza de un hombre del los Cárpatos permitir a tanta gente cerca de ella, aunque Desari daba por hecho que simplemente lo aceptaría.

- No lo hago, sabes. Nunca doy nada por hecho. - Protestó ella, compartiendo sus pensamientos. - Sé lo difícil que es esto para ti, y aprecio la forma en que me soportas a mí y mi elección.

Sus ojos se deslizaron sobre la sincera expresión de ella, arqueó las cejas ligeramente.

- ¿De veras? ¿Aprecias la forma en que soporto tu elección? - Pronunció las palabras suavemente, con un toque de risa en el fondo. - Y pareces tan perfectamente honesta y genuinamente ansiosa con esos ojos tan hermosos.

Ella apretó su mano alrededor de la de él.

- Soy completamente sincera, Julian. Sé que esto es duro para ti, pero verdaderamente es mi forma de vida.

- Este siglo, cara. Sólo por este siglo te lo permitiré.

Ella rió suavemente.

-¿Tú crees?

- Lo sé. Mi corazón no podría soportar la constante tensión de la preocupación. Tantos hombres babeando a tu alrededor y con pensamientos no tan puros. Hace que me rechinen los dientes. Y eso sin contar a los vampiros que parecen acecharte a ti y a la otra mujer a cada momento.

- Syndil. - Le corrigió Desari suavemente. - Su nombre es Syndil.

Julian oyó el reproche en su voz, sintió las lágrimas en su mente. Amaba a Syndil como a una hermana, la amaba y echaba de menos su camaradería. Incluso con Julian llenando su vida no podía evitar la pena por lo que había ocurrido. Quería a Syndil otra vez de vuelta, completa y recuperada. Ni siquiera su voz podía deshacer la brutalidad de lo que había hecho Savon. Syndil no aceptaría su ayuda. Desari se sentía inútil y sólo podía observar como Syndil parecía retirarse más y más dentro de sí misma.

Captó retazos de los recuerdos de Desari. Syndil riendo, con los ojos iluminados por la pura alegría de vivir. Syndil abrazándola con fuerza, susurrando tonterías femeninas después de que se hubieran burlado de Darius sólo por diversión. Los complots que había urdido para lograr unas pocas horas de libertad. Secretamente se reían de la rabia de Barack con Syndil y los sermones de Darius cuando eran capturadas. Habían estado juntas durante siglos, tan unidas, como sólo dos mujeres podían estar, sin ninguna otra amiga o confidente para compartir sus pensamientos más íntimos, sus miedos y alegrías. Julian inclinó la cabeza y frotó la barbilla con el sedoso pelo de Desari. La amaba.

Amor. Era una palabra tan pequeña, y la gente parecía usarla para todo. Para él era sagrada. Desari era alegría y luz. Verdad y belleza. Era amor en estado puro. Era el mundo y lo todo que debía ser. Se sentía completo y en paz con ella, incluso cuando le volvía loco. Le asombraba, su fresca confianza y tremendos dones. Por supuesto sus mujeres tendrían dones extraordinarios. ¿Por qué ninguno de ellos lo había comprendido? Habían sido tan arrogantes en sus creencias de que eran los hombres los tenían los poderes, aunque en realidad, los hombres sólo poseían poderes oscuros. ¿Cómo podían compararse a los dones que las mujeres traían a su mundo? Por un lado creaban la vida, pero obviamente tenían otras cosas que ofrecer, bendiciones de naturaleza y paz, dones de sanadoras más allá del alcance de los hombres.

Julian dejó escapar el aliento lentamente.

- Syndil estará completa de nuevo, piccola, completa y feliz una vez más. El tiempo puede sanar lo que otras cosas no pueden. Lo siento. Sé que ocurrirá. No continúes con tu pesar. Volverá a vosotros de una forma totalmente inesperada. No sé como lo sé, pero lo sé.

Los enormes ojos de ella buscaron en su cara antes de que las largas pestañas los ocultaran.

- ¿No lo dices sólo para aliviar mi mente?

- No suelo decir las cosas para aliviar la mente de nadie. Ya deberías conocerme mejor. Los compañeros no pueden contarse mentiras los unos a los otros. Busca la información en mi mente y sabrás que creo en lo que te digo. Y la llamaré Syndil cuando quieras que lo haga. Si deseas que sea una hermana para mí, entonces lo será.

- ¿Por qué nunca la llamas por su nombre?

Él se encogió de hombros con gracia fácil y casual, el ondeo de poder que daba por supuesto, la enorme fuerza a la que Desari se estaba empezando a habituar.

- Hábito. No solemos socializar con las mujeres no reclamadas de nuestra raza, y no las personalizamos. Es una protección para ambas partes. Cuando los hombres se acercan al final, no queremos que ninguno de ellos se apegue a ninguna de nuestras mujeres elegibles y quizás... - Se interrumpió, no deseando súbitamente expresarlo con palabras.

Desari se pasó una mano por el pelo.

- Atacarla. - Terminó por él. - Syndil no hizo nada para provocar a Savon. Sé que no lo hizo.

- Nunca se me ocurrió ni por un momento que hiciera tal cosa. Una mujer no tiene que hacer nada para seducir a un vampiro. El no-muerto es pervertido y grotesco, completamente malvado. En sus distorsionadas imaginaciones, creen que si encuentra a una mujer no reclamada, o quizás a una viuda, podrán encontrar su alma perdida. Eso no puede ser. Una vez eligen tal camino, es para toda la eternidad, hasta que uno de nuestros cazadores consigue destruirlos apropiadamente. La mayoría intentan por un tiempo buscar una pareja. Usan mujeres mortales y algunas veces son capaces de convertirlas sin matarlas. Pero las mujeres se vuelven locas y se alimentan de la sangre de los niños. Es una terrible carga ser obligado a destruir a tal criatura victimizada. Es el peor de nuestros trabajos. - Lo declaró como un hecho cierto, sin buscar simpatía.

La cabeza de ella rozó su hombro, sus cuerpos se acercaron mientras paseaban juntos a través del bosque, serpenteando sin rumbo fijo entre de los árboles y arbustos. Fue un pequeño gesto, pero el toque envió pequeñas ondas a través del cuerpo de él. Alejó su desasosiego. Ella le daba proporcionaba placer. Sólo estar cerca de ella le proporcionaba placer. Respirar su esencia le proporcionaba placer.

- Julian tú me provocas la misma sensación. - Le aseguró ella, complacida de ser capaz de levantarle el ánimo.

- Eres un milagro. - Dijo él. - No tienes ni idea de lo que significas para mí, lo que eres para mí, y nunca podré encontrar palabras para expresarlo.

Pero ella estaba en su mente. Podía sentir sus emociones, y la estaban abrumando. ¡Pensar cómo él pensaba en ella! Era un arma poderosa la que esgrimían los hombres de su raza. ¿Cómo podía una compañera rechazar el confort y amor de semejante hombre? Deseaba esto para Darius. Deseaba una mujer que le amara como ella amaba a Julian. Deseaba a alguien para Syndil, Barack y Dayan también.

Julian rió y le enroscó un brazo alrededor, colocándola bajo la protección de su hombro. Por supuesto que Desari pensaría en todos los demás, deseando que compartieran su alegría. Eso sólo lo hacía amarla más.

- Mira las estrellas esta noche, Desari. Manama por la noche habrá tormenta. La siento acercarse a nosotros. Pero estaba noche caminamos juntos a cielo abierto y tenemos tiempo para disfrutar de nosotros mismos.

- Casi está amaneciendo. - Le recordó ella, con una sonrisa arrastrada en su voz.

- Faltan algunas horas hasta el amanecer. - Replicó Julian. - Más que suficiente para terminar mi tarea.

- ¿Tienes una tarea? - Preguntó ella, sus ojos oscuros danzaban sobre él.

- Absolutamente. Tengo que convencerte completamente de que soy el único hombre al que desearás o necesitarás en toda tu vida.

- Mi vida puede ser bastante larga. - Señaló ella como advertencia.

- Siempre será mi primer deber en la vida asegurar tu seguridad todo el tiempo, cara mia. Quiero que vivas conmigo mucho tiempo.

Ella se volvió hacia él, su cuerpo se presionó cerca del suyo, sus brazos se deslizaron alrededor de su cuello.

- ¿Cuando tiempo es "mucho tiempo"? - Murmuró, sus dientes le mordisqueaban la fuerte línea de la mandíbula.

Los brazos de él la rodearon con firmeza mientras la alegría se deslizaba a través de su alma y una gigantesca ola de deseo le consumía. Julian inclinó la cabeza para encontrar su boca. La suave perfección. Fuego aterciopelado deslizándose sobre él, a través de él, electricidad arqueándose entre ellos, haciendo que las llamas danzaran sobre sus pieles y a través de sus cuerpos. Un gruñido bajo se escapó de su garganta, un suave sonido de posesión. Desari respondió acercándose incluso más a él, amoldando su pequeña forma con la de él.

Un sonido les interrumpió. Fue apenas discernible, el roce de pelaje contra una hoja, pero suficiente para provocar un gemido frustrado a Julian. Apoyó la frente contra la coronilla de ella.

- Esta unidad familiar me va a volver loco. No tenemos privacidad, piccola, para nada.

Ella rió suavemente con la misma frustración.

- Lo sé, Julian. Pero es uno de los pequeños sacrificios que tenemos que pagar por cuidar los unos de los otros. Nos ayudamos los unos a los otros a través de cualquier crisis.

- ¿Y quién va a ayudarme a *mí* a atravesar esta? Créeme, cara, definitivamente estoy sufriendo una crisis. Te necesito antes de empezar a volverme loco.

- Lo sé. A mí me pasa lo mismo. - Susurró ella, con los labios contra la comisura de la boca de él, burlándose, tentando. Había dolor en su voz, en respuesta al dolor de él. - Tendremos nuestro momento.

- Tendrá que ser pronto. - Gruñó él, diciéndola en serio. Había una carcajada oculta en ella, una que sentía en su mente, en su corazón. Encontraba humor en la situación aunque le deseaba con la misma urgente necesidad. Julian se encontró sonriendo a pesar de las demandas de su cuerpo. Había algo contagioso en la risa de Desari, ya fuera la de su mente o

la que producía en voz alta. Era alegría. Pura y simple. Había alegría en él ahora, donde antes no la había habido nunca nada.

Desari besó su dura mandíbula y su barbilla terca.

- No podemos abandonar a Syndil esta vez.

- Es bastante difícil ayudarla cuando se pasa todo el tiempo en forma de leopardo.

- Shh. No le pasa nada malo a su oído. - Alertó Desari, poniéndose de puntillas para besarle una ceja, frotando su ceño fruncido con la mejilla. - Si está dispuesta sólo por un momento a buscarme y hablarme como solíamos hacer, entonces debo estar ahí para ella.

- Bien. - Estuvo de acuerdo Julian a regañadientes. - Pero si es ese idiota de Barack con su mirada de perro de presa, dile que pase de largo.

- Se está pasando mucho estos días con su look bastante machista. - Señaló Desari. - Ha estado empeorando progresivamente desde que Savon atacó a Syndil. Se ha designado a sí mimo su guardaespaldas personal, y no es muy simpático en ese papel, Julian. - Añadió, sus ojos negros se iluminaron con una brillante idea. - Quizás deberías decirle que deje de ser tan mandón. Ella necesita que sea más amable.

Julian resopló de forma nada elegante.

- Como si eso pudiera ocurrir. Me niego absolutamente a interferir con nada que Barack decida hacer. Los hombres de los Cárpatos no hacemos semejantes cosas. Creemos que cada uno debe resolver sus asuntos sólo. Especialmente con todo lo que puede tener que ver con una mujer. Ahora que lo pienso, quizás debería marcharme y dejar que vosotras dos tuvierais una charla privada.

- Cobarde. - Susurró ella, mordisqueándole la oreja. - No vayas muy lejos, tengo una gran necesidad de ti.

La alta y musculosa forma de Julian brilló y se volvió transparente en el aire nocturno. Sonreía hacia ella, con esa pequeña sonrisa afectada que se le metía bajo la piel. Desari sintió que su corazón tomaba alas, se remontaba, incluso mientras él desaparecía, convirtiéndose en parte de la misma noche. Desari se volvió mientras el leopardo hembra irrumpía de los arbustos, cambiando de forma mientras lo hacía.

- Desari. - Dijo Syndil con un hilo de voz. - Me voy lejos. Necesito alejarme de estos hombres arrogantes. No quiero dejarte, pero es necesario.

Syndil esta trastornada. Desari la conocía muy bien, conocía cada matiz de su voz. Aunque, como siempre, Syndil se mostraba calmada y serena. Desari extendió una mano y cogió la de ella.

- Nunca antes te ha molestado que los hombres se golpeen el pecho como cavernícolas. Siempre nos hemos reído juntas de sus estupideces. ¿Por qué permites que te molesten ahora? Si Darius te ha molestado, yo misma hablaré con él.

Syndil se retiró impacientemente los largos mechones de pelo de la cara.

- No es Darius, aunque él ya es bastante malo. Y Dayan, también, vigilándome todo el tiempo. Pero al menos él no dice nada que me moleste. Barack, sin embargo, se cree que es mi jefe. Es grosero y abominable todo el tiempo. No quiero aguantar su arrogancia ni un momento más. - Agachó la cabeza para que la sedosa cayera su alrededor como una capa, escondiendo su expresión. - Niega que yo sea su hermana.

Desari sintió el dolor de Syndil. Barack la había herido realmente con su negativa. Habiendo sido una familia, tan unidos como una familia durante siglos. ¿Cómo podía Barack haberle dicho algo tan hiriente a Syndil? Desari tuvo una urgencia nada familiar de golpearle. Colocó un brazo protector alrededor de los hombros de Syndil.

- No sé por qué diría tal cosa pero ya sabes que no lo siente. Debía estar preocupado por ti y lo dijo esas cosas sin pensar.

- Cosas para castigarme porque cree que, de alguna forma, soy responsable de lo que hizo Savon. Quizás piensa que Darius debió matarme a mí en vez de a Savon. Siempre admiró a Savon; ya lo sabes. - Syndil se encogió de hombros dolorosamente, levantando la mirada al oscuro cielo. - Quién sabe, quizás hice algo inadvertidamente que provocó a Savon.

- ¡Absolutamente no! - Negó Desari inflexiblemente. - Tú no crees eso, Syndil, y tampoco nadie más. Julian dice que los hombres se convierten después de muchos siglos sin encontrar a su otra mitad. Dice que tienen elección, encontrar el amanecer o elegir perder sus almas. Obviamente Savon escogió esto último. No puedes, de ninguna forma, creer que eres responsable de nada de lo que ha estado ocurriendo a los hombres de nuestra raza durante cientos, incluso miles de años.

- Me tratan de forma distinta ahora, pero Barack es el peor.

- Syndil. - Dijo Desari gentilmente, con voz consoladora y gentil. - Tú *eres* diferente. Todos lo somos. Es un cambio que tenemos que superar como cualquier otro, pero como siempre, lo superaremos juntos. Barack puede estar pasando un momento difícil ajustándose a lo que te ha pasado. Puede incluso sentirse responsable. Quizás notó que Savon te alejaba de nosotros y no dijo nada. ¿Quién sabe? Creo que simplemente está intentando protegerte. Quizás se esté pasando un poco, pero puede que debamos cortarle un poco.

Las perfectas cejas de Syndil se arquearon.

- ¿Cortarle un poco? Él debería cortarse un poco conmigo. Tú no ves como es conmigo. Es grosero y autoritario, se pasa totalmente de la raya. Ni siquiera Darius me habla como él.

Desari suspiró y le pasó una mano por el pelo.

- ¿Quieres que hable con él, Syndil?

- No creo que sea necesario. Lo que dije lo dije en serio. Me tomaré unas vacaciones. Esta vez seguiré mi propio camino durante un tiempo. - La voz de Syndil era desafiante.

- Darius nunca te permitirá marchar sin protección. - Le recordó Desari gentilmente. - Enviará a uno de los hombres a cuidar de ti.

Un leopardo macho, enorme y bien musculado salió a campo abierto y saltó con casual facilidad sobre la rama baja de un árbol. Miró fijamente a las dos mujeres, sin parpadear, sus costados ondeaban con poder mientras respiraba con firmeza. Syndil miró al animal. Desari sacudió la cabeza.

Barack, tienes que dejar de empujarla con tanta fuerza. Va a huir si sigues así. Usó el vínculo mental común que compartían, intentado comunicar la desesperación que Syndil estaba sintiendo.

No se irá a ninguna parte sin el consentimiento de Darius. Y si él se lo da, de todas formas no habría ningún sitio al que pudiera irse a donde yo no la seguiría. Su voz era arrogante.

Sin advertencia, Julian brilló tenuemente hasta tomar una forma sólida junto a Desari, dejando caer un brazo protectoramente alrededor de sus hombros. Sus ojos, de oro fundido y llenos de amenaza, estaban fijos en el leopardo sobre ellos. La perturbación en la mente de Desari le había traído a su lado. En ese momento no había nada juguetón en él, sólo un duro e implacable guerrero formado por una vida despiadada.

No la ahuyentes lejos de nosotros, suplicó Desari, te lo suplico, *sé más amable con ella. Tú no entiendes lo que le ha ocurrido. Necesita tiempo para recobrarse.*

Entiendo mucho más de lo que crees, Desari. Ya no vive. Simplemente existe. No puedo permitir que esto continúe. Barack sonaba frío y distante.

Los ojos oscuros de Desari se llenaron de lágrimas. Enterró la cabeza en el hombro de Julian.

- Por favor, Syndil, no me dejes. Ahora no. Te necesito aquí conmigo. Todo es tan diferente.

Syndil reaccionó y tocó su mano.

- Si es así, entonces no conseguirá alejarme de mi propia familia. Soy lo suficientemente fuerte como para enfrentarme a él. - Miró al leopardo, que le devolvió la mirada sin pestañear. Acto seguido, saludando a Julian con la cabeza, se alejó de ellos, desapareciendo entre los árboles. El leopardo saltó de la rama sin hacer ruido y paseó tranquilamente tras ella.

Desari levantó la mirada hacia Julian.

- ¿Sabes lo intimidante que puedes llegar a ser cuando quieres? ¿Qué creías que iba a hacer Barack?

Él se encogió de hombro con su gracia casual.

- No importa, cara. No me gusta la forma en que te hizo sentir. Estos otros hombres parecen pensar que tienen derecho a interferir con vosotras las mujeres. Sólo tu hermano, como líder reconocido, tiene tal derecho y deber. Los otros no pueden hacer más que protegerte, como Barack ha intentado hacer con Syndil. Él no puede sermonearte. Eres mi compañera y respondes sólo ante mí y el Príncipe de nuestra gente. En tu caso, quizás también ante Darius. Pero no ante Dayan. Ni ante Barack. Sólo ante el líder y tu compañero.

Los ojos oscuros de ella llamearon.

- ¿Así que tengo que responder ante ti? - Su voz fue incluso más suave de lo normal, un volcán de terciopelo esperando entrar en erupción.

Julian se frotó el puente de la nariz, intentando no permitir que la sonrisa que crepitaba en su corazón se mostrara en su mente y su cara.

- Tanto como yo tengo que responder ante ti, mi compañera, y ante el Príncipe de nuestra gente.

Ella estudió la belleza casual de su cara durante largo tiempo. Le hacía gracia su explosión de feminismo, podía verlo con claridad, aunque sabiamente trataba de encubrirlo. Aunque apreciaba que a Julian le importara lo suficiente como para intentar ponerlos al mismo nivel. Cualesquiera que fueran las reglas que encontraba necesarias para su compañera, intentaba ser lo suficientemente justo como para colocarse él en el mismo lugar. Julian era en ciertas cosas un chovinista, como casi todos los hombres que había conocido, aunque él al menos intentaba hacer de su relación algo igualitario. Le cogió del brazo y deslizó la mano en el hueco del codo.

- Creo seriamente que estoy empezando a enamorarme de ti.

Su sonrisa fue pura arrogancia masculina. *Estás loca de amor por mí. Afróntalo, cara mia, sabes que no puedes resistirte a mí.*

El pequeño puño de ella le aporreó en medio del pecho.

- Cuando hablas así no puedo. Ocasionalmente creo que debo estar loca para aguantarte. "Loca de amor" no es la forma en que lo expresaría.

El brazo de él le rodeó la cintura.

- Seguro que si, piccola, si no fueras tan testaruda. - Julian inclinó la cabeza para enterrar su cabeza en la esbelta curva del cuello de ella. Adoraba su esencia. Olía tanto a limpio, a tentación. Bajo su boca errante, la lengua acariciante, sintió la corriente de vida que latía en sus venas llamándole.

Deliberadamente frotó la nariz contra su cuello, sus dientes rasparon hacia delante y atrás sobre la delicada piel, una tentación que envió escalofrías por la espina dorsal y causó un temblor que empezó profundamente dentro de ella.

Desari se acercó incluso más a él, su suave piel presionando invitadoramente.

- En realidad podemos estar solos si nos movemos lo bastante aprisa. - Su sonrisa fue francamente sexy, sus largas pestañas bajaron con una invitación.

Los brazos de Julian se apretaron casi hasta el punto de aplastarla, aunque la sostenía cuidadosamente para que pudiera sentir el poder de sus brazos pero sabiendo que él la protegería de magulladuras. Adoraba como la hacía sentir tan femenina, valiosa y apreciada, mientras no tomaba nada de ella.

- ¿Por qué te deseo tanto? - Susurró contra su oído. - ¿Por qué me siento tan ardiente por una necesidad que es mucho más que deseo?

La risa baja de él fue toda satisfacción masculina.

- Porque soy increíblemente sexy. - Se estaba elevando de la tierra llevándola con él mientras a su alrededor la noche los envolvía con brazos amorosos. El viento sopló rozando la cara de Desari, así que se enterró contra el pecho de él, con los brazos enroscados alrededor de su cuello.

- Puede que sea verdad, arrogante. - Concedió ella con un suave ronroneo de terciopelo que le convirtió las entrañas en lava fundida. - pero es más que eso. Mi piel no puede soportar estar lejos de la tuya. Mi mente busca la tuya. Mi corazón y pulmones lo hacen también. Por dentro ardo por nuestra unión. Crece más fuerte a cada momento que pasa. ¿Por qué?

- Somos compañeros. - Respondió él seriamente, sus manos empezaron una lenta exploración de la espalda incluso mientras flotaban en el aire. - Conoces esta zona mucho mejor que yo, muéstrame una imagen que nos guíe a donde no podamos ser molestados.

Hubo una gravedad en el filo de su voz que hizo que su corazón se sobresaltara, como si también él estuviera tan impaciente por su unión que no podía esperar mucho más.

Automáticamente recurrió a sus recuerdos de la zona y sus lugares de descanso privados en las profundidades de las montañas. Su piel estaba tan sensible que apenas podía evitar arrancarse la ropa que se rozaba incómodamente contra ella, evitando que sintiera la piel de él se presionara firmemente contra la suya.

- Los compañeros están tan unidos, cara, que deben compartir sus cuerpos y mentes con frecuencia. Es necesario cuando nuestras almas y corazones están tan conectados. Las dos mitades de un mismo todo deben estar juntas con mucha frecuencia o las demandas se vuelven tan grandes que se hacen incontrolables. - Había recogido la información que necesitaba de la mente de ella y descendía desde la misma cima de la montaña pasando a través de una estrecha hendidura apenas discernible para el ojo incluso desde arriba.

El alivio de ambos fue tremendo. Vivir con su familia formaba tan parte de Desari como respirar, pero las ganas de estar a solas con Julian eran abrumadoras. Levantó la cabeza incluso antes de que empezaran a descender a través del pasaje que se hundía con las regiones internas del adormecido volcán. Su mundo. Su casa.

Su boca encontró la de él ciegamente. Las ropas simplemente desaparecieron, el remolino completamente desenfrenado de sus cuerpos continuó volando a través del canal. Al momento una de las manos de Julian se movió para acunar el trasero de ella en la palma, urgiendo su cuerpo hacia el de él.

Desari rió suavemente, sin respiración, el calor del interior de la montaña se mezclaba con el fuego que ardía en su cuerpo. Le deseaba justo en ese momento, mientras se movían a través del aire en un lánguido paseo.

- No podemos hacer esto, ¿verdad? - Le preguntó ella, su lengua acarició el pulso que latía en el cuello de él. Todo su cuerpo se tensó en reacción, de forma que no pudo evitar hacerlo de nuevo, el roce erótico de sus dientes añadido a la tentación de su piel desnuda contra él. Los pechos llenos, doloridos por la necesidad, empujando tentadoramente contra su pecho, y ella presionando invitadoramente la ardiente y cremosa entrada contra su abdomen.

Julian gimió en voz alta, sus manos la elevaron sobre la gruesa evidencia de su deseo.

- Hazlo Desari, ahora mismo. - Susurró roncamente mientras empezaba a bajarla sobre él, colocándosela como un guante de terciopelo. - No me tientes, cara mia. Déjame sentir mi sangre fluyendo en tu interior mientras tomo lo que tan desesperadamente necesito.

Su poder sobre él era sobrecogedor. Tener a este hombre de los Cárpatos con su enorme fuerza, con todas sus capacidades y habilidades, tan completamente enamorado, tan necesitado de ella, tan desvalido. Le lamió gentilmente el hombro, dibujando un rastro de fuego sobre los músculos de su cuello para encontrar el pulso fuerte y firme. Él gimió suavemente desde las profundidades de su garganta mientras ella dejaba que los dientes se introdujeran en su piel.

¡Desari! Su nombre fue una súplica de piedad.

Se movían pausadamente ahora, Desari era apenas consciente de que estaban todavía flotando a través del pasadizo. Podía sentir su cuerpo invadiendo el de ella con exquisita lentitud. Julian sentía su apretada y fiera vaina rodeándole, ajustándose a su pesadez, apretándole con músculos fuertes haciéndole rechinar los dientes para mantener un vestigio de control. Entonces los dientes se le hundieron en el cuello, enviando un golpe de relámpago azul cruzando velozmente su cuerpo, estrellándole en el interior de tal éxtasis sexual que no tuvo más recurso que introducirse en ella con

fuertes y seguras estocadas, empujando decisivamente para entrar en la mente de ella y compartir sus eróticos pensamientos, sus emociones y el puro y apasionado placer que su cuerpo le estaba proporcionando. Sintió la pura alegría de ella, sin censura, alegría por compartir sus mentes y corazones, sus cuerpos y almas, en la especia de la sangre que fluía como el más fino de los vinos dentro de ella. El pelo de Desari caía alrededor de ellos como una cascada de pelo de ébano, rozando sus pieles sensibles como un millón de dedos acariciantes. Sabía salvaje e indomable, una erótica muestra de animal y hombre. Julian podía saborear la misma esencia de su propia vida a través de ella, y era lo más erótico que hubiera conocido nunca. Revoloteaban en aire, apareándose salvajemente, Julian se zambullía en ella una y otra vez, sujetando su cuerpo exactamente donde quería, exactamente donde necesitaba que estuviera para que esa fricción creciera más y más ferozmente ardiente, y la atrapara casi hasta el punto del dolor.

Desari cerró las diminutas heridas del pecho de él con una lenta y perezosa pasada de su lengua claramente diseñada para conducirle a la locura. Echó la cabeza hacia atrás, exponiendo la garganta en una clara invitación para él. Sus brazos le rodearon el cuello, y empezó a mover las caderas, montándole casi implacablemente al mismo paso rápido que había utilizado él. Parecía tan hermosa, sus ojos oscuros le miraban con pasión y su boca era una tentación exuberante imposible de ignorar.

La boca de Julian vagó hacia abajo por la satinada piel, entre los suaves montículos de los pechos, el aliento se le quedó atascado en la garganta, en la garganta de ella, jadeando de placer. Una pequeño sonido escapó, un grito de deseo. Desari se arqueó hacia él incluso mientras con sus caderas igualaba el frenético ritmo. Deseaba que el látigo del relámpago la atravesara, haciéndola arder en llamas. Su lengua le acariciaba la piel, la curva de sus pechos; sus dientes atormentaban un pezón erecto gentilmente mientras su cuerpo la reclamaba con una fiera posesividad de la que nunca se había creído capaz.

- Julian. - Susurró Desari en medio de la agonía de la anticipación, la tentación de una sirena, su melodiosa voz enviaba estremecimientos de placer a lo largo de su espina dorsal - Puedo arder antes de que terminemos.

Él le respondió como sólo un compañero podía, hundiendo sus dientes en el pulso que latía tan frenéticamente sobre su seno. Ella gritó y se aferró a él con más fuerza mientras el calor se abría paso en su piel. Increíblemente las caderas de él empujaron hacia su interior con más fuerza, sus manos la sostenían inmóvil mientras se hundía profundamente. La sensación de su cuerpo enroscándose y aferrándole más y más fuerte, siguió y siguió hasta que ya no pudo pensar. Sólo existía la sensación, sólo el placer, sólo el erótico sabor de ella. Una piel, un corazón y un alma. Sobrevolaban juntos el tiempo y el espacio, y seguiría por toda la eternidad. ¡Cómo la amaba! ¡Cómo la necesitaba! Le hacía vivir después de siglos de tan yerma existencia, y apenas podía creer que su felicidad duraría. Sentía que en cualquier momento podría escapársele entre los dedos. Y sabía que entonces sería más peligroso de lo que había sido nunca en su vida.

Saboreó su sabor, la combinación de sus esencias, le estaba conduciendo al éxtasis. Podía sentirla a su alrededor, los músculos aterciopelados ondeando con fuerza, mientras gritaba hasta la misma cima

de la montaña. La intensidad del clímax compartido les lanzó a través del pasadizo, sobre las colinas y barreras del tiempo y el espacio.

Se pegó a él mientras se daba un festín, mientras su cuerpo permanecía fijado al de ella. El suave suspiro de total aceptación de Desari le sacó de su estupor, donde sólo había placer, solo sensaciones fuera de control. Ese suspiro le trajo de vuelta aquí y ahora. La cabeza de Desari se apoyaba en su hombro, sus largas pestañas le reposaban sobre las mejillas. Parecía pálida más allá de lo imaginable, su piel casi traslúcida.

Julian maldijo mientras cerraba impacientemente las pequeñas heridas del pecho de ella. Las palmas de sus manos le echaron hacia atrás el pelo apartándoselo de la cara.

- Desari. Mírame, piccola. Abre los ojos. - Fue claramente una orden, entregada con una voz llena de compulsión, llena de desnuda preocupación.

Ella sonrió adormecida, apoyándose en él para que soportara su peso.

- Debes alimentarte, cara. He tomado de demasiada sangre en mi hambre insaciable. Es imperdonable que no haya tenido cuidado incluso en medio de la niebla de semejante pasión. No tengo excusa, mi amor, pero debes beber. - Le presionó la boca contra su pecho desnudo. La cabeza de Desari no se mantenía erguida. Murmuró algo ininteligible, un murmullo de amor. Julian los llevó a ambos a salvo hasta tierra y gentilmente desenlazó sus cuerpos. La protesta de ella no fue más que un leve ceño fruncido que cruzó sus oscuras cejas, un débil puchero en sus labios, más que algo verbal. Julian se maldijo a sí mismo y su absoluta falta de control una vez más. No había censura en la mente de ella o en su corazón. Aceptaba el lado animal de su naturaleza tanto como el lado Cárpato. Había tomado mucha más sangre de la que debía, indulgente en su pasión con el precio que pagaría la fortaleza de ella. Julian la acunó entre sus fuertes brazos, dejando un beso en la comisura de su boca. *Óyeme, piccola, amor de mi vida. He tomado mucho de ti. Debes reemplazarlo que lo que te doy.* Esta vez no fue una súplica; fue una fuerte y deliberada orden, una compulsión mente a mente enviada por un hombre de su especie con tremendos poderes. No lo pensó, simplemente dio la orden para asegurar la salud y seguridad de ella. Julian se abrió una herida en los pesados músculos del pecho y presionó la boca de ella firmemente hacia él.

Estaba enfadado consigo mismo, enfadado por haber sido tan egoísta en su pasión. ¿Había pasado tanto tiempo entre animales que había olvidado como debía comportarse un hombre? Era más una bestia que un ser civilizado. Sus recién encontradas emociones eran demasiado difíciles de manejar que el más poderoso de los no-muertos que había vencido alguna vez. Las reglas de una batalla eran siempre claras para él, aunque ahora sus emociones se entrometían para hacer polvo su control. Notaba un nudo en las entrañas, no deseaba herir los sentimientos de ella o hacer algo equivocado que pudiera hacer que pensara mal de él. Constantemente se encontraba en guerra con sus propios instintos. Deseaba llevársela arrastras y mantenerla a salvo todo el tiempo y para toda la eternidad.

Julian descansó la cabeza sobre la de ella.

- Parece que necesito mantenerte a salvo de tu propio compañero.

Desari se movió inquieta entre sus brazos incluso mientras se alimentaba bajo su hipnótica orden. Profundamente inmersa en los efectos de la compulsión sentía la ferocidad de la furia contra sí mismo por lo que

consideraba su abusiva naturaleza. Le envió su más cálido amor. Se las arregló para proyectar una amable sonrisa formándose en su mente para compartirla con él, los profundos sentimientos que ya había desarrollado por él. Fue asombroso para Julian que ya fuera tan parte de él que pudiera sentir la profundidad de su rabia consigo mismo y buscar como consolarle.

Y de algún modo se las había arreglado para hacerlo. Se estaba calmando y aceptando su naturaleza. Era lo que era; nunca podría cambiar eso. Ni siquiera estaba seguro de querer hacerlo si pudiera. Desari había visto sus cualidades y le permitió verlas en sí mismo a través de sus ojos. Era otro regalo majestuoso que le ofrecía, y lo atesoraría siempre. Estaba comprendiendo rápidamente por qué los hombres de su raza necesitaban tan desesperadamente el equilibrio que proporcionaba una compañera. Sus mujeres traían luz y compasión a su oscuridad interior.

Julian levantó la cabeza y la estudió cuidadosamente, buscando en su cara signos de recuperación. El color corría bajo su piel, una coloración mucho más saludable. Con un suspiro, le permitió despertar lentamente. Sus brazos la acunaron protectora.

- Lo siento, cara. Debería haberme contenido mucho más al poseerte.

La mano de ella le rozó la garganta, enviando un calor que le recorrió entero, una sensación de amorosa aceptación que nunca había conocido. Su sonrisa le encogía el corazón.

- Eres mi amor, Julian. Nunca me harías daño. Lo sé con tanta seguridad como sé que yo sería incapaz de hacerte daño a ti. Estaba bastante satisfecha, por si tienes que oírmelo decir, aunque sospecho que sabes que me diste más placer del que pude haber imaginado nunca antes.

Él le acarició el pelo, con ojos como oro fundido.

- Quiero algo más que darte placer, quiero compartir algo hermoso más allá de lo imaginable, y eso no puedo hacerlo si no controlo mi deseo por ti. - Su expresión era infinitamente tierna mientras estudiaba su cara.

Desari no pudo respirar durante un momento. Julian Savage era un hombre hermoso entre los de su especie, pero siempre parecía tan remoto y bastante duro. No podía creer que estuviera viendo ahora tanta ternura en las profundidades de sus ojos, en la curva de su boca, en el toque de sus manos.

- ¿Crees que te cambiaría por alguien más gentil? - Preguntó ella muy suavemente.

Los ojos de él se cerraron durante un momento para esconder el dolor que aquellas palabras le causaban.

- Tú no puedes elegir quien es tu compañero, los dos lo sabemos, Desari. Si hubieras podido, quizás hubieras deseado a alguien muy distinto a mí.

La sonrisa de ella le robó el aire.

- Creo en Dios, Julian. Siempre he creído. Viviendo durante siglos como hacemos nosotros, he sido testigo de muchas maravillas, cosas milagrosas que son obra suya. Creo que tú y yo fuimos creados como dos mitades de un mismo todo. No tenía ni idea de esto hasta que te conocí, pero ahora estoy convencida. Nunca querría a otro, nunca encajaría con otro. Puedo sentir que estamos bien juntos, y no creo que Dios uniera a dos criaturas que no se acomodaran la una a la otra. - Frotó el ceño fruncido en la cara de él con la yema del pulgar. - Encuentro tu entusiasmo por mí muy

sexy, Julian. Puedes desearme así siempre que quieras. - Su sonrisa fue la tentación acuciante de una sirena.

Sin esfuerzo alguno la cambió de posición entre sus brazos para poder presionarla contra su corazón, y se encontró respirando de nuevo después de contener el aliento.

- No quiero estar nunca sin ti, Desari. - Admitió suavemente. Las palabras salieron desgarrando su corazón; las sintió salir de su cuerpo; sintió la verdad en ellas.

Ella le enredó los brazos alrededor del cuello, encantada de sentir el largo pelo rubio contra su piel.

- No espero que permitas nunca que nos separemos. Cuento con eso, compañero. Ahora deja de hablar y encuéntranos un lugar para descansar esta noche. Mañana viajaremos a Konocti en el autobús con los otros. Ellos permanecerán en el campamento que establecimos esta noche. - Una débil mueca curvó su suave boca. - Es decir, si el autobús funciona en realidad. Es una vergüenza que ninguno de nosotros tenga habilidades mecánicas. He leído el manual de propietario, y lo encontré demasiado aburrido.

- No necesitamos habilidades mecánicas. - Le recordó Julian mientras se daba la vuelta, llevándola con él como si su peso no fuera más que una pluma. - Tenemos otras formas de viajar, con nuestro propio poder.

- Si queremos mezclarnos con el resto del mundo. - Señaló ella. - No podemos viajar más que en máquinas mortales.

- Es mucho más rápido viajar de nuestro modo, a través de tiempo y el espacio.

Ella rió suavemente, el sonido un ronco soplo de terciopelo terminó derramándose sobre él, en él, así supo Julian lo que significaba la alegría. Era la risa de una mujer, su sonrisa, el brillo de sus ojos.

- Es ciertamente menos frustrante convocar simplemente el viento e ir a donde deseamos sin seguir esas interminables líneas de las autopistas. - Acordó ella.

Tomó el túnel de entrada de la derecha, sacando las instrucciones de la mente de ella. El camino se abría casi inmediatamente a una amplia cámara. Al momento ondeó una mano para abrir la tierra.

- El amanecer ha llegado, cara, y pasaría un rato más divirtiéndome en tu compañía, pero tienes que actuar delante de mucha gente, y estás cansada.

- No importa, Julian. - Le dijo ella. - Me gusta bastante la forma que paso el rato conmigo. - Se presionó más cerca, sus senos desnudos contra el pecho desnudo de él. La respuesta fue un beso lento y tierno, una gentil exploración.

- Esta es mi única razón de existir. Tu bienestar está por encima de todo, incluso de nuestro placer. La próxima noche tendremos más tiempo para pasar juntos. Este amanecer debemos descansar.

Ella intentó mantener la diversión apartada de su mente. Era tan positivo para él dar una orden.

- Por supuesto, Julian. - Murmuró suavemente, sus largas pestañas aletearon para cubrirle los ojos oscuros. Su cuerpo se movió inquieto contra el de él, sus pechos se apretaron contra los fuertes músculos de su pecho. - Si tu dices que no podemos, entonces debo estar de acuerdo contigo, pero lamento oír eso. - Sus manos se movían sobre el trasero de Julian, sus

dedos dibujaban los músculos torneados. Los dedos se movieron hacia las caderas, acariciando los muslos, abriéndose paso para acunar el peso de su ardiente deseo en la palma de sus manos. - Haré lo que digas, compañero, si eso te place. - Su boca bajó por la garganta y el pecho de él, siguiendo una senda de pelo dorado hasta los tensos músculos del estómago.

Bajo los dedos acariciantes, el cuerpo de él se creció y endureció en respuesta, sus entrañas se tensaron por la pasión, y el aliento pareció abandonarle de golpe.

- Deliberadamente estás poniendo a prueba mi resolución, piccola, y estoy fracasando en la prueba miserablemente.

- Eso es exactamente lo que quiero oír. - Respondió ella complaciente, con la cabeza ya ocupada en asuntos muchos más interesantes.

15

El autobús claudicaba, el motor escupía y tosía, con más y más dificultad a cada milla que pasaba, dejando finos rastros de humo oscuro. Incluso el aire dentro del vehículo pareció espesarse, haciendo difícil respirar. Los dos leopardos gruñían inquietos de cuando en cuando, la punta de sus colas se retorcía en protesta.

Toda esta experiencia estaba volviendo a Julian muy cauto. Se sentía inquieto por la proximidad de tanta gente de su raza. Los leopardos tenían que ser vigilados y controlados. Eran de temperamento rápido e inconstante e incluso entre los Cárpatos eran bastante capaces de hacer un gran daño si se irritaban por lo confinado del espacio. En cualquier caso, Julian sentía una perturbación en la balanza de poder que le rodeaba y sabía que los otros hombres también eran conscientes de ellos. Las reducidas dimensiones del autobús le producían la sensación de estar atrapados, aunque podía disolverse fácilmente en moléculas y flotar a través de la ventana abierta si así lo deseara. La inquietud de los hombres estaba afectando a los animales, haciéndolo a todos más difícil controlar sus naturalezas salvajes. Darius había malgastado una preciosa energía manteniendo a raya a los felinos. Julian sacudió la cabeza ante la locura de la forma de vivir de esta unidad familiar.

Desari tamborileaba impaciente con los dedos sobre el respaldo de su asiento, deseando patear a su hermano. Al ambiente entero del interior del autobús era de intensa frustración. Darius había insistido en que viajaran todos juntos, dejando los otros vehículos en el campamento. Era incómodo por decir algo. Quería estar a solas con Julian, y sabía que él no estaba acostumbrado a estar tan confinado en compañía de otros. Estaría odiando esto.

Darius miró a su hermana sólo una vez, sus ojos negros estaban vacíos.

- No tengo que dar explicaciones. - Le recordó tranquilamente. No le importaba para nada la perturbación que flotaba en el aire. Uno de su raza

estaba cerca, pero era uno que hacía ya largo tiempo que había elegido renunciar al honor, a su propia alma, por unos pocos momentos de intensidad durante el asesinato. Darius sabía también que el enemigo estaba demasiado cerca para evitar una confrontación, y las mujeres eran el objetivo. Todos ellos lo sabían. Desari también necesitaba más tiempo para estar a solas con Julian. La pareja necesitaba espacio para conocerse mejor el uno al otro. Darius vigilaba a Julian muy de cerca. Respetaba al compañero de su hermana, su fuerza casual, la forma en que prefería mantener a Desari feliz a costa de su propia comodidad.

El grupo había pasado bastante tiempo intentando la difícil tarea de remendar sus tambaleantes vehículos otra vez a fin de disponer de algo de tiempo para llegar a Konocti para el próximo concierto. A Darius le gustaba llegar al lugar del concierto un día antes de tiempo, para explorar los alrededores y asegurarse de que la seguridad era la adecuada. El equilibro de poder había sido destruido, y el aire gemía a causa de la presencia del mal. Todos podían olerlo en el hedor de un fuego reciente, el humo y el olor atrapados en el lugar por la ausencia de la brisa. Esta vez, al menos, estarían en un territorio familiar.

Konocti era el lugar de actuación favorito de Desari. Era un espacio pequeño y más personal que los enormes estadios que normalmente reservaba para cantar. A Desari también le gustaba el área, formada por volcanes que escondían charcos humeantes y relucientes diamantes esparcidos aquí y allí. Hacía mucho tiempo habían establecido varios refugios para cada uno de ellos y podían incluso tener una semejanza de privacidad frente a los otros.

- ¡Para el autobús, Dayan! - Fue Syndil la que gritó de repente, con urgencia en la voz. - Toma la pequeña carretera junto a ese lugar.

- No tenemos toda la noche. - Gruñó Barack sin levantar la mirada. - Se supone que tenemos que encontrarnos con los de seguridad, y, como siempre, llegamos tarde. Dayan, sigue conduciendo.

La esbelta forma de Syndil empezó a brillar. Desari jadeó ante la acción. Syndil raramente desafiaba a los hombres, aun así se estaba disolviendo en la niebla, decidida a filtrarse a través de la ventana abierta hasta el oscuro cielo.

Barack extendió la mano casualmente, una acción engañosamente perezosa aún cuando se mano era ya en realidad un borrón de velocidad. Capturó el largo pelo de Syndil antes de que esta pudiera desaparecer completamente.

- No lo creo, Syndil. No has explorado o habrías sentido los espacios en blanco en la oscuridad que sólo pueden significar una cosa. Hay peligro muy cerca de nosotros.

Un pequeño sonido escapó de la garganta de Syndil mientras reaparecía en su forma sólida.

- ¿No oyes llorar a la tierra llamándome? No puedo hacer otra cosa que responder. - Replicó ella suavemente. - Los espacios en blanco no significan nada para mí. El peligro no significa nada cuando la tierra me llama. Esas cosas son para ti y los otros hombres.

Barack enrolló el manojo de pelo sedoso alrededor de su muñeca.

- Yo sólo sé que te estas poniendo en peligro, y no estoy seguro de si mi corazón puede soportarlo dos veces en dos noches consecutivas.

- En mi cabeza oigo el lamento de la tierra herida, los árboles quemados. No puedo continuar sin ayudar a lo que se está muriendo. Debo ir. - Dijo Syndil. - Es lo que soy, Barack. - Poco importaba para ella lo que dijeran los demás esta vez. No podía hacer otra cosa que sanar la tierra cuando estaba clamando de dolor por ella.

Dayan suspiró suavemente, un poco impotentemente, y, con obvia reluctancia, accedió a su demanda, lentamente giró para entrar en la polvorienta carretera que conducía al interior de las montañas. Parecía ser un viejo camino forestal. Barack estaba tranquilamente sentado, no volvió a protestar, pero no soltó el pelo de Syndil, asegurándose de que no corría directamente a meterse en problemas. El autobús cogió una curva, y Desari contempló con horror la vista. El lado oeste de la montaña era una ruina ennegrecida. Dayan desaceleró lentamente el autobús junto a la carretera y empezó a detenerlo completamente. No tuvo más elección. Syndil se había puesto en pie, ignorando la mano inhibidora de Barack. El hombre de los Cárpatos suspiró y se levantó con ella, reluctantemente permitió que el pelo se deslizara de su muñeca. Desari observó a Syndil empujar la puerta de autobús para abrirla. Su cara reflejaba la misma profunda pena que Desari había presenciado cada vez que Syndil encontraba la tierra dañada en algún lugar.

Julian se puso en pie, con el ceño fruncido. No le gustaban los espacios en blanco en la zona que les rodeaba. Miró uno a uno a todos los hombres, ultrajado porque pudieran permitir que una de sus preciosas mujeres se colocara en campo abierto cuando estaba tan claramente amenazaba. Desari le tocó ligeramente, una advertencia de que se quedara callado. Él cambió la mirada la pequeña mano que le retenía a Darius. Como siempre, la expresión del hombre era imposible de leer. Darius estaba buscando fuera de sí mismo, obviamente buscando cualquier cosa que pudiera amenazar a su familia. Estaba ahí fuera. Lo sentía. Todos los hombres lo sentían, aunque ninguno parecía querer detener a Syndil.

Barack tomó la iniciativa, como siempre hacía últimamente en todo lo que concernía a Syndil. Se encogió de hombros con su fácil y fluida gracia y elocuentemente se paseó descuidadamente tras ella. Ella ya se movía a través del retorcido y chamuscado suelo, sus manos ondeaban en un extraño pero fascinante patrón en el aire inmóvil. Miró sobre el hombro hacia Barack, con un leve ceño en la cara.

-¿Oyes eso, Barack? La tierra está gritando de dolor. Este fuego fue prendido deliberadamente por alguien malvado. - La voz de Syndil fue suave y gentil, un simple susurro, aunque todos ellos, con su fino oído, pudieron entenderla claramente.

- Malvado como... - La advirtió Barack.

- No un pirómano. Ni tampoco un humano. - Ya había vuelto su atención a los árboles y la tierra ennegrecidos, descartando la fuente como algo poco importante para ella. Si los hombres deseaban tratar con tan terrible ser, ese era su derecho y privilegio. Ella era de la tierra, era parte de ella, como seguramente la tierra era parte de Syndil. Amaba la tierra, los árboles y montañas. Toda la naturaleza cantaba para ella, envolviéndola en sus amorosos brazos. Era tan necesario para ella como respirar. Nadie podía haber evitado que fuera a ayudar a su amada tierra.

Julian la observó inclinarse y tocar emocionada el terreno chamuscado con dedos acariciantes. Juraría que la tierra se movió alrededor y sobre la mano, deseando el contacto con ella. Se encontró conteniendo el aliento, sorprendido por lo que estaba presenciando. Mientras el don de Desari era su voz, el de Syndil evidentemente era muy diferente. Tenía una profunda afinidad con la tierra misma, podía curar lo que estaba enfermo y dañado. Julian se dirigió a la puerta de autobús y observó la reverencia con que sus manos se enterraban profundamente en la tierra ennegrecida, ondeando el mismo hermoso e intrincado patrón bajo la tierra de forma que sobre el suelo la tierra se ondeó y empezó a formar una espiral que se ampliaba más y más.

Julian salió del autobús y se colocó a un lado, cuidando de permanecer fuera del camino de Syndil. Desari enlazó sus dedos firmemente con los de su compañero. Darius y Dayan estaba desplegándose como siempre hacían, guardando el perímetro, con la atención puesta en los cielos sobre ellos y los árboles que los rodeaban. Algo estaba allí afuera, algo que había colocado una trampa, algo malvado que sabía que Syndil no sería capaz de resistir el aullido de la tierra.

Una parte de Julian no podía dejar de proteger a Desari de los otros hombres ni siquiera por un momento. Así que permaneció a su lado y simplemente observó a Syndil, fascinado por el círculo en espiral de riqueza que se extendía y crecía. El color del suelo mismo estaba empezando a cambiar lentamente a un rico, fértil y profundo negro en vez del chamuscado gris que había sido antes. Fue consciente de que Syndil canturreaba en la lengua ancestral. Era melodioso y hermoso, las palabras eran una oda a la tierra, la esencia de la tierra. Él entendía la lengua ancestral, pensaba que había oído cada poema, cada lírica, cada arte sanador que había. Aunque este canto era completamente nuevo para él. Interpretó fácilmente las palabras, encontrándolas misteriosamente consoladoras, aunque alegres. Hablaban de renacimiento, de verdor, y brillo intenso, de lluvia plateada. De árboles altos y exuberante vegetación. Se encontró sonriendo sin razón. Syndil nunca le había parecido tan hermosa. Brillaba. Rayos de luz la rodeaban por todas partes. Desari le deslizó un brazo alrededor de la cintura.

- ¿No es tal y como dije? Magnífica. Syndil puede sanar las peores cicatrices de la tierra. Todo crece para ella. Estoy tan orgullosa de sus habilidades cuando la veo así. Todo en la naturaleza le responde. Aunque puede ser duro para ella, pero de toma el dolor de lo que destruyó el bosque, la tierra.

- Nuestras mujeres son auténticos milagros. - Dijo Julian suavemente, más para sí mismo que para ella. Ninguno de los suyos sabía esto. Ni uno sólo de los hombres de los Cárpatos vivios había conocido a una mujer lo suficientemente antigua como para tener dones semejantes a los que Desari y Syndil desplegaban. Las mujeres que quedaban eran milagrosas por la luz y compasión que traían a la oscuridad del hombre, pero eran demasiado jóvenes, simples principiantes, para haber desarrollado sus propios poderes.

Bajó la vista hacia Desari. Ella le miraba con inconfundible amor brillando en sus ojos. Su corazón pareció detenerse. El aliento se atascó en sus pulmones. Era hermosa más allá de cualquier cosa de la que hubiera sido testigo en sus siglos de vida. Cuando parecía mirarle así, sentía algo

cercano al terror, algo que nunca había experimentado antes. Había enfrentado experiencias con vampiros numerosas veces, había luchado en guerras, había sufrido graves heridas a las que había de algún modo sobrevivido, aunque nunca había sentido un temor como el actual. Ahora nunca parecía abandonarle.

El último amanecer había estado ahí; esta noche lo estaba incluso más. Era el precio que debía pagarse por la felicidad: el terror a perderla.

- Las mujeres deberían ser guardadas bajo llave y fuera de la vista. - Gruñó, sintiéndolo a medias.

Desari le frotó el brazo en un gesto tranquilizador.

- He sobrevivido muchos siglos, Julian, y pretendo sobrevivir muchos más. No puedo imaginar por qué estaría en mayor peligro ahora que me he unido a ti que cuando mi hermano era mi guardián y el de Syndil. Estoy incluso más protegida que antes.

El se tensó, su cara quedó súbitamente sin expresión pero los ojos se le llenaron de dolor. Él la *ponía* en peligro; estaba marcado, y ambos lo sabían.

- Eso no cambia el hecho de que preferiría que estuvieras perfectamente a salvo todo el tiempo. - Dijo Julian gruñón. Cambió de posición sutilmente, automáticamente, sin pensar, su cuerpo se acercó al de Desari escudándola. Sus ojos exploraron el cielo.

Darius. Envió la llamada por el vínculo mental que se estaba convirtiendo algo familiar.

Soy consciente de ello. La respuesta de Darius fue tranquila y serena, como si tuvieran todo el tiempo del mundo y no fueran a sufrir un ataque en cualquier momento. *Toma a Desari y ponla a salvo.*

Volveré tan pronto como sepa que está fuera de peligro.

Te quedarás con ella y la protegerás si fracaso. Dayan y Barack tendrán la misma obligación con Syndil.

Julian tomó el brazo de Desari.

- Vamos, cara, tenemos que marcharnos ahora.

Desari miró de sus duros rasgos cincelados a la cara inexpresiva de su hermano.

- El no-muerto se acerca. - Dijo.

Julian asintió. Estaba observando a Barack, que ahora se colocaba en posición para proteger a Syndil. Dayan se movió para flanquearla. Le sorprendió que no se limitaran a levantarla en brazos y llevársela. Syndil parecía despistada, totalmente concentrada.

- Deberían sacarla de aquí. - Dijo en voz alta, la desaprobación era patente en su voz. Se encontraba, con lo importante que era para él proteger a su compañera, desgarrado, por primera vez era parte de una familia y no quería dejar a los otros sin protección.

- Ella ya no está en su cuerpo, Julian. - Dijo Desari suavemente. - Está volando libre, moviéndose a través de la tierra para sanar lo que ha sido destruido. Donde hay ruinas ennegrecidas hará brotar pequeñas semillas de vida. Crecerán exuberantes y altas y se extenderá rápidamente por esta zona. Los árboles brotarán y serán fuertes. Las criaturas salvajes ayudarán en la recuperación, concurriendo a este lugar al momento para aportar vida. Los hombres no pueden molestarla mientras esté fuera de su cuerpo.

Librodot

Julian dejó escapar el aliento lentamente en un silbido bajo de irritación. Su primer pensamiento había sido ocuparse de la seguridad de Desari como Darius había ordenado, pero iba en contra de sus instintos dejar a Syndil expuesta.

- Esto es una trampa, Desari, colocada a propósito para ella. Un cebo sólo para atraerla. Está intentando utilizar sus habilidades contra ella.

- ¿Cómo lo sabes?

- He visto trampas similares, diseñadas para acechar a cierto individuo en particular. Intentará tomarla sin su cuerpo para que no podamos cogerle sin evitar que ella muera. No podemos dejarla. - Julian envió una advertencia al hermano de ella por su canal privado.

Darius, esto es una trampa sólo para Syndil. He visto tales cosas antes.

No puede haber otra explicación. He intentado traer a Syndil de vuelta con nosotros, pero está demasiado extendida a través de la tierra. La está conduciendo lejos de nosotros más rápidamente de lo que hubiera creído posible. No había miedo en su voz o su mente, ni expresión de incredulidad.

- Julian. - Continuó Darius en voz alta. - Nunca he encontrado una trampa igual, pero Syndil se escapa lejos de nosotros demasiado rápido.

- Barack. - Soltó Julian inmediatamente. - Tú y Desari estáis más cerca que nadie en el corazón de Syndil. Desari puede usar su voz para sujetar a Syndil a nosotros; tú debes ir tras ella y encontrarla. Probablemente se pondrá difícil, estará desorientada, todavía medio en la tierra y medio hipnotizada por la trampa en la que está sujeta. Darius, Dayan y yo iremos tras el no-muerto. Es muy habilidoso. Tengamos cuidado, este es fuerte. No será un adversario fácil.

Barack miró a Darius buscando confirmación. El líder simplemente asintió con la cabeza. Poco acostumbrado a la técnica que el vampiro estaba usando, no iba a pasar por alto cualquier consejo experto que le fuera ofrecido.

- ¿Estás seguro de poder rastrear a Syndil mientras estás fuera de tu cuerpo? - Preguntó Julian a Barack, deliberadamente sin inflexión en la voz. No tenía intención de ofender a Barack, pero no conocía lo suficientemente bien a ninguno de ellos como para conocer sus habilidades. Darius era el único hombre del grupo en el que tenía una fe absoluta. El líder era capaz de derrotar a cualquier oponente, y ciertamente podría rastrear a un miembro de su familia saliendo de su propio cuerpo.

- Puedo encontrar a Syndil en cualquier lugar del mundo y en cualquier momento. - Respondió Barack, en voz baja y confiada. - Y puedo protegerla.

Julian asintió.

- Bien. - Se volvió hacia Dayan y Darius, confiando en que Barack pudiera hacer lo que afirmaba. - Este vampiro es inteligente, ha estado rondando largo tiempo. No haría este movimiento contra cuatro hombres de los Cárpatos a menos que creyera que era una muy buena oportunidad de derrotarnos. Debe notar que Darius tiene una tremenda experiencia. Ha estudiado a este grupo durante algún tiempo, pero puede que no me conozca a mí todavía. Esta trampa requiere una planificación a largo plazo, así que podemos asumir que ha pasado un tiempo preparándola. Probablemente ha contado con el hecho de que Syndil ha estado ausente de la banda este

último par de meses y la unión entre todos vosotros se ha debilitado. Por eso la ha elegido a ella como objetivo y por eso envió antes al vampiro menor a hacer un tanteo, ese al que Barack, sin experiencia como cazador, tan fácilmente derrotó.

- ¿Cómo crees que nos ha estudiado sin que lo sepamos? - Interrogó Darius, con voz falta de inflexión.

- No puedo responder a eso. - Replicó Julian. - Sólo puedo asumir que estábamos tratando con un ser poderoso y paciente, lo que la mayor parte de los de su clase no son. Intentará concentrarse en destruirte, Darius, porque sabe que eres el más letal para él. Contará con que enviarás a Dayan alejarse con Desari. Te golpearán en el momento en que crea que tiene a Syndil suficientemente cautiva en su red.

-Entonces sería una grosería decepcionarle. - Respondió Darius suavemente, sus ojos negros estaba vacíos y fríos.

Julian asintió en acuerdo.

- Dayan, debo pedirte que te quedes con Desari y cuides de que no sufra ningún daño si estoy equivocado.

- Quizás podría atraerle con mi voz. - Ofreció Desari, súbitamente ansiosa, no deseaba separarse de Julian.

No intentarás atraer al vampiro. Dayan se quedará cerca de ti. Permanece unida a mí a menos que yo rompa el contacto súbitamente, y no te fundas de nuevo conmigo a menos que estés en peligro. Por favor haz lo que te pido. Sin tu cooperación, seré incapaz de ayudar a Darius.

Desari se mordió el labio inferior. Dayan se estaba colocando a su lado, con la cara fría y dura.

- Me concentraré en mantener a Syndil con nosotros. - Acordó mientras Dayan gentil pero firmemente la tomaba del brazo. - No le fallaré.

- Será duro; no creas que no lo será. El no-muerto no desistirá de su plan fácilmente. Requerirá tú fuerza y la de Barack combinadas. Llámala ahora, y sujétala a ti. Tráela de vuelta si puedes. Darius y yo cazaremos al monstruo.

Dayan puede ayudarle. No pudo evitarlo.

Debo quedarme con Darius si quiero mantener la promesa que te hice. Dayan no tiene experiencia para ayudar cuando sea necesario.

Desari le envió oleadas de calidez y amor, rodeándole por un momento con la riqueza de esa emoción antes de brillar hasta la transparencia y permitir que Dayan la alejara de la zona peligrosa. En su mente, Julian oyó su suave y persuasiva voz, una arma poderosa más allá de lo imaginable, un consolador y exuberante encantamiento llamando a la mujer que era como una hermana para ella. Era una llamada de necesidad, de amor, prometiendo unidad, hermanamiento y familia.

Julian sacudió la cabeza para librarse del poderoso embrujo del encantamiento mágico de Desari. Miró a Darius.

- Es única en mi mundo. Me maravilla cada vez que la oigo.

Darius estaba ocupado explorando el área alrededor de ellos, todos los sentidos alerta.

- Como a mí. - Replicó sinceramente. Las mujeres tenían extraordinarios poderes. Aunque él había tenido el privilegio de conocerlas durante siglos, no había perdido sus recuerdos de admiración y respeto por los increíbles dones de las mujeres. Darius recordaba su orgullo y amor por

ellas y se ferraba con firmeza a ese recuerdo. Nadie haría daño a *sus* mujeres.

La forma de Julian ya estaba contorsionándose mientras se lanzaba al cielo, extendía las alas ampliamente y agudizaba los ojos hasta convertirlos en los de un pájaro para poder captar cualquier cosa inusual en el suelo de abajo. Tendría un campo mucho más amplio de visión desde arriba. Estudió el área ennegrecida, buscando algo que sobresaliera de la línea del paisaje, no importaba lo leve que pudiera ser. Sabía que Darius buscaría al vampiro usando la habilidad que tenían todos para sentir los débiles e inciertos cambios en el aire y la tierra misma. Darius era un hombre muy peligroso, un Cárpato tan poderoso, experimentado y de confianza que Julian no querría tener que luchar con él. Este vampiro no habría vivido tanto sin saber que sería el equivalente a un suicidio enfrentarse a alguien como Darius. Estaban tratando con un antiguo auténticamente poderoso.

Julian se concentró en bloquear cualquier otra cosa que no fuera lo que debía buscar. La amenaza real para Darius vendría de otra dirección. El no-muerto lucharía contra la fuerza combinada de la voz de Desari y la determinación de Barack de reclamar a Syndil. Julian creía en el amor de Desari por Syndil y la firme decisión de Barack de que nadie le hiciera daño de nuevo. Estaba seguro de que podrían sujetar a Syndil a ellos mientras Darius luchaba con quien quiera que fuera el no-muerto que le pudiera lanzarse contra él.

Julian, dentro del cuerpo del pájaro que volaba en círculos, captó un ligero movimiento en un árbol ennegrecido a unos pocos pies de Darius. El árbol, ya retorcido por el dolor y que moría lentamente, pareció ondear. Julian fijó los ojos en él. Una ondulación de nuevo, y el tronco del árbol empezó a desgarrarse. Darius se estaba moviendo ahora, apartándose del árbol hacia el centro del paisaje quemado. Los restos retorcidos y ennegrecidos de lo que una vez había sido un hermoso bosque parecieron súbitamente siniestros, mientras las ramas de los árboles se extendían de forma extraña como gente enferma. Darius había sido conducido al mismo centro de la trampa, el vampiro deliberadamente había dejado un espacio vacío a donde quería que se dirigiera Darius. Desde lo alto, el pájaro sobrevoló la tierra ennegrecida y vigiló varios árboles chamuscados que empezaron a ondear como olas, la corteza se separaba de los troncos, largas sombras negras se movían silenciosamente para rodear al hombre alto de anchos hombros.

Darius, susurró Julian en la mente del líder.

Soy consciente de ellos. Ellos no son conscientes de ti. ¿Desari aún no ha alcanzado a Syndil? Darius continuaba moviéndose hacia el centro del bosque ennegrecido. No miraba a derecha ni a izquierda, caminaba con tranquilidad, con pasos fluidos, como si simplemente diera un paseo. Nadie hubiera supuesto que se estaba comunicando con otro o que tenía una sola preocupación en el mundo.

Julian notó que había cambiado de dirección ligeramente para virar hacia el oeste. *Desari tira de Syndil de vuelta a nosotros para dar a Barack una oportunidad de fundir su espíritu con el de Syndil. Están juntos, los tres unen sus fuerzas contra el poder del vampiro. Tendrá que abandonar a sus sirvientes a su propio destino si quiere capturarla.*

Irá a por su cuerpo si no puede tomar posesión de su espíritu.

Julian sabía que la valoración de la situación que había hecho Darius era correcta. Julian tendría que mantener al no-muerto lejos de los cuerpos de Barack y Syndil. No podría prestar mucha atención a la batalla que esperaba a Darius. Ya tendría suficiente con lo suyo. Los cuerpos de carne y hueso de Barack y Syndil debían ser protegidos a toda costa.

Sobre el pájaro se empezaron a recoger oscuras nubes de tormentas. Eran enormes y amenazadoras, llenas de agua en suspensión y energía. El arco de un relámpago iluminó el cielo, seguido rápidamente del retumbar del trueno, como si fuera el heraldo de apertura de la gran batalla. *Fuego no,* urgió Julian rápidamente.

No estoy completamente loco. Estas criaturas fueron creadas por el fuego. El fuego sólo incrementará su poder. Darius sonaba tan calmado como siempre, sin ningún tipo de expresión. Dentro del cuerpo del pájaro, Julian se encontró sonriendo a pesar del peligro que los rodeaba. Darius era un guerrero. Tenía total y completa confianza en sus propias habilidades. Julian fue consciente de creer que esa confianza estaba bien fundada.

El relámpago se arqueó de nube a nube, largos látigos de fiera energía. El trueno rompió directamente sobre sus cabezas, golpeando la tierra con un rugido, sacudiendo el suelo con tremendas vibraciones. Las figuras de negras sobras parecieron sobresaltarse ante el sonido, sus extrañas sombras se contorsionaron, se estiraron, haciéndolas parecer delgadas caricaturas de humanos vestidos con largas túnicas encapuchadas, vacías, dejando agujeros donde deberían haber estado los ojos, las cuchilladas de sus bocas permanecían abiertas de par en par y gemían incesantemente. Las figuras de las túnicas extendieron sus brazos-ramas hacia afuera y empezaron a formar un círculo suelto alrededor de Darius.

El líder todavía no había mirado hacia ellos. Su paso no vaciló, ni pareció oír los terribles gemidos que escapaban de los ghouls que le perseguían. Sacudió la cabeza levemente una vez haciendo que el largo cabello de ébano le cayera alrededor de los hombros, dándole incluso más, la apariencia de un guerrero ancestral. Parecía lo que era... un peligroso luchador, su cara dura e implacable. No había pena en sus ojos negros, ni compasión por aquellos modelados por el no-muerto.

Las figuras de las sombras empezaron a murmurar suavemente un canto ancestral mientras caminaban en círculos hacia la derecha, un cerco flojo mientras parecían flotar sobre la tierra chamuscada. Julian sintió que el corazón se le salía del pecho. Una atadura desde las profundidades de la oscuridad. ¿Podía ser que Darius conociera el contrahechizo? Era difícil no quedarse demasiado absorbido por lo que estaba ocurriendo bajo él, no sin apresurarse a acudir en su ayuda. La tarea de Julian era vigilar aquellos dos cuerpos, asegurarse de que continuaban ilesos. Formó un círculo perezoso sobre Barack y Syndil, vigilando la tierra, buscando signos de perturbación. Su mente estaba todavía parcialmente fundida con Desari, así que podía ver la batalla que emprendían con Syndil para liberarla de la trampa del no-muerto. El vampiro era paciente, tirando de Syndil sin descanso, empeñando su voluntad con un sólo propósito. Su mejor posibilidad era dirigir el espíritu de Syndil lejos de Desari y Barack, eso lo haría triunfar.

Desari era una oponente formidable, su hermosa voz era una red de seguridad de plata y oro lanzada hacia el espíritu de Syndil para atraparla en ella. El tono era tan puro que el no-muerto, sin alma, todo maldad como

era, encontraba que la voz disminuía sus habilidades. Él estaba manchado, y la pureza de las notas era un gentil pero poderoso recordatorio del vil y apestoso camino que deliberadamente había elegido para sí mismo. Se veía a sí mismo tan claramente como si Desari estuviera sujetando un espejo hacia su cara. Los largos siglos se mostraban en su cara, la piel arrugada y decadente colgaba de su calavera en largas tiras. Los gusanos goteaban de su cuerpo, y la vileza de su existencia se puso al descubierto para él. Sangre envenenada, tomada de las muertes de humanos y Cárpatos por igual, goteaba como ácido por su piel, removiendo lo que una vez había sido carne lisa; rezumaba de sus ojos enrojecidos y a lo largo de las garras que eran sus dedos. Su fétido aliento era una nube visible de verde y amarillo, y su horrenda voz era un silbido de sonidos anónidos que contrastaba con la pureza de la hermosa voz de Desari que le obligaba a presionarse los oídos con ambas manos y gritar de agonía. Mientras lo hacía, perdió, por un pequeño momento, su agarre sobre Syndil.

Inmediatamente, como si hubiera estado esperando tal reacción, la garra de Barack sobre Syndil se volvió más firme, su espíritu se fundió completamente con el de ella y así sintió su horror ante el ataque. Abarcaba su mente, llenándola de auto desprecio. Ella creía que de algún modo había conducido el mal a ella, que estaba poniendo en peligro al resto de la familia al permanecer con ellos.

Julian sintió la repentina vacilación en Desari, el pequeño grito de negativa mientras Syndil hacía un intento de deslizarse lejos de Barack. El hombre de los Cárpatos, que era mucho más informal de ningún otro que Julian hubiera conocido, súbitamente desplegó una voluntad de hierro. Syndil se estampó contra la sólida barrera de la voluntad de Barack.

El vampiro rugió de rabia, el sonido compitió con el rugido del trueno. Barack se mantuvo firme. Había tranquilidad y confianza en él. Syndil no se alejaría de él. Estaba decidido a morir si era necesario para evitarlo. En el momento en que ella sintió su total resolución, una vez más unió sus fuerzas con Barack y Desari, retrocediendo lenta pero firmemente hacia su cuerpo.

El pájaro vigilaba el suelo cuidadosamente ahora, podía ver la agitación mientras la lucha se intensificaba entre la viciosa resolución del vampiro y la posición de Barack, Desari y Syndil. Los ojos del pájaro captaron un movimiento en el epicentro de la trampa. Enseguida el viento se levantó con fuerza, aullando en señal de protesta mientras los ghouls que se movían en círculos, gemían y balanceaban sus brazos-ramas juntas en un viejo y rítmico batir, acompañando su canto. Darius dejó de moverse y levantó la cabeza lentamente hacia el cielo, sus brazos se extendieron, como si se ofreciera a sí mismo a las distorsionadas sombras. Permaneció en pie completamente inmóvil, una magnífica estatua sin expresión. Las voces de los ghouls se elevaron horriblemente, el sonido crispaba los nervios y desagarraba la mente del Cárpato. El ancestral canto, que habían murmurado antes, ahora era audible para Julian, y podía entender las palabras. Había sabido en lo más profundo de su alma lo que intentaban hacer, pero oír el encantamiento, ver las sombras cerrando el cerco más y más alrededor de Darius, le dejó pasmado. No tenía ni idea de si Darius entendía el idioma o lo que las palabras podían evocar. No parecía preocupado en lo más mínimo por lo que el no muerto hubiera preparado

para matarle. Parecía sereno, completamente en paz, e inspiró en Julian un nuevo respeto y profunda creencia en las habilidades del hermano de Desari.

Cuando llegó el ataque, fue precedido de un súbito silencio atronador. Las sombras de las túnicas quedaron inmóviles y silenciosas, sus ramas alzadas se afilaron, varios cuchillos se proyectaron de cada muñón. Darius permaneció inmóvil como una estatua, el viento alborotó el pelo de ébano alrededor de su cara.

Estaba en pie recto como una flecha, sus amplios hombros cuadrados, su poderoso cuerpo irradiaba fuerza y elegancia.

Julian ya sentía la reunión de poder en el aire. La vibración a su alrededor. Abajo, los ghouls empezaron su embestida contra Darius. Cerca de los cuerpos inmóviles de Syndil y Barack, la tierra se hinchó amenazadoramente. Julian empezó a descender, obligando a su mente a permanecer enfocada en su propia batalla. Cuando golpeó, la fuerza del ataque fue tremenda. Durante un momento Julian no pudo respirar, sus pulmones lucharon en busca de aire, y sólo su tremenda disciplina le permitió mantener la calma. Al siguiente latido de corazón comprendió que el ataque estaba dirigido a Desari. El no-muerto había pasado de largo a Syndil y Barack para rastrear la hermosa voz de Desari hasta la fuente. Estaba golpeándola directamente a ella, proyectando su voluntad para acabar con la vida que era fuente de esa voz.

El vampiro la conocía a través de Julian. Había traicionado a su propia compañera.

La fealdad, la vergüenza, el horror de ese momento de su infancia se elevó para engullirle, y durante un momento fue de nuevo un muchacho enfrentado al más terrorífico monstruo. El vampiro que le había susurrado durante quinientos años, susurrando acerca de usarle para hacer daño a aquello a los que era leal. Su Príncipe. Su gemelo. Su compañera, nunca debería haber tenido una. Julian había estudiado, experimentado, luchado durante años para prepararse a sí mismo para este momento, seguro de que podría proteger a los que le rodeaban de los ojos de la sombra de su interior. Pero había traicionado a su amada Desari.

¡No! Desari se extendió hasta él, su miedo la ahogaba pero la calidez invadió la frialdad de los huesos de Julian, librándole de ese terrible momento que había cambiado su vida para siempre y le había conducido a una vida yerma o solitaria. *¡Te encontró a ti través de mí! Esto no es más que un truco. Atente a tu deber. Ignora la amenaza del no-muerto sobre mí.*

Todos sus instintos clamaban que eso era ilógico. Sabía que había sentido el pánico de ella, como se cerraba su garganta. Su mente estaba parcialmente fundida con la de Desari, y su cuerpo estaba sintonizado con el suyo de forma que compartía su dolor y miedo. ¿Pero podía ser verdad lo que le estaba diciendo ella? Como su compañera, todo su ser, cada nervio, músculo y tendón en él, gritaba que acudiera con ella, a ayudarla, a unir su fuerza con la de ella. La agonía duró lo que le pareció una eternidad aunque no fue más que un latido de corazón. Había esperado este momento, se había preparado para este momento, durante siglos. Hizo lo más difícil que había hecho nunca. Cerró su mente sólidamente a su compañera.

Julian aterrizó directamente en el montículo de tierra, moviéndose implacable hacia los dos cuerpos indefensos. El no-muerto no tendría elección cuando comprendiera que su intento de distraer a Julian había

fallado. El vampiro tendría que soltar a Desari y retirar la energía que sostenía su trampa dejando que los espíritus de Syndil y Barack quedaran libres para retornar a sus propios cuerpos. Necesitaba cada vestigio de poder que tuviera para luchar con el cazador. Su implacable enemigo. El enemigo que *él* había creado.

Había sentido la presencia de Julian sólo tras seguir el rastro de la voz que sujetaba a su presa con mucha más fuerza que él. Enfurecido, había pensado destruir a la mujer, aunque había sentido una amenaza mayor para él. Entonces reconoció a través de ella al chico que se había convertido en un despiadado, implacable y solitario asesino. Durante siglos había atormentado a Julian a través del tiempo y la distancia. Hasta que, un día, recientemente, sin advertencia, ya no pudo conectar totalmente con la sombra del interior de Savage. El chico se había vuelto mucho más fuerte de lo que el vampiro había imaginado. Ahora sabía que no tenía más opción que destruir a Julian, o al menos herirle seriamente para darse tiempo a escapar. Por primera vez en cientos de años, sintió algo cercano al miedo. El líder del grupo estaba enredado en batalla con sus ghouls, pero los movimientos de los ghouls estaban dirigidos por él. Si tenía que retirarse de ellos, Darius seguramente triunfaría y se uniría a estaba nueva amenaza para destruirle. Con un vulgar grito de rabia, el no-muerto estalló surgiendo de la tierra, volando directamente hacia Julian con garras como dagas dirigidas hacia los ojos de su enemigo.

Julian cambió de forma a corta distancia del vampiro. Se encogió en una larga y escamosa criatura serpentina que escapó del alcance de las garras y escupió una ráfaga de llamas sobre el medio hombre, media bestia que se precipitaba sobre él.

El vampiro gritó cuando el fuego se vertió sobre él, marchitando las retorcidas garras hasta convertirlas en uñas rizadas manchadas y ennegrecidas por la sangre de sus muchas víctimas. El no-muerto se retorció en medio del aire y golpeó hacia el pecho expuesto de Julian.

16

Desari sintió el toque de unas manos sucias alrededor de la garganta. Mientras la horrenda garra se apretaba, sintió la sorpresa del monstruo ante el descubrimiento. Este era un antiguo, el no-muerto que había destruido la infancia de Julian. Cualquiera que fuera el malvado propósito que hubiera perseguido antes, ahora quería destruir a su compañero. Concentrado en la captura de la debilitada Syndil, y ocupado en estudiar a la familia, ni siquiera había sabido que Julian estaba cerca hasta que la había tocado.

En el momento en que Nosferatu había seguido la voz hasta Desari, había olido a Julian tan seguramente como si hubiera estado junto a ella. Se enfureció consigo misma por no enmascarar la presencia de Julian en su mente o su olor en su cuerpo. Ciertamente era lo suficientemente hábil como para conseguir tan poca cosa, simplemente no había pensado en ello. A lo

largo de todas sus charlas, siempre había sabido que Julian sería superior en una batalla, aunque consideraba que ella podría salir del paso si fuera necesario. Ahora se sentía acongojada y avergonzada por su fallo al protegerle.

Aunque sólo era una ilusión era una muy real, los dedos huesudos se cerraron incluso más alrededor de su cuello, ella simplemente permaneció inmóvil, la voz no le salía de su garganta sino del corazón, supurando de ella como un torrente de amor y compasión, de fuerza, valor y eterno honor. El vampiro no podía mantener su garra a tanta distancia. El cuello comenzó a arderle, distrayéndola por un momento hasta que comprendió que los dedos del no-muerto se quemaban al tocar su piel. ¿Era algo que estaba haciendo Julian? Desari se despegó de su cuerpo para no sentir los dedos esqueléticos intentando ahogar la vida en su interior, intentando silenciar la pureza de su voz para siempre.

Sabía que el vampiro no la estaba tocando en realidad. Era una ilusión, una que podía matar pero aún así una ilusión. Desari no desistió de su canción, ni por un instante. Mantuvo sus pensamientos centrados en Syndil. *Quédate conmigo. Quédate con nosotros. Siempre te necesitaré en mi vida. No nos dejes nunca. No permitas que tu precioso don abandone este mundo cuando tanto se necesita. Quédate conmigo, Syndil. Amada hermana, mi pena no tendría límites si te perdiéramos. Quédate conmigo. Lucha contra este monstruo que amenaza con apartarte de tu verdadera familia. Nunca prives a aquellos que te amamos y respetamos de tu presencia en nuestras vidas.*

Las notas de música decían incluso más que las palabras. Hablaban de profunda emoción, de amor. Hablaban de compasión y entendimiento, de gran necesidad, de un amor que nunca podría flaquear, el completo e incondicional amor de una hermana.

Las notas y la emoción atraparon a Syndil como no lo habría hecho nada más. La culpabilidad de Syndil la abrumaba, llenando su alma gentil hasta que lloró gotas de sangre roja como rubíes. Creía que de alguna forma había convocado a este demonio, este vampiro que estaba decidido a destruir a toda su familia. Si se entregaba a él, si sacrificaba el resto de su vida, quizás podría salvar a los otros. Continuamente la empujaba, alimentando su culpa. Confundía su mente de forma que ya no sabía qué era real y qué parte de la trampa. ¿Había llorado su alma por él, suplicándole que la encontrara, que la aliviara de su existencia interminable, como insistía?

¡No! Ese fue Barack. Había algo diferente en él estos días. Había negado su relación de hermano con ella, daba vueltas a su alrededor como si tuviera derecho a hacerlo y ella no se hubiera ganado su lugar donde la familia. Aun así había cumplido, luchando con el no-muerto que había venido a por ella, deseando rebajarla a su nivel de suciedad y vileza. Aún ahora, Barack no permitiría que éste la llevara.

La voz de la cabeza de Syndil se suavizó casi hasta el punto de la ternura. Una falsedad, estaba segura. Barack podía inyectar lo que fuera en su voz y sus sensuales rasgos, para hacer que cualquier mujer creyera que le importaba. Pero era un antiguo que no podía sentir nada en realidad. *No has hecho nada para conducir este mal a ti, Syndil. No hay maldad en ti, ninguna vileza. Tú eres la luz de nuestras vidas, como Desari. Sin ti, no hay vida. No permitiré que te aparte de nosotros, de mí. Entiende esto, mujer: si*

no te unes a mí, te fundes completamente y permites que nuestras fuerzas combinadas luchen con eso que te atrapa, entonces te seguiré a donde quiera que te lleve y lucharé a muerte por tu retorno.

Había tal resolución en la voz de Barack, Syndil no pudo hacer más que creerle.

Aunque fundir su mente tan completamente abriría a Barack cada uno de los recuerdos que mantenía guardados bajo llave incluso para sí misma. Nunca sería capaz de mirarle de nuevo a la cara, sabiendo que había visto como Savon había atacado su cuerpo. Conocería cada pensamiento. La humillación y el miedo. La degradación. Incluso peor, sabría su secreto, sus pensamientos más íntimos, los que escondía incluso de sí misma. Se le escapó un gemido bajo, y sintió que el vampiro apretaba. No podía hacer eso. Por ninguno de ellos, ni siquiera por su adorada Desari. No podía permitirse a sí misma o a Barack leer esos deseos y necesidades secretas.

Barack golpeó sin advertencia, pasando de una refrenada pasividad a la acción inmediata. Su mente se empujó dentro de la de ella, tomando posesión de ella tan seguramente como si hubiera reclamado su cuerpo. Syndil no pudo resistirse a él, ya fuera porque estaba demasiado exhausta a causa de la energía que había utilizando sanando la tierra o porque estaba indefensa ante la decisión de él, la resolución de Barack. Quizás después de todo era mucho más poderoso de lo que se había imaginado. Fuera cual fuera la razón, haría exactamente lo que había amenazado. La seguiría a donde quiera que fuera y lucharía a muerte para devolverla a su familia. Nunca la dejaría en manos del maldito. Syndil finalmente tomó el último resto de resistencia y unió su fuerza a la de él.

Desari los alimentó a los dos con su poder y voz, aplicando una firme presión contra el agarre que el vampiro tenía sobre Syndil. Podía sentir los dedos del no-muerto deslizándose alrededor de su propia garganta. No podía separar sus energías en tantas direcciones diferentes. Si luchaba por retener a Syndil en su trampa, tenía que soltar a Desari. Cuando la llave estranguladora disminuyó, la voz de Desari continuó fluyendo en una niebla de belleza y triunfo, un pájaro cantor que surcaba los cielos, auxiliando a todo lo que quedaba dentro de su alcance.

Darius oyó las notas plateadas, jubilosas, una celebración de vida. A su alrededor, en los campos y corrientes cercanos, captó la reacción de la vida salvaje. Se deslizaba en el viento y era llevada fácilmente a través de las ennegrecidas ruinas del bosque. Mantenía a los ghouls silenciosos mientras empezaban su carga. Creían que estaba indefenso, capturado en la trampa de su maestro, el hechizo que los obligaba a hacerlo su prisionero, aunque la voz de Desari impedía tal cosa. Las notas, le resonaban en la cabeza, manteniéndole a salvo como nada más hubiera podido hacerlo.

Su hermana. Siempre le había llenado de un inmenso respeto. Tan hermosa por dentro como por fuera. Su magia femenina, una fuerza del bien, mucho más poderosa que cualquiera que esgrimiera él. Ya que no era ya capaz de sentirlo, se aferró a sus recuerdos de ella. En esta batalla se apoyaría en su voz. Ella no fallaría en atrapar a Syndil. Su voz no podría más que atormentar al vampiro, debilitándole todavía más.

Darius esperó hasta el último momento posible, manteniéndose inmóvil, con los brazos extendidos, un sacrificio aparente para el mal. Su cara se giró arriba hacia los cielos, hacia las oscuras nubes y el relámpago,

el viento revolvió el largo pelo negro a su alrededor. Lentamente bajó la cabeza para que sus ojos implacables se fijaran en los ghouls que se lanzaban a la carga. Llamas feroces parecían arder en las profundidades de su mirada. Parecía invencible, un fantasma de la noche, el príncipe de la oscuridad, aunque sus manos extendidas tenían las palmas vueltas hacia arriban en una súplica a los cielos.

Los mismos cielos parecieron responder a la silenciosa plegaria, abriendo sus puertas para que una cortina de agua fluyera a cántaros como si una presa se hubiera roto. Aunque la lluvia caía a raudales los arcos de electricidad no parecían buscar nunca la tierra. Un trueno estalló y estremeció la tierra tan mortalmente como cualquier terremoto. Pareció abrir de golpe la tierra, rasgándola para permitir que el agua corriera apresuradamente como ríos. Los ghouls habían alcanzado el mismo epicentro de la trampa de su maestro, sus brazos se extendieron para golpear a Darius con gran cantidad de cuchillos, aunque Darius ya había abandonado el centro de su espantoso círculo. Solo las gotas de agua quedaban allí para caer sobre las gemebundas criaturas.

Se elevó un vapor de las delgadas figuras de las túnicas, siseando como si eso deshiciera los hilos de su esclavitud. El humo negro se fundía con la niebla blanca, la pútrida mezcla se elevó como un vapor y se disipó. Darius no esperó a ver los resultados de su labor;; ya estaban lanzándose como un cohete hacia las dos bestias que batallaban, una oscuramente malvada, la otra un guerrero dorado, acuchillándose el uno al otro en el cielo.

El vampiro, rabiando ante la destrucción de su plan, se lanzó hacia el pecho de Julian con garras afiladas, siseando horrorosamente, escupiendo saliva corrompida por la furia. Gritó su desilusión mientras Julian, de algún modo, se retorcía milagrosamente lejos de su ataque, las garras afiladas como dagas fallaron por un milímetro. Julian estaba ya arreglándoselas para devolver el golpe. Un vampiro furioso era un vampiro descuidado. Alejó todo pensamiento, toda razón, toda emoción. Su ataque fue veloz y brutal, acertando el estómago desprotegido, que comenzó a sangrar por cuatro chorros. Julian salió de la línea de asalto, dando vueltas.

Darius irrumpió en la batalla, una venganza cruel sin piedad o miedo. Se lanzó directamente a por la muerte. Su intención era clara. El no-muerto podía elegir quedarse y luchar, pero de cualquier modo, o Julian o Darius le destruirían. Era matar o morir. Si Julian y Darius recibían heridas mortales, así sería. El vampiro moriría con ellos. No había medias tintas en ninguno de los dos cazadores, ni piedad o misericordia. Esta antigua amenaza se había atrevido a amenazarles. Sería destruida.

El vampiro no había vivido tantos siglos habiendo tentado así a la muerte. Podría salir victorioso contra un cazador experimentado, pero no ante dos. Había perdido su ventaja. Se disolvió tan rápidamente como fue capaz, moviéndose a gran velocidad a través del cielo lluvioso, usando la tormenta para esconder toda huella de su paso.

Julian se fundió inmediatamente con Desari para asegurarse de que estaba bien. Incluso mientras se aseguraba de que ella no hubiera sufrido daño, seguía ya al vampiro, usando las gotas de sangre para seguir el rastro. La tormenta estaba diluyendo el venenoso brebaje, pero Julian reconocería esa esencia en cualquier parte. El hedor estaba en su propia sangre, en su

Librodot

alma, en la oscura sombra que le había robado a su hermano gemelo, su familia y su gente. El no-muerto le había atormentado durante mucho tiempo, pero ahora había cometido un pecado imperdonable, había intentado hacer daño a su compañera. Por lo que a Julian concernía, no había más elección que destruirle. Durante toda su vida se había entrenado para esto momento.

Darius también se movía tan rápidamente a través del cielo, que no era más un simple borrón. No tenía intención de permitir que este vampiro huyera. El maligno había desafiado su habilidad para proteger a su familia, y él estaba más que dispuesto a recoger el guante. La sangre era casi imposible de seguir ahora, así que permitió que la furia de la tormenta se desvaneciera. Las apestosas figuras de abajo estaban deshaciéndose, la lluvia disipaba las oscuras sombras convirtiéndolas en vapor. El arte sanador de Syndil hizo el resto, prevaleciendo sobre lo que el no-muerto había hecho contra la naturaleza y la tierra. Syndil llamó a la energía del universo y al ser al que reverenciaban como padre de toda vida. Nueva vida estaba ya luchando por surgir, pequeños brotes se empujaban a través del suelo, buscando la humedad de la tormenta. Darius tenía el apestoso hedor del monstruo en sus fosas nasales y estaba preparado para seguirlo de regreso a su madriguera.

Retrocede, Darius. Este no es un principiante. No le sigas a su guarida. Será mucho más fuerte allí.

Darius no dio muestras de haber oído el consejo que Julian ofreció suavemente. Cruzó el cielo a toda prisa tras el rastro de gotas de sangre. Julian maldijo por lo bajo en varios idiomas, sabiendo demasiado bien que Darius podía oírle.

No tenía más elección que permitir que el líder de la familia le acompañara. El vampiro podría huir para evitar la confrontación, pero si se veía arrinconado, sería extremadamente peligroso. Julian conocía a este vampiro más íntimamente que a la mayoría, sabía que era un antiguo de gran poder. Y los antiguos nunca eran fáciles de destruir.

¿Julian? La voz musical de Desari fluyó en su mente caldeándole*. ¿Adónde vas? Siento tu preocupación.*

Este arrogante hermano tuyo es más terco que nadie que haya conocido nunca, y eso incluye a Gregori. Insiste en perseguir al no-muerto hasta su cubil.

Darius es un luchador tremendo. Había una gran confianza en la voz de Desari. *Nunca dejaría un vampiro vivo cuando se ha puesto al descubierto ante él. ¿Cómo podría hacer otra cosa?*

Podría atraerle a campo abierto, lejos de su guarida, en la próxima noche. Está herido, mi amor, y furioso por ver frustrado su intento de conseguir a Syndil. Me conoce y tiene miedo. El temor en estas criaturas sólo incrementa su astucia. Ahora volverá a su refugio. La guarida de un vampiro es uno de los lugares más peligrosos de la tierra. He advertido a Darius, pero no puedo dejarle solo cuando sé que se dirige a una trampa.

Julian estaba surcando los aires con rapidez, pegado a las plumas de la cola de Darius.

La lluvia había decrecido hasta una firme llovizna, pero el aire era pesado y espeso. Julian sacudió la cabeza ante la tontería que estaban cometiendo. Darius creía en el acercamiento directo. Al mismo tiempo, era

un adversario letal, totalmente comprometido a destruir al enemigo incluso si eso significaba perder su propia vida. Julian lo entendía, pero de su larga experiencia había aprendido a escoger las batallas. Darius tenía que atacar todo lo que amenazara a los que estaban bajo su protección, pero una parte de él le urgía a luchar a muerte, deseando llevarse al vampiro con él a su eterno descanso.

La idea de perder a Darius dejó a Desari ansiosa. Y Julian comprendió que no podía soportar el miedo de Desari. Sintió la presencia del mal, el aire espeso que los rodeaba les hacía difícil respirar. Era un truco común utilizado por el no-muerto para ganar tiempo. Julian simplemente dejó su cuerpo a merced de sus instintos, confiando en sí mismo y en su propia fuerza y poder.

Darius se había topado con frecuenta con la misma trampa, el esfuerzo para retrasarlos. Cargó hacia adelante en un vuelo directo para capturar a su enemigo.

El ataque llegó de improviso desde tras de los dos, dos cazadores experimentados sorprendido por una laza que surgió de las sombras hacia Julian como un misil dirigido al corazón. Ninguno de los dos supo si fue el grito de miedo de Desari mientras se lanzaba hacia los cielos o sus propios instintos, pero mientras Julian se giraba para enfrentar a lo que fuera que le amenazaba desde atrás, Darius, voló ligeramente por encima y adelante y cayó en picado para colocar su cuerpo entre el compañero de su hermana y la lanza.

El arma aerodinámica del vampiro había sido bien modelada y era mortífera. Se deslizó a través de la carne y el hueso, alcanzando el cuerpo de Darius, prisionero en el interior del pájaro, justo bajo el corazón.

¡Dayan! Sin pensarlo conscientemente, Julian tomó el liderazgo, llamando al otro Cárpato para que acudiera en su ayuda, después corrió a atrapar el cuerpo de Darius que caía del cielo, al mismo tiempo buscó a su alrededor al vampiro que súbitamente había dejado la partida en tablas y estaba ahora en mejor posición para escapar o atacar. *Desari, respira por él, ahora. Toma aliento. Necesito que te calmes. Respira por él, y mantenle vivo. La lanza tocó su corazón, y no tiene más elección que dejar de respirar por sí mismo. Fúndete con él y únele a nosotros.* Julian dio la orden como sanador. Había aprendido mucho del arte ancestral observando a Gregori, el Oscuro, el hermano y pariente de Darius y Desari, el sanador de su gente.

Dayan los alcanzó, atrapando a Darius en medio del vuelo, dejando libre a Julian para protegerlos mientras corrían hacia su propio santuario, una montaña con charcas de calor y fuego en su interior. Julian dejó escapar un largo y lento siseo. No podía continuar persiguiendo a su enemigo mientras Darius estaba tan necesitado de él. Darius había salvado su vida y la de Desari. Su sentido del honor nunca le permitiría pasar por alto lo que estaba bien. Los otros no tenían sus poderes de sanación, aunque su cercanía ayudaría enormemente.

Julian siguió a los otros, guardándoles las espaldas. Su mente estaba ya fundida con la de Desari para poder seguir mejor los patrones mentales de Darius, así podía examinar la herida mortal incluso en vuelo. Darius tenía una constitución fuerte, una voluntad de sólido acero. Al final elegiría vivir o morir por sí mismo. Nadie le mantendría en la tierra si decidía acudir al eterno descanso. Eso sólo reafirmó la creencia de Julian de que Darius era

hermano de sangre de Gregori, el Oscuro, el gran cazador y sanador de su época.

Barack y Syndil ya habían abierto la montaña para facilitar la entrada por el estrecho pasaje que conducía a las profundidades de la tierra. Barack iba a la cabeza del grupo mientras extendía sus sentidos para recoger cualquier retazo de información que pudiera descubrir. Buscaba rastros del no-muerto, espacios en blanco, olores extraños, cualquier cosa que pudiera significar la presencia de un enemigo. Él y Syndil trabajaban juntos preparando un habitáculo de sanación. Encontraron tierra rica. Syndil se hincó de rodillas para sumarse a esa riqueza, canturreando suavemente mientras Barack daba vueltas por la caverna, colocando hierbas y velas formando un patrón a lo largo de la pared.

Dayan colocó el cuerpo de Darius en la cama de tierra tan cuidadosamente preparada, y retrocedió para dar espacio a Julian. Desari se dejó caer al borde de la cama de tierra, con toda su atención centrada en su hermano. Él no era más que espíritu mientras su cuerpo yacía tendido sin vida bajo su mano acariciante. Las lágrimas corrían desenfrenadamente por su cara. Era bien consciente de la fuerte voluntad de Darius. Si elegía quedarse con ellos, ciertamente sería sólo su elección. No podía obligarle a hacer nada que no quisiera hacer.

Todavía está con nosotros. La voz tranquila de Julian estaba en su mente. Fuerte. Amable. Segura. *Darius sabe que todos le necesitáis. No os dejará solos hasta que esté seguro de que estaréis a salvo sin él.* Julian lo dijo firmemente, sabiendo que el espíritu de Darius podía leer fácilmente la mente de Desari y oír sus palabras. Desari necesitaba esta seguridad

Julian tocó su hombro, rozándole el pelo tiernamente. Sin mirar a los otros, tomó un profundo aliento y lo dejó escapar, concentrándose sólo en sí mismo, convirtiéndose en pura energía, una luz blanca sanadora que flotó fuera de su fuerte cuerpo y entro en el cuerpo inmóvil que esta tendido ante él.

La herida era terrible. La lanza había entrado justo bajo el corazón, desgarrando a través de tendones y tejido, arterias y venas. La punta había tocado el fuerte corazón de Darius, trazando un horrible corte antes de seguir adelante casi hasta la espalda. Esta lanza había ido dirigida a Julian.

Casi probablemente le habría matado. Y Desari habría muerto también.

Tengo contigo una tremenda deuda, murmuró suavemente en su mente mientras empezaba el difícil trabajo de sanar a Darius de dentro hacia fuera. Darius se las había arreglado para detener sus sistemas inmediatamente, su espíritu fundido con el de Desari le ayudaría si fuera necesario. Julian podía leer las intenciones del líder tan claramente como si fueran las suyas. Darius no dejaría a su familia desprotegida hasta que estuviera seguro de que Julian tomaría su lugar.

Y entonces Julian no fue nada más que luz y energía, puro y blanco calor dispuesto para ser usado en la curación. Cerró las terribles heridas de la arteria, que drenaban el precioso fluido de vida de Darius. El corazón requirió tremenda concentración. El desgarro era profundo, y no podía cometer errores. Fue consciente, después de un rato, del sonido del canto que los rodeaba. Las palabras eran ancestrales y calmantes, llenándole con una tranquila seguridad para hacer lo que tenía que hacer. Esta era la

reparación más extensa que hubiera llevado a cabo nunca, y las palabras familiares en la hermosa voz de Desari le daban la paz que necesitaba. Estaba con él en cada paso del camino, ligando a Darius a ella, prestando su fuerza a Julian incluso mientras su voz los rodeaba con las palabras sanadoras de sus ancestros. Fue consciente de que los otros se unían al melodioso cando, prestando sus voces al proceso de curación.

Convertirse en pura energía cansaba a cualquier sanador rápidamente. Era un proceso difícil poner el cuerpo de uno a un lado. Al final Julian se sentía tan agotado que se deslizó del cuerpo de Darius y se tambaleó, su enorme fuerza se había esfumado. Se dejó caer sobre la suave tierra y permitió que su cabeza cayera hacia adelante a fin de que el largo pelo escondiera las profundas líneas de tensión en su cara.

Desari pasó una larga caricia a través de la maraña de pelo dorado, su corazón latía con un ritmo firme para apoyar a su compañero. Julian era como su hermano. Simplemente, magistral, asumía el control de la situación y hacía lo que había que hacer. Los dos tenían un carácter muy parecido. Sintió el estremecimiento en su mente. No en el vínculo que compartía con Julian, sino por otro más familiar que había conocido durante muchos siglos. Darius viviría.

Dayan se colocó en una posición desde la que pudiera observar el proceso muy de cerca.

- ¿Vivirá? - La cuestión estaba dirigida a Julian en vez de a Desari, una tentativa rama de olivo del segundo al mando.

Julian levantó la mirada hacia él, con la fatiga tallada en las duras líneas de tus rasgos.

- Darius no abandonará este mundo hasta que esté preparado para hacerlo. Entonces no habrá nadie que pueda pararle. Vivirá, pero necesita sangre y descanso. Todos nosotros necesitamos alimentarnos bien para que podamos proveer para él. Necesitará estar salvaguardado todo el tiempo. Es vampiro es consciente de que Darius está herido y cree que ahora es vulnerable. Buscará activamente su lugar de descanso con la esperanza de matarlo fácilmente.

Junto a él Desari dejó escapar una señal de protesta, su cuerpo esbelto súbitamente se presionó contra el de Julian en busca de protección. Julian respondió inmediatamente, sus brazos la arrastraron hacia él, escudándola del mundo.

- No será fácil de matar, Desari. Darius, incluso en su presente estado, es peligroso. Sólo su mente encierra suficiente poder para matar. No temas por él. En cualquier casi, colocaremos salvaguardas para protegerle, que deberían evitar que el vampiro se acercara a nosotros.

- Vendrá tras de *ti*. - Syndil pronunció las palabras suavemente, su voz tan hermosa pareció extenderse y tocar el alma de Julian. - Os odia a todos, a cualquier hombre, y pretendía usarme para destruiros. - Alzó los ojos hasta Julian. - Pero te odia a ti más que a nadie. Pensaba que te controlaba, y no pude. Siento su rabia.

Los brillantes ojos de Julian examinaron a la mujer que permanecía con la cabeza inclinada un poco distanciada de los otros. Estaba muy pálida, sus ojos enormes. Parecía frágil y vulnerable, como si pudiera romperse si el viento soplara demasiado fuerte. Sintió a Desari enredar los dedos a través de él como si le previniera para que no hablara. Barack se movió, un

movimiento inquieto y feroz que la mujer malinterpretó como una agresión. Julian en cambio vio protección. Barack se veía a sí mismo como un escudo entre la vulnerabilidad de Syndil y todo los demás que pudieran herirla inadvertidamente o, peor aún, a propósito.

- No puede usarte contra nosotros, Syndil. Eres nuestra amada hermana y estás bajo nuestra protección, justo como la tierra bajo nosotros. Tu poder es demasiado grande para que esa malvada criatura te corrompa. - Cuando habló, Julian eligió cada palabra cuidadosamente, añadiendo un sutil "empuje" con su voz de terciopelo. - Deseaba que creyeras que atraías la maldad hacia ti, pero es sólo una ilusión. El no-muerto tiene muchas trampas que usa con la esperanza de atrapar a uno de nosotros. He pasado siglos cazando a estas criaturas, y he visto tales trampas dirigidas a individuos específicos. Tú no puedes ser tocada por su corrupción. Es imposible, eres demasiado pura. Lo sé porque he fundido mi mente con Desari. Todos nosotros lo sabemos.

Las largas pestañas de Syndil se deslizaron hasta sus mejillas.

- Lo sé.

Barack se movió de nuevo, un gruñido bajo retumbó en su garganta. Enseguida, la esbelta forma de Syndil empezó a cambiar de forma, vagando en algún lugar entre una mujer humana y un leopardo hembra.

Desari, debes decir a Barack que le dé más espacio. Julian tenía el buen sentido de no desafiar a un hombre adulto. Darius podría hacerlo, ¿pero Julian?... lo dudaba. Algunas veces los hombres de los Cárpatos permitían que sus naturalezas protectoras sobrepasaran su sentido común. Barack probablemente no se echaría atrás sólo porque un macho dominante más viejo y fuerte se lo ordenara. Desari tenía muchas más probabilidades de conseguir que Barack retrocediera con su suavidad, abriéndose camino con su mágica voz. Julian no culpaba al hombre; Barack se sentía ferozmente protector con Syndil y todavía estaba en un estado peligrosamente combativo. Una vez el demonio interior se había alzado, era difícil sobreponerse a los instintos salvajes y predadores de su raza.

La respuesta de Desari fue tan perfecta, que engañó incluso a Julian. No dirigió ni una mirada a Julian y ningunos de sus actos hizo pensar que se habían comunicado.

- Syndil. - Susurró el nombre de la mujer suave y amorosamente, haciendo que el leopardo temblara entre la forma humana y la animal. - No me dejes aún. Estoy tan necesitada de tu consuelo. - Desari proyectó una nota tan justa de debilidad que incluso Julian la creyó.

¿Cómo podía no estar cansada después de semejante ordalía? Por supuesto que lo estaba. Podía sentirlo ahora, mientras se apoyaba ligeramente contra él. Sus enormes ojos estaban fijos en la cara pétrea de Barack. *Sé que desea escapar, Barack pero si no quieres que lo haga hazte a un lado y permite que venga a mí. Tengo una gran necesidad de estar con mi hermana.*

Ya tienes a ese rubio para ayudarte, Desari. Las palabras de Barack fueron duras, pero incluso mientras enviaba el mensaje revoloteando en el aire entre ellos, se apartó de Syndil, dejándole el camino despejado hasta Desari.

Fue Desari la que se movió, en vez de Syndil, cubriendo la distancia entre ellas en unos pocos pasos apresurados. Se fueron juntas, rodeándose

con los brazos la una a la otra, simplemente desaparecieron de la vista de los hombres.

Barack maldijo en voz alta y volvió sus ojos feroces hacia Julian.

- Tenemos la cuestión del no-muerto ante nosotros, y no nos hemos alimentado, ni nosotros ni nuestras mujeres.

Julian se encogió de hombros casualmente poniéndose fácil y fluidamente en pie como si estuviera fresco y recién levantado.

- Entonces debemos ocuparnos de nuestras necesidades. - Respondió tranquilamente, apartándose del camino del encrespado Cárpato.

Barack se pasó una mano por el largo pelo, furioso sin razón alguna. Nunca se había sentido tan nervioso, tan al borde la violencia. Quería matar. Pensar que tan horrenda e inmunda criatura como un no-muerto había estado tan cerca de capturar a un miembro de su familia era impensable. Había cuatro hombres para guardar a las mujeres, aunque la trampa había sido tendida, y Syndil una vez más había sido la víctima del ataque. Le hacía sentirse como si los cielos clamaran y se desgarraran sobre su cabeza. Le hacía sentir que había fallado. Se había prometido a sí mismo que nunca ocurriría de nuevo, aunque esta asquerosa abominación se las había arreglado para tocar la mente de ella, para hacerla dudar de sí misma, para hacerla revivir el brutal ataque de Savon y creer que de alguna forma ella tenía la culpa.

- Julian. - Dayan estaba estudiando al Cárpato con ojos sabedores. - Lleva una tremenda cantidad de energía sanar una herida semejante a esta. Ve con Barack y alimentaos bien, los dos podréis proveer a nuestra familia. Yo me quedaré de guardia aquí. No temas que la tarea sea demasiado para mí. Puedo haber elegido seguir a mi hermano, pero soy un luchador capaz cuando es necesario.

Julian ondeó una mano para cerrar la tierra sobre Darius, ondeando intrincadas salvaguardas para asegurar que el descanso del líder no fuera perturbado en su ausencia. Asintió hacia Dayan, levantándose ya para abrirse paso a través de la montaña. Si no encontraba una presa pronto, enviaría a su compañera a hacerlo por él.

La risa de ella lo envolvió inmediatamente. *He oído eso.*

Estaba seguro de que lo harías, preciosa. Volveré inmediatamente. No permitas que Syndil desaparezca. Ahora mismo es más peligrosa para sí misma que cualquier vampiro.

Desari suspiró suavemente, un murmullo en la mente de él. *Es verdad, Julian. Se siente responsable de colocarnos a todos en peligro. Estoy intentándolo, pero...* El pensamiento se desvaneció, y Julian sintió la pena de Desari.

Piccola, no te preocupes tanto. No permitiremos que ocurra nada a tu familia. Una nota de diversión crepitaba en él. *No puedo esperar a que se alce tu arrogante hermano. Le recordaré repetidamente como* yo *tuve que reparar el daño inflingido a su unidad familiar.*

Estoy segura de que lo harás.

Julian irrumpió en el aire del amanecer, la luz golpeaba cruelmente en sus ojos. Una parte de él estaba unida a Darius. Había estado dentro del hombre, formando parte de él, justo como antes había hecho Darius con él mismo. Estaban fuertemente unidos el uno al otro. Y Julian no estaba del todo seguro de tener tanta fe y confianza en los otros hombres de la familia

como la que tenía a Darius. Cualquiera de ellos podía estar próximo a convertirse, y enmascararlo. Dejar a Darius tan vulnerable, tendido como muerto, donde un amigo de confianza podía matarle fácilmente, mantenía a Julian unido al hermano de su compañera. Desari le había dado lo que creía haber perdido siglos antes, le había dado una familia. Haría lo que hiciera falta para protegerla.

El viento le trajo esencias de su presa, y alteró su curso con facilidad. Se lanzó cruzando el cielo, sin importarle si Barack le seguía o no. Intentaba asegurarse de pasar fuera poco tiempo.

Creía que habías dicho que Darius era todavía peligro, incluso en su sueño.

Julian suspiró. Debería haber sabido que Desari podría leer sus pensamientos fácilmente, al igual que él podía hacerlo con ella. *Así es, cara, es muy peligroso. Puedo sentir el poder irradia de él. Pero no estoy seguro de que espere un ataque de uno de los suyos.*

No hay nadie que pueda sorprender a Darius de nuevo. Excepto quizás...

Julian pudo sentir la pausa de Desari y consideró su declaración. Entonces la pequeña enredadora tuvo un pensamiento rápido, precipitadamente censurado. Se traía algo entre manos, sin lugar a dudas. A Julian no le importó... mientras fuera su hermano, y no él, el objetivo de sus maquinaciones.

17

La llamada al despertar no llegó de sí mismo sino de fuera. Ante la orden, su corazón empezó a latir, y sus pulmones tomaron aire. El dolor llegó con su primer aliento, y Darius rápidamente comprobó el daño infringido su cuerpo sin mover un músculo o parpadear, sin permitir que nada más se entrometiese mientras hacía inventario. Una muñeca gruesa hacía presión en su boca, y sintió, más que oyó, la suave orden de reponer lo que había perdido. Supo inmediatamente quien estaba ofreciéndose tan generosamente a él. La sangre era antigua y poderosa, potente mientras inundaba sus células hambrientas, cargándole con la energía y fuerza de un auténtico antiguo. Darius abrió los ojos lentamente y levantó la mirada hacia el extranjero rubio que era el compañero de su hermana. Darius saboreó los efectos de la sangre fresca derramándose en su cuerpo, fuerte, rica, sangre ancestral, y pudo sentir los poderes sanadores que trabajaban en su interior. Estudió a Julian mientras se alimentaba de la muñeca del hombre. Era poderoso, enormemente fuerte e igualmente confiable. Se veía en la forma en que se comportaba, en la mirada directa que sus extraños ojos ámbar y la postura de sus hombros. Se veía en la forma fluida en que se movía y las decisiones rápidas que tomaba sin dudar. Sus cualidades de liderazgo eran evidentes cuando cuidadosamente se hacía a un lado para evitar que los otros hombres se sintieran amenazados, sin dejar nunca que su propio ego

estorbara. Julian sabía que era infinitamente capaz; no tenía que probarle nada a nadie, ni siquiera a sí mismo. Ahora mismo mostraba esa sardónica expresión con la que Darius ya estaba familiarizado, como si se riera para sus adentros, disfrutando de la vida y lo que le rodeaba. Como si tuviera algún conocimiento secreto, del que nadie era consciente. Darius decidió que probablemente lo tenía. Además del conocimiento ya impreso en ellos desde el nacimiento, Julian tenía la ventaja de haber aprendido de otros antiguos. Sabía cosas sobre su propia raza que la familia de Darius no. Muy cuidadosamente cerró la herida, incluso en su debilidad se aseguró de no dejar ninguna marca reveladora. No hizo intento de moverse. Su corazón no estaba todavía completamente curado. Supo el coste en tiempo y energía que había pagado Julian por reparar una herida casi mortal, no tenía intención de destrozar su labor antes de que curación llevada a cabo pudiera tener lugar.

- Todavía no estoy curado, Julian - Dijo con su todo plano e inexpresivo.

La boca de Julian se curvó en una sonrisa.

- ¿No? ¿Crees que tus heridas deberían cicatrizar más rápidamente entonces? Te puse en la tierra hacer escasamente una hora. Te he despertado sólo para proveerte de sangre. Incluso a ti te haría falta más de una hora. Y no, todavía no he seguido al vampiro hasta su guarida, pero lo haré en el próximo alzamiento. Te lo aseguro.

Los ojos negros de Darius se apresuraron a encontrarse con los dorados de Julian.

- No tengo dudas de que encontrarás al que buscas. Sé la clase de hombre que eres. - Ya estaba cansado, y su voz se debilitaba, sus espesas pestañas se caían para cubrir la obsidiana implacable y despiadada de sus ojos. Incluso con la sangre de un hombre tan poderoso, su cuerpo estaba desgarrado, la herida había sido tan salvaje, estaba exhausto con sólo un pequeño esfuerzo.

- No quieres permanecer ya más en este mundo. - Julian se agachó junto al líder para que no tuviera que levantar la vista hacia él - Está en tu mente el buscar el descanso eterno. No puedes escondérmelo más de lo que yo puedo esconderte a ti lo que soy. ¿Qué te mantiene cuando te sientes tan cerca de convertirte? Puedo sentir tu lucha, en cada momento; tu vida es una oscuridad interminable. ¿Qué te hizo quedarte cuando deseas, necesitas, el descanso eterno?

- Tú. - La réplica fue simple, breve, aunque Julian pudo leer la verdad en esa palabra. - He visto algunos de tus recuerdos. Vi tu intención de buscar el descanso eterno antes de que descubrieras a la que llamas tu compañera, mi hermana. No sé mucho más, sólo que ella hizo que valiera la pena cada momento de tu lucha con la oscuridad que nos devora. Habías recorrido el mundo y estabas seguro de que nunca sentirías de nuevo, pero sientes. Ríes. Hay auténtica alegría en ti y no puedes esconderla. No tenía ni idea de que había esperanzas. Pensaba que nuestros hombres, una vez había vivido una cierta cantidad de tiempo, sólo tenían dos elecciones. El descanso eterno o perder sus almas. Ahora que tengo esta información, no puedo hacer otra cosa que intentar abrir el camino para Dayan y Barack. Aguantaré tanto como sea capaz, hasta que sepa que la bestia que acecha está cerca de superar mis fuerzas, y entonces buscaré el descanso eterno. Si

puedo sentir de nuevo antes de que llegue el fin, entonces valdrán la pena todos estos largos y oscuros días.

La voz de Darius fue suave, solo un hilo de voz, como si no pudiera encontrar la fuerza para hablar más fuerte.

- Me gustaría sentir el amor que profesaba a mi hermana y a mi familia, no simplemente recordar que existió una vez tal sentimiento.

No hubo diferencia para Julian ahora que la voz de Darius decaía. Como todos los Cárpatos, tenía una increíble audición y podría subir el volumen a voluntad.

- En cualquier caso. - Continuó Daris, sus largas pestañas ocultaban las oscuras profundidades de sus ojos. - Esperaré a que no haya ninguna esperanza para mí, así Dayan comprenderá que también debe tener esperanzas hasta que se compruebe otra cosa. Se aburre cada vez más de esta tierra y ha hablado con frecuencia de descansar. Y no te seguirá con facilidad.

- Es mi encanto personal, sin duda. - Estuvo de acuerdo Julian.

- Dayan es un alma tranquila. No de naturaleza oscura como Savon o yo. Dayan escoge siempre el camino correcto instintivamente. Aun cuando la oscuridad crece en su interior, su gran corazón se expande. Oculta en su interior un explosivo depredador, todavía más peligroso porque es tan opuesto al hombre. Dayan lucha por comprender ese aspecto de su naturaleza mientras el resto simplemente lo aceptamos. - Deliberadamente impartía conocimientos sobre su familia al compañero de su hermana.

La voz de Darius era tan baja ahora, que Julian no estaba seguro de si estaban hablando realmente en voz alta o mente a mente.

- Te estás debilitando, Darius. Duerme. Hablaremos de eso cuando estés curado. – Con toda intención, Julian permitió que su voz bajara un octavo, para tomar el tono bajo e hipnótico de su raza. Consolador, pacífico, sanador. Una orden encubierta, muy sutil pero no menos poderosa.

Darius sonrió, una simple muestra de fuertes dientes blancos. Oyó ese "empuje" en la voz de Julian y lo reconoció por lo que era. Incluso en su debilitado estado, normalmente se habría resistido a semejante toque mental, pero Julian iba a hacer lo que quería de todas formas. Cazaría al no-muerto sin Darius, y discutir con él sería futil. Y agotador. Darius planeaba dormir un largo tiempo.

- Ya voy, guerrero rubio, pero no creas que te las has arreglado para esconderme el hecho de que debo estarte agradecido por la continuidad de mi existencia.

- O maldecirme. - Julian se alejó de la negra y rica tierra, mientras observaba como cesaba el aliento y el corazón dejaba de latir en el pecho de Darius. Ondeó una mano para que la tierra rellenara alrededor y sobre el cuerpo, proveyendo el bálsamo tranquilizante para reparar las terribles heridas. Sus manos ondearon los patrones de fuertes salvaguardas para asegurar que Darius no sería perturbado. Se tomó un largo rato, saboreando la inesperada calidez de pertenecer a algo. Una vez hubiera cazado y destruido a su enemigo ancestral y supiera que todos estaban a salvo, buscaría a su propio hermano gemelo. Ansiaba ver a Aidan de nuevo, conocer a su compañera y presentarle a Desari. Aunque temía tener que admitir la verdad, que había sido marcado por un vampiro cuando era niño,

ahora anhelaba lo que la interacción con otros podría traer a su vida. Deseaba ser parte de una familia de nuevo.

- Ya eres parte de una familia. - Le recordó Desari, su cuerpo rozó el de él, sus brazos le rodearon la cintura desde atrás. Se había materializado llegando de ninguna parte, su presencia llenaba la cámara sanadora.

Estaba allí. Completándole. Su aire. Su corazón. La parte de su alma que realmente vivía, amaba e importaba. Sin pensarlo conscientemente elevó una rápida plegaria agradecida por haber sido bendecido con un tesoro semejante cuando se sentía tan poco merecedor de ella.

Julian amaba la forma en que ella olía. Inhaló, y su esencia se derramó sobre él, limpia y sexy.

- ¿Esta panda? ¿Con todos estos hombres? - Julian permitió que un lento y retumbante gruñido escapara. - Esto no es una familia. Es la pesadilla de cualquier hombre.

Deliberadamente Desari se movió contra él, su cuerpo suave y flexible era una invitación.

- ¿Eso es lo que crees?

- Qué es esto... - Julian rodeó la esbelta garganta de ella con su enorme mano en una amenaza de broma... ¿estás intentando tentarme cuando tengo un negocio importante y acuciante del que ocuparme?

Los brazos esbeltos instantáneamente le rodearon el cuello para poder presionarse contra la dura forma de él.

- Soy una superestrella, compañero, aunque tú estés deseando dejarme sola a la menor oportunidad. En todas partes hay hombres que se sentirían más que afortunados de ocupar tu lugar a mi lado.

Él inclinó la cabeza, sus dientes rasparon un ritmo provocativo sobre el pulso de ella. Desari se convirtió en líquido, sin huesos, su estómago se apretó de anticipación.

- No, no se sentirían afortunados de ocupar mi lugar a tu lado, cara mia, porque acabaría con sus vidas prontamente y de la forma más desafortunada.

- Eres un hombre de las cavernas, Julian. Pareces alto, elegante y principesco, pero no has madurado más allá de las cavernas. - Desari dejó que su lengua llevara a cabo una breve inspección del sabor de la piel de él. Cerró los ojos saboreando el momento.

- No tengo intención de pasar más allá de la mentalidad de un cavernícola. - Le gruñó al oído, su aliento acarició mechones de pelo y envió pequeñas llamas a danzar por el riego sanguíneo de Desari. - Hay muchos beneficios para el cavernícola.

- Te gusta el roll de macho dominante, sin duda. - Susurró ella, su voz fue ronca por el deseo haciendo que el cuerpo de él se tensara en una urgente y dolorosa respuesta. La boca de ella su movió sobre su garganta, las manos buscaban la piel bajo la camisa. - Tengo necesidad de ti, compañero, y deliberadamente estás ignorando tus obligaciones para conmigo.

- Pequeña enredadora. - Julian pasó un brazo sobre los hombros de Desari y empezó a caminar desde la caverna entrando en el laberinto de túneles excavados por la lava fundida. Había numerosos y profundos pasadizos que atravesaban la enorme montaña, profundizando en la tierra. Había calor y humedad, vapor, así que el calor caló a través de las ropas

Librodot

mientras caminaban juntos. Pequeñas gotas de sudor se formaban y corrían sobre sus pieles, siguiendo intrincados caminos.

La blusa blanca de seda de Desari se le apegaba de forma que sus pechos eran oscuras e incitadoras sombras, y sus pezones incluso más oscuros. Su largo pelo se volvió húmedo y pesado mientras descendían más profundamente en la tierra, y terminó por retorcerlo y anudárselo en la parte de atrás del cuello.

Julian sonrió débilmente.

- ¿Cómo hacéis eso las mujeres? - Sus ojos estaban sobre el cuerpo de ella, en la forma en que sus pechos se elevaron en inocente seducción cuando levantó los brazos para ocuparse del pelo.

Desari volvió la cabeza para mirarle.

- ¿Hacer qué?

- Eso que haces con tu pelo. - Julian se inclinó para saborear una pequeña gota de sudor que corría hace abajo por el cuello de ella. Sintió su estremecimiento, sintió el estremecimiento de respuesta profundamente en el interior de su propio cuerpo. Su mano se deslizó bajo el borde de su camisa sedosa para encontrar la piel satinada, sus largos dedos acariciaron cada costilla. - ¿Cómo se recogen las mujeres el pelo sin mirarlo? - Su voz era cruda e intensa, reflejando la forma en que su cuerpo reaccionaba al de ella.

- ¿Por qué me siento así siempre que me tocas de esta forma? - Susurró ella. - Es ardiente, Julian.

- Así es como llega. - Estuvo de acuerdo él. Un pensamiento sacó la camisa de su propio cuerpo dejando que su piel desnuda brillara como bronce. En la oscuridad de los túneles, que para ellos era como la luz del día. Las paredes relucían con sulfuro amarillo, y todo a su alrededor era la belleza de la naturaleza, brillando y reluciendo bajo la tierra, alguna vez en movimiento, siempre cambiante, los minerales que enriquecían la tierra y la hacían fértil y sanadora, las mismas cosas que construían las grandes extensiones de tierra. Ya que la temperatura de sus cuerpos podía ser regulada, capacitándolas a estar dentro de la tierra, una parte de sus maravillas, vieron en ella como ocurría todo lo que la mayor parte de los humanos nunca vería.

Desari sentía el intenso calor, no procedente de la tierra sino de las profundidades de su propio cuerpo, de los dedos de Julian que lo irradiaban justo bajo sus pechos desnudos, a lo largo de ella, demorándose, acariciando, volviéndola a la vida.

Julian se detuvo abruptamente, la palma de su mano acunó la nuca de ella, arrastrándola a medio camino para apresurar su boca sobre la de ella. Calor fundido rabió entre ellos. El sabor de ambos, el calor húmedo de sus bocas se entremezcló. Los dedos de él se enredaron entre los mechones de pelo de ébano que ella tan descuidadamente había asegurado, sujetándola para poder explorar su boca con lánguida y perezosa seducción y feroz y ardiente deseo. Era como crear una tormenta. Cuando más compartían, más calentaban las llamas.

Julian se apartó primero, dejando besos hacia abajo por la garganta hasta el valle entre sus senos. Los pechos empujaban apetitosamente contra la seda, su boca simplemente encontró el pezón a través de la tela. La sacudida sexual que se produjo en ella fue tan fuerte como para que la

experimentara también él, y respondió arrastrándola más cerca, su boca convirtió el pecho en fuego aterciopelado, su lengua acariciaba, sus dientes mordisqueaban gentilmente.

- Hay algo tan hermoso en ti, Desari. - Susurró contra ella. - Algo que nunca podría resistir incluso si quisiera hacerlo. - Su mano se deslizó cruzando el estómago hasta los vaqueros. - Algunas veces creo que si no te tomo lo suficientemente rápido, desapareceré, me despertaré y todo esto habrá sido una sueño salvaje. - Confesó contra el pecho de ella, su aliento ardía sobre la carne dolorida de ella. Su mano se ocupaba ya de los vaqueros y empujaba impacientemente la tela para poder encontrar el húmedo calor entre sus piernas. Siempre estaba preparada para él, igualando su salvaje deseo.

Deslizó dos dedos en su interior, su propio cuerpo reaccionó cuando los músculos se tensaron a su alrededor.

Cerró los ojos y saboreó la forma en que su cuerpo bañaba los dedos en una húmeda y ardiente bienvenida. Sentía que no había forma de expresar sus sentimientos por ella, no había forma de encontrar las palabras que describieran la intensidad de su amor y admiración por ella, para su hambre y necesidad de ella. Podía adorarla con su cuerpo ya que nunca en toda la eternidad encontraría la forma de expresar lo mismo con palabras.

El cuerpo de ella era tan ardiente, apretado y invitador. Un solar, un confort, un deslumbrante lugar de calor y éxtasis creado exclusivamente para él. Su boca encontró el pecho de ella una vez más a través de las fibras de seda, sintió como su cuerpo respondía con otra ráfaga de calor líquido. Dejó escapar un suave sonido, moviendo las caderas contra su mano, arqueándose más completamente contra él. Estaba inquieta por el hambre y la necesidad, quizás incluso más que él.

Julian adoraba la forma en que le hacia sentir, saber que le deseaba, que le necesitaba con la misma salvaje intensidad que él sentía por ella. Se permitió la libertad de trazar besos hacia abajo por la garganta, de arrancar la blusa de seda del cuerpo reluciente.

- Eres tan hermosa. - Murmuró de nuevo, impresionado ante tal perfección. Sus manos dibujaron la piel, la forma de ella, desde los hombros a la cintura. Era bastante fácil librarla de las ropas, y así lo hizo, deseando ver cada pulgada sólo porque podía, porque le pertenecía.

Cuando la tocó de nuevo, su mano temblaba.

- Lo que me haces, cara, no debería hacérsele nunca a un hombre.

- ¿De veras? - Le preguntó con un dejo de risa, pero con voz enronquecida por el amor que sentía por él. Leía sus pensamientos tan fácilmente como él leía los de ella. Sabía lo que sentía por ella, con o sin palabras. - ¿Crees que sería demasiado pedir una cama?

La risa de él bañó su garganta con calidez.

- ¿Quieres una cama? ¡No pides mucho, verdad, cara mia!

- Pensaba que podríamos intentar hacer esto en las cavernas inferiores antes de volvernos locos aquí. - Entrelazó las manos detrás del cuello de él.

Julian respondió inmediatamente, cogiéndola en brazos. Se movió con la velocidad preternatural de su raza, llevándola a través de la red de pasadizos, siguiendo el mapa de la mente de ella. Envió una orden hacia adelante, preparando la cámara para su llegada, encendió velas que hicieron

danzar sombras sobre las brillantes paredes, y pétalos de rosa en el suelo que conducían a una enorme cama en el centro de la habitación.

Julian la dejó gentilmente sobre las sábanas, cubriendo su cuerpo con el propio. No quería separase de ella, ni siquiera un centímetro. Tenían poco tiempo antes de que tuvieran que buscar la seguridad de la tierra, y tenía intención de alzarse antes de que el vampiro pudiera escapar.

Desari le cogió la cara entre las manos y la sostuvo para poder mirarle a los ojos.

- La forma en que me amas, Julian, es tan hermosa, tanto, como la forma en que yo te amo a ti. Lo eres todo para mí. Si sólo tenemos los próximos momentos juntos, todo lo que ha pasado antes habrá valido la pena por el tiempo que se nos ha concedido.

Podría ahogarse en esos ojos. Eran profundos, insondables, la llamada de una sirena. Ojos de alcoba. Había oído el término pero no tenía ni idea de su significado real hasta ese momento.

- Te amo, Desari. Sabes que es algo más que simple deseo físico.

- Por supuesto que lo sé. Soy de sangre ancestral, mi amor. Incluso alguien como tú lo pasaría mal intentando esconderme la verdad. - Levantó la cabeza para alcanzar su perfecta boca.

Se fundieron juntos, una llama viviente, uniéndose como si el tiempo y el espacio hubieran cesado de existir. Todo desapareció hasta que sólo quedaron Desari y Julian atrapados en su propio mundo, donde la violencia y la infelicidad no podían tocarlos, donde nunca los tocaría.

Sus manos se movieron sobre la satinada piel, buscando cada centímetro de ella. Su tacto bajo la ruda palma de su mano era increíblemente sexy, añadiéndose al fuego que se extendía a través de sus cuerpos. Saboreó su suavidad. Era exquisita, cada hueco, cada curva. Adoraba el triángulo de rizos oscuros que guardaban su húmedo tesoro. La mano se deslizó más abajo, acariciando, demorándose, una vez más encontrando el calor dentro de ella.

Desari gimió suavemente, abarcando la espalda de Julian con las manos. Necesitaba algo fuerte y sólido a lo que aferrarse mientras su cuerpo se estremecía y danzaba de placer. Frotó la nariz contra su garganta, saboreando su piel, capturando una gota de sudor que corría sobre su pecho con la punta de la lengua. Oyó su corazón, el fuerte latido, el ritmo que igualaba al suyo propio, ese que le pertenecía. Los dedos de él se enterraron profundamente en su interior, fuertes y seguros, provocando oleadas de placer que la hicieron respirar en pequeños jadeos y retorcerse contra su mano, buscando alivio.

Julian se movió entonces, su rodilla le separó los muslos dándose acceso. Sólo por un momento, mientras se elevaba sobre ella, miró hacia abajo a los oscuros y hermosos ojos. Era imposible de creer, incluso ahora, teniéndola tendida, esperando, bajo él, su cuerpo clamaba por el de él, verdaderamente le pertenecía. La cogió firmemente por las caderas y empujó profundamente, enterrándose completamente en la firme y ardiente vaina. Oyó como el aliento se cerraba de golpe en sus pulmones ante la intensidad de la plenitud, su cuerpo ardía y se apretaba alrededor de él. Empezó a moverse entonces, larga, duras y seguras estocadas, sus caderas surgían hacia adelante y atrás una y otra vez, intentando enterrarse en ella aún más profundamente. Estaba alrededor de él con calor y fuego, una vaina de

terciopelada que le atrapaba, permitiéndoles convertirse en uno, como querían que fuera.

Desari se estaba moviendo con él, emparejando estocada con estocada, su cuerpo aferrado a él, aliviando, apretando de nuevo, hasta que deseó, incluso necesitó, gritar de éxtasis, pero sus pulmones no podían reunir suficiente aire para hacerlo. Inclinó la cabeza hacia la tentación de sus pechos. Los incisivos explotaron de su boca. Sin advertencia, los enterró profundamente, haciendo que Desari sintiera que el dolor blanco y ardiente y el placer se mezclaran juntos y fluyeran de ella a Julian y de nuevo de vuelta.

Era imposible decir quién sentía qué. Están enlazados, cuerpo y mente, corazón y alma, incluso su sangre fluía junta. Sintió que su cuerpo se apretaba alrededor de él; jadeaba, enterraba las uñas en su espalda.

- Julian. - Susurró su nombre, o quizás lo pronunció sólo en su mente. Sintió la explosión mental mientras sus músculos se estremecían alrededor de él en oleadas como un terremoto. Era mucho esperar el autocontrol cuando el propio cuerpo de Julian se tensaba hasta el punto del dolor. Y en ese momento él explotó, hacia afuera, hacia arriba, convulsionándose con oleadas de placer.

No podía mantener la intimidad de la alimentación mientras sus pulmones rabiaban en busca de aire y su cuerpo se abrasaba. Julian la sostuvo con él, sus brazos eran posesivos mientras se enredaban alrededor del cuerpo esbelto. Muy gentilmente acarició con la lengua las heridas de su pecho. Ella se aferraba a él como si fuera su ancla en el centro de una tormenta. Le hacía sentir asombrosamente poderoso.

Desari levantó una mano para dibujarle los labios.

- Tienes una boca perfecta, Julian. Una boca asombrosamente perfecta.

Él arqueó una ceja hacia ella.

- ¿Sólo mi boca es asombrosa?

- Menudo eres. - Sus ojos reían. - Necesitas que te confirmen constantemente que eres magnífico.

Él asintió.

- Magnífico. Me gusta eso. Podía vivir con magnífico. Buena elección de palabras, compañera.

Ella le rodeó el cuello con los brazos.

- Hombre arrogante. Darius tiene razón, sabes. Eres increíblemente arrogante.

- Pero también me lo merezco. - Señaló él. Inclinó la cabeza una vez más para encontrar su boca. *Ella* tenía una boca perfecta. Y sabía deliciosa. Había algo en la forma en que se aferraba a él que hacía que le diera un vuelco el corazón cada vez. Desari se entregaba a él sin inhibición, sin reservas. Se entregaba completamente en sus brazos cuando hacían el amor.

Cuidadosamente, liberó su cuerpo del de ella y rodó ligeramente para aliviarla de su peso.

Sus largas pestañas abanicaban los pómulos altos, haciendo que su mirada pareciera más erótica que nunca. Se acurrucó más cerca de él, disfrutando de este rato a solas y juntos y las tontas conversaciones que siempre parecían tener.

- Te estás quedando dormida, cara mia. - Murmuró Julian, dejando un beso en su frente. - Deberíamos ir a la cámara de tu hermano. Comprobaré que está bien una vez más antes de que vayamos a la tierra.

Desari se negaba a abrir los ojos. Soltó un suave ronroneo, absolutamente feliz de yacer entre sus brazos.

- Aún no, Julian. - Protestó suavemente. - No quiero dejar este lugar, sólo un ratito.

- Puedo sentir lo cansada que estás, mi amor. No puedo hacer otra cosa que...

- ¡No lo digas! - Desari le aporreó el pecho. - Sólo miente y abrázame. Eso es lo que quiero. Los hombres son unas criaturas tan difíciles, Julian. Estoy empezando a comprenderlo.

Él frotó el mentón contra la coronilla de ella, su pelo se enredó en sombra de barba de la mandíbula.

- Los hombres no son difíciles. Son lógicos y metódicos.

Ella rió suavemente.

- Eso quisieras tú. Debo decirte, aunque corro el riesgo de hacer que sea imposible seguir viviendo contigo después, que eres un extraordinario amante.

- Sigue hablando, compañera. Te escucho. - Respondió con profunda satisfacción.

- Magnífico fue sólo un comienzo. Amante extraordinario es la descripción perfecta. Ahora lo veo.

Su suave risa se derramó sobre él, como una gentil brisa. Tocándole. Sólo eso. Podía tocarle con su aliento. Julian apretó los brazos alrededor de ella y enterró la cara en su pelo de ébano.

- ¿Por qué siempre hueles tan bien?

- ¿Querrías que oliera como una mujer de las cavernas?

- No lo sé, cara. No sé como huele una mujer de las cavernas.

Abrió los ojos ante eso, sus largas pestañas revolotearon de esa forma erótica y traviesa que solía.

- Será mejor que no quieras que huela como ninguna otra, Julian, o te encontrarás descubriendo lo que una antigua puede hacer cuando se enfurece.

- Tú no sabes lo que es la rabia, mi amor. - Frotó la cara entre su pelo una vez más antes de levantar la cabeza. - No hay rabia en ti... nada que pueda ser convocado siquiera para salvar tu vida si fuera necesario.

Desari se sentó inmediatamente, poniéndose de rodillas para enfrentarse a él, su largo pelo se derramaba a su alrededor, enmarcando su cuerpo esbelto.

- ¿Y eso a qué viene? ¿Por qué te preocupas por semejante cosa en este momento?

Él todavía está ahí fuera. Mi enemigo jurado, el que reside en mí. Y todavía puede enviar asesinos humanos tras de ti mientras esté ahí, y tú todavía insistes en cantar ante multitudes. Intentó censurar el pensamiento antes de que ella pudiera leerlo, antes de que llegara en realidad a formarse en su mente, pero fue demasiado tarde. Ella era una sombra en su interior, simplemente permanecía alojada en su mente.

Desari sonrió, con ojos amorosos y cálidos.

- No hay necesidad de este constante miedo que has desarrollado. He sobrevivido durante siglos y sobreviviré muchos más. Planeo tener mi propia familia algún día, como mi apuesto compañero. Nadie me va a quitar mi futuro. Puedo no tener lo que se requiere para luchar con los que nos amenazan, pero soy muy inteligente y tengo muchos dones propios para asegurar mi seguridad. Y puedo cuidar de ti también, si fuera necesario. Somos socios. Me apoyaré en tu fuerza con frecuencia, como espero que tú te apoyarás en la mía.

- Tengo más fe en ti de la que te imaginas. - Replicó Julian honestamente. - Es sólo que nunca antes he tenido nada que perder. - Se frotó el puente de la nariz y le dirigió una débil sonrisa. - Solía observar a algunos hombres humanos, los que sabía que realmente amaban a sus mujeres, pasar por la agonía de temer que algo les pudiera arrebatar su felicidad. Siempre me pregunté que iba mal en ellos que no podían simplemente disfrutar de lo que tenían en ese momento. Ahora soy como ellos.

- Si estuviéramos en tu tierra natal y lejos de mi gente, ¿nuestra vida sería tan diferente?

- En algunos sentidos. En muchos sentidos. - Admitió él. - Tendrás que ir allí conmigo pronto. Es tan hermoso, y la tierra allí es asombrosa. Nada puede igualársele. Syndil se quedaría estupefacta.

- ¿Y qué hay de tu hermano? - Ella frotó una mano contra la mandíbula de él, espantando las sombras de sus ojos, complacida porque su invitación obviamente incluía a su familia. - Aidan y su compañera. Debemos ir a verlos pronto. Quiero conocer a este hombre que se te parece tanto.

Julian se quedó en silencio durante un momento.

- Yo también, quiero verle. Le debo una explicación.

- Entonces iremos. - Desari fingió que no había un vampiro esperando para destruir a su familia. - Cuéntame como es la gente en las Montañas de los Cárpatos.

Julian pensó en ello durante un momento. Una lenta sonrisa suavizó la línea ligeramente dura de su boca.

- Siempre me sales con grandes cuestiones, piccola. Para ser honesto, nunca he pensado mucho en cómo son. La mayoría son gente trabajadora. Se unen en tiempos de crisis. Mikhail y Gregori se parecen mucho a Darius. Líderes, cazadores, protectores, sanadores. Será toda una experiencia presentaros a vuestro hermano mayor a ti y a Darius. - Su amplia sonrisa alcanzó los brillantes ojos. - Raven es la compañera de Mikhail. Es una persona increíble y bastante independiente, por lo que veo. Probablemente os convertiréis en grandes amigas.

- Procura al menos fingir que te gustaría. - Le animó Desari, intentando no reír ante la expresión dolorida de su cara.

- Creo que la única cosa segura sería encerrarte en algún lugar lejos del resto del mundo y guardarte sólo para mí. – Durante un momento se quedó medio seria, preguntándose si había alguna posibilidad de salir de esta sin perder.

- Eso podría gustarme. - Desari colocó las manos sobre el pecho de él empujándole hacia atrás sobre la cama. - Nunca estamos solos aquí, y creo que es muy necesario que las parejas tengan mucho tiempo para sus cosas.

Librodot

Como estas grandes conversaciones. - Su mano se movió a través del pelo dorado de su pecho siguiendo el camino que cruzaba el estómago duro y plano. - ¿Me estás escuchando? - Preguntó suavemente. Sus uñas trazaban patrones sobre la piel, moviendo peligrosamente hacia abajo, enredándose entre el pelo dorado, hasta encontrar su gruesa dureza.

El aliento le abandonó, y bajo la gentil caricia de sus uñas creció más duro y más grueso, y la necesidad empezó a acumularse.

- Creo que me estás escuchando. - Murmuró ella. - ¿Ves lo que pasa cuando pasamos algún tiempo solos? No malgastar tanto tiempo persiguiendo enemigos.

Desari cambió de posición para poder montarle a horcajadas, lentamente inclinó su cuerpo sobre el de él. Incluso mientras sentía que su cuerpo entraba en el de ella, la exquisita lentitud aumentaba el placer, Julian se sentó enderezándose súbitamente, sus brazos la arrastraron contra él. Fue agresivamente masculino, sus caderas se movían poderosamente, seguras estocadas mientras Desari se abrazaba a él, sus pechos presionaban contra el pecho de él y la cabeza descansa en su hombro. Julian la sostuvo firmemente mientras se alzaba en ella. No había alegría mayor que fundirse con ella, física y mentalmente. No había alegría mayor que simplemente *ser* con ella, compartir su cuerpo, corazón y mente. Julian se tomó su tiempo, deseando que el momento durara para siempre, deseando que fueran uno durante tanto tiempo como fuera posible permanecer así. Al final, jadeaban ambos en busca de aire, aferrados en uno al otro, saciados y exhaustos.

Obviamente el sol se abría camino hasta su punto álgido en el cielo y sus cuerpos empezaban a reaccionar como hacían normalmente, protestando a esa hora del día con tremenda fatiga. Pronto, ninguno de los dos sería capaz de moverse. Incluso aunque estaban ya profundamente en el interior de la tierra, la luz del sol todavía producía efectos indeseados en ellos.

Julian levantó la cabeza primero, totalmente consciente de su creciente debilidad.

- Cara, lo siento, pero tenemos poco tiempo, y debo ver a tu hermano. Creo que es necesario dormir sobre él para asegurar su protección.

Desari asintió sin palabras. Nunca se había sentido tan cansada, su cuerpo parecía plomo, aunque su corazón y alma estaba completamente satisfechas. No deseaba más que estar con Julian en la tierra y permitir que se llevara a cabo el ciclo rejuvenecedor. Secretamente la complacía que a Julian le importara tanto proteger a su hermano. Le amaba más por eso, su buena disposición para aceptar la responsabilidad de su familia incluso cuando protestaba por ello a cada paso.

Llevó unos pocos minutos reunir suficientes fuerzas para levantarse y vestirse antes de que se moviera de vuelta por los túneles de lava hasta la cámara de curación. Al momento, Julian fue consciente de que Syndil había estado allí; podía oler su particular y limpia esencia. La cámara estaba llena de hierbas aromáticas y velas, y la rica tierra sanadora que era tan importante para su raza.

Julian abrió la tierra para Desari justo sobre el lugar de descanso de Darius. Les hacía señas, prometiéndoles el alivio de la paz y la reparación. Agradecido, Julian aceptó lo que la tierra ofrecía. Se tendió junto a su

compañera, rodeándola con un brazo, la cabeza de ella descansando en su hombro. Ella le besó una vez más, muy breve pero tiernamente, y al instante su corazón cesó de latir y el aire abandonó sus pulmones. Se quedó tendido allí apretándola contra él, atónito por como su vida había cambiado tan drásticamente, de ser parte de algo que implicaba a tantos otros, y de que no le desagradase tan intensamente tenerlos rodeándole.

Una vez mas colocó las salvaguardas, asegurándose de que nadie perturbaría a Darius y de que la propia cámara estaba segura de forma que nadie pudiera encontrarles en su momento de debilidad. Una vez más ondeó la mano, y la tierra le cubrió, cubrió a Desari, cerrándose sobre ellos de forma que no quedó rastro de ellos en la superficie. Varios pies bajo ellos, Darius descansaba, protegido. La última cosa que hizo Julian antes de sucumbir al sueño de su raza inmortal fue programar su cuerpo para despertar justo antes de la puesta de sol. Tenía un enemigo mortal que cazar, que estaría atrapado por el sol durante unos pocos minutos preciosos, dando a Julian tiempo para localizarle.

18

El disturbio que despertó a Julian no fue agresivo sino algo dentro de la tierra misma. Sintió la tierra moverse a su alrededor, sintió las propiedades de la tierra enriquecerse incluso mientras estaba tendido en su interior. Sobre él, pudo oír el suave canto, sintió las vibraciones extenderse como un efecto de onda, moviéndose hacia adelante y hacia afuera, extendiéndose profundamente en la tierra para encontrar a Darius y la tierra que cubría sus cuerpos.

Syndil estaba ya levantada y trabajando con su magia. El sol empezaba a abrirse paso en el cielo, avanzando lentamente hacia el mar. Julian se alzó lentamente, seguro de que Desari era consciente de sus intenciones y se alzaría con él. No quiso sobresaltar o asustar a Syndil, un hombre de los Cárpatos apareciendo a su lado justo antes de la puesta de sol.

Syndil saltó hacia atrás, dando espacio a Julian mientras irrumpía de la tierra. La alivió ver a Desari justo a su lado.

- Syndil. - Saludó Desari, abrazando a la mujer. - Te has alzado pronto para asegurar que nuestro hermano está bien. Te lo agradezco.

- Sentí su dolor dentro de la tierra. - Replicó ella suavemente. - La tierra ha utilizado mucha de su energía para ayudarle. Pensé que si yo proveía a la tierra, le ayudaría a sanar más rápido. - Estaba muy pálida después de prestar sus energías a semejante tarea. Se pasó una mano cansada por la frente, dejando una mancha de suciedad a su paso.

- Sabes que la tierra le sanará rápidamente con tu ayuda. - Desari la tocó con una mano amable. - Tu don es algo de lo que ninguno de nosotros podría prescindir.

- Ahora debo irme. - Dijo Julian. - Debo encontrar el lugar de descanso del vampiro antes de que tenga oportunidad de alzarse. Voy realmente retrasado.

- Julian, no. - Protestó Desari. Cuando se volvió para enfrentarle, elevó los brazos con una especie de objeción, creando una suave ráfaga de aire.

El viento que había convocado sopló suavemente, un susurro en realidad, tirando del largo pelo rubio de Julian. Él capturó los mechones y los aseguró en su nuca. Muy gentilmente las palmas de sus manos acunaron la cara de Desari.

- Tengo que hacer esto, cara. Lo sabes. No puedo hacer otra cosa que cuidar de tu seguridad, la de tu hermano y la otra mujer. - Ante el rápido fruncimiento de ceño de ella se apresuró a corregirse. - Syndil - Miró a la otra mujer. - No puedo permitir que este monstruo continué atemorizando a ninguna de las dos. Y sabes que es él; su sombra crece en mi interior, una mancha que debo limpiar de mi cuerpo.

- ¿Por qué tienes que ir ahora? Darius estará completamente recuperado en unas pocas noches. Ahora no estás en plena forma. Sabes que podría destruirte, pero no puedes esperar un momento más oportuno. - Protestó Desari. Se enterraba los dientes en el labio inferior, preocupada. Sabía que iba a marcharse a pesar de cualquier cosa que dijera, pero sentía que debía intentarlo. Estaba en su mente, y allí estaba tallada en piedra, cazaría al que los amenazaba a todos y que tan seriamente había herido a Darius. El vampiro era el mortal enemigo de Julian, le había robado su vida y su hogar, y ahora amenazara a su recién encontrada familia. Una lenta sonrisa suavizó la dura línea de la boca de Julian.

- Sabes bien que estoy en plena forma, piccola, y no puedo hacer otra cosa que ir. No me hagas pasar un mal rato con esto.

Desari se echó hacia atrás el pelo, sus largas pestañas bajaron para cubrir la expresión de sus ojos.

- Entonces vuelve pronto, compañero. Tenemos mucho que hacer en las próximas noches. Mi calendario de conciertos está ya establecido, y nos esperan. Levantaría sospechas y atraería una atención indeseada que no apareciéramos cuando se nos espera.

- Tengo algunas cosillas que decir sobre tu elección de profesión, compañera. - Gruñó él, cogiéndola de la barbilla, obligándola a levantar la mirada hacia él. Su boca encontró la de ella en una largo y lento beso lleno de promesas. - Volveré rápidamente, cara mia. No temas.

Ella se encogió de hombros fingiendo despreocupación.

- No lo hago. Librarás al mundo de esta criatura y seguiremos con nuestro calendario.

- Por supuesto. - Replicó Julian, como si fuera a trabajar a la oficina. Le tocó la barbilla con la punta de un dedo gentil, un gesto tan tierno que Desari tuvo que pestañear para evitar las lágrimas mientras él se alejaba.

Cuando Julian empezó a salir de la caverna, Barack se materializó casi ante de él, bloqueándole el camino.

- Es mi derecho. Yo lo cazaré.

Syndil, arrodillada en el suelo cerca de Darius, se tambaleó tan rápido que casi cayó sobre el lugar de descanso de su líder.

- ¿Qué demonios estás diciendo? ¿Has perdido completamente la cabeza, Barack? ¿Qué te está pasando estos últimos meses? Tú no tienes

nada que hacer cazando monstruos por ahí. - Su voz fue la más fuerte que Julian le había oído nunca, un soplo ronco que le hizo pensar en dormitorios y sábanas satinadas. Esa voz podría detener a un hombre en el sitio, y Barack no era inmune a esta magia.

El hombre de los Cárpatos se volvió a mirarla, sus ojos oscuros eran fríos y tranquilos.

- Te quedarás fuera de este asunto, Syndil, y te comportarás como debería hacerlo una mujer.

- Pensé que una muerte en tus manos sería suficiente. - Continuó Syndil. - ¿No es así, o has cogido gusto a estas cosas?

- No puede permitirse que el no-muerto nos siga o intente otra cosa contra ti o Desari. - Replicó Barack sin rabia. – Se te protegerá.

Durante un momento los hermosos ojos de Syndil volvieron a la vida con una relámpago brillante bastante cercano a la rabia.

- Te estás sobrepasando, Barack. No tienes derecho a recriminarme mi comportamiento. Nuestro líder puede castigarme si así lo desea ya que he decidido seguirle. Estoy cansada de estas rabietas. Cualquiera que sea la causa de que Savon se volviera contra mí, ya he pagado por ello, varias veces. No puedes seguir castigándome por mis pecados. Me niego a tolerar esto durante más tiempo.

- ¿Es eso lo que crees, Syndil? ¿Que te culpo por el comportamiento de Savon? - Barack se frotó la frente pensativamente. - ¿Qué estoy diciendo? Por supuesto que lo piensas. He estado en tu mente y he leído la culpa que sientes. Pero no reflejes tales pensamientos en *mí*, Syndil. Vivo para protegerte, eso es todo. Y lo haré a pesar de tus duras críticas a mis capacidades. Es *mi* deber y mi derecho.

Syndil permaneció en pie, su esbelta figura frágil y hermosa. Con la barbilla alzada, los ojos vivos por el dolor y el orgullo.

- ¿Quieres que sea responsable de otra muerte? No dejaré que te ocurra tal cosa. Me marcharé, Barack, y cuando llegues a casa habrá un vacío en mi lugar.

Una lenta sonrisa curvó la boca de Barack. Cruzó la distancia entre ellos, ignorando a Desari y Julian como si no estuvieran siendo testigos de la extraña conversación. Su mano capturó la barbilla de Syndil y la sostuvo para que estuviera obligada a encontrar su franca mirada.

- ¿No oyes tus propias palabras, Syndil? - Su pulgar frotó gentilmente, casi tiernamente la piel. - Has dicho *cuando* vuelva. Sabes que derrotaré a este enemigo, justo como derroté al otro. No temo por mi vida. No soy, ni de cerca, tan inútil como finjo ser.

Los enormes ojos de ella se llenaron de lágrimas.

- Todo esto está fuera de cuestión. No puedo verme. No puedo imaginarme existiendo si algo te ocurriera. - Tragó, luego sacudió la cabeza con fuerza como si negara sus propias palabras. - A cualquiera de vosotros. Hemos vivido juntos durante tanto tiempo, y ahora todo se deshace.

Desari deslizó un brazo alrededor de Syndil. Los dientes de Barack brillaron de nuevo.

- Sólo está cambiando, Syndil, no deshaciéndose. Sobrellevaremos esta crisis como hemos hecho con tantas otras.

- Debemos irnos. - Dijo Julian. - El no-muerto se alzará en cualquier momento, y sabe que le cazaremos. - Se volvió bruscamente y tomó el

pasadizo que conducía a la chimenea de entrada, seguro de que Barack le seguiría. Barack tenía razón... tenía derecho a cazar a este demonio que amenazaba a su familia... pero Julian era un cazador solitario. No tenía ni idea de las habilidades de Barack y se sentía responsable de la seguridad del hombre. Silenciosamente maldijo el sentido del deber del hombre de los Cárpatos cuando se refería a sus mujeres. Incluso mientras lo hacía sin embargo, sabía que contaba con Dayan para proteger a las mujeres y a Darius. Si Dayan fallaba, contaba con que Darius los protegería a todos, incluso herido como estaba.

Barack aguardaba en silencio, permitiendo que el extranjero rubio tomara la delantera. Obviamente era un cazador experimentado, había sido aceptado e incluso era respetado por Darius. Julian se lanzó hacia arriba a través de la estrecha chimenea hacia el cielo. Una vez a campo abierto, cambió de forma, volando hacia el sur y el bosque profundo. Barack le siguió, una sombra silenciosa, dispuesto a hacer lo que fuera para librar a su familia de esta malvada entidad que amenazaba a Syndil y Desari.

Julian bloqueó la visión de toda intrusión innecesaria y se concentró en la llegada de los datos que sus sentidos recogían con rapidez. El vampiro estaba alzándose e irradiaba el hedor de su presencia, cubriendo sus huellas con un hechizo de bloqueo. La misma ausencia de datos le delataba. El alzamiento era como siempre el momento más vulnerable, el de más desorientación para cualquier Cárpato o vampiro, aquel instante en que abandonaban el solaz de la tierra.

Julian golpeó, incluso desde la distancia, esperando un golpe de suerte, enviando un rayo de luz y energía blanca y ardiente deslizándose a través del cielo hacia la región en blanco.

El sonido fue tremendo, un sonoro crack que sacudió los árboles bajo ellos mientras el rayo viajaba más rápido que el sonido. Fue recompensado por un grito de dolor lleno de odio. La espada de luz había acertado a su enemigo pero no le había matado.

Al momento Julian cayó en picado hacia el suelo, zigzagueando, dando vueltas en espiral, moviéndose tan rápidamente que era imposible verle. Barack se apartó, comprendiendo que Julian esperaba una represalia. Siguió adelante, separándose, cogiendo una ruta diferente que hiciera más difícil para el vampiro acertarles. Al momento el cielo se iluminó con rayos de luz. Como flechas que caían en todas direcciones, saltando de masa de nube en masa de nube y arqueándose hasta la misma tierra. Llovían chispas sobre el suelo, y el cielo de arriba se iluminó con fuegos artificiales.

En medio del despliegue de luz blanca, súbitamente empezaron a brillar colores, azules, naranjas y rojos, lenguas de llamas como misiles térmicos. Los colores corrían retrocediendo hacia el vampiro que llegaba, abundantes, aumentando en número y fuerza. Corrieron hacia el cielo, volviendo hacia aquí y allá, obviamente siguiendo un rastro invisible. De nuevo Julian fue recompensado con un grito de rabia. Enseguida el suelo se sacudió, y los árboles se ennegrecieron cuando el otro se cobró su venganza.

Desde lejos ambos Cárpatos oyeron el débil y femenino grito de dolor. Barack maldijo. *La está atacando.* Usó el vínculo mental común para su familia, esperando que Julian fuera consciente de ello.

Esta intentando atraerla. ¿Puede hacer tal cosa?

Barack lo consideró. Había estado en la mente de Syndil. Ella era de la tierra, como todos ellos, aunque su don le proporcionaba una afinidad que el resto de ellos nunca podría experimentar. Sentiría el grito de la tierra, la muerte de las plantas vivientes mientras se marchitaban de dolor.

Me temo que así será. Sentirá el dolor de la tierra como nosotros no podemos. Y no puede hacer más que intentar sanarla.

Ve entonces, detenla. He dado instrucciones a Desari de sujetarla hasta que llegues allí, y ha atado a Syndil con su voz, pero dice que el ver el dolor de Syndil es una tortura. Ve rápido, Barack, y tranquilo puedo destruir al monstruo mientras tú la mantienes a salvo. Sea lo que sea lo que te prometa debes hacer que lo mantenga.

Barack le creyó. Había algo en Julian Savage que le recordaba a Darius. Una tranquila confianza que se aferraba a él como una segunda piel. Un segundo ataque sobre el follaje de abajo y el grito de Syndil la instó a retroceder hacia la montaña.

Julian cortó su conexión con Desari y los otros.

Este vampiro era su ancestral enemigo, muy peligroso y altamente experimentado. El vampiro había encontrado a un muchacho hacia muchos siglos atrás, atrayéndolo a un mundo de conocimiento y excitación, entonces le traicionó y marcó con la oscuridad del no-muerto. Había atormentado a Julian, susurrando burlas y amenazas, obligándole a soportar los gritos de sus víctimas, a sentir su terror antes de que los matara. Y le había deshonrado. Se había burlado con el conocimiento de que siempre estaría solo, corrupto. Maldito. El monstruo estaba finalmente ante él, y se encontraban cara a cara en el campo de batalla, como se suponía debía haber sido siempre.

Julian se disolvió en una fina neblina y se desparramó por el cielo, moviéndose en un semicírculo hasta la posición del vampiro. Los rayos de relámpagos golpearon desde el oeste hacia él, y comprendió que Barack estaba revelando deliberadamente su presencia mientras corría hacia la montaña, esperando dar a Julian más tiempo para colocarse en posición de ataque. Julian inmediatamente aprovechó la ventaja de la momentánea distracción del vampiro, golpeando a través del cielo incluso mientras levantaba una niebla del suelo del bosque haciendo que cubriera una amplia banda y empezara a elevarse en bancos de niebla.

El vampiro dirigía sus ataques desde un acantilado sobre el suelo del bosque. Julian podía verlo ahora y reconoció vagamente los restos del que una vez fuera un apuesto hombre de los Cárpatos. Ahora la cara estaba hundida y gris, mechones de pelo se aferraban a la calavera en penachos, el cuerpo era viejo y nudoso. El vampiro no había tenido tiempo de alimentarse.

Cuando Julian se materializó tras él, el vampiro se retorció dándose la vuelta y gritó por lo bajo. Julian sonrió cortésmente.

- Ha pasado mucho tiempo, Bernardo. Mucho tiempo. Yo no era más que un niño y tú me dijiste que habías estado en todas las bibliotecas de Paris, buscando documentos históricos que pudieran dar a nuestra gente una pista de lo que realmente había ocurrido entre Gabriel y Lucian. ¿La encontraste alguna vez? - Su voz era un suave soplo de pureza y confianza.

Bernardo parpadeó, tomado por sorpresa por esta conversación casual. Era totalmente inesperada. No había conversado con nadie durante doscientos años.

- Así es. Lo buscaba. Ahora lo recuerdo. - Su voz era grave pero pensativa, como si retrocediera para buscar ese momento en el tiempo. - Encontré dos entradas que podían aludir a ellos. Una en un diario personal, de un conde. Escribió que vio dos demonios luchando cerca de un cementerio justo allí en Paris. Estuvieron luchando durante algún tiempo, una batalla horrible casi coreografiada, como si cada combatiente conociera lo que el otro haría antes de que lo hiciera. Afirmó que los dos cambiaban de forma continuamente de un ser a otro. Escribió que los dos luchadores parecían haber sufrido terribles heridas, aunque no había rastros de ellos ni sangre en el suelo cuando fue capaz de acercarse lo suficiente como para examinar el cementerio. No lo contó a nadie por miedo a ser ridiculizado.

- Parece posible, entonces has revelado algo que nuestra gente buscó durante siglos. - Había una alabanza en la suave voz de Julian. - ¿Y la otra entrada? ¿Dónde encontraste esa? - Había sido la excitación y atractivo de este misterio lo que había atrapado el interés de Julian en los estudios de Bernardo en primer lugar hacía tantos años.

- Era una simple línea o dos en una registro llevado por el supervisor de los trabajadores del cementerio. Un registro personal, nada más. Aludía a uno de los trabajadores, que sospechaba había bebido demasiado vino una noche. Era la misma fecha que recordaba el conde. El supervisor escribió que uno de sus hombres le contó una lucha entre dos lobos o demonios que había terminado con heridas mortales. Que ya no iría al cementerio a trabajar, porque estaba seguro de que los demonios se levantaban de las tumbas.

Julian asintió.

- Una vez fuiste un hombre que pensé poseía grandeza. Te admiraba. Admiraba tus conocimientos. Pero traicionaste mi confianza.

El vampiro parpadeó hacia él, no muy seguro de su tono humilde.

- Tú querías conocimiento. Te lo di.

Julian podía sentir el poder construyéndose en él, rodeándole, en el mismo aire. Siglo tras siglo, cada oscura y yerma noche, el dolor de necesitar a su gemelo, la pérdida de sus años de juventud. Se acumulaban en él, el vacío, la vacuidad, la oscura mancha de humillación y aislamientos. Todo lo que le había quedado era su honor. Su Príncipe y el sanador lo habían sabido y habían reconocido su necesidad de resultar útil a su gente, pero este monstruo que estaba ante él había alterado el curso de su vida para siempre.

- Me has dado una muerte en vida, Bernardo. - Julian se movió entonces, con asombrosa velocidad, dirigiéndose hacia el monstruo ancestral mientras la criatura súbitamente se adelantó. Su puño se extendió y enterró profundamente en la cavidad torácica, usando el movimiento hacia adelante del vampiro para ayudarse en su ataque. - He estudiado tus métodos, cada muerte. - Susurró las palabras, sus ojos dorados brillaban salvajemente. - Me enseñaste la importancia del conocimiento, de conocer a tu enemigo, de reconocerle, y aprendí bien. - Arrancó el pulsante corazón del pecho y saltó lejos con el negro y marchito órgano en su mano. Le puso enfermo. No había triunfo aquí, como había pensado.

El vampiro chillaba de rabia, un sonido ayudo y sobrenatural que destrozaba los oídos y hacía huir a la fauna salvaje.

- Aprendiste bien a matar porque vivo en ti. - Siseó él, salpicando saliva venenosa por la boca. - No eres diferente a mí. Querías ser como yo, pero no tuviste las agallas suficiente como para abrazar la vida.

Bernardo se tambaleó hacia él, sus dientes afilados y podridos por miles de muertes, su cuerpo empezó a derrumbarse. Julian retrocedió un paso más, totalmente consciente de que la aberración era todavía peligrosa mientras el corazón estaba próximo al cuerpo. Le tiró lejos y dirigió un rayo de luz a incinerarlo. Al momento el cuerpo empezó a convulsionarse, escupiendo sangre corrompida que se arrastraba hacia él implacablemente. Julian tranquilamente envió la energía sobre el cuerpo y la sangre, eliminando toda evidencia de la existencia de Bernardo. Al final usó el calor blanco a quemar la corrupción de sus manos. De su alma.

Se había acabado. Por fin. Se había acabado. Nunca había sentido tanto pesar, una fuerza opresiva casi entorpecedora que le agobiaba. Se encontró hincado sobre una rodilla, su cuerpo sacudiéndose, el pecho ardiendo. Esta cosa casi había destruido su vida, había tomado tanto de él. El vampiro le había hecho creer que era invencible y Julian había pasado siglos, *siglos* adquiriendo conocimientos para este momento. Y se había terminado en segundos. Sólo segundos. Cuando el vampiro le había costado tanto a él.

Bernardo tenía razón. Había convertido a Julian en que despreciaba. Un asesino sin igual. La sombra había crecido y se había extendido, consumiéndole. La cara de Julian estaba húmeda por las lágrimas cuando levantó la mirada hacia el cielo nocturno. *Él* era un monstruo sin igual.

Un cazador sin igual. Ven conmigo, Julian. La suave voz de Desari se derramó sobre él como una brisa fresca y suave.

No creo que puede enfrentar a esa multitud de ahí, cariño. Respondió honestamente. Acostumbraba a llevar una existencia solitaria, y en este momento, cuando el peso de las penas de su vida le agobiaba, cuando comprendía a cuantos de los suyos había matado violentamente, cuando el coste de perder a su gemelo durante todos esos largos siglos ardían en su alma y destrozaba su corazón, cuando se sentía como un niño pequeño, avergonzado y maldiciendo su propia imprudencia juvenil, deseaba estar lejos de otros.

¿Ayudaría que yo fuera a ti, mi amor? La más pequeña de las dudas, como si tuviera miedo de que no la quisiera cerca.

A pesar del dolor que enfriaba su corazón, se encontró casi sonriendo. ¿Cómo podía no desearla a su lado? Su corazón. Su alma. La sangre que corría por sus venas. Su otra mitad. Ayudaría mucho.

Volvió la cabeza para observar como se aproximaba. Incluso en vuelo, sus movimientos eran totalmente femeninos. Ya fuera en el viento, corriendo a cuatro patas a través del bosque, o caminando en su propio cuerpo, era la mujer más hermosa que podía imaginar. Permaneció en pie mientras ella aterrizaba ligeramente sobre el acantilado a su lado. Le robaba el aliento. Apartaba sus lágrimas. Tomó la oscura sombra y la dispersó para siempre en la noche.

Desari en pie con el cielo nocturno a su espalda, su largo pelo cayendo como una cascada a su alrededor. Su sonrisa mostraba tanto amor por él

Librodot

que sólo podía caer en su hechizo, embelesado para toda la eternidad por esta mujer que le completaba. Le había devuelvo la vida. Le había dado una familia. Era su hogar.

Julian extendió la mano hacia ella. La boca de Desari se curvó provocativamente. Colocó su mano en la de él, los dedos se entrelazaron a fin de que se fundieran como siempre tenía que ser. Se dirigió directamente a sus brazos, albergada contra su corazón. Elevó su boca hacia la de él, saboreando sus lágrimas, su niñez, la terrible carga que había soportando tanto tiempo. Le besó, su cuerpo se amoldó al de él, y en la mente de Julian su hermosa voz se elevó en una canción sólo para él.

Las notas saltaron de su mente al cielo, notas doradas y plateadas de alegría y felicidad, de coraje y admiración. Cantó sobre el amor entre dos personas, sagrado y hermoso. Cantó a la paz y la felicidad. Sus manos se movieron sobre él posesivamente, amorosamente, comprobando su cuerpo en busca de heridas. Su guerrero estaba en casa. Fuera lo que fuera lo que les esperaba en el futuro, ya fueran asesinos humanos o vampiros, no importaba.

Estaban juntos, eran demasiado fuertes como para permitir que nada los separara.

Librodot